



GEORGE R. R.  
**MARTIN**

EL CABALLERO DE LOS  
SIETE REINOS



Lectulandia

Muchas son las historias que se cuentan sobre Aegon V el Improbable y ser Duncan el Alto, su leal comandante de la Guardia Real. Pero la magia y la épica de la leyenda esconden la verdadera naturaleza de los héroes: la determinación de un huérfano del Lecho de Pulgas que llegó a caballero, el arrojo de un príncipe que cambió la corte por los caminos y una amistad inquebrantable capaz de vencer intrigas, traiciones... y revueltas.

Durante los reinados de Daeron II y Aerys I, cuando las heridas de la rebelión de los Fuegoscurio todavía estaban abiertas, tienen lugar las primeras aventuras de un caballero fornido y bonachón y de su escudero, un infante real, fiel y de fuerte temperamento. A medio camino entre el juvenil y la novela de caballerías, *El caballero de los Siete Reinos* narra las peripecias de dos héroes bondadosos en una tierra despiadada.

«En la tradición epicofantástica,  
Martin es el mejor con diferencia.»  
*Time Magazine*

Lectulandia

George R. R. Martin

# **El caballero de los Siete Reinos**

**Las andanzas de un caballero de Poniente**

**Canción de hielo y fuego: Los cuentos de Dunk y Egg - 0**

ePub r1.0

Titivillus 26.12.2018

Título original: *A Knight of the Seven Kingdoms*

George R. R. Martin, 1998

Traducción: Cristina Macía

Ilustraciones: Enrique Corominas

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## PRESENTACIÓN

El sofá de la habitación Celebrities empezaba a quedársele pequeño. Sabía bien que, si eso ocurría antes de la décima entrevista, el sudor le obligaría a cambiarse los pantalones antes de la firma de libros. Cómo odiaba la falta de aire acondicionado de las zonas comunes de los hoteles y el calor húmedo del sur de Europa.

La puerta se abrió muy lentamente. El anterior entrevistador le había regalado un pequeño Jon Nieve de ganchillo y un gran dolor de cabeza. El quinto de la mañana no terminaba de asomarse. «Será otro creador de una web dedicada a Poniente —supuso—. Todo lo hacen igual de lento, excepto tuitear.»

—Pasa de una vez, no muerdo —dijo a la puerta entreabierta con la esperanza de terminar con el suspense.

Una cabeza apareció por el umbral a una altura sorprendente, sobre un flaco y desgarrado cuerpo de dos metros. La mirada bovina de aquel joven de melena descuidada buscó la suya con timidez desde las alturas. Lucía una camiseta negra en que se podía leer, plata sobre sable: «Keep Calm and Duncan el Tocho». «Vaya, me ha tocado el alto que en los conciertos heavy se queda pasmado», juzgó en silencio.

—*Va... Valar morghulis* —saludó el Tocho, sudoroso.

—*Valar my bollicks* —susurró muy rápido al tiempo que desplegaba una amplia sonrisa. Era una pequeña travesura de la que los lugareños no se percataban. El chico, creyendo escuchar la respuesta adecuada, sonrió también.

—Señor Martin, es un honor. Mi web de Poniente, porque tengo una web de Poniente, recibe muchas visitas, y debo preguntarle por el asunto Fuegosucuro. Mucho Fuegosucuro hay en estas... novelitas. Eso significa que tendrá importancia en *Canción de hielo y fuego*, ¿no?

BarnaCon, recordó George. Así se llamaba la convención donde su editor español lo había metido. No quería olvidarlo.

—Esta entrevista, como te habrá informado mi jefe de prensa, será sobre los cuentos de Dunk y Egg. Durará diez minutos y en ese tiempo no te diré nada nuevo sobre *Canción* —respondió, manteniendo la sonrisa.

El Tocho bajó los hombros y pareció sumarse a los objetos inanimados de la habitación: dos incómodos sofás separados por una mesita con una botella de agua y vasos de plástico, y una lámpara de pie con pantalla cónica de plástico translúcido de motivos gaudinianos.

—Hum... Bueno —articuló.

El lema de la camiseta le habría hecho gracia al George de hacía años. Al fin y al cabo, todos sus héroes eran unos marginados. Y, claro está, era mejor que aquel gigante se identificara con Dunk que con un niño rasurado de once años.

—Ponte cómodo, hombre. Cuidado con la lámpara al sentarte; dos de tus compañeros han estado a punto de tirarla. En tu caso temo que la revientes de un



cabezazo.

—Gracias, es un honor —repitió.

Y, tras un único paso y dos gestos serpenteantes para evitar el obstáculo, quedó sentado en el sofá, frente a George. Los psicodélicos colores que proyectaba la lámpara iluminaron esos movimientos, y Martin, por un segundo, se sintió transportado a otra época.

El Tocho buscó las preguntas en el móvil que llevaba en la mano, tuiteó algo, carraspeó. Y disparó.



Había un oso...

—Ser Duncan el Alto, el protagonista de estas novelitas, figura entre los comandantes notables de la Guardia Real en *Tormenta de espadas*. También se menciona que ser Barristan Selmy lo derrotó en el torneo de invierno de Desembarco del Rey —enunció. Se quedó mirando fijamente a George, que dejó de sonreír, mientras su mano derecha seguía tuiteando.

—Mi intención es escribir la crónica de la vida de Dunk y Egg a lo largo de una serie de *novellas* —corrigió, subrayando la palabra— que mantienen la extensión propia del relato medieval, el cual se situaría entre lo que hoy consideramos un cuento y una novela. “El caballero errante” es la primera y está ambientada unos ochenta años antes de lo narrado en *Juego de tronos*. Creo que es una de mis mejores

historias. El contraste entre su tono liviano, la descripción naturalista de los personajes y el posterior giro argumental dan lugar a...

—Sabemos que Egg se convirtió en el rey Aegon V el Improbable —interrumpió impasible el Tocho—. En *Choque de reyes*, el maestre Aemon se identifica como su hermano.



... un oso...

—Eh... Sí, sí. —El dolor de cabeza y el calor se intensificaron, y sintió nacer algo parecido a la ira—. Vas a reencontrarte con un montón de Targaryen, no te preocupes. Cierta descripción de lord Cuervo de Sangre no te decepcionará; ya sabes: «¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Mil y un ojos». Algunas casas que conociste en su declive aquí las encontrarás en su apogeo y, si sabes buscar, podrás identificar a Walder Frey berreando en el momento menos adecuado —le concedió Martin para intentar contentarlo—. Pero, sobre todo, leerás historias sobre gente corriente: caballeros errantes hambrientos, campesinos, ladrones y buscavidas que intentan sobrevivir a las terribles consecuencias de las alianzas o desencuentros entre sus caprichosos y crueles señores. Podríamos decir que la pareja protagonista, ser Duncan y Egg, son los don Quijote y Sancho Panza de Poniente. Los torneos, desde el punto de vista de estos relatos, se convierten en una metáfora de...

—En *Festín de cuervos* se revela que una de las hijas de Aegon V se casó con un miembro de la casa Baratheon y se convirtió en la madre de lord Steffon Baratheon y, por lo tanto, en la abuela de...

—Todo eso no debería importarte mientras lees, por ejemplo, “La espada leal”. Créeme. —George empezaba a impacientarse—. Que los poderosos, con sus estúpidas razones, sigan arrastrando a la guerra a cientos de personas, obligándolas a elegir algo tan absurdo como un bando, nunca dejará de indignarme. Algunos opinarán que estas historias están dirigidas al público juvenil, o que tienen menos aristas que *Canción*, pero yo no puedo...

—En *Danza de dragones*, ser Barristan Selmy habla de la tragedia de Refugio Estival, donde muere...

—¡Deja de interrumpirme! —estalló George—. ¡Y deja en paz la saga y los Fuegoscurio! ¡Que sí, que hago muchas referencias a las rebeliones de los Fuegoscurio y a sus bastardos! ¡En los cuentos! ¡Joder, te cuento la segunda rebelión en “El caballero misterioso”! Oh, sí, los Fuegoscurio tienen algo especial, te has dado cuenta, ¡BRAVO! —Hizo una pausa e intentó recuperar la compostura—. Bien, volvamos al tema. Fíjate en los personajes... Por ejemplo, en ser John el Violinista. Es importante y especial por muchos motivos. Si lees con atención, te darás cuenta de que su búsqueda del amor es diferente a la de Dunk. O en Dunk y en cómo evoluciona la forma de relacionarse con las mujeres en cada relato. Asistiremos a los primeros pasos, temerosos y románticos, de la búsqueda del amor de quien podría parecer un hombre objeto a algunos lectores; el tamaño siempre importa. Pero nos estaríamos equivocando. Aquel ser masculino y angelical que no tiene la intención de ruborizar a nadie, que no desea utilizar ni ser utilizado, pero que posee el *mojo* y no solo las ganas, tiene un nombre: empotrador. Ser Duncan el Inocentón de los Siete Reinos será, para muchas y muchos, Dunk el Empotrador de la mesilla de noche...

El Tocho había dejado de escuchar; volvía a estar absorto en la pantalla de su móvil. Sonreía. Martin dio tal puñetazo en la mesita que los vasos de plástico volaron y la botella bailó.





... ¡un oso!...

—¡Joder, hazme creer al menos que has disfrutado del libro en sí, que he sabido emocionarte, que no todo lo que hago es un puto Cluedo para que tú y los fans de la saga averigüéis dónde cojones está una espada...! ¿No ves que si respondo a todas vuestras preguntas sobre la trama de la saga me dejaréis sin trabajo y vosotros os quedaréis sin *Vientos de invierno*? ¡DEJADME HABLAR DE UNA PUTA VEZ COMO EL ESCRITOR QUE SOY! —bramó, agitando los puños en el aire y con el culo fundido al asiento.

—Ah, quiere hablar de literatura y no de fricadas, ¿lo he entendido bien? El estilo, el mensaje, el contexto de su obra... —El Tocho pareció preocuparse—. Por favor, discúlpeme. No me queda mucho tiempo, pero ¿me permite una última pregunta en ese sentido?

George procuró respirar hondo y no sentirse avergonzado porque un chaval le hubiera hecho perder los nervios.

—Claro, hijo. Dime —respondió con la voz algo ronca.

—Desde el prisma literario, ¿de qué estilo sería la espada *Fuegoscuro*? ¿Cuál es el mensaje del acero valyrio? Y, sobre todo, en el contexto de la obra..., ¿dónde está?



... ¡UN OSO!...

Lo que sucedió a continuación fue algo que Martin nunca pudo entender. Como si hubiera rebotado al caer de un quinto piso, una fuerza ajena lo catapultó desde el sofá, directo a la garganta del Tocho. La rodeó con las manos y se puso a apretar más y más mientras lo hundía en el sofá. Una idea tonta le cruzó la mente —«ESTOS SOFÁS SE QUEDAN PEQUEÑOS PARA TODOS»— y lo devolvió a la realidad. Separó las manos. El Tocho, con motivos para levantarse e incluso para huir, solo intentaba volver a respirar. Tenía los pantalones empapados, y no porque la botella se hubiera roto al caer al suelo. Cuando por fin se levantó, mareado, incrustó la cabeza en la pantalla de la lámpara de pie. De esta manera probó que Martin era el visionario descrito por muchos. «“Y ser Duncan se enfundó el yelmo de hierro.” No, mejor: “Se enfundó el yelmo con *trencadís* en oro y rosa”», se auto-corrigió. Antes de que el Tocho lograra quitarse la pantalla de encima, la bombilla explotó. La electricidad liberada debió de considerar aquel cuerpo mojado como algo muy repelente, porque el Tocho, de yelmo en la testa y reluciente lema en el jubón, voló alto hasta que una pared anuló su trayectoria de forma poco sutil. Martin asistió anonadado al espectáculo «Ser Bala envuelto en chispas», como un niño esperando a que el mago terminara su número. La sorpresa final resultó un móvil chamuscado que le cayó entre los pies. En la pantalla parpadeante pudo leer un tuit nunca enviado:

El gordo no suelta prenda, tendré que apretarle un poco, jajaj



¡¡UN OSOOO!!!

*A Raya Golden,  
por sus dibujos y sus sonrisas.*

# **El caballero errante**

Las lluvias primaverales habían dejado el terreno tan blando que a Dunk no le costó cavar la tumba. Había elegido un punto en la ladera occidental de una colina baja porque al anciano siempre le había gustado ver la puesta de sol.

«Un día más —solía decir con un suspiro—. Quién sabe qué nos traerá la mañana, ¿eh, Dunk?»

Pues bien, una mañana les había traído lluvias que los calaron hasta los huesos; la siguiente, vientos racheados y húmedos; y la siguiente, una helada. Al llegar la cuarta, el anciano estaba tan débil que no podía montar. Y al poco murió. Solo unos días atrás cantaba la vieja canción sobre ir a Puerto Gaviota a ver a una hermosa doncella, pero en vez de «Puerto Gaviota» decía «Vado Ceniza». «Ahí voy, Vado Ceniza, a por la hermosa doncella, ahí voy, ahí voy», pensaba Dunk con tristeza mientras cavaba.

Cuando consideró que el agujero era lo bastante profundo, cogió en brazos el cadáver del anciano y lo llevó allí. En vida había sido un hombre menudo y delgado: sin la cota de malla, el yelmo y el cinto de la espada pesaba menos que un saco de hojarasca. Dunk era altísimo para su edad, un muchacho torpe, desgredado y larguirucho de dieciséis o diecisiete años (nadie lo sabía a ciencia cierta) que medía más de dos varas, pero aún seco de carnes. El anciano solía alabarlo por su fuerza. Siempre fue generoso con los elogios; era lo único que podía ofrecer.

Lo depositó en la tumba y se quedó contemplándolo largo rato. El olor a lluvia volvía a impregnar el aire; sabía que debía llenar el agujero antes de que empezara a llover, pero no se sentía capaz de echar tierra sobre ese rostro viejo y cansado.

«Debería haber un septón aquí para rezar por él, pero solo me tiene a mí.» El anciano le había enseñado todo lo que sabía sobre espadas, escudos y lanzas, pero las palabras nunca habían sido su fuerte.

—Os dejaría aquí vuestra espada, pero seguro que se oxida —balbuceó al final a modo de disculpa—. Seguro que los dioses os dan una nueva. Ojalá no hubierais muerto. —Se detuvo un momento, sin saber si había que decir algo más. No se sabía ninguna plegaria entera; el anciano tampoco había sido hombre de mucho rezar—. Fuisteis un auténtico caballero y solo me pegasteis cuando lo merecí —consiguí formular—. Menos esa vez en Poza de la Doncella. Yo no me comí la empanada de la viuda, fue el chico de la posada, como os conté. Bueno, ya no importa. Los dioses os tengan en su seno, ser Arlan. —Dio una patada al montón de tierra y empezó a llenar el agujero metódicamente, sin mirar lo que yacía en el fondo.

«Ha tenido una vida larga —pensó Dunk—. No le debía de faltar mucho para los sesenta años. ¿Cuántos hombres pueden decir lo mismo?» Al menos vivió para ver una última primavera.

Dio de comer a los caballos mientras el sol avanzaba hacia el oeste. Eran tres: su rocín de lomo ensillado, el palafrén del anciano y Trueno, su caballo de batalla, al que solo montaba en torneo o en combate. El gran semental zaino ya no tenía la fuerza ni

la velocidad de antaño, pero conservaba los ojos brillantes y el espíritu indómito, y era con mucho lo más valioso que poseía Dunk.

«Si vendo a Trueno y a la vieja Tostada, y también las sillas y las riendas, juntaré suficiente plata para...» Dunk frunció el ceño. Solo conocía la vida del caballero errante, que cabalgaba de fortaleza en fortaleza para ponerse al servicio de un señor u otro, luchaba en sus batallas y comía en sus salones hasta que terminaba la guerra y volvía a los caminos. De cuando en cuando también había torneos, aunque con menos frecuencia, y sabía que, en lo peor de los inviernos, algunos caballeros errantes se convertían en salteadores. Pero el anciano no había robado jamás.

«Siempre puedo buscarme a otro caballero errante necesitado de un escudero que le cuide los animales y le limpie la cota de malla —pensó—. O también puedo ir a alguna ciudad, a Lannisport o a Desembarco del Rey, y alistarme en la Guardia de la Ciudad. O quizá...»

Había amontonado las posesiones del anciano bajo un roble. La bolsa del dinero contenía tres venados de plata, diecinueve monedas de cobre y un granate mellado; el caballo y las armas constituían el grueso de sus bienes materiales, como les pasaba a casi todos los caballeros errantes. En ese caso, Dunk era dueño de una cota de malla larga a la que había raspado el óxido mil veces, un yelmo cónico de hierro con protector nasal y una abolladura en la sien izquierda, un cinto de espada de cuero marrón agrietado y una espada larga con vaina de piel y madera. Un puñal, una navaja y una piedra de amolar. Grebas, gorjal, una lanza de once palmos con asta de fresno y punta afilada de hierro, y un escudo de roble con el brocal mellado, que lucía el blasón de ser Arlan del Árbol de la Moneda: un cáliz alado, plata sobre leonado.

Dunk miró el escudo, sopesó el cinto de la espada y volvió a observar el escudo. El cinto estaba cortado a la medida de las caderas flacas del anciano y a él no le servía, igual que la cota de malla. Ató la vaina a una tira de cáñamo, se la anudó a la cintura y desenfundó la espada.

La hoja era recta y pesada, de buen acero forjado en castillo; el puño, de madera, estaba envuelto en cuero blando y culminaba en una piedra negra pulida a modo de pomo. Era una espada sencilla, pero le gustaba sentirla en la mano, y Dunk la había reseguído con la piedra de amolar y el paño aceitado muchas noches antes de acostarse, así que sabía lo afilada que estaba.

«Se acopla tan bien a mi mano como se acoplaba a la suya —pensó para sus adentros—. Y en la dehesa de Vado Ceniza hay un torneo.»

Aunque Buenpaso tenía mejor trote que la vieja Tostada, Dunk estaba cansado y dolorido cuando divisó la posada, una casa alta de tablones enlucidos que se alzaba junto a un arroyo. La luz cálida y amarillenta que se derramaba de las ventanas era tan acogedora que no pudo resistirse.



«Tengo tres monedas de plata —se dijo—. Lo suficiente para una buena comida y toda la cerveza que me apetezca.»

Mientras descabalgaba, un muchachito desnudo salió del arroyo y empezó a secarse con una capa parda de tela basta.

—¿Eres el mozo de cuadra? —le preguntó Dunk. El chaval, pálido y flacucho, no aparentaba más de ocho o nueve años y llevaba los pies embarrados hasta los tobillos. Lo más raro era su pelo: no tenía—. El palafrén necesita un buen cepillado y hay que darles avena a los tres. ¿Puedes ocuparte de ellos?

—Podría. —El crío lo miró con descaro—. Si me diera la gana.

—No pienso tolerar esta clase de respuestas —replicó Dunk con el ceño fruncido—. Para que te enteres, soy un caballero.

—No tenéis pinta de caballero.

—¿Es que todos los caballeros son iguales?

—No, pero no se parecen nada a vos. El cinto de vuestra espada es una cuerda.

—Mientras me sujete la vaina, ya vale. Y ahora encárgate de los caballos. Si lo haces bien, te daré una moneda de cobre. Si no, una colleja. —No se detuvo a ver cómo lo encajaba el mozo de cuadra; se dio media vuelta y entró en la casa.

A esas horas esperaba encontrarse el salón lleno, pero estaba casi desierto. Un joven señor con capa de damasco fino yacía inconsciente en una mesa y roncaba en medio de un charco de vino. No se veía a nadie más. Dunk miró a su alrededor, titubeante, hasta que una mujer bajita y gruesa de piel lechosa salió de las cocinas.

—Sentaos donde queráis —lo invitó—. ¿Qué va a ser? ¿Cerveza o comida?

—Las dos cosas. —Dunk ocupó una silla junto a la ventana, tan lejos como pudo del durmiente.

—Tenemos un cordero muy bueno, asado con hierbas, y unos patos que ha cazado mi hijo. ¿Qué os pongo?

—Las dos cosas. —Hacía más de medio año que no comía en una posada.

—Con vuestro tamaño, no me extraña. —La mujer rio. Le llevó una jarra de cerveza a la mesa—. ¿Querréis también una habitación para esta noche?

—No. —Dunk habría dado cualquier cosa por un blando colchón de paja y un techo sobre la cabeza, pero no podía gastar tanto. Tendría que conformarse con el suelo—. Un poco de comida y cerveza, y rumbo a Vado Ceniza. ¿Queda muy lejos?

—A una jornada a caballo. Donde el camino se bifurca en el molino quemado, torced hacia el norte. ¿Mi chico está ocupándose de vuestros caballos o ya se ha vuelto a escapar?

—No, está fuera. Veo que no tenéis mucha clientela.

—Medio pueblo ha ido a ver el torneo. Hasta los míos estarían allí si se lo hubiera permitido. Cuando muera, heredarán esta posada, pero el crío lo único que quiere es andar con soldados, y la chiquilla se pone todo suspiros y risitas en cuanto ve pasar a un caballero. ¿Y por qué, quisiera yo saber? Los caballeros son como el resto de los hombres, y nunca he visto ninguna justa que cambie el precio de los huevos. —Miró

a Dunk con curiosidad: la espada y el escudo le decían una cosa; el cinto de cuerda y la túnica basta, otra muy diferente—. ¿Vais al torneo?

Dunk tomó un sorbo de cerveza antes de responder. Era tostada y espesa, justo como le gustaba.

—Sí. Voy a ser campeón.

—¿De verdad? —inquirió la posadera con cortesía.

Al otro lado de la estancia, el joven señor levantó la cabeza del charco de vino. Bajo la mata alborotada de pelo castaño claro, tenía una tez cetrina, enfermiza, que la barba rubia de dos días no conseguía ocultar. Se limpió la boca con la mano y miró a Dunk.

—He soñado contigo. —Lo señaló con un dedo tembloroso—. Ni te me acerques, ¿entendido? No te atrevas a acercarte.

Dunk se quedó mirándolo, inseguro.

—¿Cómo decís, mi señor?

—No le hagáis caso. —La posadera se inclinó hacia él—. No hace más que beber y hablar de lo que ha soñado. Voy a por la comida. —Y se alejó a toda prisa.

—¿Comida? —repitió el joven caballero. En su boca, la palabra sonó obscena. Se puso en pie tambaleante, pero tuvo que apoyarse en la mesa—. Voy a vomitar. —Tenía la pechera de la sobrevesta llena de manchas reseca de vino—. Venía a por una puta, pero no queda ninguna. Todas se han ido a Vado Ceniza. Por los dioses, necesito más vino. —Salió de la estancia con paso inseguro; Dunk lo oyó subir por las escaleras canturreando entre dientes.

«Qué ser tan patético. ¿Y por qué diantres cree que me conoce?» Meditó sobre ello mientras se bebía la cerveza.

Era el mejor cordero que había comido nunca, y el pato aún estaba más rico, asado con cerezas y limones, casi sin grasa. La posadera le sirvió también guisantes con mantequilla y pan de avena recién horneado.

«¿Así viven los caballeros? —se preguntó al tiempo que mordisqueaba los últimos restos de carne del hueso—. Buena comida, toda la cerveza que les plazca, nadie que les dé collejas...» Pidió otra jarra de cerveza con la comida, una tercera para pasarla y una cuarta porque no había nadie para decirle que no; cuando acabó, pagó con un venado de plata y la mujer aún le devolvió un puñado de monedas de cobre.

Cuando salió de la posada ya era noche cerrada. Tenía el estómago lleno y el monedero algo aligerado, pero se sintió de maravilla mientras caminaba hacia los establos. Antes de llegar se escapó un relincho de la caballeriza.

—Tranquilo, muchacho —oyó que respondía una voz infantil. Dunk aceleró el paso con el ceño fruncido.

El mozo de cuadra estaba montado en Trueno y llevaba la armadura del anciano. La cota de malla era más larga que él y tenía que inclinarse el yelmo hacia atrás para que no le tapara los ojos. Parecía muy concentrado. Y muy ridículo. Dunk se detuvo

en la puerta del establo y se echó a reír. El chico levantó la vista. Se le subieron los colores y saltó del caballo.

—Mi señor, no quería...

—¡Ladrón! —replicó Dunk en un intento de parecer severo—. Quítate esa armadura y da gracias de que Trueno no te haya reventado la cabeza a coces. Es un caballo de batalla, no un poni para mocosos.

El niño se quitó el yelmo y lo tiró a la paja.

—Puedo montarlo tan bien como vos —aseguró, con todo el atrevimiento del mundo.

—Cierra la boca, insolente. Y quítate esa cota de malla. ¿Se puede saber qué hacías?

—¿Cómo os lo voy a decir con la boca cerrada? —El crío se despojó de la cota de malla y la dejó caer al suelo.

—Te doy permiso para abrir la boca y responder. Y haz el favor de recoger esa cota, sacudirle la porquería y volver a ponerla en su sitio. Y el yelmo. ¿Has dado de comer a los caballos, como te he dicho? ¿Has cepillado a Buenpaso?

—Sí. —El chico sacudió la paja de la cota de malla—. Vais a Vado Ceniza, ¿a que sí? Llevadme con vos, señor.

Justo lo que le había dicho la posadera.

—Seguro que a tu madre no le haría ninguna gracia.

—¿Mi madre? —Frunció el ceño—. Mi madre está muerta, ya no le hace gracia nada.

Se sorprendió. Entonces, ¿la posadera no era su madre? Tal vez el chaval estaba allí como aprendiz. Dunk no era capaz de pensar con claridad. Debía de ser por la cerveza.

—¿Eres huérfano? —preguntó, inseguro.

—¿Y vos?

—Lo fui, lo fui. —«Hasta que el anciano me recogió.»

—Si me lleváis con vos, seré vuestro escudero.

—No necesito escudero.

—Todo caballero necesita un escudero —replicó el chico—. Y me parece que vos más que ninguno.

Dunk levantó la mano en gesto amenazador.

—Y tú lo que necesitas es una buena colleja. Tráeme una saca de avena. Me voy a Vado Ceniza. Yo solo.

El chico no le tenía el menor miedo, o lo disimulaba muy bien. Se quedó allí, desafiante, cruzado de brazos, y justo cuando Dunk iba a darse por vencido se giró y fue por la avena.

«Es una pena —pensó con alivio—, pero aquí, en la posada, le dan buena vida, mejor que la que tendría como escudero de un caballero errante. No le haría ningún favor si me lo llevo.»

Pero la decepción del muchacho saltaba a la vista. Dunk montó a lomos de Buenpaso y cogió las riendas de Trueno, y pensó que tal vez se animaría con una moneda de cobre.

—Toma, por tu ayuda.

Le lanzó la moneda con una sonrisa, pero el mozo de cuadra no intentó atraparla. Cayó entre sus pies descalzos y allí se quedó.

«La recogerá en cuanto me vaya», se dijo Dunk. Dio la vuelta al palafrén y dejó atrás la posada tirando de los otros dos caballos. Los árboles brillaban a la luz de la luna, y las estrellas salpicaban el cielo sin nubes. Pero, mientras se alejaba por el camino, seguía notando en la espalda la mirada hosca y silenciosa del mozo de cuadra.

Las sombras de la tarde empezaban a alargarse cuando Dunk tiró de las riendas frente a la dehesa de Vado Ceniza. Sobre la hierba se alzaban ya unos sesenta pabellones: unos grandes, otros pequeños; unos redondos, otros cuadrados; de lona, de paño o de seda, pero todos de vivos colores y con estandartes que ondeaban en la cima de cada poste central. Resultaban más vistosos que un prado de flores silvestres, con esos rojos intensos y amarillos luminosos, con todas las tonalidades del verde y el azul, con negros profundos, grises y violetas.

El anciano había cabalgado con algunos de esos caballeros; a otros Dunk solo los conocía por las historias que se contaban en las tabernas y en torno a las hogueras de los campamentos. Aunque nunca había aprendido la magia de leer ni de escribir, el anciano le había enseñado a conciencia la heráldica, y a menudo le repetía la retahíla mientras cabalgaban. Los ruseñores eran de lord Caron de las Marcas, tan diestro con el arpa alta como con la lanza. El venado coronado correspondía a ser Lyonel Baratheon, apodado Tormentalegre. Dunk divisó el cazador de los Tarly, el relámpago púrpura de la casa Dondarrion y la manzana roja de los Fossoway. Allí rugía el león de los Lannister, oro sobre gules, y más allá la tortuga marina color verde oscuro de los Estermont nadaba en un campo de sinople. La tienda marrón que había bajo el semental rojo tenía que ser la de ser Otho Bracken, al que todos llamaban la Bestia de Bracken desde que matara a lord Quentyn Blackwood, hacía ya tres años, en un torneo en Desembarco del Rey. Dunk tenía entendido que ser Otho le asestó tal golpe con el hacha roma de mango largo que le hundió la visera y la cara. Vio también estandartes de los Blackwood en el extremo oeste de la dehesa, lo más lejos posible de ser Otho. Marbrand, Mallister, Cargyll, Westerling, Swann, Mullendore, Hightower, Florent, Frey, Penrose, Stokeworth, Darry, Parren, Wylde... Por lo visto, no había casa señorial del oeste y del sur que no hubiera enviado a Vado Ceniza un caballero o más para ver a la hermosa doncella y justar por ella.

Podía deleitarse contemplando los pabellones, pero sabía que allí no había sitio para él. Esa noche, su único cobijo sería una raída capa de lana. Se comería una

tajada de carne en salazón, seca y correosa, mientras los grandes caballeros cenaban capones y cochinitos. Sabía demasiado bien que, si acampaba en ese alegre mar de tiendas, lo recibirían con un silencio desdeñoso y burlas indisimuladas. Quizá unos cuantos lo tratarían de manera amable, pero en cierto modo eso era aún peor. El caballero errante tenía que aferrarse a su orgullo; sin él no era más que un mercenario.

«Tengo que ganarme un lugar entre ellos. Si lucho bien, puede que algún señor me tome al servicio de su casa, y entonces cabalgaré en compañía noble, cenaré carne fresca en los salones del castillo y tendré un pabellón propio en los torneos. Pero para eso tengo que luchar bien.» Muy a su pesar, dio la espalda a los terrenos del torneo y dirigió a los caballos hacia los árboles.

En las afueras de la extensa pradera, a menos de media legua de la ciudad y el castillo, había un arroyo. Dio con un recodo donde la corriente se transformaba en una poza honda y, en la orilla, los juncos crecían a la sombra de un olmo de denso follaje. La hierba primaveral estaba blanda y tan verde como el estandarte de un caballero. Era un rincón hermoso, y nadie se había apoderado de él.

«Este será mi pabellón —se dijo Dunk—, un pabellón con un techo de hojas más verdes que los estandartes de los Tyrell y los Estermont.» Primero se encargó de los caballos; después se desnudó y se bañó en la poza para quitarse el polvo del camino. «Un auténtico caballero es tan limpio como piadoso», le había inculcado el anciano para que cada luna se lavaran de la cabeza a los pies, tanto si olían mal como si no. Al fin, Dunk era caballero y se prometió que seguiría con aquel hábito.

Se sentó desnudo bajo el olmo para secarse y disfrutó de la brisa cálida de la primavera mientras contemplaba el movimiento perezoso de una libélula entre los juncos. «¿Por qué en algunos sitios las llaman mariposas dragón? De dragón no tienen nada.» De todas formas, Dunk no había visto un dragón en su vida. El anciano ser Arlan, sí, en cambio: le había contado una cincuentena de veces que, cuando era niño, su abuelo lo había llevado a Desembarco del Rey y habían visto al último dragón el año antes de que muriera. Era una hembra verde de alas secas, pequeña y atrofiada; ni uno solo de sus huevos había eclosionado. «Se decía que el rey Aegon la había envenenado —explicaba el anciano—. Aegon III, no el padre del rey Daeron, sino al que llamaban Veneno de Dragón y también Aegon el Desafortunado. Esas bestias le daban miedo, porque el dragón de su tío había devorado a su madre delante de él. Desde que murió el último dragón, los veranos han sido más cortos, y los inviernos, más largos y más duros.»

El sol se hundía entre las copas de los árboles y comenzaba a refrescar. Cuando se le empezó a poner la carne de gallina, Dunk sacudió la sobrevesta y los calzones contra el tronco del olmo para quitarles el polvo y volvió a ponérselos. Al día siguiente buscaría al maestro de justas para inscribirse, pero esa noche tenía que ocuparse de otros asuntos si quería participar en el desafío.

No le hacía falta examinar su reflejo en el agua para saber que no tenía demasiada pinta de caballero, de modo que se colgó el escudo de ser Arlan a la espalda para lucir el blasón. Ató los caballos, los dejó pastando bajo el olmo y echó a andar hacia los terrenos del torneo.

Cuando no había festejos, la dehesa era terreno comunal para los habitantes de Vado Ceniza, que estaba al otro lado del río, pero en esos momentos nadie lo habría dicho. De la noche a la mañana había brotado una segunda ciudad, una villa de seda en vez de piedra, más grande y hermosa que su hermana mayor. En el lindero, docenas de comerciantes habían montado tenderetes donde vendían fieltros y frutas, cintos y plumas, pieles y mieles, botas, especias, piedras preciosas, cacharros de barro y de peltre y todo tipo de mercancías. Malabaristas, titiriteros y magos se fundían con la multitud para exhibir sus habilidades, al igual que las prostitutas y los rateros. Dunk, siempre cauteloso, no apartaba la mano de la bolsa de monedas.

Le llegó el olor de unas salchichas que chisporroteaban en un fuego humeante y se le hizo la boca agua. Pagó una moneda de cobre por una y un cuerno de cerveza para acompañarla, y cenó mientras veía a un caballero de madera luchar contra un dragón de madera. La marionetista que manejaba el dragón también era digna de admirar: una belleza con la piel aceitunada y el pelo negro típicos de Dorne. Era esbelta como una lanza, de pechos casi imperceptibles, pero a Dunk le gustó su rostro y cómo movía los dedos para hacer danzar al dragón al final de los cordeles. Si le hubiera sobrado alguna moneda, se la habría echado, pero en esos momentos necesitaba hasta el último cobre.

Tal como había esperado, también había tenderetes de armeros. Un tyroshi con barba azul de dos puntas vendía yelmos ornamentados: unas obras espléndidas y fantasiosas en forma de aves o bestias, cinceladas en oro y plata. Más allá dio con un forjador de espadas que pregonaba acero barato y, al lado, con otro de labor mucho más habilidosa; pero no era una espada lo que le hacía falta.

El mercader que necesitaba estaba al final de la hilera. Ante él, en la mesa, exhibía una hermosa cota de malla y un par de guanteletes de escamas superpuestas de acero. Dunk los examinó con atención.

—Buen trabajo —comentó.

—No lo encontrarás mejor.

El herrero era un tipo achaparrado que no pasaba de los ocho palmos, pero con el pecho y los brazos tan fuertes como los de Dunk. Tenía la barba negra, las manos enormes y ni rastro de modestia.

—Necesito una armadura para el torneo —dijo Dunk—. Una buena armadura de malla, con gorjal, grebas y yelmo cerrado. —El yelmo cónico del anciano le cabía, pero quería defenderse el rostro con algo más que el protector nasal.

El herrero lo miró de la cabeza a los pies.

—Eres grande, pero he armado a hombres más grandes que tú. —Salió de detrás de la mesa—. Ponte de rodillas, vamos a medirte los hombros. Y también este cuello tan ancho que tienes. —Dunk se arrodilló y el armero le extendió de hombro a hombro una tira de piel con nudos, soltó un gruñido, le rodeó el cuello con la cinta y gruñó otra vez—. Levanta el brazo. No, el derecho. —Tercer gruñido—. Ya te puedes poner de pie. —El largo de pierna interior, el perímetro de la pantorrilla y el tamaño de la cintura suscitaron más gruñidos—. Tengo en el carro unas cuantas piezas que te pueden servir —dijo cuando terminó—. Nada de adornitos de oro y plata, ¿eh? Buen acero, del duro, y ya está. Yo hago yelmos con forma de yelmo, no de cerdos alados ni frutas exóticas. Los míos te protegen si recibes una lanzada en la cara.

—Es lo único que quiero —respondió—. ¿Cuánto?

—Ochocientos venados; hoy me siento generoso.

—¿Ochocientos? —Era más de lo que esperaba—. Eh... Podría pagarte una parte con piezas de armadura viejas, de talla más pequeña: un yelmo cónico, una cota de malla...

—Pate Acero solo vende lo que fabrica —declaró el comerciante—, pero siempre puedo usar el metal. De acuerdo, si no está muy oxidado te lo dejo por seiscientos.

Dunk podría haber suplicado que se la fiara, pero imaginaba cuál habría sido la respuesta. Había viajado mucho con el anciano y sabía bien que los mercaderes desconfiaban de los caballeros errantes, algunos de los cuales eran poco más que ladrones.

—Te doy dos monedas de plata ahora, y mañana, las piezas de armadura y el resto del dinero.

El armero lo miró fijamente.

—Por dos monedas de plata te la reservo un día, pero luego se la vendo al primero que pase.

Dunk sacó los venados de la bolsa y los depositó en la mano encallecida del armero.

—Hecho. Voy a ser el campeón de este torneo.

—Claro, claro. —Pate mordió una moneda—. Imagino que toda esta gente ha venido para animarte a ti, ¿verdad?

La luna ya brillaba alta en el cielo cuando se encaminó de nuevo hacia el olmo. Detrás, la dehesa de Vado Ceniza resplandecía a la luz de las antorchas. Le llegaban los sonidos de risas y canciones, volando sobre la hierba, pero él estaba de un humor sombrío. Solo se le ocurría una manera de reunir el dinero para la armadura, y si salía derrotado...

—Solo me hace falta una victoria —masculló en voz alta—. No es mucho pedir.

Pero el anciano ni siquiera habría aspirado a una. Ser Arlan no volvió a justar después de que el príncipe de Rocadragón lo descabalgara en un torneo en Bastión de



Tormentas, hacía ya muchos años.

«No todo el mundo puede presumir de haber roto siete lanzas contra el mejor caballero de los Siete Reinos —había comentado en más de una ocasión—. Es imposible llegar más alto, así que ¿para qué voy a intentarlo?»

Dunk tenía la sospecha de que la retirada de ser Arlan se debía más a la edad que al príncipe de Rocadragón, pero nunca osó insinuárselo. El anciano, al fin y al cabo, tenía orgullo.

«Soy rápido y fuerte, siempre me lo decía; puede que a mí me vaya mejor que a él», afirmó para sus adentros, testarudo.

Estaba abriéndose paso por un campo de maleza, cavilando sobre sus posibilidades, cuando atisbó la luz de una hoguera entre los arbustos. «¿Qué pasa aquí?» Dunk no se paró a pensar: al instante tenía la espada en la mano y corría por la hierba. Se lanzó hacia el claro entre rugidos y palabrotas, pero se detuvo en seco al ver al niño junto al fuego.

—¡Pero si eres tú! —Bajó la espada—. ¿Qué haces aquí?

—Asar pescado —replicó el crío calvo—. ¿Os apetece?

—Quiero decir que cómo has llegado hasta aquí. ¿Has robado un caballo?

—Me he subido al carro de un hombre que traía corderos al castillo para la mesa del señor de Vado Ceniza.

—Pues si no se ha marchado ya, vuélvete con él o busca otro carro. Aquí no vas a quedarte.

—No podéis obligarme a marcharme —soltó el niño con impertinencia—. Estoy harto de la posada.

—Pues no pienso tolerar más insolencias —amenazó Dunk—. Debería cargarte al caballo ahora mismo y llevarte a casa.

—Tendríais que ir hasta Desembarco del Rey, y os perderíais el torneo.

Desembarco del Rey. Por un momento Dunk pensó que el crío estaba burlándose de él; pero no, no tenía manera de saber que él también había nacido allí. «Otro desgraciado del Lecho de Pulgas, seguro. No me extraña que quisiera salir de ese cubil.»

Se sintió muy idiota, plantado con la espada en la mano ante un huérfano de ocho años, así que la devolvió a la vaina, pero siguió con el ceño fruncido, para que al chico le quedara claro que no iba a tolerarle más tonterías.

«Al menos debería darle una buena tunda», pensó, pero el niño tenía una pinta tan lastimosa que se le pasaron las ganas. Echó un vistazo al campamento. El fuego chisporroteaba alegre en medio de un círculo ordenado de piedras. Los caballos estaban cepillados y la ropa colgaba de las ramas del olmo, secándose sobre las llamas.

—¿Y eso de ahí?

—He lavado la ropa —respondió el niño—. También he cuidado de los caballos, he encendido la hoguera y he pescado. Os habría plantado el pabellón, pero no lo he

encontrado.

—Este es mi pabellón. —Dunk describió un arco con la mano para señalar las ramas del olmo que se alzaba sobre ellos.

—Esto es un árbol. —El crío no se dejaba impresionar fácilmente.

—Un caballero de verdad no necesita más pabellón. Prefiero dormir bajo las estrellas que en una tienda llena de humo.

—¿Y si llueve?

—El árbol me dará refugio.

—Debajo del árbol os vais a calar.

—Es verdad. —Dunk no pudo contener la risa—. De acuerdo, si quieres que te diga la verdad, no tengo dinero para un pabellón. Y como no le des la vuelta a ese pescado, se te va a quemar por abajo y quedará crudo por arriba. Así no llegarás nunca a pinche de cocina.

—Llegaría si me diera la gana —replicó el crío, pero le dio la vuelta al pescado.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —quiso saber Dunk.

—Me lo afeitaron los maestros. —Se cubrió con la capucha marrón oscuro de la capa, como si le hubiera entrado vergüenza de repente.

Dunk tenía entendido que a veces los maestros rapaban el pelo para acabar con piojos o larvas, o para tratar algunas enfermedades.

—¿Estás malo?

—No. ¿Cómo os llamáis?

—Dunk.

El condenado mocososo se revolcó de risa como si fuera lo más gracioso que había oído en la vida.

—¿Dunk? ¿Ser Dunk? Ese no es nombre de caballero. ¿Es un diminutivo de Duncan?

¿Sería un diminutivo de Duncan? Desde que le alcanzaba la memoria, el anciano lo había llamado Dunk, y no conservaba demasiados recuerdos de su vida anterior.

—Duncan, sí. Ser Duncan de... —Dunk no tenía ningún otro nombre, ni tampoco casa; ser Arlan lo había recogido cuando vivía entre los burdeles y los callejones del Lecho de Pulgas. Nunca supo quiénes eran sus padres. ¿Qué iba a decir? «Ser Duncan del Lecho de Pulgas» no sonaba muy caballeresco. Podía elegir «el Árbol de la Moneda», pero ¿y si le preguntaban dónde quedaba? No había estado jamás en el Árbol de la Moneda, y el anciano no le había contado gran cosa del lugar. Frunció el ceño y al final soltó de golpe—: Ser Duncan el Alto.

Era alto, eso nadie se lo iba a discutir, y el nombre tenía gancho. Sin embargo, la sabandija no era del mismo parecer.

—En mi vida he oído hablar de ningún ser Duncan el Alto.

—Ah, ya, así que conoces a todos los caballeros de los Siete Reinos.

—A los buenos, sí —replicó el crío, desafiante.

—Yo soy tan bueno como el que más, y todo el mundo lo sabrá después del torneo. ¿Y tú cómo te llamas, ladronzuelo?

El niño titubeó un instante antes de responder.

—Egg.

Dunk no se rio.

«Es verdad que tiene la cabeza como un huevo. Los niños a veces son muy crueles, y los adultos, también.»

—Muy bien, Egg. Pues que sepas que debería darte una buena paliza y mandarte de vuelta a casa, pero lo cierto es que no tengo pabellón ni tampoco escudero. Si me prometes que harás todo lo que te diga, te dejo que me sirvas durante el torneo, y luego ya veremos. Si decido que vale la pena tenerte a mi servicio, tendrás ropa y comida. Puede que la ropa sea de esparto, y la comida, carne o pescado en salazón, o venado muy de vez en cuando, siempre que no haya hombres de los bosques a la vista; pero no pasarás hambre. Y te prometo que no te pegaré a menos que te lo merezcas.

—Sí, lord Duncan. —Egg sonrió.

—Llámame ser Duncan —lo corrigió Dunk—. Solo soy un caballero errante.

¿Lo estaría viendo el anciano? «Le enseñaré las artes de la batalla igual que vos me enseñasteis a mí. Parece buen muchacho; tal vez algún día llegue a caballero.»

El pescado estaba un poco crudo por dentro y el chico no le había quitado todas las espinas, pero estaba muchísimo más rico que la carne dura en salazón.

Egg se durmió enseguida junto a los rescoldos del fuego; Dunk se tumbó con las enormes manos tras la cabeza, contemplando el cielo nocturno. Desde el lejano recinto del torneo le llegaba la música. Había estrellas a millares, y vio una caer, una estela color verde que surcó la negrura antes de desaparecer.

«Las estrellas fugaces dan buena suerte —pensó Dunk—. Todos los demás están en sus pabellones mirando un techo de seda, no de estrellas, así que la suerte será solo para mí.»

Por la mañana se despertó con el cacarear de un gallo. Egg seguía allí, acurrucado bajo la segunda mejor capa del anciano.

«No se ha escapado por la noche, algo es algo.»

Le dio una patadita.

—Levanta, tenemos trabajo. —El chico se incorporó de inmediato y se frotó los ojos—. Ayúdame a ensillar a Buenpaso.

—Y de desayunar, ¿qué?

—Carne en salazón. Cuando terminemos.

—Antes me como el caballo..., señor —protestó Egg.

—Lo que vas a comerte es un puño de los míos como no hagas lo que te digo.

»Trae los cepillos, están en la alforja de la silla. Sí, en esa.

Juntos estregaron al palafrén acanelado, lo ensillaron con la mejor montura de ser Arlan y lo cincharon bien. Dunk observó que, cuando ponía empeño, Egg era buen trabajador.

—Estaré fuera casi todo el día —lo informó al tiempo que montaba—. Tú quédate aquí y pon orden en el campamento. Y que no venga ningún otro ladrón.

—¿Me dais una espada para que los espante? —pidió Egg.

Dunk se fijó en que tenía los ojos de un azul muy oscuro, casi violeta, y parecían enormes en esa cabeza pelada.

—No, con un cuchillo basta y sobra. Y más te vale seguir aquí cuando vuelva, ¿entendido? Como se te ocurra robarme y huir, te daré caza, te lo juro. Con perros.

—No tenéis perros —señaló Egg.

—Ya me los buscaré, especiales para ti.

Dunk orientó a Buenpaso hacia la dehesa y partió al trote con la esperanza de que bastara la amenaza para que el chico fuera honrado. Todo lo que poseía en el mundo, aparte de la ropa que llevaba puesta, el caballo que montaba y la armadura que transportaba en las alforjas, estaba en ese campamento.

«Soy idiota, no debería confiar tanto en ese niño, pero es lo mismo que el anciano hizo por mí —reflexionó—. La Madre me lo ha enviado para que pague mi deuda.»

Al cruzar el prado, le llegó un repiqueteo de martillazos junto a la ribera, donde los carpinteros clavaban las barreras de las justas y levantaban gradas para los espectadores. También estaban erigiendo nuevos pabellones. Los caballeros que ya habían llegado dormían la borrachera de la noche anterior o empezaban a desayunar. El olor a humo y a beicon flotaba en el aire.

Al norte de la dehesa corría el río Sulcos, afluente del caudaloso Mander, y más allá de las aguas bajas se extendían la ciudad y el castillo. Dunk había visto muchas ciudades de mercado en los viajes con el anciano, y esa le pareció de las bonitas: las casas encaladas con techo de paja le daban un aspecto acogedor. De pequeño, a menudo se había preguntado cómo sería vivir en un hogar así: dormir cada noche a cubierto y despertar todos los días entre las mismas paredes.

«Puede que pronto lo averigüe. Y Egg también lo sabrá. Bien podría ser, sí. Cosas más extrañas suceden a diario.»

El castillo de Vado Ceniza era una edificación triangular de piedra con torres redondas en los vértices, de once varas de altura, unidas por gruesas murallas almenadas. En los merlones ondeaban banderolas color anaranjado con el sol y el cabrio blancos de su señor. Ante las puertas, soldados con librea naranja y blanca montaban guardia con alabardas mientras la gente iba y venía, y parecían más interesados en bromear con una lechera bonita que en impedirle la entrada a nadie. Dunk refrenó a la yegua frente al barbudo de baja estatura al que tomó por el capitán y preguntó por el maestro de justas.

—Tienes que hablar con Plummer, el mayordomo. Espera, que te acompañe.

Una vez en el patio, un mozo de cuadra se llevó a Buenpaso. Dunk se colgó del hombro el abollado escudo de ser Arlan y siguió al capitán de la guardia por detrás de los establos hasta una torreta incrustada en un ángulo de la muralla. Los peldaños de piedra que llevaban al adarve eran empinados.

—¿Vienes a inscribir a tu señor en las justas? —le preguntó el capitán mientras subían.

—Vengo a inscribirme yo.

—¿De verdad? —¿Había esbozado una sonrisa burlona? Dunk no lo sabía con certeza—. Es esa puerta. Te dejo, tengo que volver a mi puesto.

Dunk abrió la puerta y se encontró al mayordomo ante una mesa, un simple tablón con caballetes; estaba escribiendo en un pergamino con el cálamo. Tenía el pelo blanco y ralo, y el rostro enjuto, afilado.

—¿Sí? —Levantó la vista—. ¿Qué quieres?

Dunk cerró la puerta.

—¿Eres Plummer, el mayordomo? Vengo a alistarme en las justas.

—El torneo de mi señor es para caballeros. —Plummer apretó los labios—. ¿Tú eres caballero?

Asintió, sin saber si se le estarían poniendo coloradas las orejas.

—¿Caballero con nombre y todo?

—Dunk. —¿Por qué demonios había dicho eso?—. Ser Duncan. El Alto.

—¿Y se puede saber de dónde eres, ser Duncan el Alto?

—De todas partes. He servido como escudero a ser Arlan del Árbol de la Moneda desde que tenía cinco o seis años. Aquí traigo su escudo. —Se lo mostró al mayordomo—. Venía con él al torneo, pero le dio un helor y murió, así que voy a justar yo por él. Me armó caballero con su propia espada antes de morir.

Dunk desenvainó la espada larga y la dejó en la mesa de madera estropeada, entre los dos. El maestro de justas dedicó apenas una mirada a la hoja.

—Es una espada, no cabe duda. Pero nunca he oído hablar del tal Arlan del Árbol de la Moneda. Así que eras su escudero...

—Siempre me dijo que quería que yo fuera caballero, como él. Cuando estaba agonizando, me mandó llevarle la espada y me pidió que me arrodillara. Me tocó una vez en el hombro derecho y otra en el izquierdo, dijo unas palabras, y cuando me levanté ya era caballero.

—Ya, claro. —El tal Plummer se frotó la nariz—. Cualquier caballero puede armar caballeros, sí, aunque la costumbre es velar una noche y que un septón te unja antes de pronunciar los votos. ¿Hubo algún testigo?

—Un petirrojo en un espino. Lo oí piar mientras el anciano decía las palabras. Me encomendó que fuera un buen caballero, obedeciera a los siete dioses, defendiera a los débiles y a los inocentes, sirviera con lealtad a mi señor y defendiera el reino con todas mis fuerzas, y juré que así sería.

—No me cabe duda. —A su pesar, Dunk advirtió que Plummer se negaba a llamarlo ser Duncan—. Tendré que consultarlo con lord Ashford. ¿Alguno de los caballeros que han venido al torneo te conoce, a ti o a tu difunto maestro?

—Hay un pabellón con el blasón de la casa Dondarrion, el negro con el relámpago púrpura, ¿verdad?

—Sí, el de ser Manfred.

—Ser Arlan sirvió a su señor padre en Dorne hace tres años. Puede que ser Manfred se acuerde de mí.

—Pues te aconsejo que hables con él. Si te avala, que venga contigo mañana a esta misma hora.

—Así será, mi señor. —Se dirigió a la puerta.

—Ser Duncan —lo detuvo el mayordomo. Dunk se dio la vuelta—. Supongo que serás consciente de que los derrotados en el torneo entregan armas, armadura y caballo a los vencedores, y tienen que pagar rescate para recuperarlo todo.

—Lo sé.

—¿Tienes dinero para pagar ese rescate?

En esa ocasión no tuvo ninguna duda de que se le pusieron rojas las orejas.

—No me hará falta —replicó, rezando para no equivocarse. «Solo necesito una victoria. Si gano la primera justa, tendré la armadura y el caballo del perdedor, o su oro, y estaré en condiciones de afrontar una derrota.»

Bajó los escalones despacio, pensando a regañadientes en lo que tenía que hacer a continuación. Una vez en el patio, paró a un mozo de cuadra que pasaba corriendo.

—Tengo que hablar con el caballerizo mayor de lord Ashford.

—Voy a buscarlo.

Dentro de los establos se estaba fresco y había poca luz. Un indómito semental tordo le lanzó un bocado al pasar junto a él, pero Buenpaso se limitó a soltar un débil relincho y, cuando Dunk le tocó el hocico, se frotó contra él.

—Tú sí que eres buena, ¿a que sí? —murmuró.

El anciano le había dicho muchas veces que un caballero no debía encariñarse con un caballo, porque se le moriría más de uno, pero ni él mismo seguía su propio consejo. En más de una ocasión, Dunk lo había visto gastar la última moneda de cobre en una manzana para la vieja Tostada, o en avena para Trueno y Buenpaso. El palafrén había sido la montura de ser Arlan y lo había transportado incansable miles y miles de leguas, de una punta a otra de los Siete Reinos. Dunk tenía la sensación de estar traicionando a un viejo amigo, pero no le quedaba otra opción. Tostada era tan vieja que no valía casi nada, y necesitaba a Trueno para las justas.

El caballerizo se hizo esperar. Mientras aguardaba, Dunk oyó un toque de trompetas en las murallas y una voz en el patio. La curiosidad le pudo y condujo a Buenpaso hasta la puerta del establo para ver qué sucedía. Un numeroso grupo de caballeros y arqueros entraba a caballo por las puertas: eran al menos cien, y las monturas eran las más espléndidas que Dunk hubiera visto nunca.

«Ha llegado un gran señor.» Agarró por el brazo a un mozo de cuadra que pasaba corriendo a su lado.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—¿No ves los estandartes? —El mozo le lanzó una mirada de extrañeza antes de escabullirse.

«Los estandartes...» Dunk alzó la vista: en ese momento, una ráfaga de viento agitó la seda negra que coronaba la larga asta, y el fiero dragón de tres cabezas de la casa Targaryen pareció desplegar las alas y escupir fuego rojo. El portaestandarte era un caballero alto con loriga de escamas blancas e incrustaciones de oro y una capa nívea que le ondeaba a la espalda. Las armaduras de otros dos jinetes que iban con él también eran totalmente blancas. «Caballeros de la Guardia Real con el estandarte del rey.» Claro, por eso lord Ashford y sus hijos habían salido a toda prisa del castillo, y también la hermosa doncella, una chica bajita de pelo rubio y cara redonda y sonrosada. «Pues a mí no me parece tan hermosa», pensó Dunk. La titiritera era más bonita.

—Chaval, suelta ese jamelgo y ocúpate de mi caballo —ordenó un jinete que acababa de desmontar frente a la caballeriza.

«Me lo dice a mí», comprendió Dunk.

—No soy mozo de cuadra, mi señor.

—¿No te da el cerebro para tanto? —El que le hablaba llevaba una capa negra con ribete de seda roja sobre un atuendo brillante como el fuego, todo en rojo, oro y amarillo. Era esbelto como una daga, pero de estatura media, y más o menos de la misma edad que Dunk. Los rizos de oro blanco le enmarcaban el rostro, anguloso y altivo, de frente amplia, pómulos afilados, nariz recta y piel blanca, tersa e inmaculada. Tenía los ojos de color violeta oscuro—. Si no sabes cuidar de un caballo, tráeme vino y una moza bonita.

—Eh... Mi señor..., perdón, pero tampoco soy un criado. Tengo el honor de ser caballero.

—Malos tiempos corren para la caballería —replicó el joven príncipe.

En ese momento se acercó corriendo un mozo de cuadra y el señor se volvió para entregarle las riendas del palafrén, de espléndido pelaje alazán rojizo, y se olvidó al instante de Dunk. Este aprovechó para volver a entrar en el establo, aliviado: no se encontraba a gusto entre los señores de los pabellones y no tenía nada que discutir con príncipes.

Porque no le cabía duda de que el guapo muchacho era un príncipe; por las venas de los Targaryen corría la sangre de la desaparecida Valyria, al otro lado de los mares, y se distinguían del común de los mortales por el pelo de oro blanco y los ojos violeta. Dunk sabía que el príncipe Baelor era mayor, pero el joven podía ser un hijo suyo: Valarr, al que solían llamar el Príncipe Joven para diferenciarlo de su padre, o Matarys, el Príncipe Aún Más Joven, como lo había apodado en cierta ocasión el bufón del anciano lord Swann. Había más príncipes, los primos de Valarr y Matarys,



porque el bondadoso rey Daeron tenía cuatro hijos adultos, tres de ellos con hijos a su vez. En tiempos de su padre, la estirpe de los reyes dragón había estado a punto de extinguirse, pero, a decir de la gente, Daeron II y sus vástagos habían garantizado el linaje hasta el fin de los tiempos.

—Eh, tú. ¿Has preguntado por mí? —El caballero mayor de lord Ashford tenía la tez congestionada, que parecía aún más roja con aquella librea naranja, y hablaba con brusquedad—. ¿Para qué? No tengo tiempo de...

—Quiero vender este palafrén —lo interrumpió Dunk antes de que pudiera despacharlo—. Es una yegua excelente, de paso seguro...

—Acabo de decirte que no tengo tiempo. —No se dignó mirar dos veces a Buenpaso—. Mi señor de Ashford no necesita más caballos. Llévala a la ciudad, a ver si Henly te da unas monedas. —Y se dio la vuelta para marcharse.

—Gracias, mi señor. —Dunk se apresuró a detenerlo—. Mi señor, ¿ha venido el rey?

El caballero se rio ante la ocurrencia.

—No, gracias a los dioses; ya tenemos bastante con esta plaga de príncipes. ¿Dónde voy a encontrar yo establo para tanto animal? ¿Y forraje? —Se alejó a grandes zancadas gritando órdenes a los mozos de cuadra.

Lord Ashford se había marchado ya a los salones del castillo con sus principescos invitados cuando Dunk salió del establo, pero dos caballeros de la Guardia Real, con sus armaduras blancas y sus capas níveas, remoloneaban aún por el patio, charlando con el capitán de la guarnición. Dunk se detuvo frente a ellos.

—Mis señores, soy ser Duncan el Alto.

—Bienhallado, ser Duncan —le respondió el caballero blanco más corpulento—. Yo soy ser Roland Crakehall, y este es mi hermano juramentado, ser Donnel del Valle Oscuro.

Los siete campeones de la Guardia Real eran los mejores guerreros de los Siete Reinos, superados solo por el príncipe heredero, el propio Baelor Rompelanzas.

—¿Habéis venido a tomar parte en las justas? —inquirió Dunk, nervioso.

—No estaría bien que cabalgáramos contra los mismos a los que juramos proteger —respondió ser Donnel, de barba y cabellera rojizas.

—El príncipe Valarr tiene el honor de ser uno de los campeones de lady Ashford —le explicó ser Roland— y dos primos suyos quieren participar en los desafíos. Los demás hemos venido solo como espectadores.

Aliviado, Dunk dio las gracias a los caballeros blancos por su amabilidad y salió a caballo por las puertas del castillo antes de que lo abordara algún otro príncipe.

«Tres príncipes jóvenes, tres», pensó mientras guiaba al palafrén hasta las calles de la ciudad de Vado Ceniza. Valarr era el hijo mayor del príncipe Baelor, el segundo en la línea de sucesión al Trono de Hierro, pero Dunk no sabía hasta qué punto habría heredado la legendaria destreza de su padre con la lanza y la espada. Menos aún sabía sobre los otros príncipes Targaryen. «¿Qué hago si tengo que montar contra un

príncipe? A lo mejor ni me dejan desafiar a alguien de tan alta cuna.» No tenía ni idea. El anciano solía decirle que tenía el seso de corcho, y en ese momento le daba toda la razón.

A Henly le gustó mucho Buenpaso hasta que Dunk le dijo que quería venderla; a partir de entonces, no le encontró más que defectos y le ofreció trescientas monedas de plata. Dunk replicó que el precio era de tres mil. Tras mucho discutir y maldecir, llegaron a un acuerdo por setecientos cincuenta venados de plata, mucho más cerca del precio de partida de Henly, con lo que Dunk sintió que había perdido ese combate. Pero el comerciante de caballos se negó en redondo a subir la oferta, y no le quedó más remedio que ceder. La segunda parte de la discusión empezó cuando Dunk le dijo que el precio no incluía la silla y Henly se empeñó en que sí.

Al final cerraron el trato y, mientras Henly iba a buscar el dinero, Dunk acarició las crines a Buenpaso y le dijo que fuera valiente.

—Si gano, volveré para comprarte, te lo prometo.

No le cabía duda de que, para entonces, los defectos del palafrén se habrían desvanecido y tendría que pagar el doble por ella.

El comerciante le dio tres piezas de oro y el resto en plata. Dunk mordió una de las de oro y sonrió: era la primera vez que las probaba, que las tenía en la mano. Las llamaban «dragones», porque en una cara estaba acuñado el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen. En la otra aparecía el busto del rey. Dos de las monedas que le había dado Henly llevaban el rostro del rey Daeron, pero la tercera, más antigua y desgastada, mostraba a otro hombre. El nombre estaba escrito bajo la cabeza, pero no sabía leer, y también se fijó en que el oro de los cantos estaba limado. Se lo indicó sin reparo alguno a Henly, que protestó, pero al final le ofreció el equivalente en unas pocas monedas de plata y un puñado de las de cobre. Dunk le devolvió algunos cobres y señaló a Buenpaso.

—Para ella —señaló—. Esta noche, dale un poco de avena y una manzana.

Se colgó el escudo de un brazo y se echó al hombro el saco con piezas de armadura para recorrer las calles soleadas de Vado Ceniza. Se sentía raro con tanto dinero en la bolsa: casi embriagado, por una parte, pero también inquieto. El anciano nunca le había confiado más de una moneda o dos. Con lo que llevaba encima podría vivir un año entero. «¿Y luego qué? ¿Vender a Trueno?» Ese camino llevaba a la mendicidad y al bandidaje. «No volveré a tener una oportunidad como esta; debo arriesgarlo todo.»

Cuando vadeó el río de regreso a la orilla sur del Sulcos, la mañana casi tocaba a su fin y los terrenos del torneo habían vuelto a cobrar vida. Los vendedores de vino y los guisanderos de salchichas estaban haciendo negocio; un oso bailaba al ritmo que marcaba su amo mientras un cantante entonaba «El oso y la doncella»; los malabaristas practicaban sus juegos, y los titiriteros acababan de terminar otro combate.

Dunk se detuvo para ver la muerte del dragón de madera. Cuando la marioneta del caballero le cortó la cabeza y el serrín rojo se derramó por la hierba, rio de buena gana y le lanzó a la muchacha un par de monedas de cobre.

—Una va por la de anoche —le dijo.

La chica cazó las monedas en el aire y lo recompensó con la sonrisa más dulce que había visto jamás.

«¿Es a mí a quien sonrías, o a las monedas?» Dunk no había estado nunca con una mujer, y lo ponían nervioso. En cierta ocasión, hacía ya tres años, cuando el anciano tenía la bolsa bien llena tras medio año al servicio del ciego lord Florent, le dijo a Dunk que había llegado la hora de llevarlo a un burdel para hacer de él un hombre. Pero el anciano estaba muy borracho; al recuperar la sobriedad no recordaba nada, y a Dunk le dio vergüenza comentárselo. Además, tampoco le entusiasmaba lo de estar con una prostituta. Si no podía tener a una doncella de noble cuna, como correspondía a un caballero, al menos que fuera una mujer que lo apreciara más que a su plata.

—¿Quieres tomar un cuerno de cerveza? —preguntó a la titiritera, ocupada en recoger la sangre de serrín para volver a meterla en el dragón—. Quiero decir, conmigo. O una salchicha. Anoche me comí una y estaba buena. Creo que son de cerdo.

—Gracias, mi señor, pero tenemos otra función. —La chica se incorporó y corrió hacia la fiera y gorda dorniense que manejaba la marioneta del caballero, y Dunk se quedó allí con cara de idiota. Pero le gustaba su manera de correr.

«Es guapa. Y alta. No tendría que arrodillarme para besarla.» Porque besar sí que sabía. Una joven tabernera de Lannisport le había enseñado hacía un año, pero era tan bajita que había tenido que sentarse en la mesa para que ella le alcanzara los labios. El recuerdo provocó que le ardieran las orejas. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Debía concentrarse en las justas, no en los besos.

Los carpinteros de lord Ashford estaban encalando las barreras de madera que separarían a los justadores, altas hasta la cintura, y Dunk se quedó un rato mirándolos trabajar. Había cinco pistas, dispuestas de norte a sur para que a ningún caballero le diera el sol de frente al cabalgar. Al este de la cerca habían erigido una tribuna de tres pisos con un entoldado de color naranja para proteger del sol y la lluvia a las damas y los señores. La mayoría de los asientos eran bancos, pero habían instalado cuatro sillas de respaldo alto en el centro de la grada, sin duda para lord Ashford, la hermosa doncella y los príncipes visitantes.

En el extremo más oriental del prado habían colocado un estafermo, y una docena de caballeros se dedicaban a practicar contra él, haciendo girar el mástil horizontal cada vez que golpeaban el escudo astillado del extremo. Dunk observó el ataque de la Bestia de Bracken y luego el de lord Caron de las Marcas.

«Tengo el peor caballo de todos», pensó con desasosiego.

Al lado, otros entrenaban a pie y peleaban con espadas de madera mientras los escuderos los azuzaban con groserías. Un joven fornido se defendía de un caballero ágil y rápido como un puma. Ambos lucían en el escudo la manzana roja de los Fossoway, y la del joven no tardó en saltar en mil pedazos.

—Esta manzana aún no está madura —se burló el mayor, al tiempo que lo golpeaba en el yelmo.

Para cuando aceptó la derrota, el Fossoway joven estaba ensangrentado y lleno de magulladuras, mientras que su oponente apenas si había empezado a sudar. Se levantó la visera del yelmo, miró a su alrededor y se fijó en Dunk.

—¡Eh, vos, el grandullón! El caballero del cáliz alado. ¿Qué lleváis ahí? ¿Una espada larga?

—Es mía por derecho —replicó Dunk a la defensiva—. Soy ser Duncan el Alto.

—Y yo, ser Steffon Fossoway. ¿Queréis probar suerte contra mí, ser Duncan el Alto? Me vendría bien alguien diferente con quien cruzar espadas. Como habréis visto, mi primo aún no está maduro.

—Aceptad, ser Duncan —lo apremió el Fossoway derrotado, que estaba quitándose el yelmo—. Yo no estoy maduro, cierto, pero mi querido primo está podrido hasta el corazón. Venga, sacadle las semillas a golpes.

Dunk rehusó. ¿A qué venía que esos jóvenes señores lo enzarzaran en sus disputas? No le interesaba en absoluto.

—Os lo agradezco, pero me reclaman otros asuntos.

Tampoco le gustaba llevar tanto dinero encima; cuanto antes pagara la armadura a Pate Acero, mejor. Pero ser Steffon le lanzó una mirada desdeñosa.

—Al caballero errante lo reclaman unos asuntos. —Miró alrededor y dio con otro posible adversario que deambulaba por allí—. Me alegro de veros, ser Granee. Venid a luchar contra mí. Ya me sé todos los trucos de mi primo Raymun, y por lo visto ser Duncan tiene que irse urgentemente a errar por ahí. Venid, venid.

Dunk se alejó, rojo hasta las orejas. Él no sabía trucos, ni pequeños ni grandes, y no quería que lo vieran pelear antes del torneo. El anciano le había advertido muchas veces que, cuanto más se conocía al rival, más fácil resultaba derrotarlo, y ser Steffon parecía de los que identificaban los puntos débiles del contrario al primer vistazo. Dunk era fuerte y veloz, tenía la ventaja del peso y de la envergadura, pero sabía que no estaba a la altura de los otros caballeros en cuanto a destreza. Ser Arlan le había enseñado tan bien como había podido, pero el anciano no había sido un gran caballero ni en sus tiempos mozos. Los grandes caballeros no erraban por los caminos ni morían en las veredas embarradas.

«Yo no voy a acabar así —se juró Dunk—. Les demostraré que soy mucho más que un caballero errante.»

—¡Ser Duncan! —El Fossoway más joven había salido corriendo tras él—. Perdonad que os haya insistido para pelear contra mi primo. Es un arrogante, y al ver

vuestra estatura he pensado que... En fin, he obrado mal. No lleváis armadura, y él os habría roto la mano o la rodilla de haber tenido ocasión. Le encanta herir a los posibles rivales durante los entrenamientos; así luego, si se los cruza en las justas, son más vulnerables.

—Pues a vos no os ha herido.

—Porque soy de la familia, aunque la suya sea la rama superior del manzano, como no deja de recordarme. Me llamo Raymun Fossoway.

—Me alegro de conoceros. ¿Vais a tomar parte en el torneo? ¿Y vuestro primo?

—Él sí, claro. En cuanto a mí, ya me gustaría, pero aún soy escudero. Mi primo me ha prometido que me armará caballero, pero siempre dice que no estoy maduro...

—Raymun tenía el rostro cuadrado, la nariz chata y el pelo corto y enmarañado, pero su sonrisa era encantadora—. Vos tenéis pinta de desafiante. ¿A quién pensáis enfrentaros?

—A quien sea —replicó Dunk. Esa era la respuesta cortés, aunque sí que importaba, y mucho—. No voy a entrar en las justas hasta el tercer día.

—Claro, y para entonces ya habrán caído algunos campeones —convino Raymun—. Bueno, que el Guerrero os sea propicio.

—Lo mismo os deseo.

«¿Y yo soy caballero y él no es más que escudero? Uno de los dos es un imbécil.» Las monedas le tintineaban en el bolsillo a cada paso, pero sabía que se arriesgaba a perderlas en cualquier instante. Hasta las normas del torneo jugaban en su contra: sería casi imposible que se enfrentara a un rival novato o débil.

Podían organizarse una docena de clases de torneos; todo dependía de los gustos del señor anfitrión. En algunos se producían enfrentamientos simulados entre equipos de caballeros, y en otros, melés, un todos contra todos en el que ganaba el último que quedaba en pie. Si era un torneo de combates individuales, los emparejamientos se echaban a suertes o los decidía el maestro de justas.

Lord Ashford había convocado el torneo para conmemorar el decimotercer día del nombre de su hija. La hermosa doncella estaría sentada al lado de su padre como reina del amor y la belleza, y cinco caballeros lucirían favores suyos y la defenderían. Los demás estaban obligados a retar a esos campeones, y quien derrotara a uno ocuparía su lugar hasta que otro desafiante lo descabalgara. Cuando atardeciera el tercer día de justas, los cinco caballeros que quedaran decidirían si la hermosa doncella debía conservar la corona del amor y la belleza o si debía llevarla otra en su lugar.

Dunk contempló la hierba de los terrenos y las sillas vacías de la tribuna y reflexionó. Lo único que le hacía falta era una victoria, una nada más, y se labraría un nombre: sería uno de los campeones de la dehesa de Vado Ceniza, aunque solo fuera durante un rato. El anciano había vivido casi sesenta años y nunca había sido campeón.

«Tampoco es tanto pedir, si los dioses me son propicios.»

Se acordó de todas las canciones que se cantaban sobre el ciego Symeon Ojos de Estrella, el noble Serwyn del Escudo Espejo, el príncipe Aemon el Caballero Dragón, ser Ryam Redwyne o Florian el Bufón. Todos habían obtenido grandes victorias contra enemigos mucho más temibles que aquellos a los que él iba a enfrentarse.

«Pero eran grandes héroes, hombres valerosos de noble cuna; menos Florian, claro. ¿Y yo? ¿Qué soy yo? ¿Dunk del Lecho de Pulgas o ser Duncan el Alto?»

No tardaría en averiguarlo. Se echó al hombro la saca con la armadura y se encaminó hacia los tenderetes de los comerciantes en busca de Pate Acero.

Egg había trabajado con esmero en el campamento, como comprobó Dunk, satisfecho. Se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que el escudero hubiera huido de nuevo.

—¿Os han dado mucho por el palafrén? —preguntó el chico.

—¿Cómo sabes que la he vendido?

—Porque os habéis ido a caballo y volvéis a pie, y si os la hubieran robado, no estaríais tan tranquilo.

—Me han dado suficiente para esto. —Dunk le enseñó la armadura nueva—. Para ser caballero tendrás que aprender a distinguir el acero bueno del malo. Mira, este es excelente. Es de malla doble, cada anillo está entrelazado con otros dos, ¿ves? Protege más que la malla simple. En cuanto al yelmo, Pate ha redondeado la parte superior; fíjate en la curva: un hachazo o una espada resbalarán, mientras que en un yelmo plano harían mella. —Dunk se lo puso—. ¿Qué tal me queda?

—No tiene visera —señaló Egg.

—Tiene respiraderos. Las viseras son puntos débiles. —Eso le había dicho Pate Acero—. Si supieras cuántos caballeros se han llevado un flechazo en el ojo porque se han levantado la visera para respirar aire fresco, no te pondrías uno ni loco.

—Ni cimera —insistió Egg—. No tiene nada de nada.

Dunk se quitó el yelmo.

—Exacto, perfecto para mí. Fíjate en el brillo del acero, ¿ves? Pues es tu deber que siga así de reluciente. ¿Sabes cómo se restriega una cota de malla?

—En el barril de arena que no tenéis. ¿Habéis comprado también un pabellón?

—Tanto no me han dado. —«Este crío es más descarado de lo que le conviene; debería quitarle ese vicio a golpes.» Pero sabía que no iba a hacerlo: le gustaba el descarado. No le iría mal a él mismo ser un poco más descarado. «Mi escudero tiene más agallas que yo. Y más seso»—. Has hecho un buen trabajo en el campamento, Egg. Mañana me acompañarás a ver los terrenos del torneo. Compraremos avena para los caballos y pan para nosotros, y a lo mejor hasta un trozo de queso. En un tenderete vendían queso del bueno.

—Pero no tendré que entrar en el castillo, ¿no?

—¿Por qué no? Algún día viviré en uno. Mi sueño es presidir la mesa al menos una vez en la vida.

El crío no dijo nada.

«Le debe de dar miedo entrar en los salones de un señor —pensó Dunk—. Es normal, ya se le pasará cuando se haga mayor.» Volvió a admirar la armadura nueva. ¿Cuánto tiempo podría lucirla?

Ser Manfred era un hombre flaco de gesto perpetuamente amargado. Llevaba una sobrevesta negra hendida por el relámpago morado de la casa Dondarrion, pero Dunk lo habría reconocido de inmediato solo por la indómita cabellera cobriza.

—Ser Arlan servía a vuestro señor padre cuando lord Caron y él hicieron salir al Rey Buitre de las Montañas Rojas —le dijo, rodilla en tierra—. Yo no era más que un niño por aquel entonces, pero era su escudero. El de ser Arlan del Árbol de la Moneda.

—No caigo. —Ser Manfred frunció el ceño—. Y de ti tampoco me acuerdo, muchacho.

—Este era su emblema. —Dunk le mostró el escudo del anciano—. El cáliz alado.

—Mi señor padre fue a esas montañas con ochocientos caballeros y casi cuatro mil hombres de a pie. No pensarás que me acuerdo de todos, ni del escudo que llevaba cada uno. A lo mejor estabas con nosotros, sí, pero... —Ser Manfred se encogió de hombros.

Dunk se quedó sin palabras.

«Al anciano lo hirieron cuando estaba al servicio de vuestro padre, ¿cómo podéis no acordaros de él?»

—Necesito que un señor o un caballero responda por mí, o no podré tomar parte en los desafíos.

—Y a mí ¿qué? Ya me has hecho perder bastante tiempo —bufó ser Manfred.

Si volvía al castillo sin el apoyo de ser Manfred, estaría perdido. Dunk clavó los ojos en el relámpago morado bordado en la lana negra de la sobrevesta.

—Me acuerdo de cuando vuestro padre contó a todo el campamento la historia de cómo vuestra casa consiguió ese emblema. Una noche de tormenta, cuando el primero de vuestro linaje llevaba un mensaje por las Marcas de Dorne, una flecha mató a su caballo y lo tiró por tierra. Vio salir de la oscuridad a dos dornienses vestidos con cota de malla y yelmos con cimera. La espada se le había roto en la caída, así que se vio perdido. Pero, cuando los dornienses se cernían sobre él para matarlo, cayó un rayo: un relámpago morado de brillo cegador que se partió en dos, alcanzó el acero de los dornienses y los fulminó. El mensaje que llevaba proporcionó al rey de la Tormenta la victoria sobre Dorne, y como muestra de gratitud concedió al

mensajero el título de señor. Fue el primer lord Dondarrion, y decidió lucir en sus armas un relámpago púrpura hendido sobre campo sable estrellado.

Dunk había albergado la esperanza de conmovier a ser Manfred con aquella historia. Imposible estar más equivocado.

—No hay limpiaorinales ni mozo de cuadra al servicio de mi padre que no conozca esa historia, y no por eso son caballeros. Puedes retirarte.

Dunk regresó al castillo hundido y derrotado, sin saber qué podía decirle a Plummer para que le permitiera participar en los desafíos. El mayordomo no estaba en las estancias del torreón, pero un guardia le comunicó que se encontraba en el salón principal.

—¿Lo espero aquí? ¿Cuánto va a tardar? —preguntó Dunk.

—¿Y yo qué sé? Haz lo que te dé la gana.

El salón principal no era el más grande de los salones, pero Vado Ceniza tampoco era el más grande de los castillos. Dunk atravesó una puerta lateral y no tardó en divisar al mayordomo, reunido con lord Ashford y una docena de hombres al final de la estancia. Se dirigió hacia ellos sin apartarse de una pared engalanada con tapices de frutas y flores de lana.

—... seguro que no estarías tan tranquilo si fueran tus hijos —espetó un hombre muy airado mientras Dunk se acercaba a ellos. Tenía el pelo lacio y la barba recortada tan rubios que parecían blancos a la escasa luz de la sala, pero cuando estuvo más cerca vio que eran de color plata claro con destellos dorados.

—No es la primera vez que Daeron hace una cosa así —repuso otro. Dunk no veía quién era porque Plummer estaba en medio—. No deberías haberle ordenado que tomara parte en las justas. Los torneos no son lo suyo, ni lo de Aerys, ni lo de Rhaegel.

—Lo que quieres decir es que prefiere montar a una puta que a caballo —replicó el primero. El príncipe, pues sin duda se trataba de un príncipe, era robusto e imponente, y vestía una brigantina de cuero con tachones de plata bajo una gruesa capa negra ribeteada de armiño. La barba de plata le cubría solo en parte las marcas de viruela de las mejillas—. No necesito que me recuerden los defectos de mi hijo, hermano. Solo tiene dieciocho años, está a tiempo de cambiar. Y cambiará, por los dioses que cambiará, o juro que lo veré muerto.

—No digas tonterías. Daeron será como sea, pero sigue llevando tu sangre y la mía. No me cabe duda de que ser Roland nos lo traerá, y también a Aegon.

—Para entonces el torneo habrá terminado.

—Si el torneo es lo que te preocupa, Aeron está aquí y maneja la lanza mucho mejor que Daeron.

Dunk ya podía ver al segundo hombre. Estaba sentado en el trono con un fajo de pergaminos en la mano, y lord Ashford se encontraba de pie junto a él. A juzgar por



las largas piernas, que tenía estiradas, incluso sentado parecía una cabeza más alto que los demás. Las canas le salpicaban el pelo oscuro, cortado al rape; tenía la mandíbula cuadrada e iba bien afeitado, y le habían roto la nariz más de una vez. Aunque vestía con sencillez, con un jubón verde, manto marrón y botas desgastadas, su presencia era imponente; lo envolvía un aura de poder y seguridad.

Solo entonces se le pasó por la cabeza a Dunk que se había metido en una conversación privada.

«Mejor me voy y vuelvo luego, cuando hayan terminado», pensó. Pero ya era tarde: el príncipe de barba plateada acababa de fijarse en él.

—¿Quién sois y cómo osáis interrumpirnos así? —lo interpelló con tono brusco.

—Es el caballero a quien estaba esperando nuestro buen mayordomo. —La sonrisa que le dirigió a Dunk el hombre del trono daba a entender que había advertido su presencia desde el principio—. Aquí los únicos que interrumpimos somos tú y yo, hermano. Acercaos, señor.

Dunk se aproximó sin saber muy bien qué esperaban de él. Lanzó una mirada a Plummer, pero no encontró ayuda en el hosco mayordomo, tan contundente el día anterior y tan callado en ese momento, con la vista clavada en las losas del suelo.

—Mis señores —empezó—, he pedido a ser Manfred Dondarrion que respondiera por mí para poder tomar parte en las justas, pero se ha negado. Dice que no me conoce, pero os juro que ser Arlan sirvió a sus órdenes. Tengo su escudo y su espada, y he...

—Escudo y espada no hacen caballero —lo interrumpió lord Ashford, un hombre calvo y corpulento de rostro redondo congestionado—. Plummer me ha hablado de ti. Aun aceptando que esas armas pertenecieran al tal ser Arlan del Árbol de la Moneda, también podría ser que te lo hubieras encontrado muerto y las hubieras robado. A menos que tengas pruebas mejores de lo que dices, algo escrito o...

—Recuerdo bien a ser Arlan del Árbol de la Moneda —declaró el hombre del trono con voz queda—. Que yo sepa, nunca ganó un torneo, pero tampoco se deshonoró jamás. Hace dieciséis años, en Desembarco del Rey, derribó en la melé a lord Stokeworth y al Bastardo de Harrenhal; muchos años antes, en Lannisport, descabalgó al mismísimo León Gris. El león no estaba tan gris por aquel entonces, claro.

—Me lo contó muchas veces —corroboró Dunk.

El hombre alto clavó los ojos en él.

—En ese caso seguro que recuerdas el verdadero nombre del León Gris, ¿verdad?

Durante un momento Dunk se quedó en blanco.

«El anciano me contó la historia unas mil veces, mil veces; el león, el león, se llamaba... se llamaba...» Ya estaba al borde de la desesperación cuando de repente se le hizo la luz.

—¡Ser Damon Lannister! —gritó—. ¡El León Gris! Ahora es el señor de Roca Casterly.

—Así es —confirmó el hombre alto con parsimonia—. Y mañana tomará parte en las justas. —Agitó los pergaminos que tenía en la mano.

—¿Cómo puedes acordarte de un caballero errante sin importancia que tuvo la suerte de descabalar a Damon Lannister hace dieciséis años? —inquirió el príncipe de la barba plateada con el ceño fruncido.

—Tengo por costumbre averiguar todo lo posible sobre mis adversarios.

—¿Y por qué te dignaste justar contra un caballero errante?

—Fue hace nueve años, en Bastión de Tormentas. Lord Baratheon organizó unos juegos para celebrar el nacimiento de su nieto, y ser Arlan me tocó en suerte para la primera justa. Rompimos cuatro lanzas antes de que pudiera descabalarlo.

—Siete —lo corrigió Dunk—, ¡y fue contra el príncipe de Rocadragón!

Se arrepintió antes de terminar la frase. Casi pudo oír al anciano regañándolo: «Dunk el Tocho, seso de corcho».

—En efecto. —El príncipe de la nariz rota sonrió, amable—. Ya sé que las historias crecen cada vez que se cuentan. No penséis mal de vuestro anciano maestro, pero me temo que solo fueron cuatro lanzas.

Dunk agradeció la penumbra para sus adentros; notaba de nuevo las orejas rojas.

—Mi señor... —«No, no, ya te has vuelto a equivocar»—. Alteza. —Cayó de rodillas y agachó la cabeza—. Fueron cuatro, como vos decís; no pretendía... No era mi intención... El anciano, ser Arlan, siempre decía que tengo el seso de corcho y que soy más lento que un uro.

—Y más fuerte que un uro también, a juzgar por vuestro aspecto —señaló Baelor Rompelanzas—. No hay nada que perdonar. Levantaos.

Dunk se puso en pie sin saber si debía mantener la cabeza gacha o podía mirar al príncipe a los ojos.

«Estoy ante Baelor Targaryen, príncipe de Rocadragón, mano del rey y primero en la línea sucesoria al Trono de Hierro de Aegon el Conquistador. ¿Qué puede decirle un caballero errante a alguien así?»

—Re... recuerdo que le devolvisteis el caballo y la armadura sin pedirle rescate —tartamudeó—. El viejo..., digo, ser Arlan me dijo que erais la personificación de la caballería y que algún día los Siete Reinos estarían a salvo en vuestras manos.

—Recemos para que sea dentro de muchos años —apuntó el príncipe Baelor.

—¡Claro! —se apresuró a añadir Dunk, horrorizado. «No quería decir que el rey debía morir», estuvo a punto de agregar; por suerte se contuvo a tiempo—. Lo siento, mi señor. Digo, alteza.

A buenas horas recordó que el hombre corpulento de la barba plateada había llamado «hermano» al príncipe Baelor.

«¡Seré idiota! Él también es de la sangre del dragón.» Sin duda era el príncipe Maekar, el menor de los cuatro hijos del rey Daeron. El príncipe Aerys solo pensaba en sus libros y el príncipe Rhaegel era un demente tímido y enfermizo; ninguno de los dos habría atravesado medio reino para asistir a un torneo. En cambio, de Maekar

se decía que era un guerrero formidable, aunque siempre a la sombra de su hermano mayor.

—Así que queréis tomar parte en las justas —siguió el príncipe Baelor—. Es cosa del maestro de justas, pero no veo por qué no.

—Como digáis, mi señor. —El mayordomo inclinó la cabeza.

Dunk balbuceó unas palabras de gratitud, pero el príncipe Maekar lo cortó en seco.

—Entendido, entendido, vuestra gratitud es inmensa. Y ahora, fuera de aquí.

—Por favor, perdonad a mi noble hermano —dijo el príncipe Baelor—. Dos de sus hijos se han extraviado de camino hacia aquí y está preocupado por ellos.

—Con las lluvias de primavera se han desbordado muchos riachuelos —señaló Dunk—. Puede que se hayan retrasado, nada más.

—No he venido aquí a escuchar los consejos de un caballero errante —espetó el príncipe Maekar a su hermano.

—Podéis retiraros —indicó a Dunk con gentileza el príncipe Baelor.

—Sí, mi señor.

Hizo una reverencia y dio media vuelta; pero, antes de que se alejara, el príncipe lo llamó.

—Una última cosa. ¿No sois de la sangre de ser Arlan?

—Sí, mi señor. No, quiero decir, no. No.

El príncipe señaló el escudo abollado de Dunk, que lucía el cáliz alado.

—Por ley, solo el hijo legítimo puede heredar las armas de un caballero. Tendréis que buscaros vuestro propio emblema.

—Lo haré. Gracias otra vez, alteza. Ya veréis, lucharé con valentía. —«Tan valiente como Baelor Rompelanzas», solía decir el anciano.

Los comerciantes de vino y salchichas bullían de actividad, y las prostitutas se paseaban sin disimulo entre tenderetes y pabellones. Las había bonitas, sobre todo una pelirroja. Dunk no conseguía apartar la vista de sus pechos, que se mecían a cada paso bajo el vestido suelto. Recordó la plata que llevaba en la bolsa.

«Si quisiera, sería mía. Seguro que le gustaría el sonido de mis monedas. Me la podría llevar al campamento y sería mía, toda la noche si me apeteciera.» Nunca se había acostado con una mujer, y a lo mejor moría en el primer lance. El anciano se lo había advertido: los torneos eran peligrosos, pero las mujeres, también. «Podría robármelo todo mientras duermo. ¿Y qué haría yo entonces?» La pelirroja, que había pasado de largo, se volvió para lanzarle una mirada; Dunk negó con la cabeza y se alejó.

Encontró a Egg viendo el espectáculo de marionetas, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la capucha bien encasquetada para ocultar la falta de pelo. El niño no había querido entrar en el castillo, cosa que Dunk atribuía a una mezcla de timidez

y vergüenza. «Se cree indigno de relacionarse con damas y señores, o peor, con príncipes.» A él le había sucedido lo mismo cuando era pequeño: más allá del Lecho de Pulgas se extendía un mundo tan atrayente como aterrador. «Egg solo necesita un poco de tiempo, eso es todo.» Mientras, en vez de obligar al crío a ir al castillo, lo mejor era darle unas pocas monedas de cobre para que se entretuviera entre los tenderetes.

Esa mañana los titiriteros estaban contando la historia de Florian y Jonquil. La obesa dorniense manejaba los hilos de Florian, vestido con su armadura multicolor, mientras que la joven alta daba vida a Jonquil.

—¡No eres un caballero! —exclamaba, mientras la mandíbula de la marioneta se movía arriba y abajo—. Eres Florian el Bufón.

—Así es, mi señora —respondió la otra marioneta, arrodillándose—. El mayor bufón del mundo, y también el mejor caballero.

—¿Bufón y caballero al mismo tiempo? ¿Dónde se ha visto tal cosa?

—Mi señora —repuso Florian—, cuando hay una mujer de por medio, todos los hombres son bufones y todos los hombres son caballeros.

Era una buena función, triste y tierna a la vez, con una viva pelea a espada al final y un gigante muy bien pintado. Cuando terminó, la mujer gorda pasó entre los espectadores para recoger monedas mientras la chica guardaba las marionetas.

Dunk fue a buscar a Egg y luego se acercó a ella.

—¿Sí, mi señor? —inquirió la chica con una mirada de reojo y un atisbo de sonrisa. Dunk le sacaba una cabeza, pero aun así era la muchacha más alta que había visto en su vida.

—Ha estado muy bien —comentó Egg con entusiasmo—. Me encanta cómo mueves a Jonquil, al dragón, a todos los que has sacado. El año pasado vi otra función de marionetas, pero se movían como a trompicones. Las tuyas tienen más gracia.

—Eres muy amable —respondió la joven con cortesía.

—Y tus muñecos están muy bien tallados —intervino Dunk—. Sobre todo el dragón: es temible. ¿Los hacéis vosotros?

—Mi tío los talla y yo los pinto —explicó ella.

—¿Podrías pintarme una cosa? Te pagaré. —Se descolgó el escudo del hombro y se lo mostró—. Quiero tapar el cáliz.

La chica examinó el escudo y luego clavó los ojos en él.

—¿Qué quieres que pinte?

Dunk no se había parado a pensarlo. ¿Qué podía lucir en lugar del cáliz alado? No se le ocurría nada. «Dunk el Tocho, seso de corcho.»

—Pues... no sé. —Con horror, se dio cuenta de que las orejas se le estaban poniendo coloradas—. Ay, estoy comportándome como un bufón.

—Todos los hombres son bufones y todos los hombres son caballeros. —La muchacha sonrió.

—¿Qué colores tienes? —preguntó, a ver si eso le daba alguna idea.

—Puedo mezclar las pinturas para conseguir el color que quieras.

A Dunk siempre le había parecido tristón el leonado del anciano.

—Me gustaría el campo del color del ocaso —decidió de repente—. Al anciano le gustaban los ocasos. Y la figura...

—Un olmo —intervino Egg—. Un olmo grande, como el de la poza, con el tronco marrón y las ramas verdes.

—Sí, buena idea —corroboró Dunk—. Un olmo... pero con una estrella fugaz encima. ¿Podrías pintarlo?

—Claro. Dame el escudo; esta noche te lo pintaré y así lo tendrás para mañana.

—Me llaman ser Duncan el Alto. —Dunk le entregó el escudo.

—Yo soy Tanselle, y los chicos me llamaban Tanselle la Titana porque soy demasiado alta —explicó entre risas.

—No eres demasiado alta —farfulló Dunk—. Eres perfecta para... —Se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir y se sonrojó aún más.

—¿Para...? —Tanselle ladeó la cabeza, inquisitiva.

—Para las marionetas —terminó con un hilo de voz.

El primer día de torneo amaneció radiante y despejado. Dunk había comprado un saco de provisiones y prepararon huevos de ganso, pan frito y tocino, pero cuando se lo encontró todo listo se dio cuenta de que no tenía apetito. Sentía el estómago duro como una piedra, y eso que sabía que ese día no iba a montar. El derecho al primer desafío era para los caballeros de alta cuna y más renombre, para los señores y sus hijos y para los campeones de torneos anteriores.

Egg se pasó el desayuno parlotando acerca de varios caballeros y prediciendo cómo les iría.

«No mentía al decir que conocía a los mejores caballeros de los Siete Reinos», pensó Dunk algo arrepentido. En cierto modo era humillante tener que escuchar con tanta atención lo que decía un huérfano flacucho, pero, si le tocaba enfrentarse con alguno de esos hombres, lo que sabía Egg podía serle de mucha utilidad.

El prado era un hervidero de gente que trataba de abrirse camino a codazos para ver el torneo más de cerca. Dunk tenía dos codos, como todo el mundo, pero era más alto que la mayoría, y consiguió llegar a una elevación a apenas seis varas del vallado. Egg se quejó de que solo veía culos, así que Dunk se lo aupó a los hombros. Al otro lado de la liza, la tribuna iba llenándose de damas y señores de alta cuna, de unos cuantos ricos de la ciudad y de una veintena de caballeros que por un motivo u otro no pensaban competir el primer día. No vio rastro del príncipe Maekar, pero divisó al príncipe Baelor al lado de lord Ashford. Los rayos de sol arrancaban destellos dorados del broche con que se sujetaba la capa y de la fina corona que le

ceñía las sienes, pero por lo demás su atuendo era más sencillo que el de los señores que lo rodeaban.

«Y es tan moreno que no parece un Targaryen.» Dunk se lo comentó a Egg.

—Se dice que salió a su madre —le recordó el niño—. Era una princesa dorniense.

Los cinco campeones habían plantado sus pabellones en el extremo norte de la liza, junto al río. Los dos más pequeños eran de color naranja, y los escudos colgados en la entrada lucían el sol y el cabrio blancos. Debían de pertenecer a los hijos de lord Ashford, Androw y Robert, hermanos de la hermosa doncella. Dunk no había oído a ningún caballero hablar de sus proezas, así que probablemente serían los primeros en caer.

Al lado de los pabellones naranja se erguía otro mucho más grande, de color verde oscuro. Encima de él ondeaba la rosa dorada de Altojardín, y el mismo emblema se veía en el gran escudo sinople colgado en la puerta.

—Ese es Leo Tyrell, señor de Altojardín —apuntó Egg.

—Ya lo sabía —replicó Dunk, molesto—. El anciano y yo servimos en Altojardín antes de que tú nacieras. —Ni él mismo recordaba demasiado aquel año, pero ser Arlan le había hablado a menudo de Leo Largaespina, como a veces lo llamaban. Pese a peinar canas, era imbatible en torneo—. Ese que está junto a la tienda, el hombre delgado de la barba gris con ropa verde y dorada, debe de ser lord Leo.

—Sí —corroboró Egg—. Lo vi una vez en Desembarco del Rey. No os conviene desafiarlo, señor.

—Oye, chico, que nadie te ha preguntado a quién tengo que retar y a quién no.

El cuarto pabellón estaba compuesto de rombos de tela roja y blanca cosidos entre sí. Dunk no conocía esos colores, pero según Egg correspondían a un caballero del Valle de Arryn, un tal ser Humfrey Hardyng.

—El año pasado ganó una gran melé en Poza de la Doncella y derrotó en las justas a ser Donnel del Valle Oscuro, a lord Arryn y a lord Royce.

El último pabellón era el del príncipe Valarr; una línea de gallardetes escarlata ondeaba como llamas sobre la tienda de seda negra. El escudo ostentado en el exterior era negro brillante con el emblema del dragón de tres cabezas de la casa Targaryen. Apostado a su lado se encontraba un caballero de la Guardia Real, cuya deslumbrante armadura blanca destacaba contra el negro del pabellón. Dunk se preguntó si alguien se atrevería a tocar el escudo del dragón: Valarr era el nieto del rey, nada menos, y también hijo de Baelor Rompelanzas.

No tenía por qué preocuparse. Cuando los cuernos sonaron para llamar a los desafiantes, los cinco campeones de la doncella fueron convocados para defenderla. Dunk oyó el murmullo emocionado de la multitud cuando los desafiantes fueron apareciendo uno tras otro en el extremo sur de la liza, a medida que los heraldos vociferaban el nombre de cada uno. Estos se detuvieron ante la tribuna para bajar las lanzas en gesto de saludo a lord Ashford, el príncipe Baelor y la hermosa doncella, y

se dirigieron hasta el extremo norte para elegir adversario. El León Gris de Roca Casterly golpeó el escudo de lord Tyrell, mientras que su heredero de cabellera dorada, ser Tybolt Lannister, retó al hijo mayor de lord Ashford. Lord Tully de Aguasdulces dio un toque en el escudo estampado de rombos de ser Humfrey Hardyng; ser Abelar Hightower escogió a Valarr, y el Ashford más joven recibió el desafío de ser Lyonel Baratheon, el caballero al que llamaban Tormentalegre.

Los desafiante regresaron al trote hasta la linde sur de la liza para esperar a sus oponentes: ser Abelar, vestido con colores plata y humo y un torreón de piedra coronado de fuego en el escudo; los dos Lannister, de escarlata de la cabeza a los pies, con el león dorado de Roca Casterly; Tormentalegre, con ropas de hilo de oro, un venado negro en el pecho y en el escudo y un yelmo con astas de hierro, y lord Tully, que lucía una capa a rayas rojas y azules con un broche de plata en forma de trucha en cada hombro. Todos apuntaron hacia el cielo las lanzas de cuatro varas mientras las ráfagas de viento sacudían los gallardetes.

En el extremo norte de la liza, los escuderos sujetaban los corceles, armados con bardas de vivos colores, para que montaran los campeones. Estos se ciñeron los yelmos y esgrimieron lanzas y escudos de un esplendor que rivalizaba con el de sus adversarios: las ondeantes sedas color naranja de los Ashford; los rombos rojos y blancos de ser Humfrey; lord Leo, a lomos de su caballo blanco, que lucía jaeces de un verde satinado con estampas de rosas doradas, y, por supuesto, Valarr Targaryen. El caballo del Príncipe Joven era negro como la noche, igual que la lanza, el escudo, la armadura y los jaeces. Encima del yelmo ostentaba un deslumbrante dragón de tres cabezas con las alas desplegadas, de un esmalte color rojo intenso; otro dragón adornaba la brillante superficie negra del escudo. Cada uno de los defensores llevaba una cinta de seda naranja atada al brazo: el favor de la hermosa doncella.

Los campeones trotaron hasta sus puestos, y sobre la dehesa de Vado Ceniza se cernió el silencio. Entonces sonó un cuerno, y al instante la calma se tornó en clamor. Diez pares de espuelas doradas se clavaron en los flancos de diez grandes caballos, mil voces prorrumpieron en gritos y alaridos, cuarenta herraduras hendieron la hierba, diez lanzas descendieron hasta quedar paralelas al suelo, la tierra pareció temblar, y campeones y desafiante chocaron en un estallido de acero y madera. Un instante más tarde, los jinetes habían superado la fila del rival y se daban la vuelta para el siguiente embiste. Lord Tully se tambaleó, pero consiguió mantenerse en la silla. Cuando los espectadores se dieron cuenta de que las diez lanzas se habían roto, estallaron en una ovación cerrada: era un augurio inmejorable para el comienzo del torneo y buena prueba de la destreza de los combatientes.

Los justadores arrojaron a un lado las lanzas rotas, cogieron las nuevas que les entregaban los escuderos y picaron espuelas una vez más. El terreno retumbó bajo los pies de Dunk, mientras Egg, sentado en sus hombros, chillaba y agitaba los bracitos. El Príncipe Joven pasó tan cerca de ellos que alcanzaron a ver cómo la punta negra de la lanza besaba la torre del escudo de ser Abelar y se desviaba hacia su pecho al

tiempo que la lanza de su rival se astillaba contra la coraza de Valarr. El corcel gris de arreos color plata y humo se encabritó con la fuerza del impacto, y ser Abelar Hightower salió despedido contra el suelo.

Ser Humfrey también consiguió descabalgarse a lord Tully, pero este se puso en pie de un salto y desenvainó la espada larga, y ser Humfrey tiró a un lado la lanza, intacta, para desmontar y seguir la lucha a pie. Ser Abelar no mostró tanta energía. El escudero corrió hacia él, le quitó el yelmo y pidió ayuda a gritos, y dos criados levantaron por los brazos al aturdido caballero para ayudarlo a volver al pabellón. Mientras, los seis caballeros que permanecían en las monturas ya habían iniciado la tercera ronda. Se quebraron más lanzas, y en esa ocasión lord Leo Tyrell apuntó con tal maestría que le arrancó el yelmo al León Gris. Al verse a rostro descubierto, el señor de Roca Casterly levantó la mano para saludar, desmontó y entregó el escudo a modo de rendición. Para entonces, ser Humfrey también había obligado a lord Tully a rendirse, mostrando tanta habilidad con la espada como con la lanza.

Tybolt Lannister y Androw Ashford se cruzaron tres veces más antes de que ser Androw perdiera escudo, silla y lance, todo a un tiempo. El Ashford más joven resistió aún más y rompió nada menos que nueve lanzas contra ser Lyonel Baratheon, Tormentalegre. Tanto campeón como desafiante quedaron descabalgados en el décimo cruce, pero se levantaron y siguieron luchando espada contra maza. Al final, el magullado ser Robert Ashford tuvo que rendirse, pero la sonrisa de su padre, en la tribuna, reflejaba cualquier cosa menos derrota. Sí, sus dos hijos habían caído de las filas de los campeones, pero no sin desempeñarse con nobleza contra dos de los mejores caballeros de los Siete Reinos.

«Pero a mí no me basta con eso —pensó Dunk mientras vencedor y vencido se abrazaban y salían juntos de la liza—. No puedo permitirme el lujo de luchar bien y no vencer. Tengo que ganar al menos el primer desafío o lo perderé todo.»

Ser Tybolt Lannister y Tormentalegre iban a sustituir a los campeones que habían derrotado. Los criados ya estaban desmontando los pabellones color naranja, a pocos pasos de donde descansaba el Príncipe Joven, sentado en una silla elevada ante la gran tienda negra. Se había quitado el yelmo. Tenía el pelo moreno como su padre, pero con un mechón blanco. Un criado le llevó una copa de plata, de la que bebió un sorbo.

«Si es listo, agua. Si no, vino», se dijo Dunk. No habría sabido decir si Valarr había heredado la destreza de su padre en combate o si simplemente le había tocado en suerte un rival débil.

La fanfarria de trompetas anunció que tres nuevos desafiante habían entrado en la liza y los heraldos gritaron los nombres.

—¡Ser Pearse de la casa Caron, señor de las Marcas!

Llevaba un arpa grabada en el escudo y una sobrevesta con bordado de ruiseñores.

—¡Ser Joseth de la casa Mallister, de Varamar!



Ser Joseth lucía un yelmo alado y, en el escudo, un águila plateada surcaba un cielo azur.

—¡Ser Gawen de la casa Swann, señor de Yelmo de Piedra, del cabo de la Ira!

En sus armas luchaban dos cisnes, uno blanco y otro negro; la capa, la armadura y las bardas de lord Gawen, y hasta los galones de la vaina y la lanza, eran también un despliegue de blanco y negro.

Lord Caron, renombrado arpista, cantor y caballero, tocó con la punta de la lanza la rosa de lord Tyrell. Ser Joseth golpeó los rombos de ser Humfrey Hardyng, y el caballero de blanco y negro, lord Gawen Swann, desafió al príncipe negro que estaba con el guardia blanco. Dunk se rascó la barbilla. Lord Gawen era aún mayor que el anciano, y el anciano estaba muerto.

—¿Cuál de los desafiantes es el menos peligroso, Egg? —preguntó al niño que llevaba a horcajadas y que tanto parecía saber sobre esos caballeros.

—Lord Gawen, el rival de Valarr —respondió de inmediato.

—Del príncipe Valarr —lo corrigió—. Los escuderos tienen que mostrar más respeto, niño.

Los tres desafiantes ocuparon sus respectivas posiciones mientras los tres campeones volvían a montar. La gente cruzaba apuestas y lanzaba gritos de ánimo a sus favoritos, pero Dunk no apartaba la mirada del príncipe. En el primer embiste asestó una lanzada de refilón al escudo de lord Gawen; la punta roma salió desviada como había sucedido con ser Abelar Hightower, pero esa vez en dirección contraria, con lo que el golpe se perdió en el aire. La lanza de lord Gawen se rompió contra el pecho del príncipe y este pareció a punto de caer, pero recuperó el equilibrio en el último momento.

En el segundo cruce, Valarr apuntó a la izquierda, en busca del pecho del rival, pero le acertó en el hombro. De todos modos, el impacto bastó para que el anciano caballero perdiera la lanza; agitó el brazo intentando recuperar el equilibrio y acabó por caer. El Príncipe Joven descabalgó y desenvainó la espada, pero el caído lo detuvo con un gesto y se levantó la visera.

—Me rindo, alteza. ¡Buena pelea!

—¡Buena pelea! ¡Buena pelea! —aclamaron los nobles de la tribuna mientras Valarr se arrodillaba para ayudar a incorporarse al caballero de pelo cano.

—No ha sido buena —protestó Egg.

—O te callas o te mando al campamento.

Un poco más allá, los criados sacaban de la liza a ser Joseth Mallister, que yacía inconsciente, mientras el señor del arpa y el señor de la rosa se acometían con hachas sin filo para deleite de la enfervorecida multitud. Dunk estaba tan absorto en Valarr Targaryen que apenas si los veía.

«Es buen caballero, pero nada más —pensó—. Contra él tendría una posibilidad. Con la ayuda de los dioses hasta puede que lo descabalgara, y una vez en tierra le ganaría en fuerza y altura.»

—¡Dale duro! ¡Dale duro! —gritó Egg con alegría, mientras daba saltitos de emoción sobre los hombros de Dunk—. ¡Eso! ¡Bien! ¡Ya es tuyo, ya es tuyo!

Por lo visto, su favorito era lord Caron; el arpista había elegido otra clase de música para aquel combate y hacía retroceder a lord Leo al ritmo del acero contra el acero. La multitud estaba dividida a partes iguales: la misma cantidad de vítores e insultos se entremezclaban en la brisa matinal. Del escudo de lord Leo saltaban desconchones de madera y pintura cada vez que el hacha de lord Pearse deshojaba la rosa dorada, arrancándole los pétalos uno a uno hasta que un último golpe partió el escudo en dos. Pero en el instante en que el hacha quedó incrustada en la madera, el hacha de lord Leo cayó sobre el mango de la de su adversario y la partió a un palmo de la mano que la sostenía. Lord Leo arrojó el escudo destrozado y de repente era él quien acometía, y el caballero del arpa no tardó en caer sobre una rodilla para entonar una melodía de rendición.

No hubo grandes novedades durante el resto de la mañana ni hasta bien entrada la tarde. Los desafiantes fueron ocupando la liza de dos en dos o de tres en tres, a veces hasta en grupos de cinco. Las trompetas sonaban, los heraldos anunciaban nombres, los caballos cargaban, el público aplaudía, las lanzas se quebraban como ramitas y las espadas entrechocaban contra yelmos y cotas de malla. Pueblo y nobles coincidieron en que las justas habían sido espléndidas. Ser Humfrey Hardyng y ser Humfrey Beesbury, un caballero joven y osado que lucía franjas negras y amarillas y llevaba tres colmenas en el escudo, partieron nada menos que una docena de lanzas por cabeza en un combate épico que el pueblo no tardó en bautizar como la batalla de los Humfreys. Ser Jon Penrose consiguió descabalar a ser Tybolt Lannister, a quien además se le rompió la espada en la caída, pero este contraatacó solo con el escudo, ganó el lance y no perdió la posición de campeón. Ser Robyn Rhysling, un caballero tuerto de rostro curtido y barba entrecana, perdió el yelmo con una lanzada de lord Leo en el primer cruce, y pese a ello rehusó rendirse. Cabalgaron el uno contra el otro en tres ocasiones más; el viento azotaba la cabellera de ser Robyn y las astillas de lanza le volaban como cuchillos de madera alrededor del rostro desprotegido. Dunk se quedó aún más asombrado al enterarse por Egg de que ser Robyn había perdido el ojo hacía menos de cinco años precisamente por culpa de una astilla. Leo Tyrell era demasiado caballeroso para apuntarle a la cabeza desprotegida, pero la terca valentía (o locura temeraria) del caballero dejó pasmado a Dunk. Al final, el señor de Altojardín acertó a ser Robyn de lleno en el peto, justo encima del corazón, y lo lanzó rodando por tierra.

Ser Lyonel Baratheon protagonizó también varios choques memorables. Solía estallar en estruendosas carcajadas cada vez que un adversario de menor importancia le tocaba el escudo, y mientras cabalgaba contra ellos y los desmontaba no paraba de reír. Si el desafiante llevaba un yelmo con cimera, ser Lyonel se lo arrancaba y lo lanzaba al público. Las cimeras eran adornos de madera tallada o cuero repujado y podían llevar un baño de oro o esmalte; en ocasiones incluso estaban forjadas en plata

pura, de modo que semejante costumbre resultaba un tanto enojosa para los caballeros derrotados, pero lo convirtió en el favorito de la plebe. Llegó un momento en que solo lo desafiaban caballeros sin cimera. Sin embargo, Dunk pensó que, por muchas veces que sonara la risotada de ser Lyonel al descabalar a un desafiante, el contendiente del día sería ser Humfrey Hardyng, que había derrotado a catorce caballeros, a cuál más formidable.

Mientras, el Príncipe Joven seguía sentado a la entrada del pabellón negro, bebiendo de la copa de plata, y de vez en cuando se levantaba para montar a caballo y derrotar a otro caballero mediocre. Había obtenido nueve victorias, pero Dunk tenía la sensación de que ninguna suponía un verdadero triunfo.

«Ha derrotado a viejos, a unos pocos caballeros que han sido escuderos hasta ayer y a unos pocos señores con más abolengo que destreza. Los hombres peligrosos de verdad pasan de largo como si no vieran su escudo.»

Ese mismo día, ya al anochecer, la fanfarria anunció que entraba en liza otro desafiante. Cabalgaba a lomos de un gran corcel alazán de bardas negras, bajo las que se atisbaba otra tela de destellos anaranjados, amarillos y escarlatas. Al acercarse a la tribuna para presentarse a los nobles, Dunk divisó el rostro bajo la visera alzada y reconoció al príncipe que se había encontrado en los establos de lord Ashford.

—¡Para, que me vas a ahogar! —Dunk tuvo que separar las rodillas de Egg, que de pronto le apretaba las piernas en torno al cuello.

—¡El príncipe Aerion Llamabrillante! —proclamó un heraldo—. ¡De la Fortaleza Roja de Desembarco del Rey! ¡Hijo de Maekar, príncipe de Refugio Estival, de la casa Targaryen! ¡Nieto de Daeron el Bueno, el segundo de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, y señor de los Siete Reinos!

Aerion lucía en el escudo un dragón de tres cabezas, representado con colores mucho más vivos que el de Valarr. Una cabeza era naranja; otra, amarilla; la tercera, roja, y las llamas que escupían tenían el brillo del pan de oro. La sobrevesta era un remolino de humo y fuego, y un penacho de llamas esmaltadas en rojo coronaba el yelmo.

Tras detenerse un instante para bajar la lanza ante el príncipe Baelor, pausa tan breve que quedó en mera formalidad, galopó hasta el norte de la liza y pasó de largo el pabellón de lord Leo y el de Tormentalegre. Solo tiró de las riendas al acercarse a la tienda del príncipe Valarr. El Príncipe Joven se levantó y se quedó rígido junto al escudo; por un instante, Dunk pensó que Aerion iba a escogerlo a él..., pero se echó a reír, pasó de largo y tocó con la punta de la lanza los rombos de ser Humfrey Hardyng.

—¡Sal de ahí, caballerito! —entonó en voz alta y clara—. ¡Es hora de que te enfrentes al dragón!

Ser Humfrey saludó a su oponente con un gesto frío mientras sacaban su corcel. Después, como si aquel no estuviera, montó, se ajustó el yelmo y cogió la lanza y el escudo. Los espectadores aguardaron en silencio mientras los dos caballeros

ocupaban sus posiciones. Dunk oyó el sonido metálico de la visera del príncipe Aerion al caer. El toque del cuerno hendió el aire.

Ser Humfrey partió al trote y luego pasó al galope, pero el rival picó espuelas desde el principio. Egg volvió a tensar las piernas.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —gritó de repente—. ¡Ya es tuyo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! — Dunk no sabía a qué caballero jaleaba.

La lanza del príncipe Aerion, con punta de oro y asta a franjas rojas, naranjas y amarillas, cruzó la barrera en trayectoria descendente.

«Está baja, muy baja —pensó Dunk de inmediato—. Así no le dará a ser Humfrey, sino al caballo; tiene que subir la lanza.» Y entonces, con creciente horror, empezó a sospechar que Aerion no tenía la menor intención de subir la lanza. «No irá a...»

En el último momento, el corcel de ser Humfrey se encabritó, con los ojos abiertos de pavor, pero era demasiado tarde. La lanza de Aerion alcanzó al animal justo encima de la armadura que le protegía el esternón y salió por la parte de atrás del cuello con un chorro de sangre. El caballo se derrumbó de lado con un relincho de dolor y destrozó la barrera de madera en la caída. Ser Humfrey trató de saltar, pero se le quedó un pie enganchado en el estribo, y en todo el campo se oyó el alarido cuando el peso del caballo le aplastó la pierna contra la valla astillada.

La dehesa de Vado Ceniza era un clamor. Varios hombres corrieron hasta la liza para rescatar a ser Humfrey, pero el caballo agonizante coceaba e impedía que se acercaran. Aerion, que había seguido cabalgando como si tal cosa pese a la carnicería, hizo dar media vuelta a la montura y volvió al galope. Él también gritaba algo, pero las palabras quedaron ahogadas por los alaridos casi humanos del caballo. El príncipe desmontó de un salto, desenvainó la espada y se dirigió hacia el enemigo caído, e hicieron falta sus propios escuderos y uno de ser Humfrey para contenerlo. Egg se retorció en los hombros de Dunk.

—¡Bajadme! —exclamó el chiquillo—. Pobre caballo, ¡bajadme!

Dunk también tenía el estómago revuelto.

«¿Qué haría yo si le hicieran semejante cosa a Trueno?» Un hombre remató al corcel de ser Humfrey con un hacha para poner fin a los atroces relinchos. Dunk se dio la vuelta y se abrió paso entre el gentío para alejarse. Solo cuando llegó a terreno abierto se bajó a Egg de los hombros. Al crío se le había escurrido la capucha y tenía los ojos enrojecidos.

—Ha sido un espectáculo terrible, sí —le dijo—, pero un escudero tiene que ser fuerte. Mucho me temo que en otros torneos verás accidentes aún peores.

—No ha sido un accidente. —A Egg le temblaban los labios—. Aerion lo ha hecho adrede, ya lo habéis visto.

Dunk frunció el ceño. Esa misma impresión le había dado a él, pero le costaba imaginar a un caballero actuando con tan poca nobleza, y menos a uno de la sangre del dragón.

—Yo he visto a un caballero más verde que la hierba de verano que no ha sabido controlar la lanza —replicó, testarudo—, y no se te ocurra decir lo contrario. Me parece que el torneo ha terminado por hoy. Vamos, chico.

Dunk había estado en lo cierto con respecto al fin de las justas del día. Para cuando hubieron despejado la liza, el sol se ponía ya, con lo que lord Ashford decretó el alto. Las sombras de la noche empezaron a cubrir el prado y un centenar de antorchas iluminó la hilera de tenderetes de los comerciantes. Dunk compró un cuerno de cerveza para él y medio cuerno para el niño, para levantarle la moral, y vagabundearon por el prado para escuchar el son animado de flautas y tambores y ver una función de marionetas sobre Nymeria, la reina guerrera de los diez mil barcos. Los titiriteros solo tenían dos barcos, pero se las arreglaron para montar una batalla naval la mar de emocionante. A Dunk le habría gustado hablar con la muchacha, Tanselle, para preguntarle si había terminado de pintarle el escudo, pero vio que estaba muy ocupada.

«Esperaré a que acabe la jornada —pensó—. A lo mejor entonces tiene sed.»

—Ser Duncan —llamó una voz a su espalda—. ¡Ser Duncan! —repitió. Solo entonces Dunk recordó que se trataba de él—. Os he visto hoy entre los espectadores, con este muchachito a hombros. —Raymun Fossoway se acercó a ellos con una sonrisa—. Como para no veros.

—Es mi escudero. Egg, te presento a Raymun Fossoway. —Dunk tuvo que empujar a Egg para que se adelantara, y el chico masculló un saludo con la cabeza gacha y la vista clavada en las botas de Raymun.

—Un placer, muchacho —respondió el hombre con amabilidad—. ¿Por qué no presenciáis el torneo desde la tribuna? Todos los caballeros son bienvenidos.

Dunk se encontraba a sus anchas entre campesinos y criados; la sola idea de sentarse entre damas, señores y caballeros con tierras lo hacía sentir incómodo.

—No habría querido ver mejor la última justa.

—Ni yo. —Raymun esbozó una mueca de disgusto—. Lord Ashford ha declarado vencedor a ser Humfrey y le ha otorgado el corcel del príncipe Aerion, pero no podrá seguir adelante. Tiene la pierna rota por dos partes. El príncipe Baelor le ha enviado a su propio maestre para que lo atienda.

—¿Van a elegir a otro campeón para ocupar el lugar de ser Humfrey?

—Lord Ashford tenía intención de darle su puesto a lord Caron, o tal vez al otro ser Humfrey, el que tan bien ha justado con Hardyng, pero el príncipe Baelor le ha dicho que, dadas las circunstancias, no estaría bien retirar el pabellón y el escudo de ser Humfrey. Creo que van a seguir con cuatro campeones en vez de cinco.

«Cuatro campeones. Leo Tyrell, Lyonel Baratheon, Tybolt Lannister y el príncipe Valarr.» Durante el primer día había presenciado lo suficiente como para darse cuenta

de lo escaso de sus posibilidades contra cualquiera de los tres primeros, con lo que solo quedaba...

«Un caballero errante no puede desafiar a un príncipe. Valarr es el segundo en la línea sucesoria al Trono de Hierro. Es hijo de Baelor Rompelanzas, de la sangre de Aegon el Conquistador, el Joven Dragón y el príncipe Aemon el Caballero Dragón, y yo no soy más que un mocoso que el anciano sacó del Lecho de Pulgas.»

Le dolía la cabeza solo de pensar en ello.

—¿A quién va a retar vuestro primo? —preguntó a Raymun.

—Si nada cambia, a ser Tybolt. Todos están muy igualados. Pero mi primo sigue las justas con atención, así que si mañana algún hombre resulta herido, o muestra signos de fatiga o debilidad, Steffon correrá a tocarle el escudo, os lo aseguro. Nunca lo acusarán de ser demasiado caballeroso. —Soltó una carcajada como para quitar hierro a sus palabras—. ¿Queréis tomar una copa de vino conmigo, ser Duncan?

—Tengo que ocuparme de un asunto —respondió Dunk, incómodo ante la idea de aceptar una invitación que luego no podría devolver.

—Si queréis, me quedo aquí y os llevo el escudo cuando termine la función, señor —intervino Egg—. Luego van a representar Symeon Ojos de Estrella, y el dragón luchará de nuevo.

—Ahí lo tenéis: el chico se ocupa del asunto, y el vino nos espera —dijo Raymun—. Es una cosecha del Rejo, no podéis rechazarlo.

Ya sin excusas, Dunk no tuvo más remedio que seguirlo y dejar a Egg con los titiriteros. La manzana de la casa Fossoway ondeaba sobre el pabellón dorado donde Raymun servía a su primo. Detrás de la tienda, dos criados regaban con miel y hierbas una cabra que estaba asándose en un pequeño fuego.

—También hay comida, si tenéis hambre —comentó Raymun con tono ligero, sujetando la puerta de la tienda para que entrara Dunk. En el interior, un brasero de carbones al rojo proporcionaba luz y una agradable calidez. Raymun llenó dos copas de vino—. Se dice que Aerion está rabioso con lord Ashford por haberle entregado su caballo a ser Humfrey —explicó—, pero me juego lo que sea a que fue idea de su tío. —Tendió una copa de vino a Dunk.

—El príncipe Baelor es un hombre de honor.

—Pero el Príncipe Luminoso no, ¿eh? —Raymun se echó a reír—. No pongáis esa cara de susto, ser Duncan, aquí solo estamos nosotros dos. No es ningún secreto que Aerion es mal bicho. Gracias a los dioses está muy abajo en la línea sucesoria.

—¿De verdad creéis que quería matar al caballo?

—¿Os cabe la menor duda? Si el príncipe Maekar estuviera aquí, otro gallo cantaría, creedme. Si es verdad lo que se dice, cuando su padre está mirando, Aerion es todo sonrisas y caballerosidad. Pero cuando no...

—Me he fijado en que la silla del príncipe Maekar estaba vacía.

—Ha salido de Vado Ceniza para buscar a sus hijos, en compañía de Roland Crakehall, de la Guardia Real. Hay rumores de caballeros salteadores en la zona, pero

me juego lo que sea a que el príncipe solo está por ahí emborrachándose otra vez.

El vino era delicioso y afrutado, el mejor que había probado en su vida. Lo paladeó antes de tragar.

—¿A qué príncipe os referís ahora?

—Al heredero de Maekar, Daeron. Le pusieron el nombre en honor al rey, pero todo el mundo lo llama Daeron el Borracho, aunque no delante de su padre. Iba con su hermano pequeño. Salieron juntos de Refugio Estival, pero no llegaron a Vado Ceniza. —Raymun apuró la copa y la dejó a un lado—. Pobre Maekar.

—¿Pobre? —Dunk se sobresaltó—. ¿Pobre, el hijo del rey?

—Es hijo del rey, pero el cuarto —puntualizó Raymun—. No es ni tan osado como el príncipe Baelor, ni tan astuto como el príncipe Aerys, ni tan amable como el príncipe Rhaegel. Y ahora pasa por el mal trago de ver a sus propios hijos a la sombra de los de su hermano. Daeron es un borracho, Aerion es cruel y engreído, el tercero prometía tan poco que lo enviaron a la Ciudadela para que se hiciera maestro, y el pequeño...

—¡Ser Duncan! ¡Ser Duncan! —Egg entró jadeante. No llevaba puesta la capucha, y la luz del brasero se le reflejaba en los enormes ojos oscuros—. ¡Venid, señor, deprisa! ¡Le está haciendo daño!

Dunk se puso en pie, confuso.

—¿Quién está haciendo daño a quién?

—¡Aerion! —gritó el niño—. ¡Le está haciendo daño a la chica de las marionetas! ¡Venid, deprisa! —Dio media vuelta y volvió a perderse en la noche.

Dunk hizo ademán de correr tras él, pero Raymun lo agarró del brazo.

—Ser Duncan. Ha dicho que era Aerion. Lleva sangre real. Id con cuidado.

Sabía que era un buen consejo, que el anciano le habría dicho lo mismo, pero no podía atenderlo. Se liberó de la mano de Raymun y salió precipitadamente del pabellón. Llegaban gritos de los puestos de los comerciantes. Egg ya estaba lejos, pero corrió tras él. Tenía las piernas largas y el chiquillo era pequeño, así que no tardó en alcanzarlo.

En torno a los titiriteros se había formado un muro de mirones. Dunk se abrió paso a codazos sin prestar la menor atención a los insultos. Un soldado que lucía los colores de la casa real se adelantó para cerrarle el paso, pero Dunk solo tuvo que ponerle una manaza en el pecho para hacerlo caer de culo.

Habían tirado el tenderete de los titiriteros y la obesa domniense lloraba, echada en el suelo. Un soldado sujetaba las marionetas de Florian y Jonquil mientras otro les prendía fuego con la antorcha. Tres más estaban abriendo los baúles y desparramando las marionetas por el suelo para luego pisotearlas. El dragón estaba completamente despedazado: un ala por un lado, la cabeza por otro, la cola partida en tres trozos... Y, en el centro del caos, se erguía el príncipe Aerion, esplendoroso, con un jubón de terciopelo rojo y mangas largas y amplísimas, retorciéndole el brazo a Tanselle con las dos manos. La muchacha estaba de rodillas y suplicaba, pero Aerion no le hacía

caso; le abrió la mano y le agarró un dedo. Dunk se quedó mirando como un idiota, sin creerse lo que estaba viendo. Se oyó un chasquido y Tanselle gritó.

Uno de los hombres de Aerion trató de asirlo y salió volando por los aires. Con tres zancadas, Dunk se plantó al lado del príncipe y lo obligó a volverse. Se olvidó de la espada, del puñal y de todo lo que el anciano le había enseñado. De un puñetazo derribó a Aerion y luego le asestó una patada en el estómago. Cuando el príncipe fue a sacar el cuchillo, Dunk le pisó la muñeca y le dio otra patada, esta en la boca. Lo habría pateado allí mismo hasta matarlo, pero los hombres del príncipe se abalanzaron sobre él y se encontró con un soldado colgado de cada brazo mientras un tercero le aporreaba la espalda. Se liberó de uno, pero dos más se le echaron encima.

Al fin, entre todos, consiguieron derribarlo y le sujetaron los brazos y las piernas contra el suelo. Aerion se había puesto en pie; tenía la boca llena de sangre y se exploraba una encía con el dedo.

—Me has aflojado un diente, así que para empezar vamos a rompértelos todos. — Se apartó el pelo de los ojos—. Tu cara me suena.

—Me tomasteis por un mozo de cuadra.

—Ya me acuerdo. —Aerion esbozó una sonrisa sanguinolenta—. Te negaste a cogerme el caballo. ¿Por qué has tirado tu vida por la borda? ¿Por esta puta? — Tanselle estaba en el suelo hecha un ovillo, sujetándose la mano herida. El príncipe le dio un puntapié—. No vale la pena, es una traidora. El dragón no puede perder.

«Está loco —pensó Dunk—, pero es un príncipe. Y va a matarme.» Casi le entraron ganas de rezar, pero no se sabía entera ninguna plegaria, y además tampoco había tiempo. No había tiempo ni para tener miedo.

—¿Nada más que decir? —bufó Aerion—. Qué aburrimiento. —Volvió a hurgarse la boca ensangrentada—. Sáltale los dientes a martillazos, Wate —ordenó—. Luego lo rajaremos para ver de qué color tiene las tripas.

—¡No! —chilló una voz infantil—. ¡No le hagas daño!

«Por los dioses, el niño, este niño es un valiente y un idiota», pensó Dunk. Se debatió contra los brazos que lo contenían, pero no sirvió de nada.

—¡Cállate, bobo! ¡Vete de aquí! ¡Van a hacerte daño!

—No van a tocarme. —Egg se acercó más—. Y si me tocan tendrán que responder ante mi padre. Y ante mi tío. ¡He dicho que lo sueltes! ¡Wate, Yorkel, ya sabéis quién soy! ¡Obedeced!

Primero lo soltaron las manos que le agarraban el brazo izquierdo; luego, las demás. Dunk no entendía qué estaba pasando. Los soldados retrocedían; uno incluso se arrodilló. En ese momento la multitud congregada abrió paso a Raymun Fossoway, que se había puesto el yelmo y la cota de malla y había echado mano al puño de la espada. Lo seguía su primo, ser Steffon, con la hoja ya desenvainada, y detrás de ellos desfilaba media docena de soldados con el emblema de la manzana roja bordado en el pecho.

El príncipe Aerion no les hizo caso.



—Mocososo insolente. —Escupió un gargajo sanguinolento a los pies del niño—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Me lo he cortado, hermano. No quería parecerme a ti.

El segundo día de torneo amaneció encapotado, con un viento racheado que soplaba del oeste.

«Con este tiempo habrá menos gente —pensó Dunk—. Habríamos podido coger sitio en la valla para ver las justas de cerca. Egg se habría sentado en la baranda y yo me habría quedado de pie detrás de él.»

Pero no. Egg se sentaría en la tribuna, vestido con sedas y pieles, y las vistas de Dunk se limitarían a las cuatro paredes de la celda de la torre donde lo habían encerrado los hombres de lord Ashford. La estancia tenía una ventana, pero no daba al prado. Pese a ello, Dunk se acomodó como pudo en el poyo para ver amanecer y contempló con ánimo lúgubre el pueblo, los sembrados y, más allá, el bosque. Le habían quitado el cinto de cáñamo con la espada y el puñal, así como el dinero. Ojalá Egg o Raymun se acordaran de Tostada y Trueno.

—Egg —murmuró. Su escudero, un pobre chiquillo de las calles de Desembarco del Rey. ¿Habría habido alguna vez caballero más estúpido? «Dunk el Tocho, seso de corcho, más lento que un uro.»

No le habían dejado hablar con Egg después de que los hombres de lord Ashford se los llevaran lejos de los titiriteros. Ni con Raymun, ni con Tanselle, ni con nadie, ni siquiera con lord Ashford. ¿Volvería a verlos alguna vez? Quizá lo tendrían allí encerrado hasta que muriera.

«¿Y qué creía yo que iban a hacerme? He tumbado a un príncipe y le he pateado la cara.»

Bajo aquel cielo plomizo, las galas de los señores nobles y los grandes campeones no lucirían con el esplendor del día anterior. Tras el manto de nubes, el sol no encendería los yelmos de acero ni arrancaría destellos a los engastes de oro y plata; aun así, Dunk habría dado cualquier cosa por estar en medio de la multitud y presenciar las justas. Sería buen día para los caballeros errantes, para los hombres de armaduras sencillas y caballos sin bardas.

Lo que sí podía era oír el fragor del torneo. Los cuernos de los heraldos le llegaban con claridad, y de cuando en cuando el clamor de la multitud le indicaba que alguien había caído, o se había levantado, o había sucedido algo notable. También percibía el repiqueteo amortiguado de los cascos de los caballos y, solo muy de vez en cuando, el choque de las espadas o el chasquido de las lanzas al quebrarse. Ese último sonido le hacía mudar el gesto, porque le recordaba el crujido que se oyó cuando Aerion le rompió el dedo a Tanselle. Otros ruidos eran más cercanos: pisadas en el corredor junto a la puerta, cascos de caballos en el patio de abajo, gritos y voces

en la muralla del castillo... A veces llegaban a ahogar los del torneo. «Mejor así», pensó Dunk.

«No hay caballero más auténtico que el caballero errante, Dunk —había afirmado el anciano en cierta ocasión, mucho tiempo atrás—. Algunos caballeros sirven al señor que los mantiene, o al que les da las tierras, pero nosotros servimos a quien queremos, a hombres en cuyas causas creemos. Todo caballero jura proteger al débil y al inocente, pero me parece que nosotros somos los que mejor cumplimos el juramento.» Era raro que de repente lo recordara con tanta claridad. Dunk casi se había olvidado de aquellas palabras. Tal vez, hacia el final de su vida, el anciano también las hubiera olvidado.

La mañana dejó paso a la tarde, y los sonidos lejanos del torneo se apagaron y murieron. Las sombras del ocaso se colaron en la celda, pero Dunk siguió sentado en el poyo de la ventana, con la vista clavada en la creciente oscuridad y esforzándose por no escuchar las protestas de su estómago.

En ese momento oyó pisadas y el tintineo de unas llaves de hierro. Se levantó de golpe cuando se abrió la puerta. Entraron dos guardias, uno con una lámpara de aceite, seguido de un criado con una bandeja de comida. Y de Egg.

—Dejad la lámpara y la comida y marchaos —les dijo el niño.

Hicieron tal como les ordenó, aunque Dunk advirtió que dejaban entreabierta la pesada puerta de madera. Con el olor de la comida se dio cuenta de lo hambriento que estaba. En la bandeja había pan caliente y miel, un cuenco de gachas de guisantes y un espetón de cebollas y carne asada, todo bien tostado. Se sentó junto a la bandeja, arrancó un pellizco de pan y se lo metió en la boca.

—No hay cuchillo —señaló—. ¿Qué pasa? ¿Piensan que te voy a apuñalar?

—No suelen decirme lo que piensan. —Egg llevaba un jubón de lana negra ceñido a la cintura, con mangas largas forradas de raso rojo. En el pecho lucía un bordado con el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen.

—Mi tío dice que tengo que suplicaros humildemente vuestro perdón por haberos engañado.

—Tu tío. O sea, el príncipe Baelor.

El chico parecía avergonzado.

—No quería mentiros.

—Pues me mentiste. En todo, empezando por tu nombre. Nunca he oído hablar del príncipe Egg.

—Es el diminutivo de Aegon, me lo puso mi hermano Aemon. Ahora está en la Ciudadela, estudiando para maestro. Daeron a veces también me llama Egg, igual que mis hermanas.

Dunk cogió el espetón y le hincó el diente a la carne. Era cabra, con alguna especia de esas que usaban los nobles y que él no había probado nunca. Un churretón de grasa le corrió por la barbilla.

—Aegon —repitió—. Claro, como Aegon el Dragón. ¿Cuántos hombres llamados Aegon han llegado a reyes?

—Cuatro —replicó el niño al instante—. Ha habido cuatro con el nombre de Aegon.

Dunk masticó, tragó y cogió otro trozo de pan.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué fue, una especie de broma para tomarle el pelo a un caballero errante medio idiota?

—No. —Al niño se le llenaron los ojos de lágrimas, pero tuvo la valentía de no moverse de allí—. Iba a ser el escudero de Daeron, mi hermano mayor. Aprendí todo lo que necesitaba para ser un buen escudero, pero es que Daeron no es muy buen caballero. No quería tomar parte en el torneo, así que, cuando salimos de Refugio Estival, dio esquinazo a la escolta, pero en vez de volver sobre sus pasos enfiló hacia Vado Ceniza porque pensó que nadie nos buscaría por ese camino. Él fue quien me afeitó la cabeza. Sabía que mi padre mandaría a sus hombres a buscarnos. Daeron tiene un pelo corriente, castaño claro, no llama la atención, pero el mío es como el de Aerion y el de mi padre.

—La sangre del dragón. Pelo de oro blanco y ojos color violeta; lo sabe todo el mundo. —«Seso de corcho, Dunk.»

—Eso es. Así que Daeron me rapó. Quería que nos escondiéramos hasta que terminara el torneo, pero entonces me tomasteis por un mozo de cuadra y... —Bajó la vista—. Si Daeron no quiere pelear, que no pelee, pero yo quiero ser el escudero de alguien. Lo siento mucho, señor. Lo siento de verdad.

Dunk lo miró, pensativo. Sabía bien cómo era aquello de desear algo con tantas ganas como para mentir de forma descarada con tal de tenerlo un poco más cerca.

—Creí que eras como yo —dijo al final—. Puede que lo seas, pero no de la manera que pensaba.

—Los dos seguimos siendo de Desembarco del Rey —apuntó el chico, esperanzado.

Dunk no pudo contener una carcajada.

—Sí, tú de la parte de arriba de la colina Alta de Aegon y yo de la de abajo.

—No están tan lejos.

Dunk dio un mordisco a una cebolla.

—¿Y tengo que llamarte «mi señor» o «alteza»?

—En la corte, sí —reconoció el niño—, pero el resto del tiempo podéis seguir llamándome Egg, si queréis. Señor.

—¿Qué van a hacer conmigo, Egg?

—Mi tío quiere veros. Cuando acabéis de comer, señor.

Dunk apartó a un lado la bandeja y se levantó.

—En ese caso, ya he terminado. Le he dado una patada en la boca a un príncipe; no voy a hacer esperar a otro.

Lord Ashford había cedido sus habitaciones al príncipe Baelor durante el torneo, así que Egg (no, Aegon; le costaría acostumbrarse) lo acompañó hasta las estancias del señor del castillo. Baelor estaba leyendo a la luz de una vela de cera. Dunk se arrodilló ante él.

—Levantaos —dijo el príncipe—. ¿Os apetece un poco de vino?

—Como vos digáis, alteza.

—Sírvele a ser Duncan una copa de tinto dulce de Dorne, Aegon —ordenó el príncipe—. Y no se lo tires encima, que ya le has hecho bastante mal.

—No va a tirarlo, alteza —intervino Dunk—. Es un buen muchacho. Y un buen escudero. Sé que no quería causarme ningún mal.

—Pero lo causó, aunque no quisiera. Cuando vio cómo se estaba portando su hermano con los titiriteros, Aegon tendría que haber acudido a mí, pero os alertó a vos. Flaco favor os hizo. Vuestra reacción, señor... Bueno, tal vez yo habría hecho lo mismo en vuestro lugar, pero yo soy príncipe de nacimiento, no caballero errante. Sea cual sea el motivo, no es nada recomendable atacar al nieto de un rey.

Dunk asintió, sombrío. Egg le ofreció una copa de plata rebosante de vino. La aceptó y bebió un largo trago.

—Aerion es malo —insistió Egg—. Y tuve que ir a buscar a ser Duncan, tío. El castillo estaba muy lejos.

—Aerion es tu hermano, y los septones dicen que tenemos que amar a nuestros hermanos —replicó el príncipe con firmeza—. Retírate, Aegon, quiero hablar a solas con ser Duncan.

El niño dejó la frasca de vino en la mesa e hizo una reverencia rígida.

—Como deseas, alteza. —Salió de la estancia y cerró la puerta con suavidad.

Baelor Rompelanzas miró largo rato a Dunk a los ojos.

—Voy a haceros una pregunta, ser Duncan. Sed sincero. ¿Sois buen caballero? ¿Hasta qué punto sois diestro con las armas?

Dunk no supo qué responder.

—Ser Arlan me enseñó a manejar la espada y el escudo, y he practicado con las anillas y el estafermo.

No era la respuesta que el príncipe Baelor habría querido oír.

—Mi hermano Maekar ha vuelto al castillo hace un rato. Ha encontrado a su heredero borracho en una posada, a un día a caballo hacia el sur. Maekar no lo reconocerá, pero creo que tenía la esperanza de que sus hijos brillaran más que los míos en este torneo. Y en vez de eso lo han avergonzado, pero ¿qué puede hacer? Son sangre de su sangre. Está furioso y necesita alguien en quien descargar la rabia, y os ha tocado a vos.

—¿A mí? —Dunk se quedó helado.

—Aerion ha convencido a su padre, y Daeron tampoco os ha hecho ningún favor. Para ocultar su cobardía, le ha dicho que un caballero salteador muy alto al que se encontraron por casualidad en el camino se llevó a Aegon. Me temo que os ha tocado el papel del caballero salteador, ser Duncan. En la versión de Daeron, se ha pasado todos estos días persiguiéndoos por todas partes para rescatar a su hermano.

—Pero Egg..., digo, Aegon, le dirá la verdad.

—No me cabe duda —respondió el príncipe Baelor—, pero no sería la primera vez que el chico se inventa una mentira, como no tengo necesidad de recordaros. ¿A qué hijo creerá mi hermano? En cuanto a los titiriteros, para cuando Aerion termine de retorcer la historia serán culpables de alta traición. El dragón es el emblema de la casa real, así que representar una función en la que lo matan y le brota del cuello serrín rojo... En fin, seguro que no hubo mala intención, pero tampoco fue lo más inteligente. Aerion dice que es un ataque velado contra la casa Targaryen, una incitación a la revuelta, y Maekar le dará la razón. Mi hermano es susceptible por naturaleza y, tras la decepción de Daeron, todas sus esperanzas están puestas en Aerion. —El príncipe bebió un poco de vino y dejó la copa—. Al margen de lo que mi hermano crea o deje de creer, hay algo indiscutible: habéis puesto las manos sobre la sangre del dragón, y por ese agravio hay que juzgaros y castigaros.

—¿Castigarme? —Eso no pintaba bien.

—Aerion pide vuestra cabeza, con o sin dientes. No se la daremos, os lo prometo, pero no puedo negarle un juicio. Mi regio padre se encuentra a muchos cientos de leguas de aquí, así que mi hermano y yo seremos los jueces, junto con lord Ashford, ya que estamos en sus tierras, y lord Tyrell de Altojardín, de quien es vasallo. La última vez que se declaró culpable a un hombre por golpear a un miembro de la realeza se decretó que perdiera la mano infractora.

—¿Me quieren cortar la mano? —Dunk se horrorizó.

—Y el pie. Porque también le disteis una patada, ¿no?

Dunk se quedó sin palabras.

—No os quepa duda de que pediré clemencia a los otros jueces. Soy la mano del rey y el heredero del trono, así que mi palabra tiene cierto peso. Pero la de mi hermano también, y ahí está el riesgo.

—No... —farfulló Dunk—. Alteza, no era... —«No cometieron ninguna traición; solo era un dragón de madera, no un príncipe», habría querido decir, pero volvió a quedarse sin palabras. Nunca se le habían dado bien los discursos.

—Tenéis otra salida —planteó el príncipe Baelor con voz pausada—, lo que no sé es si es mejor o peor. Os recuerdo que cualquier caballero acusado de un crimen tiene derecho a pedir un juicio por combate. De modo que os lo preguntaré una vez más, ser Duncan el Alto. ¿Hasta qué punto sois diestro con las armas? Hablad con sinceridad.

—Un juicio a siete —exigió el príncipe Aerion con una sonrisa—. Que yo sepa, estoy en mi derecho.

El príncipe Baelor tamborileó en la mesa con los dedos, frunciendo el ceño. Lord Ashford, a su izquierda, asintió pausadamente.

—¿Por qué? —inquirió el príncipe Maekar al tiempo que se inclinaba hacia su hijo—. ¿Tienes miedo de enfrentarte a solas a este caballero errante y que los dioses decidan si tus acusaciones son ciertas?

—¿Miedo? ¿De un caballero de su ralea? No digas tonterías, padre. Solo pienso en mi querido hermano. Daeron también ha sufrido la afrenta de este tal ser Duncan, y tiene más derecho que yo a pedir su sangre. Un juicio a siete permitirá que los dos nos enfrentemos a él.

—A mí no me hagas favores, hermano —masculló Daeron Targaryen. El hijo mayor del príncipe Maekar tenía un aspecto aún peor que cuando Dunk se lo cruzó en la posada. Parecía sobrio y no llevaba manchas de vino en el jubón rojo y negro, pero tenía los ojos inyectados de sangre y una fina película de sudor le cubría la frente—. Me daré por satisfecho con aplaudirte cuando mates a este bribón.

—Qué bueno eres conmigo, querido hermano —replicó el príncipe Aerion deshaciéndose en sonrisas—, pero sería egoísta por mi parte privarte del derecho de probar con tu persona que dices la verdad. Insisto en que sea un juicio a siete.

Dunk no entendía nada.

—Altezas, señores..., no sé de qué habláis. ¿Qué es un juicio a siete?

El príncipe Baelor, incómodo, cambió de posición en la silla.

—Es otra forma de juicio por combate, muy antigua; rara vez se solicita. Llegó del otro lado del mar Angosto con los ándalos y sus siete dioses. En cualquier juicio por combate, acusador y acusado piden a los dioses que zanjen la cuestión que los enfrenta. Los ándalos creían que, si en cada bando luchaban siete campeones, los dioses, así honrados, serían más propensos a inclinar la balanza hacia el lado de la justicia.

—O a lo mejor es que les gustaban las peleas —comentó lord Leo Tyrell con el atisbo de una sonrisa cínica en los labios—. En todo caso, ser Aerion está en su derecho. Que sea un juicio a siete.

—¿Tengo que luchar contra siete hombres? —preguntó Dunk, acongojado.

—Pero no a solas, ser Duncan —replicó el príncipe Maekar con impaciencia—. No os hagáis el tonto, que no os servirá de nada. El combate es de siete contra siete, así que tenéis que buscar otros seis caballeros que luchen a vuestro lado.

«Seis caballeros.» Tanto habría dado que le pidieran que se buscara a seis mil. No tenía hermanos, ni primos, ni viejos camaradas que lo hubieran acompañado en combate. ¿Por qué iban seis desconocidos a arriesgar la vida por un caballero errante contra dos príncipes de sangre real?

—Altezas, señores, ¿y si nadie quiere estar en mi bando?

Maekar Targaryen le lanzó una mirada gélida.

—Si una causa es justa, tendrá hombres buenos que luchen por ella. Si no encontráis campeones, será porque sois culpable, señor. ¿No salta a la vista?

Jamás se había sentido Dunk tan solo como cuando salió por las puertas del castillo de Vado Ceniza y oyó caer el rastrillo a sus espaldas. Caía una llovizna suave, de gotas como el rocío, pero al mero tacto se estremeció. Al otro lado del río, círculos de colores delataban los pocos pabellones donde aún ardían las hogueras. Se dio cuenta de que ya había pasado la mitad de la noche; en pocas horas llegaría el amanecer.

«Y con el amanecer, la muerte.»

Le habían devuelto la espada y las monedas, pero sus pensamientos no podían ser más negros. ¿Esperarían que ensillara el caballo y huyera? Nadie se lo impedía, pero, claro, así acabarían sus sueños de una vida de caballero. No sería más que un fugitivo hasta el día en que cualquier señor diera con él y le cortara la cabeza.

«Más vale morir como caballero que vivir así», se dijo con tozudez. Calado hasta las rodillas, pasó junto a la liza desierta. Casi todos los pabellones estaban a oscuras y sus dueños dormían desde hacía rato, pero en algunos aún ardían las velas. De una tienda escapaban gemidos y grititos de placer, y Dunk se preguntó si moriría sin haber yacido con una mujer.

En ese momento oyó el bufido de un caballo e inmediatamente reconoció a Trueno. Se volvió en esa dirección y echó a correr, y allí estaba, atado junto a Tostada frente a un pabellón del que emanaba una luz dorada y mortecina. El estandarte del poste central estaba empapado, pero Dunk distinguió la curva oscura de la manzana de los Fossoway. Le pareció un buen augurio.

—Juicio por combate —gimió Raymun—. Por todos los dioses, Duncan, eso quiere decir que habrá lanzas de guerra, manguales, hachas de combate... Las espadas tendrán filo, ¿te das cuenta?

—Raymun el Remolón —se burló su primo, ser Steffon. Llevaba la capa, de lana amarilla, sujeta con un broche de oro y granates en forma de manzana—. No tienes nada que temer, primo, es un combate caballeresco. Y como no eres caballero no te juegas la piel. Al menos tenéis un Fossoway, ser Duncan. ¡El maduro! Yo también vi lo que les hizo Aerion a los titiriteros. Estoy con vos.

—Yo también —gruñó Raymun—. Lo que quería decir...

—¿Quién más lucha en nuestro bando, ser Duncan? —lo interrumpió su primo.

Dunk extendió las manos vacías.

—No conozco a nadie más. Bueno, sí, a ser Manfred Dondarrion, pero, si no quiso ni avalarme como caballero, no va a arriesgar la vida por mí.

Ser Steffon no pareció preocupado en absoluto.

—Entonces nos hacen falta cinco hombres más, de los buenos. Por suerte tengo más de cinco amigos. Leo Largaespina, Tormentalegre, lord Caron, los Lannister, ser Otho Bracken... Sí, y los Blackwood, aunque un Blackwood y un Bracken no van a luchar nunca en el mismo bando en una melé. Iré a hablar con algunos.

—No les va a hacer gracia que los despiertes —objetó su primo.

—Excelente —replicó ser Steffon—. Si están enfadados, lucharán con más fiereza. Confiad en mí, ser Duncan. Primo, si no vuelvo antes del amanecer, tráeme la armadura y asegúrate de que ensillan y ponen las bardas a Rabia. Me reuniré con vosotros en el prado de los desafiantes. —Soltó una carcajada—. Será un día memorable, estoy seguro. —Cuando salió de la tienda casi parecía feliz.

Raymun, no tanto.

—Cinco caballeros —repitió con tono lóbrego cuando estuvieron a solas—. No es que quiera quitaros la esperanza, Duncan, pero...

—Si vuestro primo puede convencer a esos hombres...

—¿A Leo Largaespina? ¿A la Bestia de Bracken? ¿A Tormentalegre? —Raymun se puso en pie—. No me cabe duda de que los conoce; de lo que ya no estoy tan seguro es de que ellos lo conozcan a él. Steffon ve en esto el camino a la gloria, pero para vos es un asunto de vida o muerte. Será mejor que os busquéis a vuestros propios hombres. Yo os ayudaré... Más vale que sobren campeones, y no que falten. —Se oyó un ruido, y Raymun giró la cabeza—. ¿Quién va? —inquirió al tiempo que un niño se agachaba para pasar bajo la solapa del pabellón, seguido de un hombre flaco envuelto en una capa negra empapada por la lluvia.

—¿Egg? —Dunk se puso en pie de un salto—. ¿Qué haces aquí?

—Soy vuestro escudero —repuso el niño—. Alguien tiene que poneros la armadura, señor.

—¿Sabe tu señor padre que has salido del castillo?

—Por los dioses, espero que no. —Daeron Targaryen se soltó el broche de la capa y la dejó resbalar hasta el suelo.

—¿Vos? ¿Cómo os atrevéis a venir aquí? —Dunk desenvainó el cuchillo—. Debería hundíroslo en la barriga...

—Estoy de acuerdo, pero preferiría una copa de vino; mirad cómo traigo las manos. —Extendió una para que vieran cómo le temblaba.

Dunk dio un paso hacia él, airado.

—¿Y a mí qué me importan vuestras manos? ¡Habéis mentido acerca de mí!

—Algo tenía que decirle a mi padre, no paraba de preguntar por mi hermano pequeño —replicó el príncipe. Se sentó sin hacer caso de Duncan ni del arma—. Si soy sincero, ni me había dado cuenta de que Egg se había ido. No estaba en la copa de vino, que era el único lugar adonde yo miraba, así que... —Dejó escapar un suspiro.

—Señor, mi padre se va a unir a los siete acusadores —interrumpió Egg—. Le he suplicado que no, pero no me hace caso. Dice que solo así puede limpiar el honor de



Aerion. Y el de Daeron.

—Yo no le he pedido a nadie que limpie mi honor —señaló el príncipe Daeron con amargura—. Por mí como si se queda en el cesto de la colada para siempre. Pero estamos como estamos. No creo que sirva de gran cosa, ser Duncan, pero no tenéis nada que temer por mi parte. Si hay algo que me guste menos que los caballos son las espadas. Pesan como muertos y están tan afiladas... Haré lo que pueda por no quedar demasiado mal en la primera carga, pero después..., no sé, podríais darme un buen golpe en el yelmo, de lado. Que suene, pero no muy fuerte, ¿eh?, ya me entendéis. Mis hermanos me superan cuando se trata de luchar, bailar, pensar y leer, pero ninguno me iguala en talento para yacer inconsciente en el barro.

Dunk se quedó mirándolo boquiabierto. ¿Acaso el príncipe le estaba tomando el pelo?

—¿Por qué habéis venido?

—Para deciros lo que os vais a encontrar mañana. Mi padre ha ordenado a la Guardia Real que luche con él.

—¿A la Guardia Real? —A Dunk se le cayó el alma a los pies.

—Bueno, a los tres que han venido al torneo. Gracias a los dioses, el tío Baelor dejó a los otros cuatro en Desembarco del Rey con nuestro regio abuelo.

—Ser Roland Crakehall, ser Donnel del Valle Oscuro y ser Willem Wylde —informó Egg.

—No tienen mucho margen de decisión —explicó Daeron—. Han jurado proteger la vida del rey y de la familia real, y bien saben los dioses que mis hermanos y yo somos de la sangre del dragón.

—Con eso son seis —dijo Dunk tras contar con los dedos—. ¿Quién es el séptimo?

El príncipe Daeron se encogió de hombros.

—Aerion se buscará a alguien, o se comprará un campeón si hace falta. No anda escaso de oro.

—¿A quién tenéis vos? —quiso saber Egg.

—Al primo de Raymun, ser Steffon.

—¿Solo a uno? —Daeron esbozó una mueca.

—Ser Steffon ha ido a hablar con algunos amigos.

—Yo puedo traeros gente —dijo Egg—. Caballeros, ya veréis.

—¿Te das cuenta de que voy a pelear contra tus hermanos, Egg?

—Pero a Daeron no vais a hacerle daño, ya os ha dicho que se dejará caer. Y en cuanto a Aerion... Cuando yo era pequeño, entraba de noche en mi dormitorio y me ponía el cuchillo entre las piernas. Me decía que tenía demasiados hermanos, que la noche menos pensada iba a convertirme en su hermana para casarse conmigo. Y un día tiró a mi gato a un pozo. Dice que no, pero es un mentiroso.

—Egg tiene razón. —El príncipe Daeron se encogió de hombros con gesto cansado—. Aerion es un monstruo. ¿Sabéis que se cree un dragón con forma

humana? Por eso se enfadó tanto al ver el espectáculo de los titiriteros. Lástima que no naciera Fossoway, así se creería manzana y estaríamos todos más tranquilos. En fin, es lo que hay. —Se agachó para recoger la capa y la sacudió para quitarle el agua—. Tengo que volver a colarme en el castillo antes de que a mi padre le extrañe lo mucho que me lleva afilar la espada, pero antes me gustaría hablar un momento con vos, ser Duncan. ¿Os importa venir conmigo?

Dunk miró al príncipe con desconfianza.

—Como deseéis, alteza. —Envainó el puñal—. Además, tengo que ir a recoger el escudo.

—Egg y yo os buscaremos caballeros —prometió Raymun.

El príncipe Daeron se abrochó la capa al cuello y se enfundó la capucha. Dunk salió tras él a la suave lluvia de la noche y se encaminaron hacia los carromatos de los comerciantes.

—He soñado con vos —anunció el príncipe.

—Eso mismo me dijisteis en la posada.

—¿De veras? Ah, vaya. Mis sueños no son como los vuestros, ser Duncan. Los míos son verdad. Me dan miedo. Vos me dais miedo. He soñado con vos y con un dragón muerto, una bestia enorme, con las alas tan grandes como este prado. Se os había desplomado encima, pero vos seguíais con vida y el dragón estaba muerto.

—¿Lo maté yo?

—No sabría decirlo, pero el caso es que estabais ahí, y el dragón también. En otro tiempo, los Targaryen fuimos amos de los dragones. Ahora ya no queda ninguno, pero nosotros seguimos aquí. No quiero morir hoy. Solo los dioses saben por qué, pero no quiero, así que sed bueno conmigo y aseguraos bien de que al que matáis es a mi hermano Aerion.

—Yo tampoco quiero morir —apuntó Dunk.

—No seré yo quien os mate. Voy a retirar mis acusaciones, pero no servirá de nada a menos que Aerion retire las suyas. —Suspiró—. Es posible que ya os haya matado con la mentira que solté. Si es así, lo siento. Sé que estoy condenado a un infierno especial. A un infierno sin vino, probablemente.

Se estremeció, y esas fueron las últimas palabras que cruzaron bajo la suave lluvia fría.

Los comerciantes habían trasladado los carromatos a la linde occidental del prado, bajo un bosquecillo de fresnos y abedules. Entre los árboles, Dunk contempló desolado el lugar que había ocupado el carromato de los titiriteros. Ni rastro de él, como se había temido.

«Yo también habría huido si no tuviera el seso de corcho.» ¿Cómo iba a conseguir un escudo? Tenía plata, así que podía comprarlo, siempre que encontrara alguno a la venta...

—Ser Duncan —llamó una voz desde la oscuridad. Dunk se volvió y vio a Pate Acero con una lámpara de hierro en la mano. El armero llevaba una capa corta de cuero, pero por lo demás iba desnudo de cintura para arriba, con el pecho ancho y los gruesos brazos cubiertos de espeso vello negro—. ¿Venís por el escudo? La chica me lo dejó a mí. —Miró a Dunk de arriba abajo—. Dos manos y dos pies, si cuento bien. Así que va a ser juicio por combate, ¿eh?

—Juicio a siete. ¿Cómo lo habéis sabido?

—Bueno, también cabía la posibilidad de que os dieran un besito y os nombraran lord, pero no parecía muy probable, y con la tercera opción no estaríais tan entero. Venid conmigo.

Su carromato se distinguía fácilmente por el dibujo del yunque y la espada en un costado. Dunk entró detrás de Pate. El armero colgó la lámpara de un gancho, se desembarazó de la capa empapada y se puso un jubón de cañamazo. Soltó una tabla sujeta a la pared con bisagras para que hiciera de mesa.

—Sentaos —indicó, y empujó un taburete hacia él.

—¿Adónde se han ido? —preguntó Dunk mientras tomaba asiento.

—Se vuelven a Dorne. El tío de la chica tiene dos dedos de frente. Muerto el perro, se acabó la rabia. Si se quedan, los verán, y el dragón se acordará de ellos. Además, prefirió que la chica no os viera morir. —Pate se dirigió al fondo del carromato, hurgó un momento entre las sombras y regresó con el escudo—. El brocal era de acero viejo y barato, estaba oxidado y a punto de romperse —comentó—. Os lo he puesto nuevo, el doble de grueso y con refuerzos en la parte de atrás. Ahora pesa más, pero también os protegerá mejor. La chica lo pintó.

Era mucho más bonito de lo que se había esperado; incluso a la escasa luz de la lámpara, los colores del ocaso eran vivos, y el árbol se alzaba noble y fuerte. La estrella fugaz era un trazo vibrante contra el cielo de roble. Pero, nada más verlo, se dio cuenta de que algo fallaba. Era una estrella fugaz. ¿Cómo podía lucir un emblema así? ¿No auguraba su propia fugacidad? Y el ocaso era la antesala de la noche.

—Debería haber conservado el cáliz —murmuró con tristeza—. Al menos tenía alas para salir volando, y ser Arlan solía decir que la copa estaba llena de fe, camaradería y buena bebida. Las imágenes de este escudo reflejan muerte.

—El olmo está vivo —señaló Pate—. ¿Veis lo verdes que son las hojas? Hojas de verano, no cabe duda. He visto escudos con blasones de cráneos, de lobos, de cuervos, hasta de ahorcados y cabezas ensangrentadas. Pero protegían a sus dueños, y este os protegerá a vos. ¿Conocéis el antiguo dicho de los escudos? «Guardadme bien, roble y acero...»

—«... o voy al infierno, y eso no quiero» —terminó Dunk. Llevaba años sin acordarse de ese dicho; el anciano se lo había enseñado hacía ya mucho mucho tiempo—. ¿Cuánto os debo por el brocal nuevo y el trabajo? —preguntó a Pate.

—Por ser vos... —Pate se rascó la barba—. Una moneda de cobre.

Cuando las primeras luces del alba tiñeron el cielo oriental, la lluvia casi había cesado, pero había cumplido con su misión. Los hombres de lord Ashford habían retirado la barrera, y el campo de justas era una vasta explanada de lodo oscuro y hierba descuajada. Cuando Dunk volvió a la liza acompañado por Pate Acero, por el suelo reptaban tentáculos de niebla como serpientes blancas.

Las damas y los señores estaban ocupando la tribuna, arrebujados en las capas para protegerse del frío de la mañana. Los espectadores de a pie también iban llegando, y ya había cientos de ellos apostados a lo largo de la valla.

«Cuánta gente viene a verme morir», pensó Dunk con amargura.

Pero estaba juzgándolos mal.

—¡La fortuna sea contigo! —le gritó una mujer a pocos pasos de donde estaba.

Un anciano se acercó para cogerle la mano.

—Los dioses os den fuerza, señor.

Un hermano mendicante de túnica harapienta le bendijo la espada y una doncella le dio un beso en la mejilla.

«Están a mi favor.»

—¿Por qué? —preguntó a Pate—. ¿Qué significado yo para ellos?

—Un caballero que recuerda sus votos —explicó el herrero.

Raymun los esperaba al sur de la liza, fuera del prado de los desafiantes, con el caballo de su primo y el de Dunk. Trueno piafaba inquieto bajo el peso de la testera, la capizana y el pesado manto de malla. Pate inspeccionó la armadura y le dio el visto bueno aunque no la hubiera forjado él. Dunk no sabía de dónde había salido, pero la agradecía de corazón.

Entonces vio a los demás: el hombre tuerto con la barba cana, el caballero joven de la sobrevesta de rayas negras y amarillas con las colmenas en el escudo. «Robyn Rhysling y Humfrey Beesbury. —Estaba atónito—. Y también ser Humfrey Hardyng.» Hardyng iba a lomos del corcel alazán de Aerion, cuyas bardas lucían entonces los rombos blancos y negros.

Se dirigió hacia ellos.

—Caballeros, estoy en deuda con vosotros.

—El que está en deuda es Aerion —replicó ser Humfrey Hardyng—, y nos la vamos a cobrar.

—Creía que teníais la pierna rota.

—Creíais bien —confirmó Hardyng—. No puedo andar, pero, mientras sea capaz de montar a caballo, lucharé.

Raymun se llevó aparte a Dunk.

—Pensé que Hardyng querría la revancha contra Aerion, y así es. Resulta que el otro Humfrey es su cuñado. Egg os ha traído a ser Robyn, al que conoce de otros torneos, así que sois cinco.

—Seis. —Dunk, maravillado, señaló al caballero que entraba en el prado, precedido por el escudero, que llevaba las riendas de su corcel—. Tormentalegre. — Ser Lyonel le sacaba una cabeza a Raymun y era casi tan alto como Dunk; vestía una sobrevesta de hilo de oro con el venado coronado de la casa Baratheon y llevaba bajo el brazo el yelmo astado. Dunk le tendió la mano—. Ser Lyonel, no sé cómo daros las gracias por haber venido, y a ser Steffon por haberos traído.

—¿A ser Steffon? —Ser Lyonel lo miró sin entender—. Fue vuestro escudero quien vino por mí; el crío, Aegon. Mi muchacho trató de echarlo, pero se le escurrió entre las piernas y me derramó una frasca de vino en la cabeza. —Soltó una carcajada—. Hace más de cien años que no se celebra un juicio a siete, ¿lo sabíais? Por nada del mundo me perdería la ocasión de pelear contra caballeros de la Guardia Real y, de paso, darle una buena lección al príncipe Maekar.

—Seis —dijo Dunk esperanzado a Raymun Fossoway mientras ser Lyonel se reunía con los demás—. Vuestro primo traerá al último, ¿verdad?

Un rugido se elevó de la multitud. Al norte de la liza, una columna de caballeros emergió al trote de la bruma de la mañana. Al frente, como fantasmas, iban los tres caballeros de la Guardia Real, con las armaduras esmaltadas en blanco y las largas capas níveas al viento. Hasta los escudos eran blancos, limpios y sin figura, como un campo cubierto de nieve recién caída. Detrás cabalgaban el príncipe Maekar y sus hijos. Aerion iba a lomos de un caballo tordo, que a cada paso dejaba entrever destellos de gris, rojo y naranja bajo las rajas de la gualdrapa. El corcel de su hermano Daeron era canela y más pequeño, con armadura de escamas negras y doradas. Él lucía un crestón con un largo penacho de seda verde. Pero el más imponente era su padre. Llevaba dientes de dragón negros y curvos en los hombros, en el yelmo y en la espalda, y la enorme maza de púas atada a la silla era el arma más mortífera que Dunk había visto jamás.

—¡Seis! —exclamó Raymun de repente—. ¡Solo son seis!

Dunk se dio cuenta de que estaba en lo cierto.

«Tres caballeros blancos y tres negros; a ellos también les falta un hombre.» ¿Sería posible que Aerion no hubiera conseguido al séptimo? ¿Qué implicaba eso? Si ningún bando conseguía un luchador más, ¿pelearían seis contra seis?

Mientras intentaba imaginarse los posibles escenarios, Egg se acercó a Dunk.

—Es hora de que os pongáis la armadura, ser.

—Gracias, escudero. Si tienes la bondad...

El herrero echó una mano al chico. Cota de malla y gorjal, canilleras y guanteletes, cofia y bragueta de armar lo transformaron en acero, y ambos revisaron tres veces cada hebilla y cada cierre. Ser Lyonel se dedicó a afilar la espada con una piedra de amolar mientras los Humfreys conversaban en voz baja, ser Robyn rezaba y Raymun Fossoway caminaba de un lado a otro sin dejar de preguntarse dónde se había metido su primo.

Dunk ya iba ataviado con toda la armadura cuando ser Steffon se dignó aparecer.

—¡Mi cota de malla, Raymun, si tienes la bondad! —Se había puesto un jubón acolchado para llevarlo bajo el acero.

—¡Ser Steffon! —saludó Dunk—. ¿Dónde están vuestros amigos? Nos hace falta otro caballero para ser siete.

—Mucho me temo que os hacen falta dos —replicó ser Steffon. Raymun le ató las lazadas de la cota de malla.

—¿Dos? No comprendo, mi señor.

Ser Steffon cogió un guantelete de lamas de acero, se lo enfundó en la mano izquierda y flexionó los dedos.

—No veo más que a cinco aquí —comentó mientras Raymun le abrochaba el cinto de la espada—. Beesbury, Rhysling, Hardyng, Baratheon y vos.

—Y vos —señaló Dunk—. Vos sois el sexto.

—Soy el séptimo —replicó ser Steffon con una sonrisa—, pero del otro bando. Voy a pelear con el príncipe Aerion y los acusadores.

Raymun, que en ese momento iba a entregarle el yelmo a su primo, se detuvo en seco.

—No.

—Sí. —Ser Steffon se encogió de hombros—. Seguro que ser Duncan lo comprende. Tengo un deber para con mi príncipe.

—Le dijiste que confiara en ti. —Raymun se había puesto blanco.

—¿De veras? —Tomó el yelmo de manos de su primo—. Seguro que en ese momento lo decía con toda sinceridad. Tráeme el caballo.

—Vete tú a buscarlo —replicó Raymun, airado—. Si piensas que voy a ayudarte, es que eres tan idiota como malvado.

—¿Malvado? —Ser Steffon chascó la lengua—. Cuidado con lo que dices, Raymun. Somos manzanas del mismo árbol, y eres mi escudero. ¿O has olvidado tus votos?

—Yo no. Y tú, ¿has olvidado los tuyos? Juraste que serías un caballero.

—Antes de que anochezca habré dejado de ser un simple caballero. Lord Fossoway... Suena bien, ¿eh?

Sin dejar de sonreír, se puso el otro guantelete, dio media vuelta y cruzó el prado en dirección a su caballo. Los otros defensores lo miraron con desprecio, pero no movieron un dedo para detenerlo.

Dunk se quedó mirando a ser Steffon, que se alejaba con el caballo por las riendas. Tenía los puños apretados y la garganta tan seca que no podía formular palabra.

«Da igual; a gente así no hay palabras que la conmuevan.»

—Armadme caballero. —Raymun le apoyó la mano en el hombro y le hizo dar media vuelta—. Ocuparé el lugar de mi primo. Armadme caballero, ser Duncan. —Hincó una rodilla en tierra.

Dunk frunció el ceño y se llevó una mano al pomo de la espada larga, pero titubeó.

—No... No puedo, Raymun.

—No os queda más remedio. Sin mí, solo sois cinco.

—El chico está en lo cierto —intervino ser Lyonel Baratheon—. Vamos, ser Duncan. Cualquiera caballero puede armar a otro caballero.

—¿Acaso dudáis de mi valor? —insistió Raymun.

—No, claro que no, es que... —Dunk seguía dudando.

Una fanfarria de trompetas rasgó las nieblas de la mañana. Egg llegó corriendo adonde estaban.

—Lord Ashford os llama, señor.

Tormentalegre sacudió la cabeza con impaciencia.

—Id a ver qué quiere, ser Duncan. Yo armaré caballero al escudero Raymun. —Desenvainó la espada y apartó a Dunk a un lado—. Raymun de la casa Fossoway —entonó con solemnidad al tiempo que tocaba con la hoja el hombro derecho del escudero—. En nombre del Guerrero, os encomiendo ser valiente. —La hoja pasó del hombro derecho al izquierdo—. En nombre del Padre, os encomiendo ser justo. —De vuelta al derecho—. En nombre de la Madre, os encomiendo defender a los jóvenes y a los inocentes. —El izquierdo—. En el nombre de la Doncella, os encomiendo proteger a todas las mujeres...

Dunk se alejó con sentimientos encontrados de alivio y culpa.

«Nos sigue faltando uno —pensó mientras Egg sujetaba las riendas de Trueno para que montara—. ¿Dónde voy a conseguir un hombre más?»

Se dirigió a paso lento hasta la tribuna, donde lord Ashford aguardaba de pie. El príncipe Aerion fue a su encuentro desde el lado norte de la liza.

—Parece que solo tenéis cinco campeones, ser Duncan —comentó con tono alegre.

—Seis —lo corrigió Dunk—. Ser Lyonel está armando caballero a Raymun Fossoway. Seremos seis contra siete. —Batallas más desiguales se habían decantado hacia el lado débil, eso lo sabía bien.

Pero lord Ashford negó con la cabeza.

—Va contra las normas. Si no conseguís a otro caballero para vuestro bando, seréis declarado culpable de los crímenes de los que se os acusa.

«Culpable —pensó Dunk—. Culpable de aflojar un diente, y por ello voy a morir.»

—Concededme un momento, mi señor.

—Concedido.

Dunk cabalgó muy despacio a lo largo de la valla. La tribuna estaba abarrotada de caballeros.

—¡Mis señores! —empezó—. ¿Ninguno de vosotros recuerda a ser Arlan del Árbol de la Moneda? Yo fui su escudero. Os servimos a muchos de vosotros.

Comimos en vuestras mesas y dormimos en vuestros castillos. —Divisó a Manfred Dondarrion, sentado en la grada superior—. Ser Arlan resultó herido cuando servía a vuestro padre. —El caballero se inclinó para comentarle algo a la dama que tenía al lado, sin prestarle atención. Dunk se vio obligado a seguir—. Lord Lannister, ser Arlan os descabalgó una vez en torneo. —El León Gris se examinó las manos enguantadas sin atreverse a levantar la vista—. Fue un buen hombre y me enseñó a ser caballero. Me dio lecciones de lanza y espada, pero también de honor. Me dijo que el buen caballero defiende al inocente, y eso es lo que hice. Necesito un caballero más que luche a mi lado. Uno, eso es todo. ¿Lord Caron? ¿Lord Swann?

Lord Swann dejó escapar una risita ante algo que lord Caron le susurró al oído. Dunk tiró de las riendas ante ser Otho Bracken y bajó la voz.

—Todo el mundo sabe que sois un gran campeón, ser Otho. Uníos a nosotros, os lo suplico, en nombre de los dioses antiguos y nuevos. Mi causa es justa.

—Puede —replicó la Bestia de Bracken, que al menos tuvo la decencia de responder—, pero es vuestra causa, no la mía. No os conozco de nada, muchacho.

Con el corazón en un puño, Dunk hizo dar la vuelta a Trueno y pasó al galope una y otra vez ante las gradas llenas de hombres fríos y mediocres.

—¿No hay entre vosotros ni un caballero de verdad? —gritó, desesperado.

El silencio fue la única respuesta.

Al otro lado de la liza, el príncipe Aerion se echó a reír.

—¡Nadie se burla del dragón! —gritó.

Pero, en ese momento, otra voz se dejó oír.

—Yo lucharé en el bando de ser Duncan.

Un semental negro salió de la bruma del río montado por un jinete también negro. Dunk divisó el escudo del dragón y la cimera de esmalte rojo con tres cabezas rugientes.

«El Príncipe Joven. Loados sean los dioses, ¿de verdad es él?»

Lord Ashford cometió el mismo error.

—¿Príncipe Valarr?

—No. —El caballero negro se levantó la visera—. No pensaba entrar en la liza de Vado Ceniza, mi señor, así que no he traído armadura. Mi hijo ha tenido la bondad de prestarme la suya. —La sonrisa del príncipe Baelor era casi triste.

La confusión se apoderó del bando de los acusadores. El príncipe Maekar picó espuelas para acercarse a ellos.

—¿Has perdido la cabeza, hermano? —Señaló a Dunk con un dedo enguantado—. ¡Este hombre atacó a mi hijo!

—Este hombre protegió a los débiles, como debería hacer todo buen caballero —replicó el príncipe Baelor—. Que los dioses decidan si hizo bien o no. —Sacudió las riendas y se dirigió al trote al extremo sur de la liza.

Dunk lo siguió con Trueno, y el resto de los defensores se congregaron en torno a ellos: Robyn Rhysling, ser Lyonel y los Humfreys.



«Todos ellos caballeros de gran valía, pero... ¿de valía suficiente?»

—¿Dónde está Raymun?

—Ser Raymun, si no os importa. —Llegó a galope sostenido, esbozando una sonrisa que le iluminó el rostro bajo el yelmo con penacho—. Os pido perdón, ser Duncan, pero tenía que efectuar algunos cambios en mi emblema para que nadie me confunda con mi deshonoroso primo. —Les mostró el escudo. Nada había cambiado en el campo de oro, y allí seguía también la manzana de los Fossoway, pero verde en vez de roja—. Aún no estoy maduro, claro..., pero más vale verde que agusanado, ¿no?

Ser Lyonel soltó una carcajada, y el propio Dunk no pudo contener una sonrisa. Hasta el príncipe Baelor pareció complacido.

El septón de lord Ashford se había situado frente la tribuna y levantó el cristal para llamar a la concurrencia a la oración.

—Escuchadme todos bien —pidió Baelor en voz baja—. Para la primera carga, los acusadores irán con lanzas de combate, que son muy pesadas. De fresno, de más de dos varas de largo, con refuerzos para que no se rompan y una punta de acero que basta para perforar la armadura si el atacante va a caballo.

—Pues nosotros también usaremos de esas —propuso ser Humfrey Beesbury.

Detrás de él, el septón pedía a los Siete que emitieran su juicio en la contienda y concedieran la victoria a los defensores de la causa justa.

—No —replicó Baelor—. Llevaremos lanzas de torneo.

—Las lanzas de torneo se rompen al primer golpe —protestó Raymun.

—Sí, pero miden tres varas y media. Si acertamos en el blanco, ellos no podrán tocarnos. Apuntad al yelmo o al pecho. En torneo se considera galante romper la lanza contra el escudo del rival, pero en esta ocasión significa la muerte. Si conseguimos descabalgarlos sin caer, tendremos la ventaja. —Miró a Dunk—. Si matan a ser Duncan, se dictaminará que los dioses lo han declarado culpable y el combate habrá terminado. También concluirá si mueren los dos acusadores o retiran sus acusaciones. Si no es así, los siete de un bando tienen que morir o rendirse para que se dé el juicio por terminado.

—El príncipe Daeron no peleará —señaló Dunk.

—Tampoco habría peleado muy bien. —Ser Lyonel rio—. Pero aun así tendremos que encargarnos de tres espadas blancas.

Eso no parecía preocupar a Baelor.

—Mi hermano cometió un error al ordenar que la Guardia Real luchara por su hijo. Su juramento les prohíbe herir a un príncipe de sangre regia, y da la casualidad de que yo lo soy. —Esbozó una sonrisa—. Si me quitáis de encima a los otros, yo me encargaré de la Guardia Real.

—¿Eso es de buen caballero, mi príncipe? —inquirió ser Lyonel Baratheon al tiempo que el septón terminaba las invocaciones.

—Ya nos lo dirán los dioses —respondió Baelor Rompelanzas.

En la dehesa de Vado Ceniza se formó un silencio profundo y expectante.

A ochenta pasos, el corcel tordo de Aerion resoplaba impaciente y piafaba en el terreno enlodado. En comparación, Trueno parecía muy tranquilo. Era un caballo más viejo, veterano de medio centenar de batallas, y sabía lo que se esperaba de él. Egg tendió el escudo a Dunk.

—Que los dioses os acompañen, señor.

El olmo y la estrella fugaz le infundieron valor. Dunk pasó el brazo por la correa y cerró los dedos en torno a la embrazadura. «Guardadme bien, roble y acero, o voy al infierno, y eso no quiero.» Pate Acero le había llevado la lanza, pero Egg se empeñó en ser él quien se la entregara a Dunk.

Sus compañeros se situaron a ambos lados de él, cada uno con su propia lanza, y se separaron hasta formar una larga línea. El príncipe Baelor estaba a su derecha y ser Lyonel, a su izquierda, pero la estrecha rendija para los ojos del yelmo completo impedía que viera nada que no estuviera justo delante de él. La tribuna había desaparecido, al igual que los espectadores aglomerados contra la valla; solo quedaban la liza embarrada, la neblina serpenteante, el río, el pueblo y el castillo al norte, y el príncipe montado en el caballo tordo con el yelmo en llamas y el dragón en el escudo. Dunk observó como el escudero de Aerion le entregaba la lanza de combate, de más de dos varas de largo y negra como la noche. «Si le dejo, me atravesará el corazón con ella.»

El sonido del cuerno rasgó el aire.

Dunk se quedó paralizado un instante como una mosca atrapada en ámbar, pese a que todos los caballos estaban moviéndose. Sintió un aguijonazo de pánico.

«No me acuerdo de nada —pensó, febril—. No me acuerdo de nada, voy a ponerme en ridículo, estoy perdido.»

Trueno lo salvó. El enorme semental zaino sabía lo que había que hacer aunque su jinete no estuviese al caso. Empezó a trotar, y el entrenamiento de Dunk acudió al rescate: dio un leve toque de espuelas al caballo de guerra, puso la lanza horizontal y bajó el escudo hasta que le protegió buena parte del costado izquierdo, al tiempo que lo mantenía ladeado para desviar los posibles golpes. «Guardadme bien, roble y acero, o voy al infierno, y eso no quiero.»

El griterío de la multitud no era más que el romper de olas lejanas. Trueno pasó al galope, y Dunk apretó los dientes ante la violencia del movimiento. Hundió los talones en los estribos y apretó los muslos con todas sus fuerzas para que su cuerpo fuera uno con el caballo. «Soy Trueno y Trueno es yo, somos una única fiera, estamos unidos, somos uno.» Dentro del yelmo, el aire ya estaba tan caliente que le costaba respirar.

En las justas del torneo, el rival estaría a su izquierda, al otro lado de la barrera, con lo que tendría que colocar la lanza por encima del cuello de Trueno. Con el

ángulo era más probable que la madera se rompiera en el impacto. Pero ese día el juego era más mortífero: no había barrera que los separase, y los corceles cargaban directamente el uno contra el otro. El caballo negro del príncipe Baelor era más rápido que Trueno, y Dunk advirtió por el rabillo del ojo como lo adelantaba. Más que ver a los otros, los percibía.

«No importan; el único que importa es Aerion, solo Aerion.»

Vio acercarse al dragón. Los cascos del caballo gris del príncipe Aerion levantaban salpicaduras de barro; las fosas nasales del animal aleteaban. La lanza negra apuntaba aún arriba. El anciano le había explicado muchas veces que el caballero que mantiene la lanza alta y la nivela en el último momento se arriesga a bajarla demasiado. Dunk apuntó la suya contra el centro del pecho del príncipe. «La lanza es parte de mi brazo —se dijo—. Es un dedo, un dedo de madera. Solo tengo que tocarlo con el dedo de madera.»

Trató de no fijarse en la punta afilada de hierro que remataba la lanza negra de Aerion, aunque cada vez era más grande. «El dragón, céntrate en el dragón.» La enorme bestia de tres cabezas cubría el escudo del príncipe, todo alas rojas y fuego de oro. «No, mira solo el punto que quieres golpear», recordó de repente; pero la lanza ya se le había desviado. Intentó corregir la trayectoria, pero era tarde. Vio como la punta golpeaba el escudo de Aegon, acertaba entre dos cabezas del dragón y arañaba una llama pintada. Al mismo tiempo que oía el crujido sordo, notó que Trueno retrocedía y respingaba ante la fuerza del impacto, y un instante después sintió un golpe atroz en el costado. Los caballos chocaron con violencia, las armaduras rechinaron; Trueno trastabilló y Dunk dejó caer la lanza. El rival había pasado de largo, y él se agarraba a la silla afanándose por no caer. Trueno resbaló en el terreno enlodado y Dunk percibió que las patas traseras se deslizaban peligrosamente. Patinó, giró, y los cuartos traseros fueron a dar contra el suelo con un fuerte golpe.

—¡Arriba, Trueno! —rugió, al tiempo que picaba espuelas—. ¡Arriba!

Y, sin saber cómo, el viejo caballo de batalla recuperó el pie.

Dunk notó un dolor agudo bajo las costillas y el brazo izquierdo muy pesado. La lanza de Aerion había traspasado roble, lana y acero, y del costado le brotaba una vara de fresno astillado y hierro cortante. Dunk agarró los restos de lanza con la mano derecha, justo por debajo de la punta, apretó los dientes y se la arrancó de un violento tirón. La arista de hierro salió con un borbotón de sangre, que se filtró entre las anillas de la cota de malla y le tiñó de rojo la sobrevesta. El mundo empezó a dar vueltas y Dunk estuvo a punto de caer. A través de la cortina de dolor alcanzó a oír voces que clamaban su nombre. El hermoso escudo ya no le servía de nada. Arrojó al suelo olmo, estrella fugaz y lanza rota, todo a la vez, y desenvainó la espada, pero le dolía tanto que no creyó que pudiera blandirla.

Hizo volverse a Trueno y trató de averiguar qué ocurría en la liza. Ser Humfrey Hardyng se aferraba al cuello de la montura, obviamente herido. El otro ser Humfrey yacía inmóvil en un charco de barro manchado de sangre, con una lanza rota clavada

en la ingle. Vio pasar al galope al príncipe Baelor, con la lanza aún intacta, y descabalgó a un caballero de la Guardia Real. Otro caballero blanco había caído ya, y a Maekar también lo habían descabalgado. El tercer caballero de la Guardia Real se defendía del ataque de ser Robyn Rhysling.

«¿Y Aerion? ¿Dónde está Aerion?» El tamborileo de unos cascos a su espalda hizo que Dunk girara bruscamente la cabeza. Trueno relincho, se encabritó y empezó a cocear cuando el corcel tordo de Aerion lo embistió a galope tendido.

En esa ocasión no hubo la menor posibilidad de recuperación. La espada larga salió despedida y el suelo fue a su encuentro. Dunk aterrizó con un golpe lacerante que le sacudió los huesos, y el dolor fue tan agudo que se le escapó un quejido. Durante un momento no pudo hacer más que quedarse allí tendido mientras la boca se le llenaba de sangre.

«Dunk el Tocho, que se creía caballero.» Sabía que tenía que levantarse o morir. Con un gemido de dolor, logró ponerse a cuatro patas, pero era incapaz de respirar, incapaz de ver. La hendidura de la visera estaba llena de barro. Se puso en pie a ciegas y se limpió el lodo con la mano enfundada en el guantelete. «Sí, ya está...»

Entre los dedos vislumbró el vuelo del dragón y un mangual dando vueltas. Luego la cabeza pareció estallarle en mil pedazos.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba de nuevo en el suelo, tendido de espaldas. El barro había saltado del yelmo con el golpe, pero en ese momento lo que le cerraba un ojo era la sangre. Lo único que veía era el cielo, gris oscuro. La cara le latía, y el metal frío y húmedo le oprimía la sien y la mejilla. «Me ha roto la cabeza y me estoy muriendo.» Lo peor era que los demás iban a morir con él: Raymun, el príncipe Baelor y todos los demás. «Les he fallado. No soy un campeón. No soy ni siquiera un caballero errante. No soy nada.» Recordó cómo había alardeado el príncipe Daeron de que nadie podía igualar su talento para yacer inconsciente en el barro. «Eso es porque no conocía a Dunk el Tocho, ¿eh?» La vergüenza era aún peor que el dolor.

El dragón apareció sobre él.

Tenía tres cabezas y alas brillantes como el fuego, rojas, naranjas y amarillas, y se reía.

—¿Aún no estás muerto, caballero errante? —preguntó—. Suplica piedad y reconoce que eres culpable, y puede que me conforme con cortarte un pie y una mano. Y con saltarte los dientes, claro, pero ¿a quién le importan unos cuantos dientes? Un hombre como tú puede vivir muchos años a base de gachas de guisantes. —El dragón rio de nuevo—. ¿No? Entonces, cómete esto.

La bola de púas giró contra el fondo gris del cielo y descendió hacia su cabeza como una estrella fugaz.

Dunk rodó por el barro.

No supo de dónde sacó las fuerzas, pero las sacó. Rodó hasta meterse entre las piernas de Aerion, le apresó el muslo con el brazo, lo derribó en el barro entre juramentos y se puso encima de él. «¡A ver cómo se las arregla ahora para jugar con

el mangual!» El príncipe atizó a Dunk en la cabeza con el brocal del escudo, pero el yelmo abollado absorbió lo peor del impacto. Aerion era fuerte, pero Dunk lo era más, y más corpulento, y más pesado. Le agarró el escudo con ambas manos, lo retorció hasta romper las correas y lo usó para aporrear una vez tras otra las llamas esmaltadas de la cimera del príncipe. El escudo era más grueso que el de Dunk, de roble macizo y refuerzos de hierro. Una llama saltó por los aires. Luego otra. El príncipe se quedó sin llamas mucho antes de que Dunk se quedara sin golpes.

Aerion acabó por soltar el puño del inservible mangual y se palpó la cadera en busca de la daga. Consiguió desenfundarla, pero Dunk le asestó un porrazo con el escudo y el arma se perdió en el barro.

«Tal vez podría derrotar a ser Duncan el Alto, pero no a Dunk del Lecho de Pulgas.» El anciano le había enseñado a justar y a combatir con la espada, pero esa manera de pelear la había aprendido mucho antes, en los recovecos sombríos y los callejones traseros de las tabernas de la ciudad. Dunk lanzó a un lado el escudo abollado y le levantó la visera del yelmo.

«La visera es un punto débil», le había dicho Pate Acero. El príncipe ya no se debatía. Tenía los ojos violeta llenos de terror. Dunk sintió la tentación de agarrarle uno entre dos dedos y reventarlo como una uva, pero eso no sería caballeresco.

—¡Rendíos! —le gritó.

—Me rindo —susurró el dragón sin apenas mover los labios blancos.

Dunk lo miró, desconcertado. Por un momento no dio crédito a sus oídos. «¿Ya está?» Muy despacio, miró a un lado y a otro. La hendidura de la visera estaba cerrada en la izquierda por el golpe que había recibido. Divisó al príncipe Maekar, que, con la maza en la mano, trataba de acercarse a su hijo, pero Baelor Rompelanzas se lo impedía.

Dunk se puso en pie como pudo y obligó a levantarse al príncipe Aerion. Se desató con dedos torpes las lazadas del yelmo, se lo quitó y lo tiró lejos. Al instante se vio asaltado por una avalancha de imágenes y sonidos: gruñidos y juramentos, el clamor de la multitud, los relinchos de un caballo herido, otro galopando sin jinete por la liza... Por doquier resonaba el entrecuchar del acero. Raymun y su primo, los dos a pie, peleaban frente a la tribuna de los nobles. Los escudos de ambos estaban tan astillados que apenas quedaban restos de la manzana verde ni de la roja. Uno de los hombres de la Guardia Real sacaba de la liza a un hermano herido, los dos idénticos con las armaduras y capas blancas. El tercer guardia había caído, y Tormentalegre se había unido al príncipe Baelor para contener al príncipe Maekar. Maza, hacha y espada larga chocaban con fuerza contra yelmos y escudos. Maekar recibía tres golpes por cada uno que asestaba, y Dunk supo que no duraría mucho más. «Tengo que acabar con esto antes de que mueran más hombres.»

De pronto, el príncipe Aerion hizo ademán de lanzarse por el mangual. Dunk le dio una patada en la espalda y lo mandó de bruces al suelo, lo agarró por una pierna y lo arrastró por la liza. Para cuando llegaron a la tribuna donde aguardaba lord

Ashford, el Príncipe Luminoso estaba más sucio que una letrina. Dunk lo puso en pie y lo sacudió tanto que el barro salpicó a lord Ashford y a la hermosa doncella.

—¡Decídselo!

Aerion Llamabrillante escupió hierba y barro.

—Retiro la acusación.

Más adelante, Dunk no supo decir si salió de la liza por su propio pie o si lo ayudaron. Le dolía todo el cuerpo, unas partes más que otras. Sí recordó haberse hecho preguntas. «¿Ahora ya soy un caballero de verdad? ¿Soy un campeón?»

Egg lo ayudó a quitarse las canilleras y el gorjal. También estaban con él Raymun y Pate Acero, pero se encontraba tan aturdido que no los distinguía. Solo sabía que había manos y voces. Pate era el que se quejaba.

—Mira lo que le ha hecho a mi armadura: toda abollada, mellada, rayada. Tanto trabajo, ¿y para qué? Y encima voy a tener que cortar la cota de malla para quitársela.

—Raymun —balbuceó Dunk, apremiante, al tiempo que le agarraba la mano a su amigo—. Los otros. ¿Cómo están? ¿Cómo les ha ido? —Necesitaba saberlo—. ¿Ha muerto alguien?

—Beesbury —respondió Raymun—. Donnel del Valle Oscuro lo ha matado en la primera carga. Ser Humfrey también está malherido. Los demás tenemos cortes y magulladuras, nada más. Excepto vos.

—¿Y los otros? ¿Los acusadores?

—A ser Willem Wylde, de la Guardia Real, lo han sacado inconsciente de la liza, y creo que a mi primo le he roto unas cuantas costillas. Bueno, eso espero.

—¿Y el príncipe Daeron? —farfulló Dunk—. ¿Ha sobrevivido?

—Ser Robyn lo ha descabalgado y se ha quedado donde ha caído. Puede que tenga un pie roto, porque su caballo le ha pasado por encima mientras corría suelto por la liza.

Pese a lo confuso y atolondrado que estaba, Dunk sintió un alivio inmenso.

—Entonces el sueño estaba equivocado en lo del dragón muerto. A menos que Aerion haya muerto. No ha muerto, ¿verdad?

—No —respondió Egg—. Le perdonasteis la vida, ¿no lo recordáis?

—Ah, claro. —Los recuerdos de la pelea empezaban a tomarse borrosos y lejanos—. A ratos estoy como borracho, y a ratos me duele todo tanto que pienso que voy a morirme.

Lo obligaron a quedarse tumbado y a mirar el cielo plomizo mientras seguían hablando a su lado. A Dunk le pareció que aún era por la mañana. ¿Cuánto había durado la pelea?

—Dioses, la punta de la lanza le ha metido las anillas de la cota en la carne —oyó decir a Raymun—. Se le va a pudrir si no...

—Hay que emborracharlo y echarle aceite hirviendo en la herida —sugirió alguien—. Es lo que hacen los maestros.

—Vino. —Otra voz, esa con un timbre metálico, hueco—. Aceite no, eso lo mataría; vino hirviendo. Mandaré al maestro Yormwell a que le eche un vistazo en cuanto acabe de ocuparse de mi hermano.

Un caballero alto con una armadura negra abollada y cubierta de arañazos miraba a Dunk desde arriba. «El príncipe Baelor.» El dragón escarlata del yelmo había perdido la cabeza, las dos alas y buena parte de la cola.

—Alteza, estoy a vuestro servicio —masculló Dunk—. Por favor. Estoy a vuestro servicio.

—A mi servicio. —El caballero negro se apoyó en el hombro de Raymun para sostenerse—. Me hacen falta buenos hombres, ser Duncan. El reino...

La voz sonaba extraña, como si arrastrara las sílabas. Tal vez se había mordido la lengua.

Dunk estaba muy cansado; le costaba mantenerse despierto.

—Estoy a vuestro servicio —murmuró una vez más.

El príncipe movió la cabeza muy despacio, de un lado a otro.

—Ser Raymun... El yelmo, si sois tan amable... La visera está agrietada, y los dedos... No me los siento...

—Cómo no, alteza. —Raymun agarró el yelmo del príncipe con las dos manos y soltó un gruñido—. ¡Uf! Ayúdame, Pate.

Pate Acero acercó un taburete.

—Os lo han aplastado por detrás, alteza, y se ha trabado con el gorjal. Es buen acero, menudo golpe ha parado.

—La maza de mi hermano, seguro. —Las palabras le salían con torpeza—. Es fuerte. —Hizo una mueca—. Me siento... extraño...

—Ya sale. —Pate le quitó el yelmo abollado—. Dioses. Por todos los dioses. Dioses, dioses, ¡dioses!

Dunk vio caer del yelmo algo rojo y húmedo. Se oyó un alarido agudo y terrible, no supo de quién. Contra el cielo encapotado se tambaleaba un príncipe muy alto, con armadura negra y media cabeza, empapada de sangre roja, y se le veía el hueso blanco y algo más, algo grisáceo y carnoso. Una expresión de desconcierto cruzó el rostro de Baelor Rompelanzas, como una nube pasajera que tapa el sol. Se llevó una mano a la cabeza y se tocó el cogote con dos dedos, ligeramente, apenas un roce. Después cayó. Dunk lo sostuvo al vuelo.

—¡Arriba! —le contaron más adelante que había gritado, como hiciera con Trueno en el combate—. ¡Arriba, arriba!

Pero él nunca llegó a acordarse, y el príncipe no se levantó.

Baelor de la casa Targaryen, príncipe de Rocadragón, mano del rey, protector del reino y heredero al Trono de Hierro de los Siete Reinos de Poniente, ardió en una pira en el patio del castillo de Vado Ceniza, en la orilla norte del río Sulcos. Otras grandes casas preferían enterrar a sus muertos en la negra tierra o que los engullera el frío mar, pero los Targaryen eran de la sangre del dragón, y las llamas marcaban su final.

Había sido el mejor guerrero de su tiempo, y muchos opinaban que debería haber partido hacia la oscuridad ataviado con cota de malla y armadura, espada en mano, pero al final prevalecieron los deseos de su regio padre, Daeron II, de natural pacífico. Al pasar junto a la pira de Baelor, Dunk vio que el príncipe llevaba una túnica de terciopelo negro con el dragón de tres cabezas bordado en el pecho con hilo rojo y una gruesa cadena de oro al cuello. La espada envainada descansaba a su lado, y lucía un yelmo, un casco fino y dorado con la visera levantada para que todos pudieran verle el rostro.

Valarr, el Príncipe Joven, velaba al pie de la pira de su padre. Era igual que su progenitor, solo que más bajo, más delgado, más atractivo, sin la nariz rota en dos ocasiones que en vida diera a Baelor un aspecto más humano que regio. Valarr tenía el pelo castaño, pero surcado por un mechón de oro blanco que a Dunk le recordaba a Aerion. De acuerdo, no era justo: a Egg le estaba creciendo el pelo, también del mismo color que el de su hermano, y era buen chaval para ser un príncipe.

Cuando se detuvo para darle el pésame con torpeza y expresarle su eterna gratitud, el príncipe le lanzó una mirada gélida con sus ojos azules.

—Mi padre solo tenía treinta y nueve años. Habría sido un gran rey, el mejor desde Aegon el Dragón. ¿Por qué se lo han llevado a él los dioses y no a vos? —Sacudió la cabeza—. Fuera de mi presencia, ser Duncan. Fuera.

Dunk se quedó mudo; salió cojeando del castillo y se retiró a su campamento, junto a la poza verde. No tenía respuesta para la pregunta de Valarr, como tampoco para las que él mismo se formulaba. Los maestros y el vino hirviendo habían cumplido su misión y la herida se estaba curando, aunque le quedaría una cicatriz profunda entre el brazo izquierdo y el pezón. No podría mirarse la herida sin recordar a Baelor.

«Me salvó una vez con la espada y otra con la palabra, aunque para entonces ya era un muerto andante.» Un mundo en el que un gran príncipe moría para que un caballero errante pudiera vivir no tenía sentido. Dunk se sentó bajo el olmo y clavó la vista en sus pies.

Unos días después aparecieron en su campamento cuatro guardias vestidos con los colores reales, y pensó que al fin habían decidido matarlo de todas formas. Demasiado débil y cansado para coger la espada, no se movió, recostado contra el olmo.

—El príncipe quiere hablar con vos a solas.



—¿Qué príncipe?

—Este príncipe —intervino una voz brusca antes de que el capitán tuviera tiempo de responder.

Maekar Targaryen salió de detrás del olmo. Dunk se puso en pie despacio. «¿Qué quiere ahora de mí?»

Maekar hizo un gesto y los guardias desaparecieron tan rápidamente como habían aparecido. El príncipe se quedó mirándolo largo rato, dio media vuelta y se acercó a la poza para contemplar su reflejo en el agua.

—He mandado a Aerion a Lys —anunció bruscamente—. Unos cuantos años en las ciudades libres le sentarán bien.

Dunk no había estado nunca en las ciudades libres, así que no supo qué responder. Se alegró de que Aerion estuviera lejos de los Siete Reinos, y ojalá no volviera jamás, pero eran cosas que no se le podían soltar a un padre acerca de su hijo. Calladito estaría mejor.

El príncipe Maekar se volvió para mirarlo.

—Habrà quien diga que quise matar a mi hermano. Bien saben los dioses que es mentira, pero oiré esas voces hasta el día de mi muerte. Mi maza asestó el golpe fatal, no me cabe duda. Baelor solo se había enfrentado a los tres miembros de la Guardia Real, cuyos votos les impiden hacer nada que no sea defenderse. Así que fui yo. Es raro, pero no recuerdo el golpe que le rompió el cráneo. ¿Es una bendición o una maldición? Las dos cosas, creo.

Miró a Dunk, que comprendió que el príncipe quería una respuesta.

—No sé, alteza. —¿Debía sentir odio hacia Maekar? Tal vez, pero, por el contrario, el hombre le inspiraba una extraña compasión—. Vos blandisteis la maza, pero el príncipe Baelor murió por mí. Así que su sangre también mancha mis manos.

—Sí —reconoció el príncipe—. Vos también escucharéis las voces. El rey es viejo. Cuando muera, Valarr ocupará el Trono de Hierro en vez de su padre. Cada vez que se pierda una batalla o se malogre una cosecha, los bobos dirán: «Esto no habría pasado con Baelor, pero el caballero errante lo mató».

Dunk sabía que era verdad.

—Si no hubiera peleado, me habríais cortado la mano y el pie. A veces me quedo ahí sentado, bajo el árbol, me miro los pies y pienso: ¿de verdad me hacían falta los dos? ¿Cómo es posible que mi pie valga la vida de un príncipe? Y dos vidas más, las de los Humfreys, que también eran buenos hombres.

Ser Humfrey Hardyng había muerto la noche anterior por las heridas recibidas en la liza.

—¿Y qué os responde el árbol?

—Nada que yo oiga. Pero el anciano, ser Arlan, decía todas las noches: «¿Quién sabe qué nos traerá la mañana?». No lo sabía, igual que nosotros. ¿Es posible que una mañana necesite este pie, que el reino necesite este pie más que la vida de un príncipe?

Maekar se tomó su tiempo antes de contestar, con los labios fruncidos tras la barba color plata que le daba al rostro una forma tan cuadrada.

—Ni por asomo —replicó, sin rastro de amabilidad—. Al reino le sobran caballeros errantes, y todos tienen sus dos pies.

—Si vuestra alteza tiene alguna respuesta mejor, me muero por oírla.

—Puede que a los dioses les gusten las bromas macabras. —Maekar arrugó el ceño—. O puede que no haya ningún dios. Que nada de esto tenga sentido. Se lo preguntaría al septón supremo, pero la última vez que acudí a él me dijo que los hombres no pueden comprender los caminos de los dioses. A ver si un día prueba a dormir bajo un árbol. —Esbozó una sonrisa torcida—. Mi hijo pequeño se ha encariñado con vos, ser Duncan. Ya es hora de que ejerza como escudero, pero dice que no servirá a ningún otro caballero, solo a vos. Es un mocoso desobediente, como ya habréis notado. ¿Queréis tomarlo a vuestro servicio?

—¿Yo? —Dunk abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla—. Egg..., digo, Aegon... es buen chico, pero... Alteza, sé que es un gran honor, pero... yo solo soy un caballero errante.

—Eso tiene remedio —replicó Maekar—. Aegon debe volver a mi castillo en Refugio Estival. Allí hay sitio para vos, si queréis. Seréis un caballero más de mi casa, me juraréis fidelidad, y Aegon os servirá como escudero. Vos lo entrenaréis, y mientras tanto mi maestro de armas terminará de entrenaros a vos. —El príncipe le lanzó una mirada maliciosa—. Ser Arlan hizo cuanto pudo por vos, no me cabe duda, pero aún os queda mucho por aprender.

—Lo sé, mi señor.

Dunk miró a su alrededor: observó la hierba verde, los juncos, el olmo alto, las ondas que danzaban en la poza iluminada por el sol. Otra libélula se movía por el agua, o tal vez fuera la misma que hacía unos días. «¿Qué prefieres, Dunk? ¿Mariposas dragón o dragones?» Unos días atrás habría aceptado sin titubear. Era lo que había soñado toda su vida, pero, cuando al fin lo tenía al alcance de la mano, le resultaba aterrador.

—Antes de que muriera, prometí al príncipe Baelor que estaría a su servicio.

—Cuánta presunción por vuestra parte —bufó Maekar—. ¿Y qué os respondió?

—Que el reino necesitaba hombres buenos.

—Muy cierto. ¿Qué me decís?

—Tomaré a vuestro hijo como escudero, alteza, pero no en Refugio Estival, al menos no hasta dentro de un par de años. Ya ha visto bastantes castillos. Me lo llevaré, pero para que recorra conmigo los caminos. —Señaló a la vieja Tostada—. Puede montar mi otro caballo, llevar mi capa vieja, afilarme la espada y limpiarme la cota de malla. Dormiremos en establos y posadas, y a veces en el castillo de algún caballero con tierras o de algún señor menor. O al raso, si no hay nada más.

El príncipe lo miró, incrédulo.

—¿Es que el juicio os ha reblandecido los sesos? Aegon es príncipe del reino, es de la sangre del dragón. Los príncipes no están hechos para dormir en los caminos ni comer carne seca. —Vio que Dunk titubeaba—. ¿Qué es eso que no os atrevéis a decirme? Hablad.

—Me imagino que Daeron nunca ha dormido en los caminos —dijo Dunk en voz muy baja— y que toda la carne que ha comido Aerion era fresca y jugosa.

Maekar Targaryen, príncipe de Refugio Estival, contempló largo rato a Dunk del Lecho de Pulgas, moviendo la mandíbula bajo la barba plateada. Sin añadir una palabra más, le dio la espalda y se marchó. Dunk oyó como se alejaba a caballo con sus hombres; cuando desaparecieron, el único sonido que quedó fue el zumbido de las alas de la libélula, que sobrevolaba la superficie del agua.

El niño llegó a la mañana siguiente, cuando salía el sol. Llevaba botas viejas, calzones pardos, sayo de lana del mismo color y una raída capa de viaje.

—Mi señor padre dice que debo servirlos.

—Puedes empezar por ensillar los caballos. Tostada es la tuya, así que trátala bien. Y no quiero verte montar a Trueno a menos que yo te lo diga. Y acuérdate de llamarme «señor».

Egg fue por las sillas de montar.

—¿Adónde vamos, señor?

Dunk se paró un momento a pensar.

—Nunca he cruzado las Montañas Rojas. ¿Te gustaría ir a Dorne?

Egg sonrió de oreja a oreja.

—Tengo entendido que hacen unas marionetas estupendas.

# La espada leal

En la encrucijada había una jaula, y en la jaula, dos cadáveres que se pudrían bajo el sol del verano. Egg se detuvo debajo para mirarlos.

—¿Quiénes serían, señor? —Su mulo, Maestre, empezó a pacer la hierba seca del lindero, agradecido por el descanso, como si no llevara a lomos dos toneles de vino.

—Ladrones. —Montado en Trueno, Dunk estaba más alto, más cerca de los cadáveres—. Violadores. Asesinos.

Dunk tenía la vieja sobrevesta verde manchada con rodales oscuros bajo los brazos. El sol brillaba inmisericorde en el cielo azul, y no había parado de sudar desde que levantaran el campamento por la mañana.

Egg se quitó el sombrero de paja de ala ancha, dejando al descubierto la cabeza pelada y reluciente, y lo agitó para espantar las moscas. Las había a cientos sobre los cadáveres, y muchas más revoloteaban ociosas en el aire ardiente y encalmado.

—Debieron de hacer algo horrible para que los condenaran a morir en una jaula de cuervos.

A veces Egg parecía sabio como un maestre, pero otras seguía siendo un chiquillo de diez años.

—Hay señores y señores —repuso Dunk—, y algunos no necesitan de grandes motivos para condenar a alguien a muerte.

En la jaula apenas cabía un hombre, pero habían metido a dos. Estaban frente a frente, con los brazos y las piernas entrelazados y la espalda aplastada contra los barrotes negros y abrasadores de hierro. Uno había tratado de comerse al otro; tenía el cuello y el hombro mordidos. Los cuervos se habían cebado en ambos. Con la llegada de Dunk y Egg, los pájaros habían levantado el vuelo en una nube negra tan densa que Maestre había dado un respingo.

—No sé quiénes eran, pero estaban famélicos —apuntó Dunk. «Todo piel y huesos, y la piel, verde y podrida»—. A lo mejor robaron una hogaza de pan o cazaron un ciervo sin permiso en los bosques de algún señor. —Ya llevaban más de un año de sequía, y los señores cada vez toleraban menos a los cazadores furtivos, con los que de todas formas nunca habían sido tolerantes.

—A lo mejor eran bandoleros. —En Dosk habían escuchado a un arpista interpretar «El día en que ahorcaron a Robin el Negro», y desde entonces Egg veía galantes bandidos hasta debajo de las piedras.

Dunk, que se había tropezado con varios cuando era escudero del anciano, no tenía la menor prisa por volver a cruzarse con ninguno; no habían sido precisamente galantes. Se acordó de uno a quien ser Arlan había contribuido a ahorcar, uno que por lo visto era muy aficionado a robar anillos. A los hombres les cortaba los dedos, pero a las mujeres prefería arrancárselos a mordiscos. Claro que sobre él no se habían compuesto canciones.

«Bandoleros o furtivos, tanto da. Los muertos no son buena compañía.» Hizo dar un rodeo a Trueno para esquivar la jaula, y las cuencas vacías de los muertos parecieron seguirlo. Uno tenía la cabeza gacha y la boca abierta. «Sin lengua»,

observó Dunk. Tal vez se la habían comido los cuervos; al parecer siempre empezaban por los ojos, pero igual la lengua iba después. «O quizá un señor mandó arrancársela por decir lo que no debía.»

Dunk se pasó los dedos por el pelo greñado y clareado por el sol. No podía hacer nada por los muertos; en cambio, se había comprometido a llevar los barriles de vino a Tenaz.

—¿Por dónde hemos venido? —Miró en todas direcciones—. Me he desorientado.

—Tenaz es por allí, señor —señaló Egg.

—Pues por allí vamos. Si no nos quedamos aquí a pasar la tarde contando moscas, estaremos de vuelta al anochecer.

Espoleó a Trueno y lo encaminó hacia el ramal izquierdo. Egg volvió a ponerse el sombrero de paja y sacudió las riendas de Maestre. Por una vez, el mulo se apartó de la hierba y obedeció sin protestar.

«El pobre también tiene calor, y los barriles deben de pesar lo suyo.»

El sol del verano había dejado el camino duro como una piedra. Las roderas eran tan hondas como para romperle la pata a un caballo, así que Dunk vigilaba que Trueno caminara entre ellas. Dunk se había torcido el tobillo cuando partieron de Dosk, en plena noche para aprovechar el fresco. Como solía decir el anciano, el buen caballero tenía que aprender a vivir con dolores y aflicciones. «Sí, muchacho, y con cicatrices y huesos rotos —añadía—. Forman parte de la caballería tanto como las espadas y los escudos.» Pero si Trueno se rompía la pata..., ¿qué clase de caballero sería sin caballo?

Egg lo seguía a seis pasos con Maestre y las barricas de vino. El chiquillo caminaba descalzo con un pie en la rodera y el otro fuera, así que se elevaba y se hundía a cada paso. Llevaba el puñal al cinto, las botas colgando de la mochila y la harapienta sobrevesta marrón plegada y atada a la cintura. Bajo el ala ancha del sombrero asomaba la carita mugrienta y llena de manchas y los enormes ojos oscuros. Tenía diez años y no medía ni ocho palmos. En los últimos tiempos se había espigado, pero aún le quedaba mucho para alcanzar a Dunk. Tenía el aspecto del mozo de cuadra que no era y en absoluto el de quien era en realidad.

No tardaron en perder de vista los cadáveres, pero Dunk no conseguía dejar de pensar en ellos. En los últimos tiempos, los bandoleros se habían convertido en una plaga para el reino. La sequía no daba muestras de remitir, y miles de campesinos habían abandonado sus hogares en busca de un lugar donde lloviera. Lord Cuervo de Sangre les había ordenado volver a sus tierras y a sus señores, pero pocos obedecieron. Muchos lo culpaban de la sequía, a él y al rey Aerys: era un castigo de los dioses, porque el que mata a la sangre de su sangre está maldito. Pero los que eran inteligentes no lo decían en voz alta. Como decía el acertijo que Egg había escuchado en Antigua: «¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Mil y un ojos».

Dunk había visto a Cuervo de Sangre hacía seis años en Desembarco del Rey. Subía por la calle del Acero a lomos de un caballo de pelaje claro, seguido por una partida de cincuenta picos de cuervo. Fue antes de que el rey Aerys ascendiera al trono y lo nombrara mano, y ya entonces resultaba imponente con *Hermana Oscura* al costado y el atuendo color humo y escarlata. La piel pálida y el cabello blanco sucio le daban aspecto de cadáver andante, y decían que la mancha de nacimiento color vino que le cruzaba la mejilla y la barbilla tenía forma de cuervo, pero a Dunk solo le pareció una mancha informe y descolorida. Lo miró con tal intensidad que el hechicero del rey se dio cuenta y se volvió hacia él. Solo tenía un ojo y era de un rojo muy vivo; en el otro lado de la cara, la cuenca estaba vacía, cortesía de Aceroamargo en el Prado Hierbarroja. Sin embargo, Dunk tuvo la sensación de que dos ojos le taladraban la piel y se le clavaban hasta el alma.

A pesar del calor, el recuerdo le provocó un escalofrío.

—¿Os encontráis mal, señor? —le preguntó Egg.

—No —replicó Dunk—. Es que tengo más calor y más sed que esos.

Señaló el campo que se extendía junto al camino, sembrado de melones marchitos. En las márgenes, la hierba y los abrojos aún se aferraban a la vida, pero las cosechas no corrían esa suerte. Dunk comprendía a los melones. Ser Arlan decía que los caballeros errantes nunca pasaban sed. «Al menos mientras tengan un yelmo con que recoger el agua de lluvia. No hay mejor bebida que esa, muchacho.» Pero el anciano no había conocido un verano como aquel, y Dunk había dejado el yelmo en Tenaz. Pesaba demasiado, le daba mucho calor, y tampoco había lluvia con que llenarlo. «¿Qué hace un caballero errante cuando le toca errar por tierras áridas y moribundas?»

Cuando llegaran al arroyo se daría un chapuzón; sonrió al pensar en el placer que sentiría al saltar al río y salir empapado con una sonrisa de oreja a oreja y el agua corriéndole por las mejillas, el pelo enmarañado y la sobrevesta pegada a la piel. Quizá Egg también disfrutaría con un baño, aunque el chico parecía fresco y seco, más polvoriento que sudado. De hecho, nunca sudaba mucho y le encantaba el calor. En Dorne andaba con el torso al aire y se puso tan moreno como un dorniense.

«Es por la sangre del dragón —pensó Dunk—. ¿Cuándo se ha visto a un dragón sudoroso?» De buena gana se habría quitado él también la sobrevesta, pero no habría sido decoroso. Un caballero errante podía ir a pecho descubierto si lo deseaba, pues no debía dar cuentas ante nadie más que ante sí, pero no si había puesto la espada al servicio de un señor. «Cuando aceptas la carne y el hidromiel de un señor, tus actos hablan de él —solía aleccionarlo ser Arlan—. Haz siempre más de lo que espere de ti, nunca menos. Nunca frunzas el ceño ante una tarea o desafío y, por encima de todo, nunca avergüences al señor al que sirvas.» En Tenaz, la carne y el hidromiel se habían trocado por pollo y cerveza, pero era el mismo sustento sencillo que se servía en la mesa de ser Eustace.

Dunk siguió cociéndose enfundado en la sobrevesta.

Ser Bennis del Escudo Pardo los esperaba junto al viejo puente de tablones.

—¡Habéis vuelto! —gritó—. Habéis tardado tanto que pensaba que habíais huido con la plata del viejo.

Bennis iba a lomos de su montura desgüeñada y mascaba hojamarga; parecía tener la boca llena de sangre.

—Hemos tenido que ir hasta Dosk para conseguir vino —le explicó Dunk—. Los krákenes habían saqueado Las Casas de Dosk. Se llevaron a las mujeres y todos los objetos de valor, y la mitad de lo que dejaron lo quemaron.

—Ese Dagon Greyjoy está pidiendo a gritos que lo ahorquen —dijo Bennis—. Pero ¿quién va a ponerle la soga al cuello? ¿Visteis a Pate Pellizcos?

—Nos dijeron que había muerto. Los hombres del hierro lo mataron cuando quiso impedirles que se llevaran a su hija.

—Por los siete putos infiernos. —Bennis volvió la cabeza y escupió—. Vi una vez a la hija y, creedme, no era como para morir por ella. El imbécil de Pate me debía media moneda de plata.

El caballero pardo tenía el mismo aspecto que cuando lo dejaron, y lo peor era que olía igual que entonces. Siempre vestía el mismo atuendo: unos calzones color marrón, una sobrevesta informe de cañamazo y unas botas de cuero de caballo. Cuando llevaba armadura, un escrocón pardo y holgado le cubría la cota de malla oxidada. Su cinto era una tira de cuero endurecido, el mismo material del que parecía su rostro lleno de cicatrices.

«Tiene la cabeza como esos melones resecos que hemos visto al pasar.» Eran pardos hasta los dientes, que asomaban entre las manchas rojas de la hojamarga que mascaba con tanta afición. Los ojos destacaban entre tanto marrón: eran color verde claro, bizcos, pequeños y muy juntos, y desprendían un brillo malévol.

—Solo veo dos barricas —apuntó—. Ser Estulto pidió cuatro.

—Bastante suerte hemos tenido de conseguir dos —respondió Dunk—. La sequía ha llegado también al Rejo. Nos han dicho que las uvas se vuelven pasas en la viña, y los saqueos de los hijos del hierro...

—Señor, no hay agua —lo interrumpió Egg.

Dunk estaba tan concentrado en la conversación que no se había dado cuenta. Bajo los tablones combados del puente solo quedaban piedras y arena. «Qué cosa más rara; cuando nos fuimos el río iba bajo, pero llevaba agua.»

Bennis se echó a reír. Tenía dos tipos de risa: un cloqueo de gallina y un rebuzno más estrepitoso que el del mulo de Egg. En esa ocasión cloqueó.

—Se habrá secado en vuestra ausencia. Es lo que tiene la sequía.

«Adiós al chapuzón. —Dunk, decepcionado, se bajó del caballo—. ¿Qué va a pasar con las cosechas?» La mitad de los pozos del Dominio se había secado y todos los ríos estaban avadados, incluidos el Aguasnegras y el caudaloso Mander.



—Mala cosa, el agua —comentó Bennis—. Una vez la probé y me sentó fatal. El vino es mucho mejor.

—Para la avena, no. Ni para la cebada. Ni para las coles, las cebollas ni las zanahorias. Hasta las uvas necesitan agua. —Dunk sacudió la cabeza—. ¿Cómo puede haberse secado tan de repente? Solo hemos estado fuera seis días.

—Tampoco llevaba tanta agua, Dunk. En mis tiempos echaba meadas más caudalosas que este río.

—Ya os he dicho que no me llaméis Dunk. —¿Para qué se molestaba? Bennis era un grosero y disfrutaba haciéndole burla—. Soy ser Duncan el Alto.

—¿Y quién te llama así? ¿El mocoso pelón? —Miró a Egg y soltó la risita de gallina—. Has crecido desde que servías a Árbol de la Moneda, pero para mí sigues siendo Dunk.

Dunk se restregó la nuca sin dejar de mirar las piedras.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lleva el vino a casa y dile a ser Estulto que se le ha secado el arroyo. Aún queda agua en el pozo de Tenaz, no pasará sed.

—No lo llaméis Estulto. —Dunk se había encariñado con el anciano caballero—. Dormís bajo su techo; le debéis un respeto.

—Ya lo respetas tú bastante por los dos, Dunk. Lo llamaré como me parezca.

Los tablones grises crujieron con estrépito bajo el peso de Dunk, que avanzó por el puente para examinar la arena y las piedras. Aún quedaban charcos de agua turbia entre las piedras, pero ninguno más grande que su mano.

—Mira, peces muertos. Allí y allí, ¿ves?

El olor le recordó los cadáveres de la encrucijada.

—Los veo, señor —respondió Egg.

Dunk saltó al lecho del río, se acuclilló y le dio la vuelta a una piedra.

«Seca y caliente por encima, húmeda y embarrada por abajo.»

—Hace poco que se ha secado. —Tiró la piedra a la orilla, que fue a dar contra un saliente y levantó una polvareda—. El terreno está agrietado en las riberas, pero aún blando en el centro. Estos peces estaban vivos ayer.

—Recuerdo que Árbol de la Moneda te llamaba Dunk el Tocho. —Ser Bennis escupió un bocado de hojamarga a las piedras; el asqueroso salivazo relució bajo el sol—. Los tochos no deberían tratar de pensar. Tienen la cabeza demasiado dura.

«Dunk el Tocho, seso de corcho.» Ser Arlan se lo decía con cariño, porque era bueno incluso cuando lo regañaba, pero en labios del caballero ser Bennis del Escudo Pardo sonaba diferente.

—Ser Arlan lleva dos años muerto. Ahora soy ser Duncan el Alto.

Tentado estuvo de estamparle el puño en la cara y saltarle los dientes rojos y cariados. Bennis del Escudo Pardo era mal bicho, pero Dunk le sacaba dos palmos y pesaba dos arrobas más. Sería un tocho, pero era un tocho grande: a veces tenía la sensación de que se había dado cabezazos contra la mitad de los dinteles de Poniente,

por no mencionar las vigas de todas las posadas que mediaban entre Dorne y el Cuello. Aemon, el hermano de Egg, lo había medido en Antigua y le había dicho que le faltaba un dedo para los diez palmos, pero de eso hacía medio año y seguro que desde entonces había crecido. Según el anciano, eso era lo que mejor se le daba: crecer.

Volvió a montar a lomos de Trueno.

—Lleva el vino a Tenaz, Egg. Yo voy a ver qué ha pasado con el agua.

—Los arroyos se secan, es lo que tienen —dijo Bennis.

—Solo quiero echar un vistazo...

—¿Como cuando has mirado bajo la piedra? No es buena idea andar por ahí girando las piedras, Tocho. Nunca se sabe qué bicho puede salirte de debajo. En Tenaz tenemos buenos jergones de paja, huevos casi todos los días y poco que hacer aparte de aguantar la cháchara de ser Estulto sobre lo importante que fue en su día. No te metas en líos. El arroyo se ha secado y ya está.

Dunk era muchas cosas, pero sobre todo testarudo.

—Ser Eustace está esperando el vino —repitió a Egg—. Llévaselo y dile adónde he ido.

—Sí, señor. —Egg dio un tirón a las riendas de Maestre. El mulo sacudió las orejas, pero se puso en marcha al instante.

«Él también quiere quitarse esas barricas de encima.» Dunk lo comprendía muy bien.

Cuando el río bajaba lleno discurría hacia el nordeste, así que hizo dar la vuelta a Trueno para encaminarse hacia el sudoeste. No se había alejado ni quince pasos cuando Bennis le dio alcance.

—Más vale que vaya contigo, no sea que te ahorquen. —Se metió otra hojamarga en la boca—. Después de ese bosquecillo de sauces, la ribera derecha es tierra de arañas.

—No me saldré de esta orilla.

Dunk no tenía la menor intención de meterse en líos con la señora de Fosofrío. En Tenaz no se oía nada bueno de la Viuda Roja, como la llamaban por los maridos que había enterrado. Según el viejo Sam Gibas, era una bruja, una envenenadora y cosas peores. Hacía dos años había mandado cruzar el río a sus caballeros para apresar a un hombre de Osgrey que le había robado ovejas. «Cuando mi señor fue a Fosofrío para exigir que lo soltara, ella le respondió que fuera a buscarlo él mismo, que estaba en el fondo del foso —le había contado Sam—. Había metido al pobre Dake en un saco lleno de piedras y lo había hundido. A raíz de aquello, ser Eustace tomó a ser Bennis a su servicio para que las arañas no entraran en sus tierras.»

Trueno avanzaba a paso lento bajo el sol abrasador. El cielo era de un azul inmisericorde y no había el menor rastro de nubes. El riachuelo trazaba meandros en torno a sauces solitarios y montículos rocosos, y discurría por colinas peladas y campos de trigo seco. Tras un rato llegaron al lindero del bosque de Wat, la pequeña

arboleda de los Osgrey. De lejos el follaje verde resultaba invitador, y Dunk imaginó con deleite valles umbríos y arroyos cantarines, pero al llegar descubrieron que los árboles estaban maltrechos y deshojados, con las ramas bajas y mustias. Algunos robles grandes habían perdido las hojas, y la mitad de los pinos habían adquirido un color tan pardo como ser Bennis y estaban rodeados de agujas muertas.

«Esto va de mal en peor —pensó Dunk—. Bastaría una chispa para que el bosque entero prendiera como la yesca.»

Pero, de momento, la maleza que bordeaba el arroyo Jaquel era una maraña de enredaderas espinosas, ortigas, brezo blanco y retoños de sauce. No trataron de abrirse paso por la espesura, sino que optaron por cruzar el lecho seco hasta la orilla de Fosofrío, donde habían talado los árboles para formar pastizales. Unas cuantas ovejas de cara negra pacían la hierba reseca y las marchitas flores silvestres.

—No hay animal más estúpido que la oveja —sentenció ser Bennis—. Deben de ser de tu familia, ¿eh, Tocho? —Ante la falta de respuesta de Dunk, soltó de nuevo la risita de gallina.

La presa estaba media legua más al sur.

No era tan grande como suelen ser estas construcciones, pero parecía sólida. Dos muros de madera, levantados con árboles que todavía conservaban la corteza, cruzaban el arroyo de orilla a orilla. Los espacios entre los troncos estaban taponados con piedras y tierra prensada. Al otro lado de la presa, el agua se desbordaba hacia una acequia excavada en los sembradíos de lady Webber. Dunk se puso de pie en los estribos para ver mejor: el centelleo del sol en el agua delataba la presencia de una veintena de zanjas más estrechas que recorrían los campos como una telaraña.

«Están robándonos el arroyo.»

Por si fuera poco, se dio cuenta de que los árboles de la presa debían de pertenecer al bosque de Wat.

—La que has armado, Tocho —se quejó Bennis—. No te valía con que el arroyo se hubiera secado, no. Pues mira qué te digo: esto ha empezado con agua, pero acabará con sangre. La tuya y la mía, seguramente. —El caballero pardo desenvainó la espada—. En fin, ya no tiene remedio. Ahí están los puñeteros cavadores; vamos a meterles un poco de miedo.

Picó espuelas a la pequeña montura y emprendió el galope por la hierba. A Dunk no le quedó más remedio que seguirlo. Llevaba al costado la espada larga de ser Arlan, un buen acero.

«Si los cavanzas tienen un poco de cerebro, escapan.» Los cascos de Trueno levantaron la tierra.

Al ver acercarse a los caballeros, uno soltó la pala, pero ningún otro se movió. Eran unos veinte: altos, bajos, viejos, jóvenes; todos curtidos por el sol. Cuando Bennis se detuvo, formaron una hilera desorganizada y esgrimieron los picos y las palas.

—¡Estas son tierras de Fosofrío! —gritó uno.

—Y esto es un arroyo de los Osgrey. —Bennis señaló con la espada—. ¿Quién ha levantado esta presa?

—El maestre Cerrick —respondió un cavador joven.

—No —lo contradijo uno mayor—. El cachorro gris escogió a unos cuantos y nos dijo: «Tú haz tal cosa, tú haz tal otra». Pero los que la levantamos fuimos nosotros.

—Muy bien, entonces podréis derribarla.

Los cavadores los miraban con resentimiento y desafío. Uno se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Ninguno dijo nada.

—Sois duros de oído, ¿eh? —insistió Bennis—. ¿Voy a tener que cortar un par de orejas? ¿Por quién empiezo?

—Estas tierras son de los Webber. —El anciano era un hombrecillo flaco, encorvado y testarudo—. No tenéis derecho a estar aquí. Como cortéis una sola oreja, mi señora os meterá en un saco y os ahogará.

Bennis cabalgó hasta él.

—Pues yo no veo a ninguna señora, solo a un campesino bocazas.

Apoyó la espada en el pecho desnudo y bronceado del anciano lo justo para que brotara una gota de sangre.

«Se está pasando.»

—Guardad el acero —le advirtió Dunk—. No es cosa de ellos. El maestre les ha dado órdenes.

—Es por las cosechas, señor —señaló un cavador de orejas de soplillo—. El maestre dijo que estaba secándose el trigo. Y los perales se nos iban a morir.

—Los perales o vosotros, elegid.

—No nos asustan vuestras palabras —replicó el viejo.

—¿No? —La espada de Bennis silbó y le abrió la cara desde la oreja hasta la mandíbula—. He dicho que eligierais: los perales o vosotros. —La sangre le brotó por la mejilla.

«No debería haberlo hecho.» Pero Dunk tuvo que tragarse la rabia, porque Bennis estaba en su bando.

—¡Largo de aquí! —gritó a los cavadores—. Volved al castillo de vuestra señora.

—¡Eso, corred! —añadió ser Bennis.

Tres soltaron las herramientas y echaron a correr por la hierba. Pero otro, fornido y bronceado, enarboló el pico.

—No son más que dos —dijo.

—Solo un imbécil apostaría a palas contra espadas, Jorgen —señaló el viejo, apretándose la mejilla; la sangre le corría entre los dedos—. Esto no se acaba aquí.

—Tú di una palabra más y verás si se acaba o no se acaba.

—No queríamos haceros ningún daño —explicó Dunk mirando la cara ensangrentada del anciano—. Solo queremos recuperar el agua que nos pertenece. Decídselo a vuestra señora.

—Se lo diremos, señor, vaya si se lo diremos —le aseguró el fornido, aferrado todavía al pico.

De vuelta a casa, atajaron por el bosque de Wat para aprovechar la escasa sombra de los árboles, y aun así se asaron de calor. Se suponía que allí había ciervos, pero los únicos seres vivos con que se toparon fueron moscas, que le zumbaban a Dunk en la cara y se le posaban a Trueno en los ojos, atormentándolo sin cesar. No corría la más ligera brisa y el calor era sofocante.

«En Dorne los días eran secos, pero al menos de noche refrescaba tanto que uno tiritaba aun con la capa puesta.» En el Dominio, las noches eran casi igual de calurosas que los días, incluso tan al norte.

Tras agacharse para evitar una rama, Dunk arrancó una hoja y la estrujó. Se desmenuzó como un pergamino de mil años.

—No había por qué herir a ese hombre —le dijo a Bennis.

—Si no le he hecho más que cosquillas, para que aprenda a cerrar el pico. Debería haberle rebanado el cuello, pero los demás habrían escapado como conejos y no estaba de humor para cazarlos a todos.

—¿Habréis matado a veinte hombres? —repuso Dunk, incrédulo.

—A veintidós. Ya sé, Tocho, que no tienes tantos dedos entre las manos y los pies. Hay que matarlos a todos; si no, van por ahí con el cuento. —Rodearon un árbol caído—. Deberíamos haberle dicho a ser Estulto que la sequía había acabado con su río de meados.

—Ser Eustace. Y habría sido mentira.

—¿Y qué más da? ¿Quién iba a llevarnos la contraria? ¿Las moscas? —Bennis sonrió con una mueca roja y húmeda—. Ser Estulto solo sale de la torre para ir a visitar a los muchachos a las zarzamoras.

—Una espada leal le debe la verdad a su señor.

—Hay verdades y verdades, Tocho, y algunas no sirven para nada. —Ser Bennis escupió—. Las sequías son cosa de los dioses, y no podemos hacer un carajo contra sus designios. En cambio, la Viuda Roja... Si le decimos a Estulto que esa mala zorra le ha quitado el agua, sentirá que tiene el deber de recuperarla. Ya lo verás. Creerá que tiene que hacer algo.

—Es que tiene que hacer algo. Nuestros campesinos necesitan agua para las cosechas.

—¿«Nuestros» campesinos? —Ser Bennis rebuznó una carcajada—. ¿Dónde estaba yo cuando ser Estulto te nombró heredero? ¿Cagando? ¿Cuántos campesinos te crees que tienes? No creo que lleguen a diez, y eso contando al hijo de Jeyne la Bizca, el retrasado que no sabe ni por dónde agarrar el hacha. Si los armas caballeros a todos, tendremos la mitad que la Viuda, quien, por cierto, también tiene escuderos,

arqueros y todo lo que quieras. Tiene tantos que no podrías contarlos ni con todos los dedos de las manos y los pies, los tuyos y los de tu escudero, el pelón.

—No me hacen falta dedos para contar. —Dunk estaba harto del calor, de las moscas y de la compañía del caballero pardo.

«De acuerdo, cabalgó con ser Arlan, pero eso fue hace muchos años. Ahora es un grosero, un falso y un cobarde.»

Espoleó al caballo y se adelantó al trote para dejar atrás el hedor.

Tenaz era un castillo solo de nombre. Se alzaba airoso en la cima de una colina rocosa y era visible desde varias leguas a la redonda, pero no dejaba de ser un torreón. Siglos atrás se derrumbó una sección y hubo que reconstruirla, de modo que los muros norte y oeste eran gris claro de las ventanas para arriba y del color negro de la antigua piedra para abajo. Durante la restauración se añadieron garitas en la parte superior, pero solo en los lados nuevos: en las otras dos esquinas había grutescos de piedra tan erosionados por el viento y la intemperie que era imposible distinguir las figuras originales. El tejado era de pino y plano, pero los tablones estaban combados y siempre había goteras.

Un sendero tortuoso subía hasta el torreón, tan angosto que había que cabalgar en fila. Dunk, que iba a la cabeza, divisó a Egg, con su sombrero de paja, de pie en un saliente de roca.

Se detuvieron ante el establo de adobe y cañas, al abrigo del torreón, escondido bajo una capa de musgo violáceo. En una casilla estaba el capón gris del anciano, y en la contigua, Maestre. Al parecer, Egg y Sam Gibas ya habían llevado el vino al interior. Egg se acercó aprisa por el patio, sorteando las gallinas que picoteaban el suelo.

—¿Habéis averiguado qué ha pasado con el arroyo?

—La Viuda Roja ha construido una presa. —Dunk desmontó y entregó las riendas a Egg—. No le dejes beber demasiado de golpe.

—No, señor.

—Eh, chico, llévate también a mi caballo —le ordenó ser Bennis.

—No soy vuestro escudero —replicó Egg con una mirada insolente.

«El día menos pensado esa lengua le va a costar cara», pensó Dunk.

—Ocúpate de su caballo o te ganarás una colleja.

Egg puso cara de pocos amigos, pero obedeció. Pero, cuando fue a coger la brida, ser Bennis se aclaró la garganta y escupió. Una flema de un rojo reluciente le cayó a Egg en los dedos de los pies, que dirigió una mirada gélida al caballero pardo.

—Me habéis escupido en el pie, señor.

—Sí. —Bennis descabalgó—. La próxima vez te escupiré en la cara, así que no seas deslenguado.

Dunk advirtió que los ojos del niño ardían de rabia.

—Ocúpate de los caballos, Egg —intervino antes de que la situación fuera a peor—. Tenemos que ir a hablar con ser Eustace.

La única entrada a Tenaz, una puerta de hierro y roble, se encontraba siete varas más arriba. Los primeros peldaños eran bloques de piedra negra, tan desgastados que se habían erosionado por el centro. Luego daban paso a una escalera empinada de madera que en caso de necesidad podía retirarse como un puente levadizo. Dunk espantó las gallinas y subió los escalones de dos en dos.

Tenaz era más grande de lo que parecía por fuera; los sótanos y las bodegas ocupaban buena parte de la colina sobre la que se alzaba. Por encima del suelo tenía cuatro pisos: en los dos superiores había ventanas y balcones; en los dos inferiores, simples aspilleras. Dentro hacía fresco y había tan poca luz que Dunk tuvo que esperar a que se le acostumbraran los ojos. La esposa de Sam Gibas estaba de rodillas junto a la chimenea, limpiando las cenizas.

—¿Dónde está ser Eustace? ¿Arriba o abajo? —le preguntó Dunk.

—Arriba, señor. —La anciana tenía una giba tan prominente que la cabeza le quedaba por debajo de los hombros—. Acaba de volver de visitar a los muchachos a las zarzadoras.

Los muchachos eran los hijos de Eustace Osgrey: Edwyn, Harrold y Addam. Edwyn y Harrold llegaron a caballeros, pero Addam era aún escudero cuando los tres murieron en el Prado Hierbarroja, hacía ya quince años, al final de la rebelión de los Fuegosuro. «Murieron con honor, luchando valerosamente por el rey —le había contado ser Eustace a Dunk—. Los traje de vuelta a casa y los enterré entre las zarzadoras.» Allí yacía también su esposa. Siempre que abría una barrica de vino, el anciano bajaba al pie de la colina para derramar un poco en honor de los muchachos. «¡Por el rey!», exclamaba siempre antes de beber.

El dormitorio de ser Eustace ocupaba la cuarta planta del torreón, y sus habitaciones privadas, la inmediatamente inferior. Dunk sabía que lo encontraría allí, trasteando entre baúles y barriles. De las gruesas paredes grises colgaban armas oxidadas y estandartes capturados al enemigo y trofeos de batallas libradas hacía siglos que nadie salvo ser Eustace recordaba. La mitad de los estandartes se había enmohecido y todos estaban descoloridos y polvorientos; los esmaltes otrora vivos no mostraban ya más que diversos tonos de verde y gris.

Cuando Dunk acabó de subir las escaleras, seguido por el hediondo Bennis, ser Eustace estaba pasando un trapo por un escudo maltrecho. Al verlo, los ojos del anciano caballero se iluminaron ligeramente.

—¡Mi buen gigante! —exclamó—. Y el valeroso ser Bennis. Venid a ver esto; estaba en el fondo de ese cofre. Es un auténtico tesoro, pero qué descuidado está...

Era un escudo, o más bien lo que quedaba de él. La mitad había desaparecido fruto de los golpes, y la otra mitad estaba grisácea y astillada. El ribete de hierro era puro óxido, la madera se veía carcomida por todas partes y los escasos restos de pintura no bastaban para adivinar de qué blasón se trataba.

—Mi señor, ¿qué es? —preguntó Dunk. Los Osgrey habían perdido el señorío muchos siglos atrás, pero a ser Eustace le complacía que siguieran llamándolo por el título porque le recordaba las glorias pasadas de su casa.

—El escudo del Pequeño León. —El anciano frotó el brocal y se desprendieron unas cuantas escamas de óxido—. Lo llevaba ser Wilbert Osgrey en la batalla en la que perdió la vida. Seguro que ya conocéis la historia.

—Pues no, mi señor, no la conocemos —replicó Bennis—. ¿El Pequeño León? ¿Qué pasa, era un enano?

—Ni mucho menos. —Al anciano le tembló el bigote—. Ser Wilbert era un hombre alto y muy fuerte, y un gran caballero. El apodo se lo pusieron de niño porque era el más joven de cinco hermanos. En aquellos tiempos, siete reyes gobernaban todavía los Siete Reinos, y Altojardín y la Roca guerreaban a menudo. A nosotros nos gobernaban los reyes verdes, los Gardener. Eran de la sangre del viejo Garth Manoverde, y el estandarte real era una mano sinople en campo de plata. Gyles III se llevó al este a sus banderizos para enfrentarse al rey de la Tormenta, y los hermanos de Wilbert lo acompañaron, pues en aquellos tiempos el león jaquelado ondeaba siempre junto a la mano sinople cuando el rey del Dominio entraba en combate.

»Pero sucedió que, en ausencia del rey Gyles, el rey de la Roca vio la oportunidad de arrancar un bocado al Dominio, de modo que reunió un ejército de occidentales y cayó sobre nosotros. Por aquel entonces los Osgrey éramos mariscales de la Marca del Norte, así que el Pequeño León fue a su encuentro. Creo recordar que el cuarto rey Lancel encabezaba a los Lannister, o puede que fuera el quinto. Ser Wilbert le interceptó el paso y lo obligó a detenerse. “¡Ni un paso más! —le dijo—. ¡No sois bienvenido aquí; no oséis poner un pie en el Dominio!” Pero Lannister ordenó a los banderizos que atacaran.

»El león dorado y el jaquelado se enfrentaron durante medio día. Lannister blandía una espada valyria con la que el acero común no podía competir, así que el Pequeño León pronto se vio en apuros y con el escudo destrozado. Al final, con cien heridas sangrantes y la espada partida en la mano, se lanzó de cabeza contra el enemigo. Cantan los bardos que Lancel lo abrió casi en dos de un tajo; pero, en la agonía, el Pequeño León halló un punto débil en la armadura del rey, bajo el brazo, y hundió allí el puñal. Al ver morir a su rey, los occidentales retrocedieron, y así se salvó el Dominio.

El anciano acarició el escudo roto con tanta ternura como si se tratara de un niño.

—Pues qué bien, mi señor —repuso Bennis con voz ronca—. Un hombre de esa valía nos vendría hoy de perlas. Dunk y yo hemos ido a echar un vistazo al arroyo, mi señor. No baja ni gota de agua, y no es por la sequía.

El anciano dejó el escudo a un lado.

—Contadme.



Se sentó y les indicó que lo imitaran, y enseguida se embebió en el relato del caballero pardo, con la barbilla alta y los hombros erguidos, recto como una lanza.

De joven, ser Eustace Osgrey debió de ser la viva imagen de la caballería: alto, fuerte y atractivo. El tiempo y las penas le habían dejado mella, pero seguía siendo un individuo de andar erguido, hombros anchos y torso robusto, con las facciones marcadas y afiladas como las de un águila vieja. El pelo, cortado al rape, era blanco como la nieve, pero el poblado bigote que le ocultaba la boca todavía era de color ceniciento, igual que las cejas. Los ojos, de un tono más claro de gris, rebosaban tristeza.

Cuando Bennis abordó el asunto de la presa, la mirada del anciano se volvió aún más triste.

—Ese arroyo se ha llamado Jaquel desde hace más de mil años —explicó con un suspiro—. De niño iba allí a pescar, igual que mis hijos. Cuando hacía calor, como ahora, Alysanne se bañaba en el vado. —Alysanne, su hija, había muerto en la primavera—. A orillas del Jaquel besé por primera vez a una chica; era mi prima, la hija menor de mi tío, una Osgrey del lago Hojarasca. Ya no queda ninguno. Han muerto todos, hasta mi prima. —Volvió a temblarle el bigote—. Esto es intolerable, señores. No permitiré que esa mujer se lleve mi agua. No permitiré que se lleve mi Jaquel.

—Es una presa sólida, mi señor —le advirtió ser Bennis—. Ser Dunk y yo no podremos echarla abajo en poco rato, ni aunque nos ayude el crío pelón. Nos harán falta picos, hachas, cuerdas y una docena de hombres. Y eso solo para derribar la presa; no he tenido en cuenta la batalla.

Ser Eustace clavó los ojos en el escudo del Pequeño León.

—Mi señor. —Dunk carraspeó—. Ya que ha salido el tema, cuando nos encontramos con los cavadores... Bueno...

—No distraigas al señor con tonterías, Dunk —lo interrumpió Bennis—. Le di una lección a un idiota y ya está.

Ser Eustace alzó bruscamente la vista.

—¿Qué lección?

—Con la espada. Un cortecito de nada en la mejilla, mi señor, nada más.

El anciano lo miró largo rato.

—Os... os habéis precipitado, señor. Esa mujer tiene corazón de araña. Mató a tres de sus maridos, y todos sus hermanos varones murieron en la cuna. Los cinco, o puede que fueran seis, no lo recuerdo. Y solo porque se interponían entre el castillo y ella. Si uno de sus campesinos la contraría, le arranca la piel a latigazos, pero como un extraño ose ponerle a uno la mano encima... No, no va a tolerar semejante insulto. Vendrá a por vos igual que vino a por Lem.

—A por Dake, mi señor —lo corrigió ser Bennis—. Os ruego vuestro señorial perdón, porque vos lo conocisteis y yo no, pero se llamaba Dake.

—Si mi señor lo desea, puedo ir a Sotodeoro para contarle a lord Rowan lo de la presa —intervino Dunk.

Rowan era el señor del anciano, y las tierras de la Viuda Roja también estaban bajo su dominio.

—¿A Rowan? No, no nos ayudará. Su hermana se desposó con Wendell, el primo de lord Wyman, así que está emparentado con la Viuda Roja. Además, no me tiene en muy alta estima. Ser Duncan, mañana partiréis para recorrer mis aldeas y convocar a cualquiera en edad y condiciones de luchar. Estoy viejo, pero no muerto, ¡y esa mujer se va a enterar de que el león jaquelado aún tiene garras!

«Dos —pensó Dunk, sombrío—, y una soy yo.»

Las tierras de ser Eustace daban sustento a tres aldeas diminutas, ninguna mayor que un puñado de chozas, rediles y cerdos. La más grande contaba con un septo de una sola estancia y tejado de paja, en cuyas paredes había rudimentarias imágenes de los Siete esbozadas a carbón. Mudge, un porquerizo viejo y jorobado que había estado una vez en Antigua, dirigía las oraciones una vez a la semana. Un septón de verdad los visitaba dos veces al año para perdonar pecados en nombre de la Madre. Los aldeanos agradecían el perdón, pero detestaban las visitas del septón porque se veían obligados a darle de comer.

Tampoco se alegraron mucho cuando vieron a Dunk y a Egg. Conocían a Dunk aunque solo fuera porque se trataba del nuevo caballero de ser Eustace, pero no le ofrecieron ni un vaso de agua. Casi todos los hombres estaban trabajando en el campo, de modo que los que salieron a recibirlos fueron sobre todo mujeres y niños, además de algún abuelo demasiado débil para trabajar. Egg portaba el estandarte de los Osgrey, el león jaquelado de oro y sinople, rampante sobre campo de plata.

—Venimos de Tenaz y traemos órdenes de ser Eustace —explicó Dunk a los aldeanos—. Todo hombre sano entre los quince y los cincuenta años deberá presentarse mañana en la torre.

—¿Estamos en guerra? —preguntó una mujer flaca con un bebé al pecho y dos niños agarrados a las faldas—. ¿Ha vuelto el Dragón Negro?

—No se trata de dragones, ni negros ni rojos —respondió Dunk—. Esto es entre el león jaquelado y las arañas. La Viuda Roja os ha quitado el agua.

La mujer asintió, pero, cuando Egg se quitó el sombrero para abanicarse, le lanzó una mirada de reojo.

—¿Por qué no tiene pelo el crío? ¿Está enfermo?

—Porque me lo afeito —replicó Egg. Volvió a ponerse el sombrero, hizo dar media vuelta a Maestre y se alejó al paso.

«Hoy está picajoso.» Apenas si había hablado desde que se pusieron en marcha. Dunk picó espuelas a Trueno y no tardó en dar alcance al mulo.

—¿Estás enfadado porque ayer no me puse de tu parte cuando respondiste a ser Bennis? —preguntó al malhumorado escudero, de camino a la siguiente aldea—. Me cae tan mal como a ti, pero es un caballero y tienes que hablarle con cortesía.

—Soy vuestro escudero, no el suyo. Huele mal, siempre dice tacos y me da pellizcos.

«Si tuviera la menor idea de quién eres se mearía en los calzones antes de ponerte un dedo encima.»

—A mí también me pellizcaba. —A Dunk se le había olvidado por completo, pero las palabras de Egg se lo recordaron.

Un mercader dorniense había contratado a un grupo de caballeros para que lo escoltaran desde Lannisport hasta el paso del Príncipe. Ser Bennis y ser Arlan formaban parte de él, y Dunk tendría la edad de Egg, aunque era más alto. «Me pellizcaba debajo del brazo, tan fuerte que me dejaba un moratón. Tenía los dedos como tenazas, pero nunca se lo dije a ser Arlan.» En las proximidades de Septo de Piedra habían echado en falta a un caballero, y se rumoreó que Bennis lo había matado en una pelea.

—Si vuelve a pellizcarte, dímelo, y ya me encargaré yo de que no se repita. Pero hasta entonces tampoco te cuesta tanto cuidarle el caballo.

—Alguien tendrá que atenderlo —convino Egg—. Bennis no lo cepilla nunca. No le limpia el establo. ¡Ni siquiera le ha puesto nombre!

—Hay caballeros que prefieren no ponerles nombre a sus caballos —le explicó Dunk—. Así, si mueren en combate, no les resulta tan doloroso. Uno siempre puede comprarse otro caballo, pero es duro perder a un compañero fiel. —«Al menos eso decía el anciano, pero nunca siguió su propio consejo. No tuvo un caballo al que no bautizara.» Tampoco Dunk—. Ya veremos cuántos hombres se presentan en la torre... Pero, ya sean cinco o cincuenta, tendrás que atenderlos a ellos también.

—¿Debo servir a los campesinos? —repuso Egg, indignado.

—Servir no, ayudar. Tenemos que convertirlos en soldados. —«Si la Viuda nos da tiempo»—. Si los dioses son bondadosos, habrá alguno que haya participado en la guerra, pero lo más probable es que estén más verdes que la hierba del verano y tengan más costumbre de manejar azadas que lanzas. Sea como sea, puede que llegue el día en que nuestras vidas dependan de ellos. ¿Cuántos años tenías cuando empuñaste una espada por primera vez?

—Era muy pequeño, señor. Y la espada era de madera.

—Los niños del pueblo llano también pelean con espadas de madera, pero las suyas son palos y ramas rotas. Mira, Egg, puede que estos hombres te parezcan zafios e ignorantes. No se sabrán los nombres de las piezas de la armadura, no conocerán los blasones de las grandes casas ni tendrán la menor idea de qué rey abolió el derecho de pernada... Aun así, trátalos con respeto. Eres un escudero de alta cuna, pero sigues siendo un niño. Ellos serán adultos casi todos, y todo hombre tiene orgullo, por humilde que sea su linaje. Si tú te vieras de repente en su aldea, les parecerías igual

de estúpido e ignorante. ¿No te lo crees? Trata de cavar un surco o de esquilar una oveja, o dime los nombres de todas las hierbas y flores silvestres del bosque de Wat.

El chiquillo se quedó pensativo.

—Yo podría enseñarles los blasones de las grandes casas, o explicarles que la reina Alysanne convenció al rey Jaehaerys de que aboliera el derecho de pernada. Y ellos podrían decirme qué hierbas sirven para preparar venenos y qué bayas se pueden comer.

—Así es —convino Dunk—. Pero antes de darles una clase sobre el rey Jaehaerys, mejor los enseñamos a usar la lanza. Y no comas nada que Maestre no quiera probar.

Al día siguiente, una docena de guerreros en potencia llegó a Tenaz y se congregó entre las gallinas. Uno era demasiado viejo; dos, demasiado jóvenes, y un niño flaco resultó una niña flaca. Dunk los mandó de vuelta a sus aldeas y se quedó con ocho: tres Wat, dos Will, un Lem, un Pate, y también estaba Rob el Grandullón, que era corto de luces.

«Es un grupo lamentable», pensó sin poder evitarlo. No había ni rastro de los campesinos robustos y atractivos que, en las canciones, robaban el corazón a las doncellas nobles. Aquellos estaban a cuál más mugriento. Lem tenía por lo menos cincuenta años y a Pate le lloraban los ojos, y estos eran los únicos que habían servido como soldados: habían participado en la rebelión de los Fuegosuro con ser Eustace y sus hijos. Los otros seis estaban tan verdes como se temía Dunk. Todos tenían piojos y dos Wat eran hermanos.

—Vuestra madre no debía de saberse otro nombre —soltó Bennis con su risita de gallina.

En cuestión de armas, los recién llegados aportaron una guadaña, tres azadas, un cuchillo viejo y unos cuantos garrotes de madera. Lem tenía un palo afilado que hacía las veces de lanza, y un Will dijo que se le daba bien tirar piedras.

—Mira tú qué bien, si tenemos un trabuquete y todo —señaló Bennis.

A partir de aquel momento lo llamaron Trabu.

—¿Alguno sabe utilizar el arco largo? —les preguntó Dunk.

Los hombres bajaron la vista, avergonzados, mientras las gallinas picoteaban el suelo. Al final, Pate, el de los ojos llorosos, se animó a responder.

—Disculpad, pero el señor no nos deja tener arco. Los ciervos de los Osgrey son para los leones jaquelados, no para nosotros.

—¿Vamos a llevar espada, yelmo y cota de malla? —preguntó el Wat más joven.

—Claro, hombre, cómo no —respondió Bennis—. En cuanto mates a un caballero de la Viuda y desvalijes al cadáver. Y no te olvides de meterle la mano en el culo al caballo, hasta el codo, que ahí es donde esconden la plata.

Le asestó tal pellizco bajo el brazo que el chico aulló de dolor, y luego condujo a los reclutas al bosque de Wat para cortar algunas ramas a modo de lanzas.

Cuando regresaron tenían ocho lanzas endurecidas al fuego, de longitudes ridículamente dispares, así como rudimentarios escudos elaborados con ramas entrelazadas. Ser Bennis, que también se había fabricado una lanza, les enseñó a blandirla de punta para atacar y a usar el asta para parar los golpes..., y también dónde apuntar para matar.

—En mi opinión, la barriga y el cuello son los mejores blancos. —Se golpeó el pecho con el puño—. Aquí está el corazón, que también vale, pero antes están las costillas. La barriga, en cambio, es blanda. La muerte por destripamiento es lenta, pero segura; no sé de nadie que haya sobrevivido con las entrañas colgando. Y otra cosa: si hay alguno tan idiota como para daros la espalda, apuntadle entre las paletillas o al riñón, aquí. Nadie vive mucho si le pinchan el riñón.

Tener tres Wat en la compañía resultaba confuso a la hora de instruirlos.

—Deberíamos ponerles nombres de pueblos, señor —sugirió Egg—. Como el de ser Arlan del Árbol de la Moneda, vuestro anciano caballero. —No era mala idea, pero sus pueblos tampoco tenían nombre—. Bueno, pues llamémoslos como sus cosechas —insistió.

Una aldea se encontraba entre sembradíos de habas, otra cultivaba cebada y la tercera plantaba hileras de coles, zanahorias, cebollas, nabos y melones. Ninguno aceptó que lo llamaran Melón ni Nabo, así que el último grupo fue el de los Coles. Al final acabaron con cuatro Cebadas, dos Coles y dos Habas. Los dos hermanos Wat eran Cebadas, así que hacía falta distinguirlos; el pequeño comentó que una vez se había caído al pozo del pueblo, de modo que Bennis zanjó el asunto apodándolo Wat Aguado. A todos les encantó eso de tener «nombres de señor», menos a Rob el Grandullón, que no se acordaba de si era Haba o Cebada.

Cuando todos dispusieron de nombre y de lanza, ser Eustace salió de Tenaz para dirigirles una arenga. El anciano caballero se irguió a la entrada de la torre, ataviado con cota, armadura y, por encima, una larga sobrevesta de lana blanca que los años habían tornado amarillenta. En el pecho y la espalda lucía el león jaquelado, bordado en pequeños escaques de oro y sinople.

—Todos os acordaréis de Dake, muchachos —empezó—. La Viuda Roja lo metió en un saco y lo ahogó. Le arrebató la vida y ahora quiere arrebataros el agua, el Jaquel que riega nuestras cosechas... ¡Pues bien, no se saldrá con la suya! —Alzó la espada—. ¡Por los Osgrey! —exclamó en tono enérgico—. ¡Por Tenaz!

—¡Por los Osgrey! —rugió Dunk a su vez.

Egg y los reclutas se unieron a él.

—¡Por los Osgrey! ¡Por los Osgrey! ¡Por Tenaz!

Dunk y Bennis adiestraron al pequeño ejército entre los cerdos y las gallinas, bajo la mirada atenta de ser Eustace, que los observaba desde el balcón. Sam Gibas había

rellenado unos sacos viejos con paja sucia, y estos se convirtieron en los rivales. Los reclutas practicaron el manejo de la lanza azuzados por los gritos de Bennis.

—¡Clavad, retorced y tirad! ¡Clavad, retorced y tirad! ¡Pero sacad la puta lanza, que os va a hacer falta para el siguiente! Qué lento eres, Trabu, pero qué lento... O te espabilas o mejor vuelve a tirar piedras. Lem, apoya todo tu peso al clavarla. Eso es. Mete, saca, mete, saca: muy bien, eso es, fóllatelo con la lanza, así; mete, saca, machaca, ¡machaca, machaca!

Cuando, tras un millar de lanzadas, los sacos estuvieron destrozados y la paja desparramada por el suelo, Dunk se enfundó la cota de malla y la armadura, cogió una espada de madera y se dispuso a ver cómo se enfrentaban a un rival con más iniciativa.

Lo que vio no le gustó. El único lo bastante rápido para rebasarle el escudo con la lanza fue Trabu, y solo lo consiguió en una ocasión. Dunk paró las torpes embestidas una tras otra, desvió las astas y los atacó a bocajarro. Si la espada hubiera sido de acero y no de pino, habría matado media docena de veces a cada contrincante.

—Si consigo sobrepasar la punta de vuestra lanza, estáis muertos —les advirtió al tiempo que les asestaba golpes en los brazos y las piernas para que les entrara la lección.

Trabu, Lem y Wat Aguado al menos aprendieron a mantener la distancia. Rob el Grandullón tiró la lanza y salió corriendo, y Bennis tuvo que perseguirlo y llevarlo de vuelta a rastras, hecho un mar de lágrimas. Al atardecer todos estaban magullados y doloridos, con las encallecidas manos llenas de ampollas de tanto esgrimir la lanza. Dunk no había recibido ni un golpe, pero, cuando Egg lo ayudó a quitarse la armadura, se lo encontró medio ahogado en sudor.

Con la puesta de sol, Dunk obligó al pequeño ejército a bajar a las bodegas y bañarse, incluso a los que se habían lavado el invierno anterior. Luego, la esposa de Sam Gibas les sirvió un buen guiso de zanahoria, cebolla y cebada. Estaban molidos, pero cualquiera que los oyera diría que pronto iban a ser más letales que un caballero de la Guardia Real, y todos tenían unas ganas locas de demostrar su valentía. Ser Bennis los acicateó con relatos de los placeres de la vida soldadesca, principalmente los botines y las mujeres. Los dos veteranos le dieron la razón. Lem contó que había vuelto de la rebelión de los Fuegosuro con un cuchillo y un par de botas buenas; las botas le estaban pequeñas, pero las tenía colgadas de la pared. Y Pate hablaba sin cesar de las vivanderas que había conocido cuando seguía al Dragón.

Sam Gibas les había preparado ocho jergones de paja en la bodega, así que, una vez llena la barriga, se fueron a dormir. Bennis se quedó rezagado para lanzarle una mirada asqueada a Dunk.

—Joder con ser Estulto, ya podría haberse follado a unas cuantas campesinas más cuando aún tenía algo de savia en las pelotas —bufó—. Si hubiera plantado una buena cosecha de bastardos, ahora tendríamos soldados.

—No me parecen peores que cualquier otra leva de campesinos. —Dunk había servido con varias cuando era escudero de ser Arlan.

—Sí, y en quince días a lo mejor hasta valen para enfrentarse a otro ejército de campesinos. Pero... ¿a caballeros? —Sacudió la cabeza y escupió al suelo.

El pozo de Tenaz estaba en las bodegas, en una estancia húmeda con muros de piedra y barro donde la mujer de Sam Gibas remojava la colada, la restregaba y la sacudía para luego ponerla a secar en el tejado. El enorme lavadero de piedra también se utilizaba para bañarse. Había que extraer agua del pozo cubo a cubo, calentarla en la chimenea en un gran caldero de hierro, vaciar el caldero en la tina, y vuelta a empezar. Para llenar el caldero hacían falta cuatro cubos, y para llenar la pila, tres calderos, así que, para cuando el agua del último estaba caliente, la del primero ya se había quedado tibia. Según ser Bennis, no valía la pena tanta molestia, por eso era una plaga andante de piojos y pulgas, y olía a queso podrido.

Dunk al menos tenía a Egg cuando necesitaba desesperadamente un buen baño, como aquella noche. El chico acarreó el agua taciturno y apenas dijo palabra mientras la calentaba.

—¿Qué te pasa, Egg? —le preguntó Dunk cuando empezó a hervir el agua del último caldero. El niño no contestó—. Ven, ayúdame.

Entre los dos llevaron el caldero del fuego a la tina con cuidado de no salpicarse.

—¿Qué pensáis que quiere hacer ser Eustace, señor?

—Derribar la presa y luchar contra los hombres de la Viuda si intentan detenernos. —Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del ruido del agua al caer. Una cortina blanca de vapor ascendió y le enrojeció la cara.

—Llevarán escudos hechos de ramas que no pararán ni las lanzas ni los virotes.

—A ver si les conseguimos algunas piezas de armadura para cuando hayan entrenado un poco. —Era lo máximo a lo que podían aspirar.

—Los van a matar, señor. Wat Aguado es un crío. Will Cebada piensa casarse la próxima vez que venga el septón. Y Rob el Grandullón no se distingue un pie del otro.

Dunk soltó el caldero vacío en el suelo de tierra prensada.

—Roger del Árbol de la Moneda era más joven que Wat Aguado cuando murió, en el Prado Hierbarroja. En el ejército de tu padre también había hombres recién casados y otros que nunca llegaron a besar a una mujer. Cientos de ellos, tal vez miles, no se distinguían un pie del otro.

—Eso era otra cosa —protestó Egg—. Era la guerra.

—Y esto también es la guerra, solo que más pequeña.

—Más pequeña y más idiota, señor.

—Eso no nos corresponde juzgarlo a ti ni a mí —replicó Dunk—. Tienen el deber de ir a la guerra si ser Eustace los convoca... y, si hace falta, de morir.

—Pues no tendríamos que haberles puesto nombre. Porque, cuando mueran, será aún más doloroso. —Hizo un puchero—. Si usáramos mi bota...

—No. —Dunk levantó una pierna y se quitó una de las suyas.

—Ya, pero si mi padre...

—No. —Se quitó la otra.

—Pero es que...

—No. —Dunk se despojó de la sobrevesta manchada de sudor y se la tiró a Egg—. Pídele a la mujer de Sam Gibas que me la lave.

—Sí, señor, pero si...

—He dicho que no. ¿Te doy una colleja para que me entiendas? —Se desanudó los calzones. No llevaba nada debajo; hacía demasiado calor para usar prendas interiores—. Está bien que te preocupes por Wat, Wat, Wat y los demás, pero la bota es solo para casos de verdadera necesidad. —«¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Mil y un ojos»—. ¿Qué te dijo tu padre cuando te puso a mi servicio como escudero?

—Que me afeitara siempre la cabeza o me tiñera el pelo y que no le dijera a nadie mi verdadero nombre —respondió el chico de mala gana.

Egg llevaba año y medio al servicio de Dunk, pero a veces parecían veinte. Juntos habían subido por el paso del Príncipe y habían cruzado las arenas de Dorne, las blancas y las rojas. Habían surcado el Sangreverde en chalana hasta Los Tablones, donde embarcaron hacia Antigua en la galeaza *Dama Blanca*. Habían dormido en zanjás, establos y posadas; habían partido el pan con prostitutas, titiriteros y hermanos santos, y habían asistido a cien espectáculos de marionetas. Egg se había encargado de almohazarle el caballo a Dunk, de afilarle la espada y de aceitarle la cota de malla. Había sido el mejor compañero que nadie pudiera desear, y el caballero errante lo sentía casi como su hermano pequeño.

«Pero no lo es.» Era un huevo de dragón, no de gallina. Egg era escudero de un caballero errante, pero Aegon de la casa Targaryen era el cuarto hijo y el menor de Maekar, quien a su vez era príncipe de Refugio Estival y cuarto hijo del difunto rey Daeron el Bueno, el segundo de su nombre, que ocupó el Trono de Hierro veinticinco años hasta que se lo llevó la peste de la gran primavera.

—Por lo que al mundo respecta, tras el torneo de Vado Ceniza, Aegon Targaryen volvió a Refugio Estival con su hermano Daeron —le recordó Dunk—. Tu padre no quiere que se sepa que vas vagando por los Siete Reinos con un caballero errante, así que no vuelvas a mencionar la bota.

Obtuvo una mirada por toda respuesta. Egg tenía los ojos grandes, y con la cabeza afeitada se veían más grandes aún. En la penumbra de la bodega parecían negros, pero con más luz se percibía el verdadero color: un violeta intenso y oscuro. «Tiene ojos valyrios», pensó Dunk. Eran poco comunes en Poniente, casi exclusivos de la sangre del dragón, igual que el cabello que brillaba como oro batido entreverado con hebras de plata.



Cuando bajaban por el Sangreverde, las niñas huérfanas jugaban a frotarle a Egg la cabeza afeitada para que les diera suerte, y el chico se ponía rojo como la grana.

—Las niñas son tontas —protestaba—. La próxima que me toque se va de cabeza al río.

—Entonces el que te tocará seré yo —replicó Dunk—. Voy a darte tal colleja que estarás oyendo campanas hasta la próxima luna.

Aquello solo sirvió para acicatear la insolencia del chico.

—Mejor campanas que niñas idiotas —insistió. Pero no empujó a ninguna al río.

Dunk se metió en la tina y se hundió hasta que el agua le llegó a la barbilla. La de arriba seguía muy caliente; la de abajo, no tanto. Apretó los dientes para contener un grito, que solo haría reír al muchacho. A Egg le gustaba bañarse en agua muy muy caliente.

—¿Hiervo más agua, señor?

—No, así está bien. —Dunk se frotó los brazos y observó como la suciedad se le desprendía y nadaba en forma de largas manchas grisáceas—. Acércame el jabón. Ah, y el cepillo de mango largo. —Pensar en el pelo de Egg le había recordado que llevaba el suyo sucio. Cogió aire y se sumergió para mojárselo bien. Cuando sacó la cabeza, Egg estaba a su lado con el jabón y el cepillo de cerdas de caballo—. Tienes pelos en la mejilla —observó Dunk al coger el jabón que le tendía—. Dos. Ahí, justo debajo de la oreja. La próxima vez que te afeites la cabeza, quítatelos también.

—Claro, señor. —El chico parecía satisfecho con el descubrimiento.

«Seguro que cree que la barba lo hace todo un hombre. —Dunk había tenido la misma sensación la primera vez que se vio pelusa encima del labio superior—. Intenté afeitarme con el puñal y por poco me corto la nariz.»

—Vete a dormir. No te necesitaré hasta mañana por la mañana.

Le llevó un buen rato quitarse toda la roña y el sudor. Cuando terminó, dejó el jabón, se estiró tanto como pudo y cerró los ojos. El agua se había enfriado, cosa que era de agradecer tras el calor abrasador del día. Se quedó a remojo hasta que se le arrugaron los pies y las manos y el agua se volvió gris y fría; entonces, de mala gana, salió de la tina.

Tanto a Egg como a él les habían dispuesto gruesos jergones de paja en la bodega, pero Dunk prefería dormir en la azotea, donde había aire fresco y a veces hasta soplaba la brisa. Además, tampoco hacía falta preocuparse por la lluvia. La próxima vez que les lloviera allí arriba sería también la primera.

Cuando llegó al tejado, Egg ya estaba dormido, y se tumbó a contemplar el cielo con las manos bajo la cabeza. Había miles y miles de estrellas, y se acordó de cierta noche en la dehesa de Vado Ceniza, antes del comienzo del torneo. Había visto una estrella fugaz, lo que en teoría daba suerte, así que le pidió a Tanselle que le pintara una en el escudo. Pero en Vado Ceniza no halló suerte, sino todo lo contrario. Antes de que terminara el torneo estuvo a punto de perder una mano y un pie, y tres hombres buenos se dejaron la vida.

«Pero gané un escudero. De Vado Ceniza me llevé a Egg; es lo único bueno que saqué de allí.»

Ojalá no viera otra estrella fugaz.

A lo lejos se veían montañas rojas y había arena blanca a sus pies. Estaba cavando. Hundía la pala en la tierra seca y ardiente y lanzaba la arena fina hacia atrás. Tenía que excavar un agujero.

«Una tumba —pensó—. Una tumba para la esperanza.»

Tres caballeros dornienses lo miraban y se burlaban de él en susurros. Un poco más allá, los mercaderes aguardaban con sus mulas, carromatos y trineos de arena. De buena gana se habrían marchado, pero él no podía irse hasta que enterrara a Tostada. No iba a dejar a su vieja amiga a merced de las serpientes, los escorpiones y los perros de la arena.

El pobre penco había sucumbido en el largo y reseco trayecto del paso del Príncipe a Vaith, con Egg a lomos. De repente se le doblaron las patas delanteras, se dejó caer de costado y murió. El cuerpo yacía junto al agujero, ya rígido; pronto empezaría a oler.

Para regocijo de los caballeros dornienses, Dunk no dejaba de llorar mientras cavaba.

—Aquí el agua vale mucho, señor —le dijo uno—. No es bueno desperdiciarla así.

—¿Por qué lloráis? —añadió otro tras reírle la gracia al primero—. No era más que un caballo, y de los malos.

«Tostada —pensó Dunk mientras cavaba—. Se llamaba Tostada. Me llevó a lomos muchos años, y nunca corcoveó ni lanzó bocados.» Al lado de los lustrosos corceles de la arena que montaban los dornienses, caballos de testuz elegante, cuello largo y crines sedosas, el penco había resultado ridículo, pero había dado todo lo que podía ofrecer.

—¿Estás llorando por un rocín de lomo ensillado? —le preguntó ser Arlan con su voz de anciano—. Pues por mí no derramaste ni una lágrima, muchacho, y fui yo quien te puso a lomos de ese animal. —Soltó una risita para que quedara claro que no era un reproche—. Así es Dunk el Tocho, seso de corcho.

—Por mí tampoco lloró —repuso Baelor Rompelanzas desde la tumba—, y eso que era su príncipe, la esperanza de Poniente. Los dioses no querían que muriera tan joven.

—Mi padre solo tenía treinta y nueve años —añadió el príncipe Valarr—. Habría sido un gran rey, el mejor desde Aegon el Dragón. —Miró a Dunk con gélidos ojos azules—. ¿Por qué se lo han llevado a él los dioses y no a vos? —El Príncipe Joven tenía el cabello castaño claro de su padre, pero surcado por un mechón de oro blanco.

«Estáis muertos —habría querido gritar Dunk—. Los tres estáis muertos, ¿por qué no me dejáis en paz?» A ser Arlan se lo había llevado un enfriamiento; al príncipe Baelor, el golpe que su hermano le asestó durante el juicio a siete de Dunk; a su hijo Valarr, la peste de la gran primavera. «De eso no tuve yo la culpa. Estábamos en Dorne; ni siquiera nos enteramos.»

—Estás loco —le dijo el anciano—. Vas a matarte por hacer el idiota, y te juro que no te cavaremos una tumba. En el mar de arena, el agua es un tesoro.

—Fuera de mi presencia, ser Duncan —añadió Valarr—. Fuera.

Egg lo ayudó a cavar. Como no tenía pala, se servía de las manos, pero el viento volvía a meter la arena en la tumba tan deprisa como la sacaban. Era como intentar hacer un agujero en el mar.

«Tengo que seguir cavando —se dijo Dunk, aunque le dolían la espalda y los hombros—. Tengo que enterrarlo muy hondo para que los perros de la arena no lo encuentren. Tengo que...»

—¿... morir? —preguntó Rob el Grandullón, el bobo, desde el fondo de la tumba. No parecía tan grande allí tumbado, tan quieto y frío, con aquel tajo rojo en el vientre.

Dunk se detuvo y lo miró.

—Tú no estás muerto. Estás abajo, durmiendo en la bodega. —Pidió ayuda a ser Arlan con los ojos—. Decídselo vos, señor —suplicó—. Decidle que salga de la tumba.

Pero el que se encontraba a su lado no era ser Arlan del Árbol de la Moneda, sino ser Bennis del Escudo Pardo. El caballero pardo soltó un cloqueo.

—Dunk el Tocho —bufó—, la muerte por destripamiento es lenta, pero segura. No sé de nadie que haya sobrevivido con las entrañas colgando.

Tenía espumilla roja en los labios; se volvió y escupió, y las arenas blancas absorbieron el salivazo. Trabu estaba detrás con una flecha en el ojo y derramaba lentas lágrimas rojas. También se encontraba allí Wat Aguado, con la cabeza cortada casi en dos; y el viejo Lem, y Pate, el de los ojos enrojecidos, y los demás. Todos habían estado mascando hojamarga, como Bennis..., o eso le pareció a Dunk, pero enseguida se dio cuenta de que lo que les salía de la boca era sangre.

«Están muertos. Todos están muertos.»

Y el caballero pardo soltó una carcajada como un rebuzno.

—Eso es, así que venga, Tocho, ¡a trabajar! Tienes que cavar más tumbas. Ocho para ellos, una para mí y otra para ser Estulto, y no te olvides de otra para el crío pelón.

La pala se le resbaló de las manos.

—¡Corre, Egg! —gritó—. ¡Corre, vámonos!

Pero la arena cedía bajo sus pies. Cuando el niño intentó salir del agujero, las paredes se desmoronaron, y Dunk vio como sepultaban a Egg, que abrió la boca para gritar. Trató de alcanzarlo, pero la arena se amontonaba a su alrededor y lo arrastraba a la tumba, llenándole la boca, la nariz, los ojos...

Al amanecer, ser Bennis se dispuso a enseñar a los reclutas a formar un muro de escudos. Los alineó hombro con hombro, con los broqueles arrimados y las lanzas apuntando hacia delante como afilados dientes de madera. Y, entonces, Dunk y Egg montaron y cargaron contra ellos.

Maestre se paró en seco a cuatro pasos de las lanzas, pero Trueno estaba bien entrenado. El imponente caballo de batalla galopó en línea recta cada vez más deprisa, mientras las gallinas aleteaban y cacareaban espantadas entre sus patas. El pánico debía de ser contagioso, porque una vez más Rob el Grandullón soltó la lanza y echó a correr, con lo que dejó un hueco en mitad del muro. En vez de cerrarlo, los demás guerreros de Tenaz también huyeron, y Trueno aplastó los escudos abandonados antes de que Dunk tuviera tiempo de tirar de las riendas. Las ramas entrelazadas crujióron y se astillaron bajo las herraduras del caballo. En medio de la desbandada de gallinas y campesinos, ser Bennis soltó una retahíla de tacos y maldiciones, y Egg se esforzó cuanto pudo por contener la risa, aunque al final fracasó.

—Ya basta. —Dunk detuvo a Trueno, se desabrochó el yelmo y se lo quitó—. Si se comportan así en combate, acabarán todos muertos.

«Y tú y yo, también, desde luego.» Era temprano, pero el sol ya picaba, y se sentía sucio y pegajoso como si no se hubiera bañado en la vida. Le dolía la cabeza y no era capaz de olvidar el sueño de la noche anterior. «No fue así —se decía una y otra vez—. Las cosas ocurrieron de otra manera.» Tostada había muerto en el largo y seco trayecto a Vaith, eso sí era verdad. Egg y él tuvieron que compartir montura hasta que el hermano de Egg les dio a Maestre. Pero lo demás...

«No lloré. Tenía ganas, pero no lloré.» Y, sí, había querido enterrar al caballo, pero los dornienses se negaron a esperar.

—Los perros de la arena tienen que comer y alimentar a sus cachorros —le dijo un caballero dorniense mientras lo ayudaba a quitar la silla y la brida al rocín—. Los perros o las arenas se comerán la carne, y antes de un año solo quedarán los huesos mondos. Esto es Dorne, amigo mío.

Dunk recordó todo aquello y no pudo evitar preguntarse quién se comería la carne de Wat, y la de Wat, y la de Wat.

«A lo mejor en el Jaquel hay peces jaquelados.»

Cabalgó de vuelta a la torre y desmontó.

—Egg, ve con ser Bennis a buscarlos y traedlos de vuelta. —Le tiró el yelmo de malos modos y se dirigió hacia las escaleras.

Ser Eustace se encontraba en la penumbra de sus habitaciones.

—No ha estado muy bien.

—No, mi señor —convino Dunk—. No nos valen.

«Una espada leal debe obediencia a su señor, pero esto es una locura.»

—Ha sido su primera vez. Sus padres y sus hermanos eran iguales o peores cuando empezaron a entrenarse. Mis hijos trabajaron con ellos día tras día durante dos semanas antes de que acudiéramos a ayudar al rey. Los convirtieron en soldados.

—Y cuando llegó la batalla, mi señor, ¿qué tal les fue? —quiso saber Dunk—. ¿Cuántos volvieron con vos?

El anciano caballero se quedó mirándolo.

—Lem, Pate y Dake —acabó por responder—. Dake era nuestro forrajeador, el mejor que he visto nunca. Siempre teníamos la barriga llena. Volvieron tres, señor. Tres y yo. —Le tembló el bigote—. Tal vez nos lleve más de dos semanas.

—Puede que esa mujer se presente aquí mañana con todos sus hombres, mi señor —replicó Dunk. «Son buenos muchachos, pero serán muchachos muertos si se enfrentan a los caballeros de Fosofrío»—. ¿No hay otra manera de...?

—¿Otra manera? —Ser Eustace acarició el escudo del Pequeño León con las yemas de los dedos—. Ni lord Rowan ni este rey me harán justicia. —Agarró a Dunk por el brazo—. Recuerdo que, en tiempos de los reyes verdes, si matabas a un vasallo o a un animal, podías pagar a su señor el precio de la sangre.

—¿El precio de la sangre? —preguntó Dunk, sin comprender.

—¿No buscabas otra manera? Tengo ahorradas unas cuantas monedas, y ser Bennis dice que fue un cortecito de nada en la mejilla. Podría pagarle un venado de plata al campesino y tres a la mujer por la afrenta... Estaría dispuesto a hacerlo, pero solo si quitaran la presa. —El anciano frunció el ceño—. Pero no puedo ir a verla a Fosofrío. Imposible. —Un moscardón negro le pasó volando junto a la cabeza y se le posó en el brazo—. ¿Sabíais que ese castillo fue nuestro, ser Duncan?

—Sí, mi señor. —Se lo había contado Sam Gibas.

—Fuimos mariscales de la Marca del Norte durante mil años, antes de la Conquista, y nos debían lealtad veinte señores menores y un centenar de caballeros hacendados. Por aquel entonces teníamos cuatro castillos, así como atalayas en las colinas para que nos alertaran si se aproximaba el enemigo. El más grande era Fosofrío, construido por lord Perwyn Osgrey, al que llamaban Perwyn el Orguloso.

»Después del Campo de Fuego, los señores de Altojardín pasaron de reyes a mayordomos, y los Osgrey fueron perdiendo cada vez más importancia. El hijo de Aegon, el rey Maegor, nos arrebató Fosofrío cuando lord Ormond Osgrey alzó la voz para oponerse a la supresión de los Estrellas y Espadas, como llamaban a los Clérigos Humildes y a los Hijos del Guerrero. —La voz se le había puesto ronca—. Sobre las puertas de Fosofrío aún puede verse un león jaquelado, tallado en la piedra. Me lo enseñó mi padre la primera vez que lo acompañé a visitar al viejo Reynard Webber, y yo se lo enseñé a mis hijos. Addam... Addam sirvió allí como paje y escudero, y entre la hija de lord Wyman y él nació cierto... afecto, así que un invierno me puse mi mejor atuendo y fui a ver a lord Wyman para pedirle la mano de su hija para Addam. La rechazó con cortesía, pero no había llegado ni a las puertas cuando lo oí reírse con ser Lucas Inchfield. Después de aquello nunca volví a Fosofrío, excepto

una vez, cuando esa mujer tuvo la osadía de llevarse a uno de los míos. Cuando me dijeron que buscara al pobre Lem en el fondo del foso...

—Dake —intervino Dunk—. Bennis dice que se llamaba Dake.

—¿Dake? —La mosca le correteaba por la manga y solo se detenía para restregarse las patas. Ser Eustace la espantó y se frotó el labio, bajo el bigote—. Dake. Sí, eso he dicho. Un hombre leal como pocos, me acuerdo muy bien. Era nuestro forrajeador en la guerra, siempre teníamos la barriga llena. Cuando ser Lucas me informó de qué le habían hecho a mi pobre Dake, juré solemnemente no volver a poner un pie en ese castillo a menos que fuera para tomar posesión de él. Así que ya veis, ser Duncan, no puedo ir a Fosofrío, ni para pagar el precio de la sangre ni para nada.

Dunk lo comprendía.

—Pero yo sí puedo, mi señor. No he pronunciado ningún juramento.

—Sois un buen hombre, ser Duncan, un caballero valiente y sincero. —Ser Eustace le apretó el brazo—. Ojalá los dioses no se hubieran llevado a mi Alysanne. Sois la clase de hombre que siempre quise para ella. Un caballero de verdad, ser Duncan. Un caballero de verdad.

Dunk estaba sonrojándose.

—Le transmitiré a lady Webber lo que me habéis dicho del precio de la sangre, pero...

—Evitaréis que ser Bennis sufra el mismo destino que Dake, lo sé. Soy buen juez de caracteres, y el vuestro es de acero. Vuestra mera presencia hará que se lo piensen dos veces. En cuanto la mujer vea que Tenaz tiene un campeón como vos, no habrá que decirle nada más: ella misma ordenará que quiten la presa.

Dunk no supo qué responder; se arrodilló.

—Partiré mañana temprano, mi señor, y lo haré lo mejor que pueda.

—Mañana. —La mosca volvió sobre sus pasos y se posó en la mano izquierda de ser Eustace, que levantó la derecha y la aplastó de un golpe—. Sí, mañana temprano.

—¿Otro baño? ¿Otro? —gimió Egg—. ¡Pero si os lavasteis ayer!

—Y me he pasado el día metido en la armadura y empapado en sudor. Cierra la boca y llena el caldero.

—Os lavasteis la noche en que ser Eustace nos tomó a su servicio —señaló Egg—. Luego anoche, y ahora otra vez. ¡Eso son tres veces, señor!

—Tengo que negociar con una dama noble. ¿Qué quieres, que me presente ante ella oliendo como ser Bennis?

—Para oler como él tendríais que revolearos en un tonel de mierda de Maestre. —Egg empezó a llenar el caldero—. Sam Gibas dice que el castellano de Fosofrío es tan alto como vos. Se llama Lucas Inchfield, pero lo llaman Lucas el Largo. ¿Creéis que será tan alto como vos, señor?

—No. —Hacía años que Dunk no conocía a nadie tan alto como él. Cogió el caldero y lo colgó sobre el fuego.

—¿Vais a luchar contra él?

—No. —Casi le habría gustado que las cosas fueran de otra manera. No era el mejor guerrero del reino, pero el tamaño y la fuerza compensaban muchas carencias. «Aunque no la falta de luces.» Las palabras no eran su fuerte, y las mujeres, aún menos. El tal Lucas el Largo no le daba ni la mitad de miedo que la perspectiva de enfrentarse a la Viuda Roja—. Voy a hablar con la Viuda, nada más.

—¿Y qué vais a decirle?

—Que tiene que derribar la presa. —«Derribad la presa, mi señora, o si no...»—. O sea, voy a pedirle que derribe la presa. —«Por favor, devolvednos nuestra agua jaquelada»—. Si no le parece mal. —«Un poco de agua, mi señora, si no os parece mal.» Ser Eustace no querría que suplicara. «Entonces, ¿cómo se lo digo?»

El agua no tardó en burbujear y echar vapor.

—Ayúdame a volcarla en la bañera —pidió Dunk al chico. Alzaron el caldero entre los dos y cruzaron el sótano hasta la gran tina de madera—. No sé hablar con damas nobles —confesó mientras la vertían—. En Dorne estuvieron a punto de matarnos por culpa de lo que le dije a lady Vaith.

—Lady Vaith estaba loca —le recordó Egg—, pero es verdad que podríais haber sido más galante. A las señoras les gusta la galantería. Si tuvierais que rescatar a la Viuda Roja igual que salvasteis a aquella titiritera de las zarpas de Aerion...

—Aerion está en Lys, y la Viuda no necesita que la rescaten. —No quería hablar de Tanselle. «La llamaban Tanselle la Titana por lo alta que era, pero no era demasiado alta para mí.»

—Bueno, hay caballeros que cantan canciones galantes a las damas o les tocan melodías con el laúd.

—No tengo laúd. —Dunk parecía triste—. Y aquella noche que me emborraché en Los Tablones me dijiste que cantaba como un buey en un lodazal.

—Lo había olvidado, señor.

—Eso es imposible.

—Es que me dijisteis que lo olvidara —respondió Egg, el colmo de la inocencia—. Me dijisteis que, como volviera a mencionarlo, me ganaría una colleja.

—No voy a cantar. —Aunque tuviera buena voz, la única canción que se sabía entera era «El oso y la doncella», y con ella no iba a ganarse a lady Webber.

El caldero estaba hirviendo otra vez, así que lo acarrearón hasta la tina para verter el contenido. Egg sacó agua del pozo por tercera vez y se encaramó al brocal.

—Mientras estéis en Fosofrío no se os ocurra comer ni beber nada. La Viuda Roja ha envenenado a todos sus maridos.

—No creo que me case con ella. Es una dama noble y yo soy Dunk del Lecho de Pulgas. —Frunció el ceño—. Oye, ¿y cuántos maridos ha tenido?

—Cuatro, pero ningún hijo —respondió Egg—. Siempre que da a luz, por la noche un demonio se lleva a la criatura. La mujer de Sam Gibas dice que le prometió al Señor de los Siete Infiernos que le daría todos sus hijos a cambio de que le enseñara las artes negras.

—Las damas nobles no coquetean con las artes oscuras. Se dedican a cantar, a bailar y a bordar.

—A lo mejor baila con demonios y borda hechizos malignos. —Egg estaba pasándolo en grande—. ¿Y cómo sabéis qué hacen las damas nobles, señor? La única a la que habéis conocido es lady Vaith.

Era una insolencia, pero del todo cierta.

—De acuerdo, a lo mejor no conozco a ninguna dama noble, pero sí a un niño que está buscándose una buena colleja. —Dunk se frotó el cuello entre los hombros; llevar cota de malla un día entero se lo dejaba más rígido que un leño—. Tú que has tratado con reinas y princesas, ¿bailan con demonios y practican las artes negras?

—Lady Shiera, la amante de lord Cuervo de Sangre, sí. Se baña en sangre para conservarse hermosa, y una vez mi hermana Rhae me puso una poción amorosa en la bebida para que me casara con ella y no con mi hermana Daella.

Egg hablaba como si el incesto fuera lo más natural del mundo. «Para él lo es.» Los Targaryen llevaban siglos casándose entre hermanos para mantener la pureza de la sangre del dragón. El último dragón de verdad había muerto antes de que naciera Dunk, pero los reyes dragón seguían gobernando. «A lo mejor a los dioses no les importa que se casen con sus hermanas.»

—¿Y funcionó la poción?

—Seguro que habría funcionado, pero la escupí —respondió Egg—. No quiero casarme, quiero ser caballero de la Guardia Real y vivir para servir y defender al rey. Los caballeros de la Guardia Real prestan juramento de no casarse.

—Es muy noble, pero cuando seas mayor te gustarán más las chicas que las capas blancas. —Dunk estaba pensando en Tanselle la Titana y en cómo le había sonreído en Vado Ceniza—. Ser Eustace me ha dicho que le habría gustado que su hija se casara con un hombre como yo. Se llamaba Alysanne.

—Está muerta, señor.

—Ya sé que está muerta —replicó Dunk, molesto—. Si estuviera viva, ha dicho. Que habría querido que se casara conmigo. O con alguien como yo. Es el primer señor que me ofrece a su hija.

—A su hija muerta. Y los Osgrey fueron señores en los viejos tiempos, pero ser Eustace no es más que un caballero hacendado.

—Ya lo sé. ¿Qué pasa?, ¿quieres una colleja?

—Prefiero una colleja a una esposa, y más si está muerta. El caldero está hirviendo.

Acarrearon el agua hasta el lavadero y Dunk se quitó la sobrevesta.



—Para ir a Fosofrío me pondré la sobrevesta dorniense. —Era su mejor atavío, de seda de arena, y lucía el blasón del olmo y la estrella fugaz.

—Si os la ponéis para el viaje, la vais a sudar toda. Mejor vestíos con la que habéis llevado hoy. Yo os llevaré la otra, así podréis cambiaros al llegar al castillo.

—¿Al llegar al castillo? Querrás decir antes. Voy a tener pinta de idiota si me cambio de ropa en el puente levadizo. Además, ¿quién te ha dicho que vienes conmigo?

—Los caballeros causan mejor impresión si van con su escudero.

Era verdad; al muchacho no se le escapaban aquellas cosas. «Y con razón; sirvió dos años de paje en Desembarco del Rey.» Pero Dunk no quería ponerlo en peligro, y no sabía cómo lo recibirían en Fosofrío. Si la Viuda Roja era tan peligrosa como decían, tal vez acabara en una jaula para cuervos, como los dos hombres que habían visto en el camino.

—Te quedarás aquí y ayudarás a Bennis con los campesinos —dijo a Egg—. Y no me mires con esa cara. —Se bajó los calzones, los lanzó lejos de una patada y se metió en el agua humeante—. Vete a dormir y déjame bañarme tranquilo. No vienes, es mi última palabra.

Dunk se despertó con la luz de la mañana en la cara. Egg ya se había ido. «Dioses, ¿cómo puede hacer tanto calor de buena mañana?» Se incorporó, se desperezó entre bostezos y se levantó para encaminarse aún adormilado hasta el pozo, donde encendió una vela de sebo, se echó agua fresca en la cara y se vistió.

Cuando salió, Trueno estaba esperándolo fuera del establo, ensillado y embridado. También aguardaba allí Egg, montado en su mulo, Maestre. El muchacho se había puesto las botas y, por una vez, parecía un escudero de verdad, con un hermoso jubón a cuadros dorados y verdes, y calzones de lana blancos y ajustados.

—Los calzones estaban rotos por la parte de atrás, pero la mujer de Sam Gibas me los ha cosido —apuntó.

—Lleva la ropa de Addam —aclaró ser Eustace, que en aquel momento salía del establo tirando de las riendas de su caballo gris. La capa de seda raída que le colgaba de los hombros lucía el blasón del león jaquelado—. El jubón está un poco polvoriento por haber pasado tanto tiempo en el arcón, pero le vale. Los caballeros causan mejor impresión si van con su escudero, así que he decidido que Egg os acompañe a Fosofrío.

«Superado por un crío de diez años.» Dunk miró a Egg y movió los labios para formar las palabras «Te has ganado una colleja». El niño sonrió de oreja a oreja.

—También tengo algo para vos, ser Duncan. Mirad.

Ser Eustace sacó una capa y la sacudió con un movimiento airoso. Era de lana blanca, rematada en un ribete de cuadros de satén verde e hilo de oro. Con aquel calor, una capa de lana era lo último que necesitaba Dunk, pero vio lo orgulloso que

estaba ser Eustace cuando le cubrió los hombros con ella y no tuvo valor para rechazarla.

—Gracias, mi señor.

—Os queda muy bien. Ojalá pudiera daros algo más. —Al anciano se le estremeció el bigote—. Le he dicho a Sam Gibas que buscara en la bodega, entre los bártulos de mis hijos, pero Edwyn y Harrold eran más menudos que vos, más delgados de pecho y de piernas más cortas. Por desgracia, ninguna prenda suya os sirve.

—La capa es suficiente, mi señor. No la deshonraré.

—No me cabe duda. —Le dio una palmadita al caballo—. Me gustaría cabalgar con vos parte del camino, si no os parece mal.

—Por supuesto que no, mi señor.

Egg encabezó la marcha colina abajo, muy erguido a lomos de Maestre.

—¿De verdad es necesario que lleve ese sombrero de paja? —preguntó ser Eustace a Dunk—. ¿No os parece que queda un poco ridículo?

—No tanto como cuando se le pela la cabeza, mi señor.

Era temprano y el sol apenas asomaba en el horizonte, pero ya hacía calor.

«Por la tarde las sillas de montar estarán tan calientes que nos harán ampollas.» Egg estaba muy elegante con los ropajes del niño muerto, pero antes de que cayera la noche sería un huevo escalfado. Dunk al menos tenía la posibilidad de cambiarse: llevaba puesta la vieja sobrevesta verde, pero la buena, guardada en las alforjas.

—Iremos por el camino del oeste —anunció ser Eustace—. Ya no se utiliza mucho, pero sigue siendo la ruta más corta entre Tenaz y el castillo de Fosofrío.

El camino rodeaba la colina y pasaba junto a las tumbas donde el anciano había enterrado a su esposa y a sus hijos, entre las zarzamoras.

—A mis chicos les encantaba venir aquí a coger moras. Cuando eran pequeños volvían con la cara pegajosa y los brazos llenos de arañazos, y yo ya sabía dónde habían estado. —Sonrió con afecto—. Egg me recuerda a mi Addam. Era tan valiente para su edad... Addam intentó proteger a su hermano Harrold, que había caído herido en medio de la batalla. Un ribereño que lucía seis bellotas en el escudo le cortó el brazo con un hacha. —Buscó la mirada de Dunk con los ojos grises cargados de tristeza—. Vuestro antiguo señor, el caballero del Árbol de la Moneda, ¿luchó en la rebelión de los Fuegosuro?

—Sí, mi señor, pero fue antes de que me tomara a su servicio. —En el momento de la rebelión, Dunk era un crío de tres o cuatro años que correteaba desnudo por los callejones del Lecho de Pulgas, y tenía más de animalito que de niño.

—¿Estaba con el Dragón Rojo o con el Negro?

«¿Rojo o negro?» era una pregunta peligrosa incluso pese al tiempo transcurrido. Desde el reinado de Aegon el Conquistador, el escudo de armas de la casa Targaryen lucía un dragón de tres cabezas, gules en sable. Daemon el Pretendiente había

invertido los esmaltes en sus estandartes, como solían hacer los bastardos. «Ahora soy su vasallo, así que tiene derecho a preguntármelo.»

—Luchó bajo el estandarte de lord Hayford, mi señor.

—¿Celosiado de sinople en campo de oro, palo ondeado de sinople sobre el todo?

—Es posible, mi señor. Seguro que Egg lo sabe. —El chaval se sabía de memoria los blasones de la mitad de los caballeros de Poniente.

—Lord Hayford era leal al rey hasta la médula. Daeron lo nombró mano justo antes de la batalla. Butterwell había cometido tantos errores que muchos ponían en duda su lealtad, pero lord Hayford estuvo siempre con él.

—Ser Arlan se encontraba a su lado cuando cayó. Un señor con tres castillos en el escudo acabó con él.

—Aquel día cayeron muchos hombres buenos, en los dos bandos. Antes de la batalla, la hierba no era roja, ¿os lo había dicho ser Arlan?

—No le gustaba hablar de la batalla. Allí murió también su escudero, Roger del Árbol de la Moneda, el hijo de su hermana.

El mero hecho de pronunciar ese nombre lo hacía sentir culpable. «Le quité su lugar.» Los únicos que tenían medios para mantener dos escuderos eran los príncipes o los grandes señores. Si Aegon el Indigno hubiera entregado la espada a su heredero Daeron y no al bastardo Daemon, no habría estallado la rebelión de los Fuegoscurio, y Roger del Árbol de la Moneda seguiría vivo. «Sería caballero, y mejor caballero que yo. Y yo habría terminado en la horca o me habrían mandado a la Guardia de la Noche para patrullar el Muro hasta que me muriera.»

—Las grandes batallas son espantosas —explicó el anciano caballero—, pero en medio de la carnicería, de la sangre, también hay belleza, una belleza que te rompe el corazón. Nunca olvidaré la imagen del sol poniéndose en el prado Hierbarroja. Aquel día habían muerto diez mil hombres, los gemidos y las lamentaciones resonaban por doquier, pero el cielo se tiñó de oro, de rojo, de naranja, y era tan hermoso que lloré solo de pensar que mis hijos ya no podrían verlo. —Suspiró—. La cosa estuvo más igualada de lo que nos dicen hoy en día. Si no llega a ser por Cuervo de Sangre...

—Tenía entendido que fue Baelor Rompelanzas quien decidió la batalla —señaló Dunk—. Y el príncipe Maekar.

—¿El martillo y el yunque? —Se le estremeció el bigote—. Los bardos omiten muchas cosas. Aquel día, Daemon era el mismísimo Guerrero: no había quien se enfrentara a él. Destrozó la vanguardia de lord Arryn y mató al caballero de Nuevestrellas y a Wyl Waynwood el Indómito antes de enfrentarse a ser Gwayne Corbray, de la Guardia Real. Estuvieron largo rato acometiéndose a lomos de sus caballos, danzando en círculos y lanzando tajos mientras los hombres morían a su alrededor. Se dice que, cada vez que chocaban *Fuegoscurio* y *Dama Desesperada*, el sonido se oía en una legua a la redonda, mitad canción, mitad alarido. Pero al final la *Dama* desfalleció y *Fuegoscurio* traspasó el yelmo de ser Gwayne y lo dejó ciego y sangrante. Daemon desmontó para asegurarse de que no arrollaran a su enemigo

caído y ordenó a Colmillo Rojo que lo llevara con los maestros de la retaguardia. Fue un error mortal, porque los Picos de Cuervo habían ganado el risco de las Lágrimas. Cuervo de Sangre vio el estandarte real de su hermanastro a trescientos cincuenta pasos y, debajo, a Daemon y a sus hijos. Primero mató a Aegon, el mayor de los gemelos, porque sabía que Daemon no se apartaría del muchacho mientras quedara algo de calor en su cuerpo. Y no se apartó, pese a que llovían flechas blancas, siete de las cuales lo alcanzaron, guiadas tanto por la hechicería como por el arco de Cuervo de Sangre. El joven Aemon recogió a *Fuegoscuro* cuando se le escurrió de las manos a su padre moribundo, de modo que Cuervo de Sangre también mató al pequeño de los gemelos. Así perecieron el Dragón Negro y sus hijos.

»Muchas más cosas acontecieron después; yo mismo presencié unas cuantas... La huida de los rebeldes; el momento en que Aceroamargo detuvo la desbandada y emprendió la carga demencial; el enfrentamiento con Cuervo de Sangre, solo comparable con el de Daemon y Gwayne Corbray; el mazazo que asestó el príncipe Baelor a la retaguardia rebelde; los gritos de los dornienses mientras el cielo se oscurecía con sus lanzas... Pero al final no sirvió de nada. En el momento en que Daemon murió, terminó la guerra.

»Faltó muy poco. Si Daemon hubiera dejado a su suerte a Gwayne Corbray, tal vez habría roto el flanco izquierdo de Maekar antes de que Cuervo de Sangre tomara el risco. Los dragones negros se habrían alzado con la victoria tras la muerte de la mano y habrían tenido el camino despejado hasta Desembarco del Rey. Para cuando hubieran llegado el príncipe Baelor con los señores de la Tormenta y los dornienses, Daemon ya habría ocupado el Trono de Hierro.

»Que los bardos canten lo que quieran sobre el yunque y el martillo, pero quien cambió el rumbo de la batalla con magia negra y flechas blancas fue el matasangre. También es quien nos gobierna ahora, no lo dudéis. El rey Aerys se mueve al son de su música; no me extrañaría que Cuervo de Sangre lo hubiera hechizado para someterlo a su voluntad. Estamos malditos.

Ser Eustace sacudió la cabeza y se encerró en un silencio hosco, y Dunk miró a Egg. ¿Habría oído algo? No tenía manera de preguntárselo. «¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre?», pensó.

Cada vez hacía más calor. «Ya no hay ni moscas —advirtió Dunk—. Las moscas tienen más sentido común que los caballeros: no salen al sol.» ¿Les ofrecería hospitalidad Fosofrío a Egg y a él? Una jarra de cerveza tostada bien fresca le sentaría de maravilla. Estaba saboreando la perspectiva cuando recordó las palabras del muchacho sobre la Viuda Roja y sus maridos envenenados, y al momento se le pasó la sed. Había cosas peores que tener la boca seca.

—En otros tiempos la casa Osgrey dominaba todas las tierras en muchas leguas a la redonda, desde Beatilla, al este, hasta Empedral —comentó ser Eustace—. Teníamos Fosofrío, las colinas Herradura, las cuevas de las colinas de Derring, las aldeas de Dosk, Las Casas de Dosk y Aguardiente, las dos orillas del lago

Hojarasca... Las doncellas Osgrey se casaban con los Florent, los Swann o los Tarbeck, y hasta con los Hightower y los Blackwood.

Ya se avistaba el lindero del bosque de Wat. Dunk se llevó la mano a la frente a modo de visera y observó el follaje con los ojos entrecerrados. Por una vez, envidió el sombrero de Egg.

«Al menos iremos por la sombra.»

—En los viejos tiempos, el bosque de Wat se extendía hasta Fosofrío —le contó ser Eustace—. No recuerdo quién fue el tal Wat, pero antes de la Conquista había uros en el bosque, y también alces de diez palmos de alzada, y más ciervos de los que se podrían cazar en toda una vida, ya que los únicos que tenían permiso para cazar aquí eran el rey y el león jaquelado. En tiempos de mi padre aún había árboles a ambos lados del arroyo, pero las arañas los talaron porque necesitaban pastos para las vacas, las ovejas y los caballos.

Un hilillo de sudor le bajó a Dunk por el pecho. ¿Por qué no se callaba su señor de una vez? «Hace demasiado calor para hablar. Hace demasiado calor para montar a caballo. Diantres, hace demasiado calor.»

En el bosque se encontraron con el cadáver de un enorme gato arbóreo pardo, cubierto de gusanos.

—¡Puaj! —exclamó Egg, que lo rodeó a lomos de Maestre—. Huele peor que ser Bennis.

Ser Eustace tiró de las riendas.

—Un gato arbóreo. Creía que no quedaban en este bosque. ¿Qué lo habrá matado? —No obtuvo respuesta—. Yo me vuelvo ya. Seguid hacia el oeste y llegaréis a Fosofrío. ¿Lleváis el dinero? —Dunk asintió—. Bien. Volved a casa con el agua, señor. —El anciano caballero se alejó al trote por donde habían venido.

—Se me ha ocurrido cómo tenéis que tratar con lady Webber —dijo Egg cuando ser Eustace se perdió de vista—. Ganaos su favor con cumplidos galantes.

Con la sobrevesta jaquelada, el muchacho parecía tan fresco y limpio como ser Eustace con la capa. «¿Qué pasa? ¿Soy el único que suda?»

—¿Cumplidos galantes? —repitió—. ¿Como cuáles?

—Pues ya sabéis, lo normal: decidle que es muy hermosa.

—Ha sobrevivido a cuatro maridos —repuso Dunk, titubeante—, así que debe de ser tan vieja como lady Vaith. Si está toda arrugada y llena de verrugas y le digo que es muy hermosa, va a tomarme por mentiroso.

—Pues buscad algo que sea cierto. Así lo hace siempre mi hermano Daeron: dice que hasta una prostituta vieja y fea puede tener el pelo bonito o unas orejas atractivas.

—¿Unas orejas atractivas? —Las dudas de Dunk iban en aumento.

—O unos ojos bellos. Decidle que el vestido destaca el color de sus ojos. —El chico meditó un instante—. A no ser que tenga un solo ojo, como lord Cuervo de Sangre.

«Mi señora, el vestido destaca el color de vuestro ojo. —Dunk había escuchado esa clase de galanterías en boca de caballeros y señores menores, pero nunca eran tan directos—. Mi estimada señora, qué vestido tan hermoso. Destaca el color de vuestros encantadores ojos. De los dos. —Había oído cumplidos dirigidos a damas viejas y flacas, a gordas y rubicundas, a feúchas y con marcas de viruela, pero todas llevaban vestido, todas tenían dos ojos y todas se mostraban encantadas al escuchar palabras floridas—. Qué hermoso vestido, mi señora. Destaca la hermosa belleza del bello color de vuestros ojos.»

—La vida de un caballero errante no vale tanto —comentó, sombrío—. Si digo lo que no debo, me meterá en un saco de piedras y me tirará al foso.

—No creo que tenga sacos tan grandes, señor. Si os parece mejor, podemos usar mi bota.

—No —gruñó Dunk—. No podemos.

Salieron del bosque de Wat junto al arroyo, pero muy por encima de donde estaba la presa. El río había crecido tanto que Dunk habría podido darse el baño con el que había soñado. «Es tan profundo que una persona podría ahogarse», pensó. En la otra orilla habían cavado una zanja para desviar parte del agua hacia el oeste. La zanja discurría junto a un camino y alimentaba una miríada de acequias más pequeñas que serpenteaban por los sembradíos. «Cuando crucemos el río estaremos en poder de la Viuda.» ¿Dónde se estaba metiendo? Era un solo hombre, y le guardaba las espaldas un niño de diez años.

Egg se abanicó la cara.

—¿Por qué nos detenemos, señor?

—No nos detenemos.

Dunk espoléó al caballo y se adentró en el arroyo, seguido por el muchacho y su mulo. En el punto más profundo, el agua le llegaba a Trueno hasta el vientre. Salieron a la orilla de la Viuda chorreando; ante ellos, la zanja discurría recta como una lanza y destellaba verde y dorada bajo el sol.

Divisaron las torres de Fosofrío bastante rato después, y Dunk se detuvo para ponerse la sobrevesta dorniense y para aflojar la vaina de la espada larga, pues más valía que no se quedara trabada si la necesitaba. Egg, con cara solemne bajo el sombrero de paja, también soltó la empuñadura del puñal. Cabalgaron uno al lado del otro, Dunk en el gran corcel y el chico a lomos del mulo, con el estandarte de los Osgrey ondeando lánguidamente en el asta.

Ser Eustace les había hablado tanto de Fosofrío que Dunk se decepcionó al verlo. Comparado con Bastión de Tormentas, Altojardín u otros asentamientos señoriales donde había estado, era un castillo modesto... Pero era un castillo, no una atalaya fortificada. La almenada muralla exterior medía diez varas de altura, y en cada flanco se alzaba un baluarte mucho más grande que Tenaz. Los pendones negros de los Webber, con el blasón de la araña moteada sobre una telaraña de plata, colgaban de todas las garitas y los chapiteles.

—Mirad adónde va el agua, señor —señaló Egg.

La zanja terminaba al pie de la muralla oriental de Fosofrío y se derramaba en el foso que daba nombre al castillo. Dunk rechinó los dientes al oír el gorgoteo del agua.

«No va a quitarme mi agua jaquelada.»

—Vamos —le dijo a Egg.

Una hilera de estandartes con la araña pendían inmóviles del arco de la entrada principal, encima del viejo blasón esculpido en piedra. El viento de muchos siglos lo había erosionado, pero aún se distinguía la figura: un león rampante jaquelado. Debajo, las puertas estaban abiertas y, al cruzar el puente levadizo, Dunk se fijó en cómo había bajado el nivel del agua del foso.

«Por lo menos dos varas», pensó.

Dos lanceros, uno con barba negra y el otro bien rasurado, le cortaron el paso cuando llegó al rastrillo. El barbudo les preguntó la razón de su presencia.

—Mi señor de Osgrey me envía para hablar con lady Webber —le explicó Dunk—. Me llaman ser Duncan el Alto.

—Ya habíamos notado que no erais Bennis —replicó el rasurado—. Lo habríamos olido desde lejos.

Le faltaba un diente y llevaba una araña moteada bordada en el pecho.

El de la barba entornó los ojos y miró a Dunk con desconfianza.

—Con la señora no habla nadie sin permiso del Largo. Venid conmigo; el mozo de cuadra que se quede con los caballos.

—Soy escudero, no mozo de cuadra —replicó Egg—. ¿Qué pasa? ¿Estáis ciego o sois tonto?

El guardia rasurado se echó a reír. El de la barba apoyó la punta de la lanza en la garganta del niño.

—Repítelo.

Dunk le dio a Egg una colleja.

—No, cierra el pico y ocúpate de los caballos. —Desmontó—. Iré a ver a ser Lucas.

—Está en el patio. —El barbudo bajó la lanza.

Pasaron bajo el rastrillo de hierro y un matabacán, y salieron al patio de armas. Dunk oyó ladridos que escapaban de las perreras y cánticos que procedían de detrás de las vidrieras de un septo de madera de siete paredes. El herrero y su aprendiz estaban fuera del taller herrando un caballo, y más allá un escudero tiraba al blanco en el campo de tiro, al lado de una chica pecosa de trenza larga, tan hábil con el arco como él. El estafermo giraba ante los consecutivos ataques de media docena de caballeros protegidos con ropa acolchada.

Ser Lucas el Largo observaba a los caballeros del estafermo mientras charlaba con un septón pálido y gordo como un tonel que sudaba aún más que Dunk, hasta el punto de que parecía que se hubiera bañado con el hábito puesto. Inchfield, a su lado, parecía una lanza: erguido, tenso y muy alto..., aunque no tanto como Dunk.

«Dos varas y dos palmos de orgullo puro», calculó. Ser Lucas vestía brocado negro bordado con plata, pero parecía tan fresco como si estuviera patrullando el Muro.

—Mi señor, este hombre viene del torreón de las gallinas a pedir audiencia con la señora —lo informó el guardia.

El septón fue el primero en volverse, con una risotada alegre que indujo a Dunk a pensar que estaba borracho.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Un caballero errante? ¿Qué os dan de comer en el Dominio? —El septón le hizo la señal de la bendición—. Que el Guerrero luche siempre a vuestro lado. Soy el septón Seftón. Desafortunado nombre, ya lo sé, pero así me llamo. ¿Y vos?

—Ser Duncan el Alto.

—Qué modesto —comentó el septón a ser Lucas—. Si yo tuviera su altura, me haría llamar ser Seftón el Inmenso, o ser Seftón el Torreón, o ser Seftón de las Nubes en las Orejas. —Tenía el rostro congestionado y manchas de vino en la túnica.

Ser Lucas examinó a Dunk. Era mayor que él; tendría cuarenta años, quizá cincuenta. Más nervudo que musculoso, poseía un rostro particularmente poco agraciado: labios gruesos, dientes torcidos y amarillos, nariz ancha y bulbosa, ojos saltones...

«Y está furioso», percibió Dunk incluso antes de que hablara.

—Los caballeros errantes son, en el mejor de los casos, mendigos con espada. En el peor, forajidos. Fuera de aquí; no queremos gente como vos.

A Dunk se le nubló el rostro.

—Me envía ser Eustace Osgrey desde Tenaz a parlamentar con la señora del castillo.

—¿Osgrey? —El septón miró al Largo—. ¿Osgrey, el del león jaquelado? Creía que la casa Osgrey se había extinguido.

—Como si se hubiera extinguido. El viejo es el último, así que le permitimos que conserve su torreón en ruinas, a unas cuantas leguas al este. —Ser Lucas miró a Dunk con el ceño fruncido—. Si ser Eustace quiere hablar con la señora, que venga él. —Entrecerró los ojos—. Vos sois el que estaba con ser Bennis junto a la presa. No lo neguéis. Debería ahorcaros.

—Los Siete nos protejan. —El septón se secó el sudor de la frente con la manga—. ¿Es un bandido? ¡Y de los grandes! Arrepentíos de vuestras maldades, señor, y la Madre se apiadará de vos. —La devota perorata del septón se vio algo deslucida cuando se le escapó una ventosidad—. Ay, señor, disculpadme estos gases, son de comer alubias y pan de cebada...

—No soy ningún bandido —les dijo Dunk con toda la dignidad de que fue capaz. Aquello no afectó al Largo lo más mínimo.

—Me estáis colmando la paciencia, ser Duncan..., si es que sois realmente portador de tal título. Corred de vuelta al torreón de las gallinas y decid a ser Eustace



que nos entregue a ser Bennis del Pestuzo Pardo. Si nos ahorra la molestia de tener que sacarlo a rastras de Tenaz, puede que la señora esté más predispuesta a tener clemencia.

—Hablaré con la señora sobre ser Bennis y sobre el encontronazo que tuvimos en la presa, y también sobre el robo de nuestra agua.

—¿El robo? —bufó ser Lucas—. Decídselo así a la señora y estaréis nadando dentro de un saco antes de que se ponga el sol. ¿Seguro que queréis verla?

Dunk solo estaba seguro de una cosa, y era de que se moría de ganas de saltarle los dientes amarillentos de un puñetazo a Lucas Inchfield.

—Ya os he dicho qué quiero.

—Vamos, dejadle que hable con ella —intervino el septón—. No nos cuesta nada, y ser Duncan ha hecho un largo viaje bajo este sol cruel; que le diga lo que tenga que decirle.

Ser Lucas examinó a Dunk de nuevo.

—Nuestro septón es misericordioso. Venid conmigo, pero os agradeceré que seáis breve. —Cruzó el patio a zancadas, y Dunk tuvo que apresurarse en pos de él.

El septo había abierto sus puertas y un hervidero de fieles bajaba por las escaleras. Había caballeros y escuderos, una docena de niños, varios ancianos, tres septas con capucha y túnica blanca... y una dama noble, gruesa, de carnes blandas, con un vestido de damasco azul oscuro ribeteado de encaje myriense, tan largo que lo arrastraba por el suelo. Dunk le echó unos cuarenta años. Llevaba el pelo rojizo recogido en un moño alto con una redecilla de plata, pero lo más rojo de todo era el rostro. Ser Lucas se detuvo ante ella y las septas.

—Mi señora, este caballero errante dice traer un mensaje de ser Eustace Osgrey. ¿Queréis escucharlo?

—Como vos digáis, ser Lucas.

La mirada que clavó en Dunk fue tan intensa que este recordó de inmediato las palabras de Egg sobre la hechicería. «Pero no creo que se bañe en sangre para conservar la belleza.» La Viuda era baja y recia, con una cabeza puntiaguda que ni el peinado podía disimular. Tenía la nariz demasiado grande y la boca demasiado pequeña. Al menos conservaba los dos ojos, lo cual era un alivio, pero para entonces Dunk ya había desechado la idea de recurrir a la galantería.

—Ser Eustace me manda hablar con vos sobre los problemas que ha habido con vuestra presa.

—¿Mi... presa? —La mujer pestañeó.

La gente empezaba a aglomerarse a su alrededor, y Dunk se sentía acosado por miradas torvas.

—El arroyo. El Jaquel. Habéis construido una presa que...

—Creo que os equivocáis, señor —replicó—. Me he pasado la mañana rezando.

Dunk oyó la risita de ser Lucas.

—No quiero decir que la construyerais vos misma, en persona, sino que... Sin el agua, se nos secarán los campos... Los campesinos tienen habas, cebada, melones...

—¿De verdad? Me gusta mucho el melón. —La boca menuda trazó una curva alegre—. ¿Qué tipo de melones tienen?

Dunk empezó a ponerse colorado y miró incómodo los rostros que lo rodeaban.

«Aquí falla algo. El Largo está tomándome por idiota.»

—Mi señora, ¿os parece bien si continuamos la conversación en privado?

—¡Va una moneda de plata a que el muy zoquete quiere llevársela a la cama! —bromeó alguien.

Las carcajadas lo envolvieron. La dama se encogió, aterrada, y se cubrió la cara con las dos manos. Una septa se le acercó corriendo y le rodeó los hombros en gesto protector.

—¿A qué viene tanto jolgorio? —La voz fría y firme cortó en seco las carcajadas—. ¿Quién me cuenta el chiste? Caballero, ¿estáis molestando a mi cuñada?

Era la muchacha que había visto antes practicando el tiro con arco. Llevaba un carcaj a la cintura y sostenía un arco largo tan alto como ella, lo que no era decir gran cosa. Dunk rondaba las dos varas y media, y ella no llegaba a las dos. Podría rodearle la cintura con las dos manos. Llevaba el pelo rojizo recogido en una trenza tan larga que le llegaba a los muslos, y tenía un hoyuelo en la barbilla, la nariz respingona y una lluvia de pecas en las mejillas.

—Perdonadnos, lady Rohanne. —El que hablaba era un señor joven y atractivo con el centauro de los Caswell bordado en el jubón—. Este mastodonte ha confundido a lady Helicent con vos.

Dunk miró a una mujer y luego a la otra.

—¿Vos sois la Viuda Roja? —farfulló sin poder contenerse—. Pero si sois demasiado...

—¿Joven? —La chica lanzó el arco largo al muchacho desgarrado con el que había estado practicando—. Pues resulta que tengo veinticinco años. ¿O ibais a decir que soy demasiado baja?

—Bonita. Iba a decir bonita. —No sabía cómo se le había ocurrido, pero se felicitó por la salida. Le gustaba su naricilla, el color rubio cobrizo de su cabello y los pechos pequeños pero bien formados que se adivinaban bajo el colete de cuero—. Pensé que seríais... O sea..., como me habían dicho que habíais enviudado cuatro veces...

—Mi primer marido falleció cuando yo tenía diez años, y él, doce: era el escudero de mi padre y lo arrollaron en el Prado Hierbarroja. Lamento decir que los maridos no me duran mucho. El último murió en la primavera.

Eso se decía siempre de los que habían perecido hacía dos años en la peste de la gran primavera. «Murió en la primavera.» Decenas de miles de hombres murieron en la primavera, entre ellos un rey viejo y sabio, y dos príncipes jóvenes y prometedores.

—Siento... siento mucho vuestras pérdidas, mi señora. —«Galanterías, Tocho, dile galanterías»—. Por cierto, que... vuestro vestido...

—¿Qué vestido? —La chica se miró las botas, los calzones, la holgada sobrevesta de lino y el colete de cuero—. No llevo vestido.

—Quería decir el pelo... Es suave y...

—¿Y cómo lo sabéis, señor? Si me hubierais tocado el pelo alguna vez, creo que me acordaría.

—No, suave no —farfulló Dunk—. Rojo. Quería decir que es muy rojo.

—¿Muy rojo? Pues creo que no tanto como vuestra cara ahora mismo. —Se echó a reír y todos los presentes la corearon.

Todos menos ser Lucas el Largo.

—Este hombre es un mercenario de Tenaz, mi señora. Estaba con Bennis del Escudo Pardo cuando atacó a los cavadores en la presa y le cortó la cara a Wolmer. El viejo Osgrey lo envía a parlamentar con vos.

—Así es, mi señora. Me llaman ser Duncan el Alto.

—Más bien será ser Duncan el Obtuso —comentó un caballero barbudo que lucía los tres relámpagos de los Leygood. Hubo más risotadas, y hasta lady Helicent, ya recuperada, soltó una risita.

—¿Es que la cortesía de Fosofrío murió con mi señor padre? —preguntó la chica. «No, no es una chica, es una mujer adulta»—. ¿Y cómo es que se ha confundido así ser Duncan?

Dunk lanzó una mirada venenosa a Inchfield.

—Ha sido culpa mía.

—¿De veras? —La Viuda Roja miró a Dunk de arriba abajo, demorándose en el pecho—. Un árbol y una estrella fugaz. Nunca había visto esas armas. —Le tocó la sobrevesta y recorrió con dos dedos una rama del olmo—. Pintados, no cosidos. Tengo entendido que los dornienses pintan la seda, pero vos sois muy grande para ser de Dorne.

—No todos los dornienses son bajos, mi señora. —Dunk sentía el roce de sus dedos a través de la seda; también tenía pecas en la mano. «Seguro que tiene pecas por todo el cuerpo.» Sin saber por qué, se le había secado la boca—. He pasado un año entero en Dorne.

—¿Y todos los robles crecen tanto por allí? —El dedo de la joven recorrió otra rama del árbol, esa vez alrededor del corazón.

—Pretende ser un olmo, mi señora.

—Ah, procuraré que no se me olvide. —Apartó la mano con solemnidad—. En este patio hace demasiado calor para charlar y hay demasiado polvo. Acompañad a ser Duncan a mi sala de audiencias, septón.

—Será un placer, cuñada.

—Nuestro invitado debe de estar sediento. Pedid también que nos lleven una frasca de vino.

—¿De veras? —El gordo sonrió de oreja a oreja—. Como ordenéis.

—Me reuniré con vos en cuanto me cambie de ropa. —Se desabrochó el cinto y el carcaj y se los tendió a su acompañante—. Que venga también el maestro Cerrick. Id a buscarlo, ser Lucas.

—Lo acompañaré a vuestra presencia de inmediato, mi señora —respondió Lucas el Largo.

La joven clavó en su castellano una mirada gélida.

—No es necesario; sé que tenéis muchos quehaceres en el castillo. Basta con que le digáis al maestro Cerrick que se reúna conmigo en mis estancias.

—Mi señora —intervino Dunk—, a mi escudero no lo han dejado pasar; se ha quedado en las puertas. ¿Puede acompañarnos?

—¿Vuestro escudero? —Cuando sonreía parecía una chiquilla de quince años, no una mujer de veinticinco. «Una chiquilla feliz llena de picardía»—. Por supuesto, como deseáis.

—No bebáis vino, señor —le susurró Egg.

Aguardaban en la sala de audiencias. Los suelos de piedra estaban cubiertos de juncos de olor fresco y de los muros colgaban tapices con escenas de batallas y torneos. Dunk soltó un resoplido.

—No tiene la menor necesidad de envenenarme —respondió, también en susurros—. Cree que soy un patán con gachas en vez de cerebro.

—Pues resulta que a mi cuñada le gustan las gachas —comentó el septón, que en aquel momento entraba con una frasca de vino, otra de agua y tres copas—. Sí, sí, os he oído. Estoy gordo, no sordo. —Llenó dos copas de vino y una de agua, que tendió a Egg. El niño la miró con desconfianza y la dejó a un lado, pero el septón no le hizo caso—. Cosecha del Rejo —comentó a Dunk—. Excelente, y el veneno le da un toque exquisito. —Guiñó un ojo a Egg—. No es que yo beba mucho vino; lo sé porque me lo han contado. —Tendió una copa a Dunk.

El vino era dulce y delicioso, pero Dunk solo bebió un sorbo cauteloso cuando vio al septón apurar la mitad del suyo de tres tragos y luego relamerse. Egg se cruzó de brazos y siguió haciendo como si no viera el agua.

—Le gustan mucho las gachas —siguió el septón—. Y vos también, señor. Conozco bien a mi cuñada. Cuando os he visto en el patio he pensado que erais un pretendiente que venía de Desembarco del Rey a pedir la mano de mi señora.

—¿Cómo habéis sabido que soy de Desembarco, septón? —preguntó Dunk con el ceño fruncido.

—Los desembarqueños tienen una manera de hablar muy suya. —Se llevó la copa a los labios, paladeó el vino y lo tragó con un suspiro de placer—. Pasé muchos años allí sirviendo al septón supremo en el Gran Septo de Baelor. —Suspiró—. Después de la primavera, la ciudad está irreconocible. Cambió mucho con los incendios. Una

cuarta parte de las casas ardieron, otra cuarta parte están deshabitadas... Hasta las ratas se han marchado, y eso es lo más raro. Creí que nunca vería una ciudad sin ratas.

No era la primera vez que Dunk oía aquello.

—¿Estuvisteis allí durante la peste de la gran primavera?

—Desde luego. Fueron tiempos horribles, señor. Hombres fuertes se levantaban sanos y morían antes del anochecer. No daba tiempo a enterrar tantos cadáveres, así que los amontonaron en Pozo Dragón y, cuando la pila superó las tres varas, lord Ríos ordenó a los pirománticos que los quemaran. Las ventanas se iluminaron con la luz del fuego como antaño, cuando era la guarida de los dragones. De noche el fulgor se veía en la ciudad entera, el brillo verde oscuro del fuego valyrio. El color verde sigue atormentándome hasta hoy. Dijeron que la primavera fue terrible en Lannisport y aún peor en Antigua, pero en Desembarco del Rey se llevó por delante a cuatro de cada diez personas. No perdonó a viejos ni a niños, a pobres ni a ricos, a poderosos ni a humildes. Perdimos al septón supremo, la mismísima voz de los dioses en la tierra, y también a un tercio de los Máximos Devotos y a casi todas las hermanas silenciosas. Y a su alteza el rey Daeron, al dulce Matarys y al valiente Valarr, la mano... Fueron tiempos horribles. Media ciudad acabó rezando al Desconocido. —Bebió otro trago—. ¿Dónde estabais vos, señor?

—En Dorne —respondió Dunk.

—Pues dad las gracias a la Madre por su misericordia. —La peste de la gran primavera no alcanzó Dorne, tal vez porque los dornienses cerraron fronteras y puertos, igual que los Arryn del Valle, que tampoco la sufrieron—. Tanto hablar de muerte hace que a uno se le quiten las ganas de vino, pero en estos tiempos que corren no es fácil encontrar alegrías. Pese a nuestras plegarias, persiste la sequía; el bosque Real es un gigantesco montón de yesca y se desatan incendios día y noche. Aceroamargo y los hijos de Daemon Fuegosuro urden planes en Tyrosh, y los krákenes de Dagon Greyjoy rondan como lobos el mar del Ocaso: han llegado muy al sur, ¡se sabe que han saqueado hasta el Rejo! Se han llevado a la mitad de las riquezas de Isla Bella y también a un centenar de mujeres. Lord Farman está reconstruyendo las defensas, pero me parece que es como el que le pone un cinturón de castidad a su hija preñada cuando tiene la barriga del tamaño de la mía. Lord Bracken agoniza en el Tridente y su primogénito murió en la primavera, así que lo sucederá ser Otho. Los Blackwood no aceptarán como vecino a la Bestia de Bracken: irán a la guerra.

Dunk estaba al tanto de la vieja enemistad entre los Blackwood y los Bracken.

—¿Su señor no les impondrá la paz?

—Por desgracia, lord Tully es un niño de ocho años rodeado de mujeres. Aguasdulces hará poca cosa, y el rey Aerys, aún menos: a no ser que un maestro escriba un libro sobre el asunto, no le prestará su regia atención. Lord Ríos no recibirá a ningún Bracken; recordad que nuestra mano es medio Blackwood, así que,

si interviene, será para ayudar a sus primos a atrapar a la Bestia. La Madre marcó a lord Ríos el día en que nació, y Aceroamargo lo marcó de nuevo en el Prado Hierbarroja.

Dunk sabía que se refería a Cuervo de Sangre. El verdadero nombre de la mano era Brynden Ríos. Su madre fue una Blackwood, y su padre, el rey Aegon IV.

El gordo bebió un poco más de vino y siguió hablando.

—En cuanto a Aerys... Ah, su alteza está más interesado en pergaminos viejos y profecías polvorientas que en señores y leyes. Ni siquiera se molesta en engendrar un heredero. La reina Aelinor reza todos los días en el Gran Septo para suplicarle a la Madre Suprema que le conceda un hijo, pero sigue doncella. Aerys duerme en sus aposentos, y se rumorea que prefiere llevarse a la cama un libro que a una mujer. — Se rellenó la copa—. No os dejéis engañar: quien nos gobierna es lord Ríos, con sus hechizos y sus espías. No hay nadie que se enfrente a él. El príncipe Maekar sigue enfurruñado en Refugio Estival, alimentando el resentimiento por su regio hermano. El príncipe Rhaegel es tan blando como demente, y sus pequeños son... eso, pequeños. No hay cargo que no esté ocupado por un amigo o un favorito de lord Ríos: hasta los miembros del Consejo Privado comen de su mano, y el nuevo gran maestro es tan adepto a la hechicería como él. Los que defienden la Fortaleza Roja son los Picos de Cuervo, y el rey no recibe a nadie sin el visto bueno de lord Ríos.

Dunk cambió de postura en el asiento, incómodo. «¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Mil y un ojos.» Ojalá no tuviera también mil y una orejas. Algunas palabras del septón Seftón sonaban a traición. Miró de reojo a Egg para ver cómo se lo estaba tomando; el niño hacía todo lo posible por mantener la boca cerrada.

—Mi cuñada aún tardará un rato —el septón se puso en pie—. A todas las grandes damas les pasa lo mismo: los diez primeros vestidos que se prueban no les parecen adecuados. ¿Queréis más vino? —Volvió a llenar las dos copas sin esperar respuesta.

—La señora con la que me confundí ¿es vuestra hermana? —preguntó Dunk, deseoso de cambiar de tema.

—Todos somos hijos de los Siete, pero aparte de eso... no, dioses, no. Lady Helicent era hermana de ser Rolland Uffering, el cuarto esposo de lady Rohanne, que murió en la primavera. Mi hermano, ser Simon Staunton, fue su predecesor. Tuvo la desgracia de atragantarse con un hueso de pollo... La verdad es que en Fosofrío abundan los fantasmas. Los maridos mueren, pero sus familias permanecen para seguir bebiendo los vinos de mi señora y comiéndose sus dulces, como una plaga de langostas gordas y rosadas con atavíos de seda y terciopelo. —Se limpió la boca—. Pero tiene que volver a casarse cuanto antes.

—¿Tiene que casarse?

—Así lo dejó escrito su señor padre en el testamento; lord Wyman quería nietos que continuaran la estirpe. Al enfermar, trató de unirla en matrimonio con el Largo

para morir con la tranquilidad de que la dejaba protegida por un hombre fuerte, pero Rohanne lo rechazó. El señor se vengó en el testamento: si llegado el segundo aniversario de la muerte de su padre aún sigue soltera, Fosofrío y las tierras pasarán a manos de su primo Wendell. Estaba en el patio: un hombrecillo bajo, con bocio y propenso a la flatulencia. Es ruin por mi parte decirlo, claro, dado que yo también sufro de gases. En fin. Ser Wendell es lerdo y codicioso, pero está casado con la hermana de lord Rowan..., que es de una fertilidad asombrosa, todo hay que decirlo. Da a luz cada vez que su marido se tira un pedo. Los hijos son tan malos como él, y las hijas, aún peores, y todos están contando ya los días. Lord Rowan ha confirmado el testamento, así que mi señora solo tiene hasta la próxima luna nueva.

—¿Por qué ha esperado tanto? —se preguntó Dunk en voz alta.

—La verdad es que no ha tenido muchos pretendientes. —El septón se encogió de hombros—. Ya os habréis fijado en que a mi cuñada no le faltan encantos, y a su atractivo se suman un buen castillo y muchas tierras. Cabría esperar que los hijos menores y los caballeros sin tierra hubieran acudido como moscas, pero no ha sido así. Lo de los cuatro maridos muertos espanta a muchos, y no falta quien diga que además es estéril..., pero no delante de ella, a menos que quiera ver una jaula de cuervos por dentro. Ha dado a luz dos hijos, un niño y una niña, pero no vivieron ni hasta su primer día del nombre. Y los pocos que no se asustan con las historias de hechizos y envenenamientos no quieren tener nada que ver con el Largo. En su lecho de muerte, lord Wyman le encomendó que protegiera a su hija de los pretendientes indignos, cosa que para él significa cualquier pretendiente. Quien quiera la mano de mi cuñada tendrá que enfrentarse antes a su espada. —Apuró la copa y la dejó a un lado—. Ni que decir tiene que ninguno ha pasado la prueba. Los más persistentes han sido Cleyton Caswell y Simon Leygood, pero les interesan más las tierras que su persona. Si tuviera que apostar, me pondría del lado de Gerold Lannister; aún no se ha dejado ver, pero se dice que es de pelo dorado e ingenio agudo, que mide más de dos varas y...

—... y lady Webber disfruta mucho con sus cartas. —La dama en cuestión estaba en la puerta, acompañada por un joven maestre de rostro poco agraciado y enorme nariz ganchuda—. Pues perderíais la apuesta, cuñado. Gerold no renunciará al esplendor de Roca Casterly ni a los placeres de Lannisport por un señorío sin importancia. Como hermano y consejero de lord Tybolt goza de más influencia de la que podría soñar como esposo mío. En cuanto a los demás, ser Simon tendría que vender la mitad de mis tierras para pagar sus deudas, y ser Cleyton tiembla como una hoja cada vez que el Largo se digna mirarlo... Por no mencionar que es más coqueto que yo. En cuanto a vos, septón, tenéis la lengua más suelta de todo Poniente.

—Para tener una barriga como la mía hace falta una lengua a juego —replicó el septón Seftón, impertérrito—. Si no, encoge enseguida.

—¿Vos sois la Viuda Roja? —preguntó Egg con asombro—. ¡Pero si soy casi tan alto como vos!

—Hace medio año otro niño dijo lo mismo y lo mandé al potro para que creciera. —Lady Rohanne se sentó en el trono y se colocó la trenza por delante del hombro izquierdo. Era tan larga que la punta se le enroscaba en el regazo como un gato dormido—. Ser Duncan, no debería haberme burlado de vos en el patio, cuando estabais esforzándoos tanto por ser cortés. Pero es que os habéis puesto tan colorado... ¿Ninguna chica se burlaba de vos en el pueblo donde crecisteis tanto?

—Ese pueblo era Desembarco del Rey. —Prefirió no mencionar el Lecho de Pulgas—. Había chicas, pero... —En el Lecho, las burlas más frecuentes consistían en cortar un dedo del pie.

—Me imagino que les daba miedo reírse de vos. —Lady Rohanne se acarició la trenza—. Les impondría vuestro tamaño, seguro. No le guardéis rencor a lady Helicent, os lo ruego. Mi cuñada es simple, pero no tiene mala intención, y aunque es piadosa no podría ni vestirse sin ayuda de las septas.

—No ha tenido la culpa de nada; me he equivocado yo.

—Mentís con galantería. Ya sé que ha sido ser Lucas; es hombre de humor cruel y se ha sentido ofendido por vos.

—¿Por qué? —preguntó Dunk, desconcertado—. No le he hecho nada.

La joven le dedicó una sonrisa que le hizo desear que no fuera tan atractiva.

—Os he visto a su lado y le sacáis casi un palmo. Hacía mucho que ser Lucas no se topaba con nadie a quien no pudiera mirar desde arriba. ¿Cuántos años tenéis, señor?

—Casi veinte, con la venia de mi señora.

A Dunk le gustaba cómo sonaba lo de «veinte», aunque probablemente tenía un año menos, quizá dos. Nadie, ni siquiera él, lo sabía a ciencia cierta. Sin duda tuvo padre y madre, como todo el mundo, pero no llegó a conocerlos; ni siquiera supo cómo se llamaban. Y en el Lecho de Pulgas a nadie le preocupaba dónde nació ni quién lo engendró.

—¿Sois tan fuerte como aparentáis?

—¿Aparento ser muy fuerte, mi señora?

—Lo suficiente para molestar a ser Lucas. Es mi castellano, aunque no lo he elegido yo: se trata, igual que Fosofrío, del legado de mi padre. ¿Dónde os nombraron caballero, ser Duncan? ¿En algún campo de batalla? Por vuestra manera de hablar salta a la vista que no tenéis sangre noble en las venas, si me perdonáis que os lo diga.

«Por mis venas corre sangre de alcantarilla.»

—Cuando era niño, un caballero errante, ser Arlan del Árbol de la Moneda, me tomó como escudero. Me enseñó las leyes de la caballería y las artes de la guerra.

—¿Y ese mismo ser Arlan os armó caballero?

Dunk se miró los pies. Tenía desatada una bota.

—¿Quién si no?

—¿Dónde se encuentra ahora ser Arlan?



—Murió. —Levantó la cabeza. Ya se ataría la bota más tarde—. Lo enterré en la ladera de una colina.

—¿Cayó en batalla como un valiente?

—No, por las lluvias. Cogió un enfriamiento.

—Los ancianos son frágiles, lo sé bien. Lo descubrí con mi segundo esposo. Cuando nos casamos, yo tenía trece años, y él habría cumplido cincuenta y cinco en su siguiente día del nombre si hubiera vivido para verlo. Cuando llevaba medio año enterrado di a luz a su hijo, pero el Desconocido se lo llevó también. Los septones dicen que su padre quería tenerlo a su lado. ¿Qué opináis vos?

—Bueno..., podría ser, mi señora —repuso Dunk, titubeante.

—Tonterías. El niño nació demasiado débil. Era tan pequeño... No tenía ni fuerzas para mamar. Pero los dioses concedieron a su padre cincuenta y cinco años; ya podrían haber dado al hijo algo más de tres días.

—Cierto. —Dunk no sabía mucho sobre los dioses. A veces iba al septo y rezaba al Guerrero para que concediera fuerza a su brazo, pero por lo demás no tenía mucha relación con los Siete.

—Siento que muriera vuestro ser Arlan —prosiguió la joven—, y más aún que os pusierais al servicio de ser Eustace. No todos los ancianos son iguales, ser Duncan. Haríais mejor en volver a vuestro hogar, al Árbol de la Moneda.

Dunk jamás había puesto un pie en el Árbol de la Moneda. Ni siquiera sabía si estaba en el Dominio.

—No tengo más hogar que donde pongo al servicio la espada.

—Pues ponedla a mi servicio. Corren tiempos inciertos y necesito caballeros. Parecéis de buen apetito, ser Duncan. ¿Cuántos pollos podéis comeros? En Fosofrío os hartaríais de carne rosada y tierna y de tartaletas de fruta. A vuestro escudero tampoco le iría mal un poco de sustento; está tan flaco que se le ha caído el pelo. Lo alojaríamos en una celda con chicos de su edad, seguro que le encantaría. Mi maestro de armas puede entrenarlo en las artes de la guerra.

—Ya lo entreno yo —replicó Dunk a la defensiva.

—¿Y quién más? ¿Bennis? ¿El viejo Osgrey? ¿Los pollos?

Algunos días Dunk había ordenado a Egg que persiguiera a los pollos. «Así gana en velocidad», pensó, pero sabía que ella se reiría si lo decía en voz alta. La joven, con la naricilla respingona y las pecas, estaba distrayéndolo. Dunk tuvo que recordarse el motivo por el que ser Eustace lo había mandado allí.

—Mi espada le debe lealtad a mi señor de Osgrey, mi señora. Así están las cosas.

—Como queráis. Hablemos entonces de asuntos menos gratos. —Lady Rohanne se dio un tirón de la trenza—. No toleramos ningún ataque contra Fosofrío ni contra sus gentes, así que dadme una buena razón por la que no deba meteros en un saco.

—He venido a parlamentar —le recordó— y he bebido vuestro vino. —El sabor, denso y dulce, aún le impregnaba la boca, y hasta el momento no lo había

envenenado. Tal vez fue el vino lo que le dio valor—. Y no tenéis un saco donde quepa yo.

Fue un alivio que sonriera con la broma de Egg.

—Pero tengo varios donde cabe Bennis. Dice el maestre Cerrick que le abrió la cara a Wolmer hasta el hueso.

—Ser Bennis perdió la paciencia, mi señora. Ser Eustace me manda a pagar el precio de la sangre.

—¿El precio de la sangre? —Se echó a reír—. Sabía que era viejo, pero no tanto. ¿Se cree que estamos aún en la Edad de los Héroeos, cuando la vida de un hombre no valía más que una bolsa de plata?

—El cavador no murió, mi señora —le recordó Dunk—. Que yo sepa no murió nadie. No fue más que un tajo en la cara.

La joven se pasó los dedos por la trenza con aire distraído.

—Por favor, decidme: ¿cuánto cree ser Eustace que vale la mejilla de Wolmer?

—Un venado de plata. Y tres para vos, mi señora.

—Ser Eustace pone un precio muy bajo a mi honor, aunque tres venados son más que tres pollos, lo reconozco. Haría mejor en entregarme a Bennis para que lo castigara.

—¿Con el saco que habéis mencionado?

—Es posible. —Se enroscó la trenza en la mano—. Decidle a Osgrey que se quede con la plata. La sangre se paga con sangre.

—Tal vez sea como decís, mi señora, pero ¿por qué no hacéis venir al hombre al que hirió Bennis y le preguntamos qué prefiere, si un venado de plata o a Bennis en un saco?

—Seguro que elige la plata si no puede tener las dos cosas. No me cabe, duda, señor, pero no le corresponde a él elegir. Ahora ya no se trata de la mejilla de un campesino, sino del león y la araña. Quiero a Bennis, y a Bennis tendré: nadie cabalga por mis tierras, ataca a uno de los míos y se queda tan tranquilo.

—Vos también cabalgasteis por Tenaz y atacasteis a un hombre de ser Eustace —señaló Dunk sin pararse a pensar.

—¿De veras? —Se dio otro tirón a la trenza—. Si os referís al ladrón de ovejas, el tipo tenía mala fama. Presenté quejas a Osgrey en dos ocasiones, y no hizo nada. No pido las cosas tres veces. La ley del rey me otorga poder de foso y horca.

—En vuestras tierras —intervino Egg—. La ley del rey da a los señores poder de foso y horca, pero solo en sus tierras.

—Qué chico tan listo. Pues, si sabes tanto, sabrás también que los caballeros hacendados no pueden castigar a nadie sin permiso de su señor. Ser Eustace es el señor de Tenaz por la venia de lord Rowan. Bennis ha roto la paz del rey al derramar sangre y tiene que pagarlo. —Miró a Dunk—. Si ser Eustace me entrega a Bennis, le cortaré la nariz y nada más. Si tengo que ir a buscarlo, no prometo nada.

A Dunk se le hizo un nudo en la boca del estómago.

—Se lo diré, pero no va a entregar a ser Bennis. —Titubeó un instante—. La causa de todo el problema es la presa. Si vuestra señoría aceptara derribarla...

—Imposible —declaró el joven maestre que flanqueaba a lady Rohanne—. Fosofrío tiene veinte veces más campesinos que Tenaz, y hay campos de trigo, de maíz y de cebada que se nos están secando. Tenemos media docena de huertos, manzanos, albaricoques y tres especies de perales. Hay vacas a punto de parir, quinientas cabezas de ovejas de cara negra, y aquí se crían los mejores caballos del Dominio. Tenemos una docena de yeguas preñadas...

—Ser Eustace también tiene ovejas —apuntó Dunk—. Y melones en los campos, y también habas y cebada, y...

—¡Estabais cogiendo agua para el foso! —lo interrumpió Egg.

«Ahora iba a lo del foso.»

—El foso es esencial para nuestras defensas —repuso el maestre—. ¿Sugerís que lady Rohanne quede desprotegida en los tiempos que corren?

—Bueno..., un foso seco sigue siendo un foso. Y mi señora tiene murallas altas y hombres fuertes que las defienden.

—Ser Duncan, yo tenía diez años cuando se alzó el Dragón Negro —replicó lady Rohanne—. Supliqué a mi padre que no se arriesgara, o al menos que dejara aquí a mi esposo. ¿Quién iba a protegerme si mis dos hombres se marchaban? Y él me llevó a la cima de la muralla y me señaló los puntos fuertes de Fosofrío. «Vela por que sigan fuertes y ellos velarán por que sigas a salvo. Si mantienes las defensas, nadie podrá dañarte.» Lo primero que me señaló fue el foso. —Se acarició la mejilla con la punta de la trenza—. Mi primer marido murió en el Prado Hierbarroja. Mi padre me buscó otros, pero el Desconocido se los llevó a todos. Ya no confío en ningún hombre por fuerte que parezca; confío en la piedra, el acero y el agua. Confío en los fosos, señor, así que no permitiré que el mío se seque.

—Lo que os dijo vuestro padre es cierto y muy sabio, pero no os da derecho a quedaros con el agua de los Osgrey.

La joven se tiró de la trenza.

—Así que ser Eustace os ha contado que el arroyo le pertenece.

—Desde hace mil años —convino Dunk—. Hasta el nombre lo dice: es el Jaquel, así que está claro.

—Desde luego. —Se tiró de la trenza una vez, dos, tres—. Igual que el Mander se llama Mander aunque hace mil años que expulsaron a los Manderly de sus orillas. Altojardín sigue siendo Altojardín pese a que el último Gardener murió en el Campo de Fuego. Roca Casterly está llena de Lannister, pero no hay ni un solo Casterly. El mundo cambia, señor. El Jaquel nace en las colinas Herradura, y que yo sepa son mías. El agua es mía, por tanto. Mostrádselo, maestre Cerrick.

El maestre bajó del estrado. No era mucho mayor que Dunk, pero la túnica gris y la cadena de eslabones le daban un aire sabio y circunspecto que le hacía aparentar más edad. Sostenía un pergamino antiguo.

—Comprobadlo vos mismo —dijo al tiempo que lo desenrollaba y se lo tendía a Dunk.

«Dunk el Tocho, seso de corcho.» Al coger el pergamino, sintió como se le subían los colores otra vez y examinó las letras con el ceño fruncido. No entendió ni una palabra, pero reconoció el sello de cera bajo la florida firma: el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen. «El sello del rey.» Lo que tenía en las manos era un decreto real. Dunk movió la cabeza para que pensarán que estaba leyendo.

—Aquí hay una palabra que no veo bien —masculló al cabo de un momento—. Ven a ver, Egg, que tienes mejor vista que yo.

El chico corrió a su lado.

—¿Qué palabra, señor? —Dunk señaló—. ¿Esa? Ah. —Egg leyó a toda prisa, levantó la mirada hacia Dunk y asintió de manera casi imperceptible.

«El arroyo es suyo. Tiene los papeles. —Se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago—. El sello del rey...»

—Tiene... tiene que haber un error. Los hijos del anciano murieron al servicio del rey, ¿por qué iba a quitarle el arroyo?

—Si el rey Daeron no hubiera sido tan compasivo, le habría quitado también la cabeza.

Dunk se quedó desconcertado.

—¿Qué queréis decir?

—Quiere decir —intervino el maestre Cerrick— que ser Eustace Osgrey es un rebelde y un traidor.

—Ser Eustace eligió al Dragón Negro y se enfrentó al Rojo con la esperanza de que un rey Fuegosuro devolviera a los Osgrey las tierras y los castillos que habían perdido con los Targaryen —explicó lady Rohanne—. Sobre todo le interesaba Fosofrío. Sus hijos pagaron la traición con la vida. Su esposa se tiró desde la cima de la torre de Tenaz cuando ser Eustace volvió a casa con los restos de los muchachos y entregó a su hija como rehén a los hombres del rey. ¿Eso no os lo ha contado? —Esbozó una sonrisa triste—. No, ya veo que no.

—El Dragón Negro. —«Has puesto la espada al servicio de un traidor, Tocho. Has comido el pan de un traidor y has dormido bajo el techo de un rebelde»—. Mi señora —tartamudeó—, lo del Dragón Negro... fue hace quince años. Ha pasado el tiempo, ahora hay sequía. Aunque fuera un rebelde, ser Eustace necesita agua.

La Viuda Roja se levantó y se alisó los pliegues de la falda.

—Pues más le vale rezar para que llueva.

Entonces Dunk recordó lo último que Osgrey le había dicho cuando se separaron en el bosque.

—No lo hagáis por él, hacedlo por su hijo.

—¿Por su hijo?

—Por Addam. Sirvió aquí, a vuestro padre, como paje y escudero.

—Acercaos —ordenó lady Rohanne con rostro impenetrable.

No pudo sino obedecer. El estrado añadía más de un palmo a la altura de la joven, pero Dunk seguía siendo mucho más espigado.

—Arrodillaos.

Hizo lo que le ordenaba. La bofetada que le asestó iba cargada con toda su fuerza, y tenía más de la que aparentaba. La mejilla le ardió y notó en la boca el sabor a sangre del labio partido, pero lo cierto era que no le había hecho daño. Le entraron ganas de agarrarla por la trenza, tumbarla en su regazo y darle unas azotainas, como si fuera una niña malcriada. «Pero si lo hago empezará a gritar, entrarán veinte caballeros y me matarán.»

—¿Cómo osáis pedirme nada en nombre de Addam? —Estaba tan furiosa que le temblaban las aletas de la nariz—. ¡Salid de Fosofrío ahora mismo!

—No era mi intención...

—¡Salid de aquí o encontraré un saco de vuestro tamaño aunque tenga que coserlo con mis propias manos! Decidle a ser Eustace que me entregue mañana mismo a Bennis del Escudo Pardo, o iré a buscarlo a fuego y espada. ¿Entendido? ¡A fuego y espada!

El septón Seftón cogió a Dunk por el brazo y lo sacó de la estancia a toda prisa, con Egg pisándoles los talones.

—No habéis sido nada oportuno, señor —le susurró el obeso septón mientras bajaban por las escaleras—. Nada. Mira que mencionarle a Addam Osgrey...

—Ser Eustace me dijo que se tenían afecto.

—¿Afecto? —El septón soltó un bufido—. Estaban enamorados. La cosa no pasó de un beso o dos, pero... tras el Prado Hierbarroja ella lloró por Addam, no por el esposo al que casi no conocía. Culpa a ser Eustace de su muerte, y no le falta razón. El niño tenía doce años.

Dunk sabía bien lo que era cargar con una herida así. Siempre que alguien mencionaba la dehesa de Vado Ceniza recordaba a los tres hombres buenos que dieron la vida para que él no perdiera un pie, y el dolor siempre revivía.

—Decidle a mi señora que no quería disgustarla. Que suplico su perdón.

—Haré lo que pueda, pero vos decidle a ser Eustace que entregue a Bennis, y que sea pronto. Si no, será peor para él. Mucho peor.

Dunk esperó a que las murallas y torres de Fosofrío se perdieran de vista por el oeste antes de hablar con Egg.

—¿Qué decía ese papel? —le preguntó.

—Era una concesión del rey a lord Wyman Webber, señor. Decía que, por sus leales servicios durante la rebelión, lord Wyman y sus descendientes pasaban a disponer del Jaquel con plenos derechos, desde sus fuentes en las colinas Herradura hasta las orillas del lago Hojarasca. También añadía que lord Wyman y sus descendientes tendrían derecho a cazar a placer ciervos, jabalíes y conejos en el

bosque de Wat, y a talar veinte árboles por año. —El chico carraspeó—. Pero es una concesión temporal. El papel decía que, si ser Eustace muere sin dejar un heredero varón de su propia sangre, Tenaz volverá a ser propiedad de la corona y los privilegios de lord Webber concluirán.

«Fueron los mariscales de la Marca del Norte durante mil años.»

—Al anciano no le dejaron más que la torre.

—Y la cabeza —apuntó Egg—. Su alteza le permitió conservar la cabeza aunque fuera un rebelde.

Dunk miró al chico.

—¿Tú se la habrías cortado?

Egg tuvo que pensárselo un momento.

—A veces, cuando estaba en la corte, tenía que servir al rey durante el Consejo Privado, y a menudo discutían sobre eso. El tío Baelor decía que, si el enemigo era hombre de honor, lo mejor era mostrar clemencia. Si el derrotado cree que recibirá el perdón, tal vez se arrodille y deponga la espada. Si no, luchará hasta la muerte y matará a más leales e inocentes. En cambio, lord Cuervo de Sangre sostenía que, si se perdona a un rebelde, se está plantando la semilla de la siguiente rebelión. —Las dudas le afloraban a la voz—. ¿Por qué se alzaría ser Eustace contra el rey Daeron? Fue un rey bondadoso, lo dice todo el mundo. Unió Dorne al reino y convirtió a los dornienses en nuestros amigos.

—Eso tendrás que preguntárselo a ser Eustace, Egg.

Dunk creía saber la respuesta, pero al chico no iba a gustarle. «Quería un castillo con un león en la puerta, y lo único que consiguió fueron tumbas en las zarzamoras.» Al poner la espada al servicio de un señor, un caballero prometía servirlo y obedecerlo, luchar por él si era necesario; pero no inmiscuirse en sus asuntos ni cuestionar sus lealtades. No obstante, ser Eustace lo había engañado. «Me contó que sus hijos murieron luchando por el rey y me hizo creer que el arroyo le pertenecía.»

La noche los sorprendió en el bosque de Wat.

Fue culpa de Dunk. Debería haber regresado por el mismo camino, pero prefirió desviarse por el norte para echar otro vistazo a la presa. Casi había decidido destrozarla con sus propias manos, pero los Siete y ser Lucas el Largo se aliaron contra él: se encontró con que estaba vigilada por un par de ballesteros que lucían el blasón de la araña en el colete. Uno estaba sentado, descalzo, con los pies en el agua robada, motivo por el que Dunk lo habría estrangulado de buena gana, pero el hombre los oyó llegar y cogió el arma a toda prisa. Su compañero había sido más rápido y ya tenía la ballesta cargada y preparada, así que Dunk tuvo que limitarse a mirarlos con el ceño fruncido y gesto amenazador.

No les quedó más remedio que marcharse por donde habían llegado. Dunk no conocía las tierras tan bien como ser Bennis, y habría sido humillante perderse en un bosque tan pequeño como el de Wat. Cuando cruzaron el arroyo, el sol estaba a punto

de ponerse, y las estrellas hacían su aparición junto con nubes de mosquitos. Ya habían llegado a los altos árboles negros cuando Egg volvió a dirigirle la palabra.

—Señor, ese septón gordo dice que mi padre está enfurruñado en Refugio Estival...

—Las palabras son aire.

—Mi padre no se enfurruña.

—Puede que sí —apuntó Dunk—. Tú te enfurruñas.

—¡Yo no me enfurruño! —Frunció el ceño—. ¿O sí?

—A veces. Pero no muchas. O te daría más collejas de las que te doy.

—En la entrada de Fosofrío me habéis dado una buena colleja.

—Eso ha sido media colleja como mucho. Ya verás la diferencia si alguna vez te doy una entera.

—Para colleja la que os ha dado la Viuda Roja.

Dunk se llevó los dedos al labio hinchado.

—Te lo has pasado bien, ¿eh? —«A tu padre, el príncipe Maekar, nadie le dio nunca una buena colleja. A lo mejor por eso es como es»—. Cuando el rey nombró mano a lord Cuervo de Sangre, tu padre se negó a formar parte del Consejo y se marchó de Desembarco del Rey —recordó a Egg—. Lleva un año y medio en Refugio Estival. ¿Eso no es estar enfurruñado?

—Eso es estar airado —replicó Egg, altivo—. Su alteza debería haber nombrado mano a mi padre. Es su hermano y, además, el mejor comandante de batalla que ha tenido el reino desde que murió el tío Baelor. Lord Cuervo de Sangre ni siquiera es un auténtico señor, el título es mera cortesía. Es un hechicero, y encima plebeyo.

—Bastardo, pero no plebeyo.

Puede que Cuervo de Sangre no fuera un señor de verdad, pero era noble por parte de ambos progenitores. Su madre fue una de las muchas amantes del rey Aegon el Indigno. Los bastardos de Aegon habían sido una plaga para los Siete Reinos desde que muriera el anciano rey, pues en su lecho de muerte los había legitimado a todos; no solo a los Grandes Bastardos, como Cuervo de Sangre, Aceroamargo o Daemon Fuegosuro, hijos de damas, sino también a los que había engendrado con prostitutas, mozas de taberna, hijas de comerciantes, doncellas de titiriteros y cualquier campesina bonita que le llamara la atención. El lema de la casa Targaryen era Sangre y Fuego, pero en cierta ocasión Dunk oyó a ser Arlan comentar que el de Aegon debería haber sido Lavadla y Llevádmela a la Cama.

—El rey Aegon legitimó a Cuervo de Sangre —recordó a Egg— igual que a todos los demás.

—El septón supremo le dijo a mi padre que una cosa son las leyes del rey y otra muy distinta las leyes de los dioses —insistió el chico—. Le explicó que los hijos legítimos se engendran en el lecho matrimonial y cuentan con la bendición del Padre y de la Madre, y que los bastardos nacen de la lujuria y la debilidad. El rey Aegon decretó que sus bastardos no eran bastardos, pero ni él podía cambiar su naturaleza.

Según el septón supremo, todos los bastardos llevan la traición en la sangre... Daemon Fuegosuro, Aceroamargo y hasta Cuervo de Sangre. También dijo que lord Ríos era más astuto que los demás, pero que al final acabaría por cometer traición. El septón supremo aconsejó a mi padre que no confiara en él ni en ningún bastardo, ya fuera grande o pequeño.

«Con la traición en la sangre —pensó Dunk—. Nacido de la lujuria y la debilidad. Indigno de confianza, ya sea grande o pequeño.»

—Egg, ¿no te has parado a pensar que yo podría ser bastardo?

—¿Vos, señor? —preguntó el chico, escandalizado—. Vos no lo sois.

—Pues es posible que sí. No conocí a mi madre ni sé qué fue de ella. Quizá nació demasiado grande y la maté, pero probablemente fuera una prostituta o una moza de taberna. En el Lecho de Pulgas no hay damas de alta cuna. Y si estaba casada con mi padre..., ¿qué fue de él? —A Dunk no le gustaba recordar la vida que llevaba antes de entrar al servicio de ser Arlan—. En Desembarco del Rey había un puesto de comida; yo les vendía ratas, gatos o palomas para el guiso, y el cocinero siempre me decía que mi padre era un ladrón o un cortabolsas. «Lo más probable es que acabara en la horca, pero a lo mejor lo mandaron al Muro», me decía. Muchas veces le pregunté a ser Arlan que por qué no íbamos hacia arriba algún día, a servir en Invernalía o en algún castillo del Norte. Pensaba que, si llegaba al Muro, a lo mejor me encontraría con un viejo muy alto que se parecía a mí. Pero nunca fuimos. Ser Arlan decía que el Norte era mal lugar para errar y que los bosques estaban llenos de lobos. —Sacudió la cabeza—. En fin, que lo más probable es que seas el escudero de un bastardo.

Por una vez, Egg se quedó sin palabras. El bosque estaba cada vez más oscuro. Las luciérnagas revoloteaban entre los árboles como si fueran estrellas fugaces. También había estrellas en el cielo, tantas que nadie podría contarlas aunque viviera los mismos años que el rey Jaehaerys. A Dunk le bastaba mirar hacia arriba para encontrarse con viejos amigos: el Corcel y la Cerda, la Corona del Rey, el Farol de la Vieja, la Galera, el Fantasma, la Doncella Luna... Pero las nubes ocultaban el ojo azul del Dragón de Hielo, que señalaba el norte.

La luna brillaba ya en el cielo cuando llegaron a Tenaz, que se alzaba alta y lóbrega en la cima de la colina. Dunk vio una luz amarilla en las ventanas superiores; ser Eustace solía irse a la cama nada más cenar, pero por lo visto aquella noche hacía una excepción. «Está esperándonos.»

Bennis del Escudo Pardo también los esperaba sentado en las escaleras de la torre, mascando hojamarga y afilando la espada larga a la luz de la luna. El roce pausado de la piedra contra el acero se oía desde lejos: ser Bennis no prestaba atención a su ropa ni a su persona, pero cuidaba bien de sus armas.

—Ya vuelve el Tocho —observó—. Estaba afilando el acero por si había que ir a rescataros de la Viuda Roja.

—¿Dónde están los hombres?



—Trabu y Wat Aguado montan guardia en el tejado, por si a la Viuda le da por atacar. El resto se ha arrastrado a la cama lloriqueando. Están hechos polvo, menudo trote les he dado. Le he hecho un poco de sangre al gigantón lelo, a ver si se enfadaba. Y sí, pelea mejor cuando está enfadado. —Le dedicó una sonrisa marrón y roja—. Menudo golpe en el labio, ¿eh? La próxima vez no vayas dando la vuelta a las piedras. ¿Qué ha dicho la mujer?

—Que no va a devolver el agua y que os quiere a vos por atacar al cavador de la presa.

—Ya me lo imaginaba. —Bennis escupió—. Cuánto lío por un campesino. Todavía tendría que darme las gracias: a las mujeres les gustan los hombres con cicatrices.

—Entonces no os importará que la Viuda os corte la nariz.

—Y una mierda. Cuando quiera cortarme la nariz, ya me la cortaré yo. —Apuntó hacia arriba con el pulgar—. Ser Estulto está en sus habitaciones, recordando lo importante que fue.

—Luchó en el bando del Dragón Negro —soltó Egg.

Dunk le habría dado una colleja de buena gana, pero el caballero pardo rompió a reír.

—Pues claro, solo hace falta mirarlo. ¿A ti te parece que es de los que van con el ganador?

—Igual que vos, o no estaríais aquí con nosotros. —Dunk se volvió hacia Egg—. Ocupate de Trueno y de Maestre y luego ven arriba con nosotros.

Dunk subió por la trampilla y se encontró al anciano caballero sentado junto a la chimenea con el atuendo de dormir, aunque el fuego no estaba encendido. Sostenía la copa de su padre, un cáliz de plata muy pesado que debió de forjarse para algún lord Osgrey antes de la Conquista. En el cuenco se veía un león jaquelado elaborado con láminas de jade y oro, aunque faltaban algunas de jade. Al oír las pisadas de Dunk, el caballero levantó la cabeza y parpadeó como si acabara de despertarse.

—Ah, habéis vuelto, ser Duncan. Espero que al veros Lucas Inchfield se lo haya pensado dos veces.

—No me lo ha parecido, mi señor. Más bien se ha enfadado.

Dunk le relató los acontecimientos lo mejor que supo, pero omitió la confusión con lady Helicent para no quedar como un idiota. También habría omitido la parte del sopapo, pero tenía el labio tan hinchado que era imposible que ser Eustace no lo advirtiera. Y, en efecto, se dio cuenta.

—¿Y ese labio...? —inquirió con el ceño fruncido.

—La señora me ha dado una bofetada. —Se lo tocó con cautela.

—¿Que os ha golpeado? —Abrió y cerró la boca como si le faltaran las palabras—. ¿Se ha atrevido a atacar a mi enviado, que ha comparecido ante ella bajo el estandarte del león jaquelado? ¿Ha osado poner os las manos encima?

—Solo una, señor, y la verdad es que la herida ha dejado de sangrar antes de que saliéramos del castillo. —Apretó el puño—. Quiere a ser Bennis, no vuestra plata, y no piensa derribar la presa. Me ha mostrado un pergamino con el sello del rey que dice que el arroyo es suyo. Y... —Titubeó—. Me ha dicho que fuisteis... Que...

—¿Que luché en el bando del Dragón Negro? —Ser Eustace pareció apagarse un poco más—. Temía que os lo contara. Si queréis dejar mi servicio, no os lo impediré. —El anciano miró el fondo de la copa, pero Dunk no habría sabido decir qué buscaba.

—Me dijisteis que vuestros hijos murieron al servicio del rey.

—Y es verdad. Al servicio del legítimo monarca, Daemon Fuegoscurto, el Rey que Blandió la Espada. —Al anciano le tembló el bigote—. Los hombres del Dragón Rojo se hacen llamar leales, pero en aquel momento los que elegimos al Negro fuimos igual de leales. Ahora, sin embargo..., todos los que marcharon conmigo para poner al príncipe Daemon en el Trono de Hierro se han evaporado como el rocío de la mañana. Puede que lo soñara, pero es más probable que lord Cuervo de Sangre y sus Picos de Cuervo les hayan metido miedo. Es imposible que hayan muerto todos.

Dunk sabía que era cierto. Nunca había conocido a nadie que hubiera luchado en el bando del Pretendiente. «Pero tengo que haber conocido a alguno, porque había miles. Medio reino estaba con el Dragón Rojo y el otro medio con el Negro.»

—Ser Arlan siempre me decía que los dos bandos lucharon con valor —dijo, pensando que era lo que al anciano le gustaría oír.

Ser Eustace meció la copa de vino.

—Si Daemon no se hubiera preocupado por Gwayne Corbray... Si Bola de Fuego no hubiera muerto la víspera de la batalla... Si Hightower, Tarbeck, Oakheart y Butterwell nos hubieran apoyado plenamente en vez de tener un pie en cada bando... Si Manfred Lothston no nos hubiera traicionado... Si las tormentas no hubieran demorado la llegada de lord Bracken y su flota de ballesteros de Myr... Si no hubieran atrapado a Manilargo con los huevos de dragón robados... Hay tantos «si»... De haber sucedido algo de otro modo, el resultado podría haber sido distinto. Nosotros seríamos los leales, mientras que la gente recordaría a los dragones rojos como los que lucharon para que Daeron Falsacuna permaneciera en el trono robado, y perdieron.

—Sí, mi señor, pero las cosas salieron como salieron. Ocurrió hace muchos años, y recibisteis el perdón.

—Ah, sí, claro, recibimos el perdón. Daeron perdonó a los traidores y a los rebeldes siempre que nos arrodilláramos y le entregáramos un rehén como garantía de nuestra lealtad. —Tenía la voz cargada de amargura—. La vida de mi hija a cambio de mi cabeza. Alysanne tenía siete años cuando se la llevaron a Desembarco del Rey y veinte cuando murió, siendo hermana silenciosa. Fui a verla en una ocasión y no me habló ni siquiera a mí, su propio padre. La misericordia de un rey es un regalo envenenado: Daeron Targaryen me permitió conservar la vida, pero me arrebató el

orgullo, los sueños y el honor. —La mano le temblaba tanto que se derramó vino en el regazo, pero no se dio cuenta—. Tendría que haber partido al exilio con Aceroamargo o haber muerto con mis hijos y mi amado rey. Habría sido una muerte digna de un león jaquelado, descendiente de tantos señores orgullosos y guerreros fuertes. La misericordia de Daeron me volvió insignificante.

«En su corazón, el Dragón Negro no murió.»

—Mi señor...

Era la voz de Egg. El niño había entrado mientras ser Eustace hablaba de su muerte. El caballero lo miró como si lo viera por primera vez.

—Dime, hijo.

—Con vuestro permiso..., la Viuda Roja dice que os rebelasteis para quitarle el castillo. No es verdad, ¿a que no?

—¿El castillo? —Parecía confuso—. Fosofrío... Daemon me prometió Fosofrío, sí, pero... no fue por eso...

—Entonces, ¿por qué? —insistió Egg.

—¿Por qué? —Ser Eustace frunció el ceño.

—Si no fue solo por el castillo, ¿por qué os convertisteis en traidor?

Ser Eustace miró a Egg largo rato antes de responder.

—No eres más que un chiquillo, no lo entenderías.

—A lo mejor sí.

—*Traición* es una palabra, nada más. Cuando dos príncipes se enfrentan por un trono que solo uno puede ocupar, tanto los grandes señores como el pueblo llano tienen que elegir. Y, cuando la batalla termine, a los vencedores los llamarán leales y honrados, y los perdedores serán para siempre rebeldes y traidores. Ese fue mi destino.

Egg se quedó pensativo.

—Sí, mi señor, pero el rey Daeron era un buen hombre. ¿Por qué elegisteis a Daemon?

—Daeron... —farfulló ser Eustace, y Dunk se dio cuenta de que estaba medio borracho—. Daeron era larguirucho, iba encorvado, y al caminar se le bamboleaba la barriga. Daemon se erguía alto y orgulloso, y tenía el vientre plano y duro como un escudo de roble. Y sabía luchar. Luchaba como nadie con el hacha, la lanza o el mangual, pero con la espada... con la espada era el Guerrero personificado. Cuando el príncipe Daemon esgrimía a *Fuegoscuro* no tenía rival. Ni siquiera Ulrick Dayne con *Albor*, ni siquiera el Caballero Dragón con *Hermana Oscura*.

»Los amigos de un hombre dicen mucho de él, Egg. Daeron se rodeaba de maestros, septones y bardos. Siempre había mujeres susurrándole al oído y tenía la corte llena de dornienses. No es de extrañar, si había metido en su cama a una dorniense y había vendido a su encantadora hermana al príncipe de Dorne, aunque ella amara a Daemon. Daeron se llamaba igual que el Joven Dragón, pero cuando su

esposa dorniense le dio un hijo lo bautizó Baelor, igual que el rey más débil que jamás se ha sentado en el Trono de Hierro.

»En cambio, Daemon... Daemon tenía la piedad justa que conviene a un rey y contaba con el favor de los grandes caballeros del reino. Lord Cuervo de Sangre querría que sus nombres cayeran en el olvido, así que nos ha prohibido cantar sus hazañas, pero yo los recuerdo. Robb Reyne, Gareth el Gris, ser Aubrey Ambrose, lord Gormon Peake, Byren Flores el Negro, Colmillo Rojo, Bola de Fuego... ¡Aceroamargo! ¿Has oído alguna vez hablar de más noble compañía, de semejante grupo de héroes?

»¿Por qué, hijo? ¿Me preguntas por qué? Porque Daemon era el mejor. El viejo rey también supo verlo, y por eso le dio la espada *Fuegoscurio*, la que esgrimió Aegon el Conquistador, la que ha blandido todo rey Targaryen desde la Conquista. La puso en la mano de Daemon cuando lo armó caballero a los doce años.

—Mi padre dice que fue porque Daemon sabía manejar la espada, y Daeron, no —replicó Egg—. ¿Para qué darle un caballo a quien no sabe montar? Dice que la espada no era el reino.

La mano del anciano dio tales sacudidas que se le derramó más vino de la copa de plata.

—Tu padre es un idiota.

—¡No es verdad!

El rostro de Osgrey estaba contraído de ira.

—Has hecho una pregunta y te he respondido, pero no voy a tolerar semejante insolencia. Deberíais castigar a este crío más a menudo, ser Duncan. Sus modales dejan mucho que desear. También puedo darle una buena tunda yo mismo...

—No —lo interrumpió Dunk—. No, señor. —Había tomado una decisión—. Ya es de noche. Nos marcharemos en cuanto amanezca.

Ser Eustace lo miró, desconsolado.

—¿Os marcharéis?

—De Tenaz. No os serviremos más. —«Nos habéis mentido. Llamadlo como queráis, pero no ha sido honorable.»

Se desabrochó la capa, la enrolló y la dejó en el regazo del anciano. Osgrey entrecerró los ojos y lo observó.

—¿Esa mujer va a tomaros a su servicio? ¿Me dejáis por la cama de esa ramera?

—No sé si es una ramera, una bruja, una envenenadora o qué —replicó Dunk—. Y tampoco me importa. Nos vamos a los caminos, no a Fosofrío.

—Os vais a las cunetas. Me dejáis para merodear como lobos por los bosques, para asaltar a hombres honrados en los caminos. —Le temblaba la mano. La copa le resbaló de los dedos y rodó por el suelo dejando un rastro de vino—. Fuera, fuera de aquí. No quiero saber nada de vos. Nunca debí tomaros a mi servicio. ¡Fuera!

—Como digáis, señor. —Dunk hizo una seña y Egg lo siguió.

Dunk prefirió pasar la última noche lo más lejos posible de Eustace Osgrey, así que Egg y él durmieron en la bodega con los pocos defensores de Tenaz. Pero no descansó. Tanto Lem como Pate, el de los ojos rojos, roncaban: uno, con estruendo; el otro, todo el tiempo. La humedad ascendía por la trampilla que conducía a las criptas situadas en el piso de abajo. Dunk daba vueltas y más vueltas en el áspero lecho en un duermevela inquieto y se despertaba sobresaltado en la oscuridad. Las picaduras de los insectos del bosque le escocían a rabiar y en la paja del jergón había pulgas.

«Me alegraré de perder de vista este lugar, de perder de vista al viejo, a ser Bennis y a todos.» Ya era hora de que llevara a Egg a Refugio Estival, a ver a su padre. Por la mañana, cuando estuvieran a buena distancia, le preguntaría al chico si quería ir allí.

Pero la mañana aún quedaba lejos, y Dunk tenía la cabeza llena de dragones rojos y negros, de leones jaquelados, de escudos viejos, de botas maltrechas, de arroyos y fosos y presas, y de papeles que llevaban el sello del rey y que era incapaz de leer.

Y de ella, la Viuda Roja, Rohanne de Fosofrío. Veía su rostro pecoso, los brazos esbeltos y la larga trenza de pelo rojizo. Aquello lo hizo sentir culpable.

«Debería estar soñando con Tanselle. Tanselle la Titana, así la llamaban, pero no era demasiado alta para mí. —Ella le había pintado el blasón en el escudo y él la había salvado del Príncipe Luminoso, pero se esfumó antes del juicio a siete—. No quiso verme morir —solía decirse Dunk, pero... ¿qué sabía él? Tenía el seso de corcho, y el hecho de pensar en la Viuda Roja era la mejor prueba de ello—. Tanselle me sonrió, pero no llegamos a abrazarnos; no nos besamos, ni siquiera en la mejilla. —Al menos Rohanne lo había tocado, como demostraba el labio hinchado—. No seas tonto; no está hecha para ti. Es demasiado menuda, demasiado lista y aún más peligrosa.»

Cuando consiguió dormitar un rato seguido, llegaron los sueños. Corría por un claro en el corazón del bosque de Wat; corría hacia Rohanne mientras ella le lanzaba flechas. Cada disparo volaba certero y le acertaba el pecho, pero era un dolor muy grato. Tendría que dar la vuelta y huir, pero seguía corriendo hacia ella, aunque muy despacio, como se corre en los sueños, como si el aire se hubiera transformado en miel. Le acertó otra flecha, luego otra más; nunca se le acababan. Tenía los ojos grises y verdes y traviosos. «El vestido destaca el color de vuestros ojos», habría querido decirle, pero no llevaba vestido; no llevaba ropa alguna. Tenía los pechos pequeños también salpicados de pecas, y los pezones, rojos y duros como arándanos. Con tantas flechas, Dunk parecía un puercoespín gigante cuando se derrumbó a sus pies, pero consiguió reunir fuerzas para agarrarla por la trenza. De un tirón, la hizo caer sobre él y la besó.

Un grito repentino lo despertó.

En la penumbra de la bodega reinaba la confusión. Lamentos y maldiciones resonaban por doquier, y los hombres tropezaban unos con otros mientras buscaban a tientas lanzas y calzones. Nadie sabía qué sucedía. Egg dio con la vela de sebo y la encendió para iluminar la estancia. Dunk fue el primero en llegar a las escaleras y casi se dio de bruces con Sam Gibas, que bajaba jadeando como un fuelle y balbuciendo incoherencias. Dunk tuvo que sujetarlo por los hombros para que no se cayera.

—¿Qué pasa, Sam?

—El cielo —gimoteó el anciano—. ¡El cielo!

No hubo manera de sacarle nada más, así que todos subieron al tejado para ver qué pasaba. Ser Eustace ya estaba allí, en bata, arrimado al pretil y con la vista perdida.

El sol salía por el oeste, y Dunk tardó en darse cuenta de qué significaba.

—El bosque de Wat se está quemando —pronunció con voz queda.

Bennis, al pie de la torre, soltó una retahíla de palabrotas que habría sonrojado hasta a Aegon el Indigno. Sam Gibas empezó a rezar.

Estaban demasiado lejos para distinguir las llamas, pero el resplandor escarlata del oeste había engullido la mitad del horizonte y, por encima, las estrellas empezaban a extinguirse. La cortina de humo ocultaba ya media Corona del Rey.

«A fuego y espada, tal como prometió.»

El fuego siguió vivo hasta la mañana, y en Tenaz nadie volvió a la cama. No tardó en llegarles el olor del humo y pronto vieron las llamas bailar a lo lejos como jovencitas con faldas color carmesí. Todos temieron que el fuego los devorara. Dunk no se apartó del pretil, con las llamas reflejadas en los ojos, escrutando la noche en busca de jinetes.

—Bennis —le dijo al caballero pardo cuando este se acercó a él mascando hojamarga—, a quien quiere es a vos. Tal vez sería mejor que os marcharais.

—¿Cómo? ¿Que huya? —rebuznó—. ¿Con mi caballo? Tanto me daría huir a lomos de una de esas puñeteras gallinas.

—Pues entregaos, y solo os cortará la nariz.

—Le tengo cariño a mi nariz y me gusta como está, Tocho. Que venga a por mí y veremos quién corta a quién.

Se sentó con las piernas cruzadas y la espada apoyada en un merlón, sacó la piedra de amolar de la bolsa y empezó a reseguir la espada. Ser Eustace estaba de pie a su lado y se pusieron a hablar en susurros sobre la guerra inminente.

—El Largo nos esperará en la presa —oyó Dunk que decía el anciano caballero—, así que en vez de presentarnos allí iremos a quemar sus cosechas. Fuego por fuego.

Ser Bennis se mostró de acuerdo, pero añadió que también deberían incendiarle el molino.

—Está a seis leguas al otro lado del castillo, así que el Largo no nos buscará allí. Hay que quemar el molino y matar al molinero. Eso le hará mucho daño.

Egg también estaba escuchando; carraspeó y miró a Dunk con los ojos muy abiertos.

—¡Tenéis que impedirlo, señor!

—¿Cómo? —«La Viuda Roja lo impedirá. Ella y ese Lucas el Largo»—. Son unos bocazas, Egg. O hablan o se mean en los calzones, y nosotros ya no pintamos nada en esto.

El alba llegó con un cielo gris nebuloso y un aire que escocía en los ojos. Dunk quería partir temprano, aunque no sabía si llegarían muy lejos tras la noche en vela. Egg y él desayunaron huevos duros mientras Bennis hacía salir a los hombres a gritos para el entrenamiento.

«Sirven a Osgrey. Nosotros, no», se dijo. Se echó cuatro huevos al cuerpo. En su opinión, era lo mínimo que ser Eustace le debía. Egg se comió dos, y los bajaron con cerveza.

—Podríamos ir a Isla Bella —comentó el muchacho mientras recogían sus cosas—. Si los hombres del hierro saquean las costas, puede que lord Farman quiera más espadas.

No era mala idea.

—¿Has estado alguna vez en Isla Bella?

—No, pero dicen que es bella. Igual que el asentamiento de lord Farman, Torrelabella.

—Pues venga, a Torrelabella —declaró Dunk entre risas. Se sentía como si le hubieran quitado un gran peso de encima—. Yo me ocupo de los caballos. —Terminó de liar un fardo con la armadura y lo ató con una tira de cáñamo—. Ve al tejado y recoge las esteras, escudero. —Lo que menos necesitaba aquella mañana era otro enfrentamiento con el león jaquelado—. Si te encuentras con ser Eustace, ni caso.

—De acuerdo, señor.

Fuera de la torre, Bennis había alineado a los reclutas con lanzas y escudos y trataba de enseñarlos a avanzar al unísono. El caballero pardo no prestó la menor atención a Dunk cuando cruzó el patio.

«Va a llevarlos a todos a la muerte. La Viuda Roja llegará en cualquier momento.»

Egg salió a toda prisa de la torre con las esteras bajo el brazo y bajó con estrépito los peldaños de madera. Ser Eustace estaba en el balcón, muy rígido, con las manos apoyadas en la baranda. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Dunk, el bigote le tembló y apartó la cara de inmediato. El aire estaba impregnado de humo.

Bennis llevaba el escudo a la espalda: era largo, rematado en punta, de madera sin pintar, oscurecido por incontables capas de barniz viejo y guarnecido con ribete de

hierro. No lucía blasón alguno, solo una cazoleta que le recordó a Dunk un enorme ojo cerrado. «Tan ciego como su dueño.»

—¿Cómo pensáis enfrentaros a la Viuda?

Ser Bennis miró a sus soldados con la boca teñida de hojamarga.

—No hay manera de defender la colina con tan pocas lanzas, así que tendremos que meternos en la torre. Nos haremos fuertes dentro. —Señaló la puerta con la cabeza—. Solo hay una entrada. Izaremos la escala de madera y no podrán llegar a nosotros.

—Hasta que se fabriquen una escalera. Puede que también traigan cuerdas y garfios para trepar al tejado y atacaros desde allí. O que disparen tranquilamente con las ballestas y os llenen de viroles mientras intentáis defender la puerta.

Coles, Habas y Cebadas escuchaban con atención. El viento, que ya había cesado, se había llevado todo rastro de bravuconería, y se quedaron allí plantados, agarrando los palos afilados y mirando ora a Dunk, ora a Bennis, ora unos a otros.

—Con estos no vas a ninguna parte —observó Dunk, señalando con la cabeza el desharrapado ejército Osgrey—. Si os quedáis a campo abierto, los caballeros de la Viuda Roja los harán pedazos, y dentro de la torre las lanzas no les servirán para nada.

—Siempre pueden tirar cosas desde el tejado —replicó Bennis—. A Trabu se le da bien lanzar piedras.

—Ah, pues supongo que le dará tiempo a tirar una piedra o dos antes de que un balletero de la Viuda lo atraviere con un virote.

—Si vamos a marcharnos, mejor que sea ya, señor —intervino Egg—. Por si viene la Viuda.

El chico tenía razón. «Si nos demoramos, nos quedaremos atrapados aquí.» Pero Dunk seguía titubeando.

—Dejadlos marchar, Bennis.

—¿Cómo? ¿Y quedarnos sin estos valientes muchachos? —Bennis miró a los campesinos y soltó un rebuzno—. Que no se os pase por la cabeza —les advirtió—. Al que intente marcharse le saco las tripas.

—Intentadlo, y os las saco yo a vos. —Dunk desenvainó la espada—. Marchaos, venga —dijo a los campesinos—. Volved a vuestras aldeas, a ver si el fuego no os ha dejado sin casas y sin cosechas.

Nadie se movió. El caballero pardo lo miró, abriendo y cerrando la boca, pero Dunk no le prestó atención.

—Fuera —ordenó a los campesinos. Era como si un dios le hubiera puesto la palabra en los labios. «Pero no el Guerrero. ¿Cuál es el dios de los idiotas?»—. ¡Fuera! —repitió, esa vez con un rugido—. Llevaos las lanzas y los escudos, pero marchaos ya o no llegaréis a mañana. ¿Queréis volver a besar a vuestras esposas? ¿Queréis volver a abrazar a vuestros hijos? ¡Pues marchaos! ¿Estáis sordos o qué?



No estaban sordos. La desbandada fue caótica: Rob el Grandullón echó a correr y tropezó con una gallina, y Pate estuvo a punto de destripar a Will Haba cuando pisó su propia lanza. Pero huyeron, los Coles por un lado, los Habas por otro, los Cebadas por el suyo. Ser Eustace les gritaba desde el tejado, pero nadie le hizo caso.

«Al menos para él sí que están sordos», pensó Dunk.

Cuando el anciano caballero salió de la torre y bajó a trompicones las escaleras, en el patio solo quedaban Dunk, Egg, Bennis y las gallinas.

—¡Volved aquí! —rugió ser Eustace al ejército en desbandada—. ¡No os he dado permiso para partir! ¡No os he dado permiso!

—Es inútil, mi señor —apuntó Bennis—. No volverán.

Ser Eustace se encaró con Dunk; el bigote le temblaba de rabia.

—¡No teníais derecho a decirles que se fueran! ¡No teníais ningún derecho! Les he dicho que no se fueran, se lo he prohibido. ¡Os he prohibido que los echarais!

—No os hemos oído, mi señor. —Egg se quitó el sombrero para apartar el humo—. Las gallinas cacareaban tan fuerte...

El anciano se dejó caer en el primer escalón.

—¿Qué os ofreció esa mujer a cambio de entregarme? —preguntó a Dunk con voz apagada—. ¿Cuánto oro os dio para que me traicionara, para que echarais a mis muchachos y me dejarais aquí, solo?

—No estáis solo, mi señor. —Dunk envainó la espada—. He dormido bajo vuestro techo; esta mañana he desayunado huevos de vuestras gallinas. Aún estoy a vuestro servicio. No escaparé con el rabo entre las piernas; mi espada sigue aquí. —Acarició el puño.

—Una espada. —El anciano caballero se puso en pie muy despacio—. ¿Qué puede conseguir una sola espada contra esa mujer?

—Para empezar, intentar que no entre en vuestras tierras. —Dunk habría dado cualquier cosa por sentir la seguridad que aparentaba.

Al anciano le temblaba el bigote con cada respiración.

—Sí —respondió al final—. Más vale caer con valentía que esconderse tras unos muros de piedra. Más vale morir como león que como conejo. Fuimos mariscales de la Marca del Norte durante mil años. Tengo que ponerme la armadura. —Volvió a subir las escaleras.

Egg miró a Dunk.

—No sabía que teníais rabo, señor.

—¿Quieres una colleja?

—No, señor. ¿Queréis la armadura?

—Sí —replicó Dunk—. Y una cosa más.

Discutieron si ser Bennis debía ir con ellos, pero al final ser Eustace le ordenó quedarse a defender la torre. Su espada apenas cambiaría nada, dado el número de las

que tendrían enfrente, y su presencia, en cambio, enfurecería aún más a la Viuda.

No tuvieron que insistirle mucho para convencerlo. Dunk lo ayudó a soltar las clavijas de hierro que fijaban el tramo superior de la escalera. Bennis subió, desató la vieja cuerda gris de cáñamo y tiró de ella con todas sus fuerzas. La escalera de madera se elevó entre crujidos y chirridos hasta que quedaron tres varas entre el último peldaño del tramo anterior y la única entrada a la torre. Tanto Sam Gibas como su esposa estaban dentro, así que las gallinas tendrían que apañárselas solas. A lomos de su capón gris, ser Eustace miró a Bennis desde abajo.

—Si no volvemos antes del anochecer...

—... iré a Altojardín y le diré a lord Tyrell que esa mujer ha quemado vuestro bosque y os ha asesinado, mi señor.

Dunk siguió a Egg y Maestre colina abajo. El anciano cabalgaba detrás al compás del suave tintineo de su armadura. Una brisa se había levantado por fin, y Dunk oía ondear su capa.

Donde había estado el bosque de Wat solo quedaba un erial humeante. El fuego se había extinguido casi por completo, aunque aún ardía aquí y allá en forma de islas de llamas en un mar de brasas y cenizas. Los troncos quemados se erguían hacia el cielo por doquier como lanzas ennegrecidas; otros yacían al través en el camino del oeste con las ramas rotas y carbonizadas, y aún albergaban alguna brasa mortecina en sus corazones huecos. En el suelo todavía había zonas incandescentes y en algunos puntos el humo flotaba como una ardiente neblina gris. Ser Eustace sufrió tal ataque de tos que Dunk temió que el anciano tuviera que dar media vuelta, pero al final se le pasó.

Pasaron junto al cadáver de un ciervo y, más adelante, junto a algo que quizá había sido un tejón. No quedaba nada con vida; solo las moscas. Por lo visto, eran capaces de sobrevivir a cualquier cosa.

—Así debió de ser el Campo de Fuego —comentó ser Eustace—. Allí empezó nuestra tragedia, hace doscientos años. El último rey verde perdió la vida en ese campo, rodeado de la flor y nata del Dominio. Mi padre me contó que el fuegodragón era tan intenso que las espadas se les fundían en la mano. Luego recogieron las hojas y las utilizaron para fabricar el Trono de Hierro. Los reyes de Altojardín pasaron a ser mayordomos, y los Osgrey fueron perdiendo poder hasta que los mariscales de la Marca del Norte se convirtieron en poco más que caballeros hacendados al servicio de los Rowan.

Dunk no supo qué decir, así que cabalgaron en silencio un rato. Después, ser Eustace carraspeó y volvió a hablar.

—Ser Duncan, ¿recordáis la historia que os conté?

—¿Cuál, señor?

—La del Pequeño León.

—Desde luego. El menor de cinco hijos.

—Bien. —Tosió de nuevo—. Cuando mató a Lancel Lannister, los occidentales huyeron; sin rey no había guerra. ¿Entendéis qué quiero decir?

—Sí. —Dunk asintió de mala gana.

«¿Soy capaz de matar a una mujer? —Por una vez le habría gustado tener el seso de corcho—. No podemos llegar a ese extremo. No puedo dejar que lleguemos a ese extremo.»

En la confluencia del camino del oeste y el Jaquel quedaban unos pocos árboles verdes, con el tronco chamuscado y ennegrecido por un lado. Más allá se veía el reflejo oscuro del agua. «Azul y verde, pero el oro ha desaparecido.» El humo ocultaba el sol.

Ser Eustace se detuvo al llegar a la orilla.

—Pronuncié un juramento sagrado: no cruzaré el arroyo mientras las tierras del otro lado pertenezcan a esa mujer.

El anciano vestía cota y armadura bajo la sobrevesta amarillenta, y la espada le colgaba a un costado.

—¿Y si no viene, señor? —preguntó Egg.

«A fuego y espada», pensó Dunk.

—Vendrá.

Y así fue: al cabo de un rato apareció. Primero les llegó el sonido de los caballos; luego, el tintineo metálico de las armaduras, que fue aumentando. Los jirones de humo formaban una cortina que dificultaba la visión, y no vieron el ejército hasta que el portaestandarte surgió a través de ella. Llevaba el pendón coronado por una araña de hierro roja y blanca, y el estandarte de sable de los Webber colgaba inerte del asta. Se detuvo en la orilla al verlos al otro lado. Al cabo de un momento apareció ser Lucas Inchfield, encubertado de pies a cabeza.

A continuación llegó lady Rohanne, a lomos de una yegua hita engalanada con jaeces de seda plateada, como envuelta en una telaraña. La muchacha llevaba una capa del mismo tejido, que le pendía de los hombros y las muñecas y ondeaba ligera como el aire. También vestía armadura, la suya de escamas esmaltadas en verde con adornos de oro y plata. Le sentaba como un guante y le daba la apariencia de estar ceñida en hojas veraniegas. La larga trenza roja le colgaba a la espalda y se mecía con los movimientos del caballo. A su lado se encontraba el septón Seftón, con el rostro congestionado, que cabalgaba a lomos de un enorme capón gris. Al otro lado iba Cerrick, el joven maestre, montado en una mula.

Tras ella aparecieron media docena más de caballeros, acompañados por sus correspondientes escuderos. Una columna de ballesteros montados formaba la retaguardia, y se desplegó a ambos lados del camino al llegar al Jaquel y ver a Dunk al otro lado. En total había treinta y tres guerreros, sin contar al septón, al maestre ni a la Viuda. Un caballero llamó la atención de Dunk: un hombrecillo calvo y achaparrado ataviado con cota de malla y cuero, de rostro airado y bocio prominente.

La Viuda Roja hizo avanzar a la yegua hasta la orilla.

—Ser Eustace, ser Duncan, anoche vimos el incendio —pronunció a voces.

—¿Que lo visteis? —replicó ser Eustace también a gritos—. Claro que lo visteis; después de provocarlo.

—Es una acusación muy grave.

—Fundada en un acto muy grave.

—Yo estaba en la cama, durmiendo, rodeada por mis damas, y me despertaron unos gritos en la muralla, igual que a casi todo el mundo. Los viejos subieron a lo alto de las torres para verlo, y los niños de pecho divisaron las llamas rojas y lloraron aterrados. Eso es todo lo que sé sobre vuestro incendio, señor.

—¡Querréis decir vuestro incendio, señora! —insistió ser Eustace—. ¡Habéis arrasado mi bosque! ¡Mi bosque!

El septón Seftón carraspeó.

—También hay incendios en el bosque Real, ser Eustace —bramó—. Y en La Selva. Con la sequía, arden como la yesca.

—Mirad mis campos, Osgrey. —Lady Rohanne los señaló—. Mirad qué secos están. Tendría que ser idiota para provocar un incendio. Si el viento hubiera cambiado, las llamas habrían saltado el arroyo y habrían quemado mis cosechas.

—¡Habrían! ¡Tal vez! —rugió ser Eustace—. Pero lo que ha ardido es mi bosque, ¡vos lo habéis quemado! ¡Seguro que habéis lanzado un hechizo de bruja para dirigir el viento, igual que usasteis las artes oscuras para matar a vuestros esposos y a vuestros hermanos!

El rostro de lady Rohanne se tensó y dirigió a ser Eustace la misma mirada que le había lanzado a Dunk en Fosofrío antes de abofetearlo.

—Majaderías —replicó—. No voy a malgastar más palabras con vos, ser Eustace. Entregadnos a Bennis del Escudo Pardo o iremos a buscarlo.

—Eso, jamás —declaró ser Eustace con voz tonante—. ¡Jamás pondréis un pie aquí! —Le temblaba el bigote—. Ni un paso más. Esta orilla del arroyo me pertenece y no sois bienvenidos. No os ofrezco hospitalidad: ni pan, ni sal, ni siquiera sombra ni agua. Sois intrusos aquí. Os prohíbo poner los pies en tierras de los Osgrey.

Lady Rohanne se echó la trenza encima del hombro.

—Ser Lucas —indicó. No tuvo que decir más. El Largo hizo una seña y los ballesteros desmontaron, tensaron las ballestas valiéndose del garfio y el estribo y sacaron viroles de las aljabas. Cuando todos los arcos estuvieron engafados, la Viuda añadió—: Perdonad, señor, ¿qué decíais que me prohibíais?

Dunk ya había tenido suficiente.

—Si cruzáis el arroyo sin permiso, estaréis violando la paz del rey.

El septón Seftón hizo avanzar un paso a su caballo.

—El rey no se enterará, y tampoco creo que le importase —replicó—. Todos somos hijos de la Madre, señor. Por ella os lo pido: apartaos.

—No sé gran cosa sobre los dioses, septón, pero ¿no somos también hijos del Guerrero? —Dunk se restregó la nuca con el ceño fruncido—. Si tratáis de cruzar, os

lo impediré.

Ser Lucas el Largo se echó a reír.

—He aquí un caballero errante que suspira por convertirse en puercoespín, mi señora —dijo a la Viuda Roja—. Dad la orden y los ballesteros dispararán. A esta distancia tanto daría que llevara una armadura de saliva.

—No, todavía no. —Lady Rohanne le dedicó una larga mirada desde la otra orilla—. Sois dos hombres y un niño; nosotros, treinta y tres. ¿Cómo vais a impedir que crucemos?

—Os lo diré, pero solo a vos —replicó Dunk.

—Como queráis. —Espoleó a la yegua y se metió en el arroyo hasta que el agua le llegó al vientre al animal, y allí se detuvo, a la espera—. Aquí estoy. Acercaos, señor; prometo no meteros en un saco.

Antes de que Dunk pudiera responder, ser Eustace lo agarró por el brazo.

—Id —lo apremió—, pero acordaos del Pequeño León.

—Como digáis, mi señor. —Dunk encaminó a Trueno hasta el agua y tiró de las riendas al llegar junto a la Viuda—. Aquí estoy también, mi señora.

—Ser Duncan, ¿yo os hice esto? —Lady Rohanne levantó la mano y le rozó el labio hinchado con dos dedos.

—Sois la única que me ha abofeteado últimamente, mi señora.

—No estuvo bien; violé las leyes de hospitalidad, y el buen septón no ha dejado de reprochármelo. —Miró a ser Eustace—. Ya casi no me acuerdo de Addam. Fue hace media vida. Pero recuerdo que lo quise... De los demás, no he amado a ninguno.

—Su padre lo enterró entre las zarzamoras, como a sus hermanos. Le gustaban mucho las zarzamoras.

—Lo sé. Solía coger moras para mí y nos las comíamos con nata.

—El rey perdonó al anciano por lo de Daemon —dijo Dunk—. Ya es hora de que vos lo perdonéis por lo de Addam.

—Entregadme a Bennis y me lo pensaré.

—No puedo entregar lo que no es mío.

La joven suspiró.

—Preferiría no tener que mataros.

—Preferiría no morir.

—Pues entregadme a Bennis. Le cortaré la nariz, os lo devolveré y no se hable más.

—No, no se habrá acabado —replicó Dunk—. Aún quedaría la presa y el incendio. ¿Nos entregaríais a los hombres que lo provocaron?

—En el bosque había luciérnagas; a lo mejor el fuego lo prendieron ellas con sus lucecitas...

—No es momento para bromas, mi señora —le advirtió Dunk—. Derribad la presa y dejad que ser Eustace se quede con el agua a cambio del bosque. Es justo, ¿no?

—Lo sería si yo le hubiera quemado el bosque, pero no ha sido así. Estaba en Fosofrío, en la cama. —La joven miró el río—. ¿Qué nos impide cruzar ahora mismo? ¿Habéis puesto abrojos entre las piedras? ¿Tenéis arqueros escondidos entre las cenizas? ¿Qué creéis que va a detenernos?

—Yo. —Se quitó un guantelete—. En el Lecho de Pulgas yo era el más alto y el más fuerte, así que pegaba a los otros chicos y les quitaba lo que tenían. El anciano me enseñó que eso no se hace. Me dijo que estaba mal y que, además, a veces los chicos tienen hermanos mayores más altos que uno. Quiero enseñaros una cosa. —Se quitó un anillo del dedo y se lo tendió. La joven dejó de tocarse la trenza y lo cogió.

—¿Es oro? —preguntó tras sopesarlo—. ¿Qué tenemos aquí? —Lo examinó por todos lados—. Un sello. Oro y ónice. —Entrecerró los ojos verdes para estudiarlo—. ¿De dónde lo habéis sacado?

—Estaba envuelto en trapos y metido en la punta de una bota.

Lady Rohanne lo apretó entre los dedos; miró a Egg y al anciano ser Eustace.

—Corréis un gran riesgo al mostrarme este anillo, señor, ¿y de qué nos sirve? Si ordeno a mis hombres que crucen...

—En ese caso, yo tendría que luchar.

—Y morir.

—Probablemente —convino—. Y Egg volvería al lugar del que procede y contaría qué ha pasado aquí.

—No si muere él también.

—No os creo capaz de matar a un niño de diez años —replicó, deseando estar en lo cierto—. Y menos a este niño de diez años. Como habéis dicho, aquí tenéis a treinta y tres hombres. Los hombres hablan, sobre todo ese gordo de ahí. Por muy hondas que cavéis las tumbas, la historia saldrá a la luz, y entonces... En fin, la picadura de una araña moteada puede matar a un león, pero los dragones son palabras mayores.

—Preferiría ser amigo del dragón. —Se probó el anillo. Le quedaba grande hasta en el pulgar—. Con dragón o sin él, tenéis que entregarme a Bennis del Escudo Pardo.

—No.

—Sois diez palmos de orgullo.

—Menos un dedo.

Le devolvió el anillo.

—No puedo volver a Fosofrío con las manos vacías, o dirán que la Viuda Roja ya no muerde, que se ha vuelto demasiado débil para impartir justicia y proteger a sus campesinos. No lo entendéis.

—Puede que sí. —«Más de lo que os imagináis»—. En cierta ocasión, un señor menor de las Tierras de la Tormenta tomó a ser Arlan a su servicio para guerrear contra otro señor menor. Cuando le pregunté al anciano por qué luchaban, me dijo: «Por nada, hijo. Es solo una competición de a ver quién mea más lejos».

Lady Rohanne le lanzó una mirada escandalizada, pero al cabo de un momento ya se le escapaba una sonrisa.

—He oído miles de frases corteses y huecas; vos sois el primer caballero que utiliza la palabra *mear* delante de mí. —El rostro pecoso se le nubló—. Pero estas competiciones de a ver quién mea más lejos sirven para que los señores juzguen la fuerza de los demás, y pobre del que se muestre débil. La mujer que quiera mandar tiene que mear el doble de lejos. Y si esa mujer encima es menuda... Lord Stackhouse codicia las colinas Herradura; ser Clifford Conklyn hace tiempo que pretende el lago Hojarasca; los abominables Durwell viven de robar ganado, y bajo mi propio techo tengo al Largo. No hay día en que no me despierte temiendo que me fuerce a casarme con él. —Se enroscó la trenza en la mano con tanta fuerza como si fuera una cuerda y ella colgara al borde de un precipicio—. Es lo que quiere, lo sé. No se atreve por miedo a mi cólera, igual que Conklyn, Stackhouse y los Durwell andan con pies de plomo en todo lo que respecta a la Viuda Roja. Si alguno piensa por un momento que me he vuelto débil y blanda...

Dunk volvió a ponerse el anillo y desenvainó el puñal. Al ver el acero, la Viuda abrió los ojos como platos.

—¿Qué hacéis? ¿Se os han reblandecido los sesos? Hay doce ballestas que os apuntan.

—Queríais sangre por sangre. —Se llevó el puñal a la mejilla—. No os dijeron la verdad. Quien atacó al cavador no fue Bennis, fui yo. —Se clavó el filo en la piel y lo arrastró hacia abajo. Al sacudir el puñal para expulsar la sangre, algunas gotas salpicaron la cara de la joven. «Más pecas», pensó—. Ya está, la Viuda Roja ha cobrado el precio que quería. Mejilla por mejilla.

—Estáis loco. —El humo le había llenado los ojos de lágrimas—. Si fuerais de mejor cuna, me casaría con vos.

—Sí, mi señora, y si los cerdos tuvieran alas y escamas y lanzaran fuego por la boca, serían dragones. —Dunk envainó el puñal. Empezó a palparle la cara, y la sangre que le corría por la mejilla estaba goteándole en el gorjal. Trueno resopló al sentir el olor y pateó en el agua—. Entregadme a los hombres que quemaron el bosque.

—Nadie ha quemado el bosque —replicó ella—, pero si hubiera sido uno de los míos, habría sido para complacerme. ¿Cómo iba a entregároslo? —Lanzó una mirada rápida a su escolta—. Sería mejor que ser Eustace retirara la acusación.

—Es más fácil que los cerdos lancen fuego por la boca, mi señora.

—En ese caso, tendré que defender mi inocencia ante los ojos de los dioses y los hombres. Decid a ser Eustace que exija una disculpa o un juicio. Él elige.

Hizo dar media vuelta a la yegua y volvió con sus hombres.

El arroyo sería el campo de batalla.

El septón Seftón se adelantó unos pasos y rezó una plegaria: suplicó al Padre Supremo que juzgara con justicia a los dos hombres; al Guerrero, que diera fuerzas al defensor de la causa justa, y a la Madre, que se apiadara del mentiroso y perdonara sus pecados. Tras la oración se volvió una vez más hacia Eustace Osgrey.

—Os lo suplico de nuevo, señor, retirad la acusación.

—Ni por mientes —replicó el anciano con el bigote tembloroso.

El rechoncho septón se dirigió a lady Rohanne.

—Querida cuñada, si esto ha sido cosa vuestra, confesad y ofreced restitución al buen ser Eustace por el bosque. De lo contrario correrá la sangre.

—Mi campeón demostrará mi inocencia ante los ojos de los dioses y los hombres.

—Existen otras opciones además del juicio por combate —insistió el septón, sumergido hasta la cintura en el arroyo—. Vayamos a Sotodeoro, os lo suplico a los dos. Lord Rowan juzgará.

—¡Jamás! —rugió ser Eustace, y la Viuda Roja negó con la cabeza.

Ser Lucas Inchfield clavó la mirada en ella con el rostro contraído de rabia.

—Cuando termine esta farsa de titiriteros os casaréis conmigo, como quería vuestro señor padre.

—Mi señor padre no os conocía tan bien como yo —replicó ella.

Dunk se arrodilló junto a Egg y le puso el sello en la mano: cuatro dragones tricéfalos pareados; el emblema de Maekar, príncipe de Refugio Estival.

—Vuelve a guardártelo en la bota. Pero, si muero, ve a buscar al amigo de tu padre que quede más cerca y dile que te lleve a Refugio Estival. No intentes cruzar el Dominio por tu cuenta. Haz lo que te digo o mi fantasma te perseguirá para darte collejas.

—Sí, señor, pero mejor no muráis.

—Hace demasiado calor para morir.

Dunk se ciñó el yelmo y Egg lo ayudó a engancharlo al gorjal. Tenía la cara pegajosa de sangre, pese a que ser Eustace se había arrancado un trozo de capa para vendar el corte y detener la hemorragia. Dunk se levantó y se dirigió hacia Trueno. Al montar vio que el viento se había llevado el humo, pero el cielo seguía oscuro.

«Nubes —pensó—. Nubes oscuras. —Hacía tanto tiempo...—. Puede que sea un presagio, pero ¿para él o para mí?» A Dunk no se le daban bien los presagios.

Al otro lado del arroyo, ser Lucas también había montado. Su caballo era un corcel zaino, un animal espléndido, rápido y fuerte, aunque no tan grande como Trueno. Compensaba la falta de tamaño con armadura: iba envuelto en testera, capizana y barda de malla ligera. El Largo lucía coraza esmaltada en negro, cota de malla plateada y yelmo con una araña maligna de ónice por cimera, pero el escudo mostraba su propio blasón: barra jaquelada de plata y sable en campo cenizo. Dunk vio como ser Lucas se lo entregaba a un escudero.

«No piensa utilizarlo.»



Otro escudero le tendió un hacha de petos, y entonces lo entendió. Era un arma larga y mortífera, de mango reforzado, cabeza muy pesada, con una hoja por un lado y un pico temible en el otro, pero era un hacha de dos manos. El Largo iba a fiar toda la protección a su armadura.

«Tendré que conseguir que se arrepienta.»

Llevaba el escudo en el brazo izquierdo. Era el que le había pintado Tanselle, con el olmo y la estrella fugaz. La vieja rima infantil resonó en su mente: «Guardadme bien, roble y acero, o voy al infierno, y eso no quiero». Sacó la espada larga de la vaina. Le gustaba sentir su peso en la mano.

Picó los flancos de Trueno con las espuelas y el gran corcel entró en el agua. Al otro lado del arroyo, ser Lucas lo imitó. Dunk se desvió hacia la derecha para presentarle al Largo el lado izquierdo, el del escudo, pero ser Lucas no iba a permitirselo: hizo girar rápidamente al caballo y chocaron en una vorágine de acero y aguas verdes. Ser Lucas le lanzó un hachazo, y Dunk tuvo que retorcerse en la silla para pararlo con el escudo. El impacto le recorrió el brazo entero y le hizo entrechocar los dientes. Dunk contraatacó con la espada y acometió con un tajo lateral que acertó a su contrincante bajo el brazo alzado. El acero cantó contra el acero, y la lucha comenzó.

El Largo describió un círculo a lomos del corcel para atacar a Dunk por el flanco desprotegido, pero Trueno se volvió a su encuentro y lanzó una dentellada al otro caballo. Ser Lucas le asestó un golpe tras otro, de pie en los estribos para imprimir todo su peso en cada hachazo. Dunk, medio encogido, movía el escudo para parar los ataques al tiempo que arremetía contra los brazos, las piernas y los costados de ser Lucas, pero su armadura lo rechazaba todo. Dieron vueltas el uno en torno al otro mientras el agua les lamía las piernas. El Largo atacaba y Dunk se defendía a la espera de encontrar su punto débil.

Por fin dio con él: cada vez que ser Lucas levantaba el hacha para asestar un golpe, la armadura se le abría bajo el brazo: la escotadura no poseía más protección que la cota, el cuero y el gambax. Dunk mantuvo alto el escudo aguardando el momento oportuno. «Pronto. Pronto.» El hacha chocó contra el escudo, se liberó y ascendió de nuevo. «¡Ahora!» Picó espuelas a Trueno para que se acercara y embistió con la espada dirigida a la escotadura desprotegida.

Pero esta desapareció tan deprisa como había aparecido. La punta de la espada arañó el gocete, y Dunk, en posición casi horizontal, estuvo a punto de caer de la silla. El hacha descendió y le destrozó el ribete de hierro del escudo, le golpeó el yelmo en el lado de la sien y le acertó a Trueno de refilón en el cuello.

El caballo relinchó y se encabritó con el dolor reflejado en los ojos mientras el olor a cobre de la sangre impregnaba el aire. Ser Lucas se acercó y Trueno coceó; un casco herrado le acertó en la cara y el otro en el hombro, y el imponente caballo de guerra fue a caer sobre su corcel.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Los dos caballos cayeron enredados, lanzándose coces y bocados, revolviendo el agua y el lodo. Dunk trató de saltar de la silla, pero un pie se le enganchó en el estribo y cayó de bruces, con el tiempo justo para tomar una bocanada de aire antes de que el agua le inundara el yelmo por la abertura de los ojos. Aún tenía el pie atrapado, y Trueno estuvo a punto de arrancarle la pierna mientras se debatía por levantarse. De repente, Dunk se encontró libre y se hundió, dando vueltas en el agua. Se puso a bracear sin resultado, y el mundo se tornó azul, verde y marrón.

El peso de la armadura lo arrastró hacia abajo hasta que dio con un hombro contra el lecho del arroyo. «Si esto es abajo, arriba está al otro lado.» Palpó los guijarros y la arena con los guanteletes, y sin saber cómo consiguió doblar las piernas y levantarse. Se tambaleó, cubierto de lodo, chorreando agua por todos los respiraderos del yelmo mellado, pero estaba de pie. Respiró hondo.

Aún tenía embrazado el destartado escudo, pero la vaina estaba vacía: había perdido la espada. Además del agua, dentro del yelmo corría la sangre, y cuando trató de dar un paso, un latigazo de dolor le recorrió la pierna desde el tobillo. Los dos caballos habían logrado levantarse. Con un solo ojo, entrecerrado y velado por la sangre, buscó a su rival con la mirada.

«No hay ni rastro de él. Se ha ahogado, o a lo mejor Trueno le ha machacado el cráneo.»

Ser Lucas salió del agua justo delante de él, espada en mano, y asestó a Dunk tal tajo en el cuello que solo el grosor del gorjal impidió que le arrancara la cabeza. No tenía espada para contraatacar, solo el escudo, así que cedió terreno y el Largo avanzó hacia él entre gritos y mandobles. Dunk recibió un golpe por encima del codo que le aturdió el brazo entero y un tajo en la cadera que le arrancó un gruñido de dolor. Al retroceder pisó una piedra y cayó sobre una rodilla, con el agua hasta el pecho. Levantó el escudo, pero en aquella ocasión la embestida de ser Lucas fue tan brutal que partió en dos el grueso roble y arrojó los restos a la cara de Dunk. Le retumbaban los oídos y tenía la boca llena de sangre, pero oyó a lo lejos los gritos de Egg.

—¡Ahora, señor, dadle duro ahora! ¡Es vuestro!

Dunk se abalanzó hacia delante. Ser Lucas había alzado la espada para asestar el siguiente tajo. Dunk se agarró a su cintura y lo tumbó. El arroyo los engulló de nuevo a ambos, pero Dunk estaba preparado: no dejó ir al Largo y lo empujó hacia el fondo. Aunque por la visera abollada del yelmo le salió un chorro de burbujas, siguió peleando. Cogió una piedra del lecho del arroyo y golpeó a Dunk en las manos y la cabeza mientras este se palpaba el cinto de la espada. «¿Es que también he perdido el puñal?» No, allí estaba. Cerró los dedos en torno al puño, lo desenfundó y lo llevó despacio a través del agua turbia, a través de la cota de malla y el cuero endurecido, hasta la axila de Lucas el Largo, y lo giró mientras lo clavaba. Ser Lucas se estremeció y se sacudió, y las fuerzas lo abandonaron. Dunk se apartó de él y se dejó

llevar por el agua. Sentía el pecho en llamas. Un pez pasó nadando junto a su rostro, largo, blanco, estilizado. «¿Qué es eso? —se preguntó—. ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?»

Se despertó en el castillo que no era.

Al abrir los ojos no supo dónde estaba. Hacía un fresco muy agradable. Aún notaba sabor a sangre y tenía un paño en los ojos, una tela gruesa y fragante embadurnada de ungüentos. Le pareció que olía a clavo.

Dunk se llevó la mano a la cara y se quitó el paño. Encima de él, la luz de la antorcha bailaba contra el alto techo. Por las vigas se paseaban los cuervos, que lo contemplaban con sus ojillos negros y le lanzaban graznidos desde arriba.

«Por lo menos no estoy ciego.» Se encontraba en la torre de un maestre. De las paredes colgaban estantes abarrotados de tarros de arcilla y vasijas de cristal verde llenos de hierbas y pócimas. Cerca de él había una larga mesa de caballetes atestada de libros, pergaminos y extraños instrumentos de bronce, todo salpicado de excrementos de cuervo. Oyó como los pájaros intercambiaban murmullos.

Trató de incorporarse, pero fue mala idea. La cabeza le dio vueltas y sintió tal dolor en la pierna izquierda que estuvo a punto de aullar al apoyar algo de peso en ella. Vio que tenía el tobillo envuelto en vendas de lino, así como el pecho y los hombros.

—No os mováis.

Encima de él apareció una cara conocida: joven, de rasgos afilados, ojos castaño oscuro y nariz ganchuda. Su dueño vestía de gris y llevaba un collar de eslabones al cuello, la cadena de metales de los maestros. Dunk lo agarró por la muñeca.

—¿Dónde...?

—En Fosofrío —respondió el maestre—. Estabais demasiado malherido para volver a Tenaz, así que lady Rohanne ordenó que os trajéramos aquí. Bebed.

Le llevó a los labios una copa de... de algo. La pócima era agria como el vinagre, pero al menos le quitó el sabor de sangre. Dunk se obligó a beberla toda. Dobló los dedos de la mano de la espada y luego los de la otra. «Al menos aún puedo mover las manos. Y también los brazos.»

—¿Dónde... dónde me he hecho daño?

—Dónde no, querréis decir —bufó el maestre—. Un tobillo roto, torcedura de rodilla, fractura de clavícula, magulladuras... Tenéis el pecho de color verde amarillento, y el brazo derecho, púrpura negruzco. Pensé que también os habíais roto el cráneo, pero parece que no. Además está el corte de la cara; me temo que va a quedaros cicatriz. Ah, y para cuando os sacamos del agua ya os habíais ahogado.

—¿Ahogado? —repitió Dunk.

—Nunca habría dicho que un hombre pudiera tragar tanta agua, ni siquiera uno de vuestro tamaño. Tenéis suerte de que sea hijo del hierro. Los sacerdotes del Dios

Ahogado saben ahogar a las personas y devolverles la vida, y yo he estudiado sus creencias y costumbres.

«Me he ahogado. —Dunk trató de incorporarse otra vez, pero no consiguió reunir fuerzas—. Me he ahogado en un río que no me llega ni al cuello.» Se echó a reír, pero enseguida gimió de dolor.

—¿Y ser Lucas?

—Muerto. ¿Lo dudabais?

«No.» Dunk dudaba de muchas cosas, pero no de esa. Recordó con qué rapidez la fuerza había abandonado los miembros del Largo.

—Egg —consiguió articular—. ¿Egg?

—¿Qué masculláis? ¿Os duele la garganta? Descansad.

Dunk negó con la cabeza, gesto del que se arrepintió de inmediato.

—Egg es mi escudero...

—¿Se llama así? Valiente muchachito, y más fuerte de lo que aparenta. Fue él quien os sacó del arroyo. Nos ayudó a quitaros la armadura y os acompañó todo el trayecto en carro hasta aquí. No quiso ni dormir: se quedó sentado junto a vos, con vuestra espada en el regazo, por si alguien intentaba haceros daño. ¡Hasta desconfiaba de mí! Se empeñó en que probara cualquier alimento antes de dároslo. Un chico raro, pero muy leal.

—¿Dónde está?

—Ser Eustace le pidió que lo sirviera en el banquete nupcial porque no tiene a nadie más de su casa. No pudo negarse, habría sido descortés.

—¿En el banquete nupcial? —Dunk no entendía nada.

—Claro, no lo sabéis. Después de la batalla, Tenaz y Fosofrío se reconciliaron. Lady Rohanne pidió permiso al anciano ser Eustace para cruzar sus tierras y visitar la tumba de Addam, y él se lo concedió. Se arrodilló entre las zarzamoras y se puso a llorar, y él se conmovió tanto que fue a consolarla. Se pasaron la noche en vela hablando del joven Addam y del noble padre de mi señora. Lord Wyman y ser Eustace eran grandes amigos antes de la rebelión de los Fuegosuro. El buen septón Seftón ha casado esta mañana a vuestro señor y a mi señora, así que ahora Eustace Osgrey es el señor de Fosofrío y el león jaquelado ondea junto a la araña de los Webber en todas las torres y murallas.

Dunk empezó a notar que todo le daba vueltas. «La pócima. Me ha dado algo para dormir.» Cerró los ojos y dejó que el dolor lo abandonara. Oyó crascitar a los cuervos y lanzarse graznidos unos a otros, escuchó el sonido quedo de su propia respiración, y algo más... Un ruido suave, constante, como un arrullo...

—¿Qué es eso? —murmuró, adormilado—. ¿Ese ruido...?

—¿Eso? —El maestre prestó atención—. Nada, la lluvia.

No la vio hasta el día en que se marchaban.

—Es una locura, señor —protestó el septón Seftón mientras Dunk cruzaba el patio cojeando, ayudado de una muleta y sin apoyar el pie entablillado—. El maestre Cerrick dice que no estáis ni medio recuperado, y con esta lluvia... vais a coger un resfriado, si es que no volvéis a ahogaros. Al menos esperad a que cese.

—Puede durar años. —Dunk le estaba agradecido al obeso septón, que había ido a visitarlo casi a diario con la excusa de rezar por él, aunque en realidad invertía más tiempo en chismes y cotilleos. Echaría de menos su lengua suelta y afilada, y su compañía alegre, pero qué se le iba a hacer—. Tengo que marcharme.

Llovía a cántaros. Un millar de látigos grises y fríos le azotaban la espalda. Ya tenía empapada la capa, la que le había dado ser Eustace, la de lana blanca con ribete de cuadros verdes y dorados. El anciano caballero había vuelto a ponérsela sobre los hombros como regalo de despedida.

—Por vuestro valor y vuestros leales servicios, señor.

El broche con que se la sujetaba también era un regalo: una araña de marfil con patas de plata. Las motas del cuerpo eran fragmentos de granate.

—Espero que la prisa no se deba al ansia de ir en busca de Bennis —insistió el septón Seftón—. Estáis tan molido y magullado que, si os enfrentarais a él, temería por vos.

«Condenado Bennis», pensó Dunk con amargura. Mientras él luchaba en el arroyo, Bennis había atado a Sam Gibas y a su mujer y había saqueado Tenaz para escapar con todo lo que tenía algún valor: velas, ropajes, armas, el antiguo cáliz de plata de los Osgrey y hasta una pequeña cantidad de monedas que el anciano guardaba en sus aposentos tras un mohoso tapiz. Dunk tenía la esperanza de volver a cruzarse algún día con ser Bennis del Escudo Pardo.

—Bennis puede esperar.

—¿Adónde pensáis ir? —El septón jadeaba; estaba demasiado gordo para seguirle el paso a Dunk, aunque este fuera con muleta.

—A Isla Bella. A Harrenhal. Al Tridente. Cualquier sitio es bueno para un caballero errante. —Se encogió de hombros—. Siempre he querido ver el Muro.

—¿El Muro? —El septón se detuvo en seco—. ¡Ser Duncan, sois imposible! —gritó. Se quedó de pie en medio del lodazal, con los brazos extendidos bajo la lluvia—. ¡Rezad, señor! ¡Rezad para que la Vieja ilumine vuestro camino!

Dunk siguió andando.

Cuando llegó al establo, ella estaba esperándolo al lado de las balas de heno amarillento, con un vestido verde como el verano.

—Ser Duncan, me alegro de veros en pie —lo recibió cuando Dunk abrió la puerta. La trenza roja le colgaba por delante; la punta le llegaba al muslo.

«Como si me hubierais visto tumbado», pensó.

—¿Qué os trae a los establos, mi señora? Llueve demasiado para montar.

—Lo mismo podría deciros.

—¿Os lo ha contado Egg? —«Le va a caer otra colleja.»

—Dad gracias a que me lo haya dicho o habría enviado a mis hombres a buscaros para que os trajeran de vuelta aunque fuera a rastras. Ha sido muy cruel por vuestra parte tratar de marcharos así, sin decir ni adiós.

No había ido a verlo ni una vez mientras estuvo bajo los cuidados del maestre Cerrick. Ni una sola vez.

—El verde os sienta bien —dijo—. Destaca el color de vuestros ojos. —Se revolvió, incómodo—. Vengo a por mi caballo.

—No tenéis por qué iros. Aquí hay sitio para vos cuando os recuperéis. Capitán de mi guardia. Y Egg estará con los demás escuderos; nadie sabrá quién es.

—Gracias, mi señora, pero no.

Trueno estaba en una casilla una docena de puestos más allá. Dunk fue cojeando hacia él.

—Por favor, os ruego que volváis a pensarlo. Son tiempos peligrosos hasta para los dragones y sus amigos. Quedaos aquí hasta que estéis bien. —Caminó a su lado—. Lord Eustace también se alegraría; os tiene mucho cariño.

—Mucho —convino Dunk—. Si su hija no estuviera muerta, habría querido que me casara con ella. Así seríais mi señora madre. No tuve madre, y menos una señora madre.

Por un momento pensó que lady Rohanne iba a darle otra bofetada. «O a lo mejor me pega una patada en la tercera pierna.»

—Estáis furioso conmigo —se limitó a decir—. ¿Cómo puedo compensaros?

—Bueno, podéis ayudarme a ensillar a Trueno.

—Yo estaba pensando en otra cosa. —Le cogió la mano. La suya era pecosa, de dedos largos y fuertes. «Seguro que tiene pecas por todo el cuerpo»—. ¿Sabéis mucho de caballos?

—Tengo uno.

—Sí, un corcel viejo criado para la guerra, de paso lento y con mal genio. No es animal para ir de un lado a otro.

—Si tengo que ir de un lado a otro, no me queda otra que escoger entre Trueno o estos. —Se señaló los pies.

—Tenéis los pies grandes —observó—. Igual que las manos. Seguro que lo tenéis todo grande. Sois demasiado grande para casi cualquier palafrén, que parecerá un poni con vos a lomos. Pero os vendría bien una montura más veloz, un corcel grande, tal vez un cruce con un corcel de la arena dorniense, para que sea resistente. —Señaló la casilla contigua a la de Trueno—. Como ella.

Era una yegua alazana, de ojos vivos y crines largas color fuego. Lady Rohanne se sacó una zanahoria de la manga y acarició la cabeza del animal mientras se la comía.

—Eh, eh, la zanahoria, los dedos no —la reprendió, antes de volverse de nuevo hacia Dunk—. Yo le he puesto Llama, pero podéis llamarla como queráis. Compensación sería un buen nombre.

Dunk se quedó sin palabras. Se apoyó en la muleta y miró a la alazana con ojos nuevos. Era magnífica, mejor que cualquier montura que hubiera tenido el anciano. Solo había que mirar las patas largas y esbeltas para imaginar lo rápida que debía de ser.

—La he criado para que sea hermosa y veloz.

Dunk se volvió hacia Trueno.

—No puedo aceptarla.

—¿Por qué no?

—Es demasiado buena para mí. Basta con verla.

Rohanne se puso roja y se retorció la trenza con la mano.

—Tenía que casarme, lo sabéis de sobra. El testamento de mi padre... ¡Venga, no seáis tonto!

—¿Cómo no voy a serlo? Tengo el seso de corcho, y encima soy bastardo.

—Llevaos la yegua. Me niego a permitir que os vayáis sin un recuerdo mío.

—Os recordaré, mi señora, por eso no temáis.

—¡Que os la llevéis!

Dunk la agarró por la trenza y atrajo su rostro al suyo en un movimiento torpe, por la muleta y por la diferencia de altura; casi cayó antes de que sus labios encontraran los de la joven. La besó con fuerza. Rohanne le rodeó el cuello con una mano y la espalda con la otra. En un momento Dunk aprendió más sobre besos que en toda su vida. Cuando por fin se separaron, desenvainó el puñal.

—Ya sé qué recuerdo quiero de vos, mi señora.

Egg lo esperaba en la puerta, a lomos de un hermoso palafrén canelo, con las riendas de Maestre en la mano. Se quedó muy sorprendido al ver acercarse al trote a Dunk montado en Trueno.

—La señora me había dicho que quería regalaros un caballo nuevo.

—Nadie consigue todo lo que quiere. Ni siquiera las damas nobles —replicó Dunk mientras cruzaban el puente levadizo—. Y yo no quería un caballo. —El foso estaba tan lleno que amenazaba con desbordarse—. He preferido otro recuerdo. Un mechón de su cabellera roja. —Metió la mano bajo la capa, sacó el pedazo de trenza y sonrió.

En la jaula de hierro de la encrucijada, los cadáveres seguían abrazados. Parecían tristes, solitarios. Hasta las moscas y los cuervos los habían abandonado. Sobre los huesos de los muertos apenas quedaban unos jirones de pelo y piel.

Dunk se detuvo y frunció el ceño. Le dolía el tobillo de cabalgar, pero no importaba. El dolor formaba parte de la caballería tanto como las espadas y los escudos.

—¿Dónde queda el sur? —preguntó a Egg.

Era difícil de saber, porque el mundo era un amasijo de lluvia y barro, y el cielo, un muro de granito gris.

—El sur está por allí, señor —respondió Egg, señalando—. Allí está el norte.

—Al sur está Refugio Estival. Tu padre.

—El Muro está al norte.

Dunk se quedó mirándolo.

—Es un viaje largo.

—Tengo un caballo nuevo, señor.

—Es cierto. —No pudo menos que sonreír—. ¿Por qué quieres ver el Muro?

—No sé —replicó Egg—. Me han dicho que es alto.



# **El caballero misterioso**

Cuando Dunk y Egg partieron de Septo de Piedra, caía una llovizna veraniega.

Dunk iba a lomos de Trueno, su viejo caballo de batalla, mientras que Egg llevaba al mulo Maestre por las riendas y montaba un palafrén joven y brioso al que había bautizado como Chubasco. Maestre cargaba con la armadura de Dunk y los libros de Egg, las esteras, la tienda y la ropa, unos buenos trozos de tasajo, media frasca de hidromiel y dos pellejos de agua. El viejo sombrero de Egg, el de paja y ala ancha, protegía de la lluvia la cabeza del mulo; el chico había abierto unos agujeros para que le pasaran las orejas. Él se cubría con un sombrero nuevo que, aparte de los agujeros, era idéntico al anterior, al menos a ojos de Dunk.

Al acercarse a las puertas de la ciudad, Egg tiró bruscamente de las riendas. Encima del portal, la cabeza de un traidor estaba empalada en una estaca de hierro. No debía de llevar mucho allí, porque la carne era más rosada que verde, pero las cornejas ya se habían ensañado con ella: tenía los labios y las mejillas desgarrados y, en vez de ojos, dos agujeros oscuros que derramaban lágrimas rojas por la mezcla de la lluvia con la sangre seca. La mandíbula inferior le colgaba inerte, como si se dispusiera a arengar a los viajeros que pasaran por la puerta.

No era la primera vez que Dunk veía algo parecido.

—Cuando era niño, en Desembarco del Rey, robé una cabeza como esa —le contó a Egg. En realidad quien se había encaramado al muro para cogerla había sido Hurón, porque Rafe y Budín lo habían retado, pero cuando llegaron los guardias la soltó y quien la agarró fue Dunk—. No sé de quién era, si de un señor rebelde, de un caballero ladrón o de un vulgar asesino. Una cabeza es una cabeza, y cuando llevan unos días en la pica son todas iguales.

Sus tres amigos y él la habían usado para asustar a las niñas del Lecho de Pulgas: corrían tras ellas por los callejones y las obligaban a besarla antes de dejarlas marchar. La cabeza había recibido muchos besos, porque no había niña en Desembarco que corriera más que Rafe, pero era mejor omitirle el detalle a Egg. «Hurón, Rafe, Budín... Tres pequeños monstruos, y yo era aún peor.» Sus amigos y él conservaron la cabeza hasta que la carne se puso negra y empezó a desprenderse. Ya no les servía para perseguir a las chicas, así que una noche se colaron en un tenderete de calderos y echaron lo que quedaba de ella en una olla.

—Los cuervos siempre van directos a los ojos —explicó a Egg—. Luego las mejillas se hunden, la carne se vuelve verde... —Entrecerró los ojos—. Un momento, ¡esa cara me suena!

—Es verdad, la vimos hace tres días —convino el chico—. Es el septón jorobado que predicaba contra lord Cuervo de Sangre.

Lo recordaba muy bien.

«Un hombre santo que veneraba a los Siete, a pesar de que predicara traición.»

—¡Tiene las manos manchadas con la sangre de su hermano, y también con la de sus sobrinos! —había proclamado el septón ante la multitud congregada en la plaza del mercado—. A sus órdenes, una sombra estranguló a los hijos del valiente príncipe

Valarr en el vientre de su madre. ¿Dónde está ahora el Príncipe Joven? ¿Y dónde su hermano, el buen Matarys? ¿Adónde han ido el bondadoso rey Daeron y el intrépido Baelor Rompelanzas? En la tumba yacen ya todos, y él en cambio sigue aquí, como un pájaro blanco con el pico ensangrentado que se posa en el hombro del rey Aerys y le grazna al oído. Lleva en la cara y en el ojo tuerto la marca del infierno; ha hecho caer sobre nosotros la sequía, la peste y el crimen. ¡Alzaos contra él en nombre de nuestro rey verdadero, el que está al otro lado del mar! ¡Siete son los dioses, siete los reinos, y siete hijos engendró el Dragón Negro! Alzaos, mis señores, mis señoras. ¡Alzaos, valientes caballeros y hombres fuertes, y derrocad a Cuervo de Sangre, ese maldito hechicero! ¡Porque si no maldecirá a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos!

«No dijo palabra que no fuera traición.» Y pese a todo era terrible verlo allí, con agujeros en vez de ojos.

—Sí, es él —confirmó Dunk—. Otra buena razón para marcharnos lo antes posible de esta ciudad.

Picó espuelas a Trueno y cruzó con Egg las puertas de Septo de Piedra, acompañado por el sonido suave de la lluvia. «¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Mil y un ojos», decía el acertijo. Según algunos, la mano del rey era un iniciado en las artes oscuras y sabía cambiar de rostro, adoptar la apariencia de un perro tuerto y hasta convertirse en niebla. Se decía que a sus enemigos los perseguían manadas de lobos grises y famélicos, y que las cornejas eran espías suyas y le susurraban secretos al oído. A Dunk no le cabía la menor duda de que la mayoría de los rumores no pasaban de eso, rumores, pero era bien sabido que Cuervo de Sangre tenía informadores en todas partes.

Dunk lo vio una vez en Desembarco del Rey. Brynden Ríos tenía el pelo y la piel del color del hueso, y el ojo (porque solo tenía uno; el otro se lo había sacado su hermanastro Aceroamargo en el Prado Hierbarroja), rojo como la sangre. En la mejilla y el cuello lucía la marca de nacimiento color vino que le había valido el apodo.

—Es mala cosa cortarle la cabeza a un septón —señaló Dunk cuando hubieron dejado atrás la ciudad—. Su única culpa fue hablar, y las palabras son aire.

—Unas palabras son aire, pero otras son traición. —Egg era flaco como un palo, todo costillas y huesos, pero tenía boca.

—Hablas como un verdadero principito.

Egg se lo tomó como el insulto que era.

—De acuerdo, era septón, pero predicaba mentiras. La sequía no fue culpa de lord Cuervo de Sangre, ni tampoco la peste de la gran primavera.

—No, pero, como empecemos a cortarles la cabeza a todos los mentirosos y a todos los bufones, la mitad de las ciudades de los Siete Reinos van a quedarse vacías.

Al cabo de seis días, de la lluvia solo quedaba el recuerdo.

Dunk se había quitado la sobrevesta para disfrutar de la calidez del sol. Una ráfaga de brisa fresca y fragante como el aliento de una doncella lo hizo suspirar.

—Agua —anunció—. ¿La hueles? Ya debemos de estar cerca del lago.

—No huelo más que a Maestre, señor. ¡Qué peste echa!

Egg dio un fuerte tirón a las riendas del mulo, que se había detenido para pacer la hierba del lindero, como tenía por costumbre.

—Hay una antigua posada a la orilla del lago. —Había estado de paso cuando era escudero del anciano—. Ser Arlan me dijo que allí hacían una cerveza negra buenísima. ¿Qué tal si la probamos mientras esperamos el barco?

—¿Para pasar la comida? —Egg lo miró esperanzado.

—¿Qué comida?

—Una buena tajada de asado —respondió el chico—. Un trozo de pato, un plato de guiso. Lo que tengan.

Hacía tres días que no comían caliente, que vivían de la fruta que caía de los árboles y de tasajo, duro como un leño.

«No estaría mal meternos algo sustancioso entre pecho y espalda antes de partir al norte. El Muro está muy lejos.»

—También podríamos quedarnos a pasar la noche —sugirió Egg.

—¿Desea mi señor un colchón de plumas?

—Me vale con que sea de paja —replicó el chico, ofendido.

—No tenemos dinero para camas.

—Nos quedan veintidós peniques, tres estrellas, un venado y aquellos pedazos viejos de granate, señor.

—Creía que teníamos dos monedas de plata. —Dunk se rascó la oreja.

—Sí, hasta que comprasteis la tienda. Ahora nos queda una.

—Y si empezamos a dormir en posadas, no nos quedará ninguna. ¿Qué quieres? ¿Compartir cama con cualquier buhonero y levantarte lleno de pulgas? —Soltó un bufido—. No, gracias, ya tengo mis propias pulgas, y no les gustan las desconocidas. Dormiremos bajo las estrellas.

—Las estrellas no están mal; es el suelo, que es muy duro. Y a veces da gusto dormir con una almohada bajo la cabeza.

—Las almohadas son para los príncipes. —Egg era el mejor escudero que un caballero pudiera desear, pero a veces le salía la vena principesca. «No olvidemos que es de la sangre del dragón.» Dunk era de la sangre del mendigo, o eso le decían en el Lecho de Pulgas cuando no le decían que acabaría en la horca—. A lo mejor podemos permitirnos una cena caliente con cerveza, pero no voy a malgastar el dinero en una cama. Tenemos que reservarlo para el barquero.

La última vez que había cruzado el lago, el barco solo costaba unos cobres, pero habían pasado seis años, quizá siete, y en ese tiempo todo se había encarecido.

—También podríamos utilizar mi bota para cruzar —apuntó Egg.

—Podríamos, pero no vamos a usarla.

Utilizar la bota era peligroso. «Correrá la voz. Siempre corre la voz.» Su escudero no era calvo por casualidad. Egg tenía los ojos violeta de la antigua Valyria y un pelo que brillaba como oro batido entreverado con hebras de plata. Dejárselo crecer tendría el mismo efecto que lucir un broche con el dragón de tres cabezas. Corrían tiempos difíciles en Poniente y... En fin, era mejor no arriesgarse.

—Como vuelvas a mencionar la puñetera bota te voy a pegar tal colleja que cruzarás el lago volando.

—Prefiero nadar, señor. —Egg nadaba muy bien; Dunk, no. El chico se volvió en la silla—. Alguien viene por el camino, señor. Oigo a los caballos.

—Y yo; no estoy sordo. —También se veía el polvo que levantaban—. Es un grupo grande, y tienen prisa.

—¿Creéis que serán bandidos, señor? —Egg se puso de pie en los estribos, más impaciente que asustado; así era el muchacho.

—Unos bandidos serían más sigilosos. Solo los señores arman tanto jaleo. —Dunk movió el puño de la espada para aflojar la vaina—. Pero mejor nos salimos del sendero para dejarles paso. Hay señores y señores.

La precaución nunca estaba de más, porque los caminos ya no eran tan seguros como en tiempos del bondadoso rey Daeron. Egg y él se ocultaron tras un espino, y Dunk se descolgó el escudo y lo abrazó. Era un trasto viejo de madera de pino, alto y pesado, con forma de lágrima y ribete de hierro. Lo había comprado en Septo de Piedra para sustituir el que el Largo le había destrozado en el combate. Aún no le había dado tiempo a mandar pintar el olmo y la estrella fugaz, así que seguía luciendo las armas del anterior propietario: un hombre gris y lúgubre ahorcado en el patíbulo. No era un blasón que le gustase, pero el escudo le había salido barato.

Enseguida pasaron los primeros jinetes, dos señores jóvenes que galopaban a la par a lomos de sendos corceles. Uno montaba un canelo y lucía un yelmo abierto de acero dorado con tres plumas altas en el crestón, una blanca, otra roja y la última dorada, con plumas a juego en la capizana de la montura. El otro iba a lomos de un semental hito con bardas azules y doradas, cuyos jaeces ondeaban al galopar. Los señores pasaron de largo entre gritos y risas, con las largas capas flameando al viento.

Apareció un tercer jinete, más pausado, a la cabeza de una larga columna. Era una comitiva de unas dos docenas de hombres, entre criados, cocineros y mozos de cuadra, todos al servicio de tres caballeros. También contaba con soldados, ballesteros a caballo y una docena de carros cargados con armaduras, tiendas y provisiones. De la silla del señor colgaba su escudo: tres castillos de sable en campo anaranjado.

Dunk conocía aquellas armas, pero ¿de qué? El señor que las lucía era de cierta edad, boca severa y semblante taciturno, con la barba bien recortada y salpicada de canas.

«Puede que estuviera en la dehesa de Vado Ceniza. O tal vez serví en su castillo con ser Arlan.» El anciano caballero errante había prestado servicio en tantos castillos y fortalezas que Dunk no recordaba ni la mitad.

El señor tiró de las riendas de sopetón y clavó la vista en el arbusto con el ceño fruncido.

—Vosotros, los de los matorrales. Salid.

Tras él, dos ballesteros cargaron virotos en las armas. Los demás siguieron adelante.

Dunk salió de la maleza con el escudo embrazado y la mano derecha en el pomo de la espada larga. Tenía la cara cubierta por una máscara marrón y rojiza del polvo que habían levantado los caballos y estaba desnudo de cintura para arriba. Sabía que tenía un aspecto lamentable, pero probablemente lo que paralizó al jinete fue su estatura.

—No buscamos pelea, mi señor. Somos solo dos: mi escudero y yo. —Hizo una seña a Egg para que se acercara.

—¿Vuestro escudero? ¿Os las dais de caballero?

A Dunk no le hizo gracia su manera de mirarlo. «Tiene ojos capaces de desollar a cualquiera.» Apartó la mano de la espada; era lo más prudente.

—Soy un caballero errante y busco a quien servir.

—Todos los caballeros ladrones a los que he colgado me vinieron con el mismo cuento. Vuestro blasón podría ser profético, señor... Si señor sois. ¿Un ahorcado en el patíbulo? ¿Esas son vuestras armas?

—No, mi señor. Tengo que mandar pintar el escudo.

—¿Por qué? ¿Lo habéis robado de algún cadáver?

—Lo he comprado. Con buena moneda. —«Tres castillos, sable sobre anaranjado, ¿dónde lo he visto antes?»—. No soy ningún ladrón.

Los ojos del señor parecían esquirlas de pedernal.

—¿Y esa cicatriz de la mejilla? ¿Qué es, un latigazo?

—Me rajaron con un puñal, pero mi cara no es asunto vuestro, mi señor.

—Yo decidiré cuáles son mis asuntos.

Los dos caballeros más jóvenes habían regresado al trote para averiguar la razón de la demora.

—¡Ah, estáis ahí, Gormy! —exclamó el jinete del caballo hito, un joven ágil y esbelto de rostro bien afeitado y rasgos agraciados. El cabello negro le caía hasta el cuello en una cascada brillante. Vestía un jubón de seda azul oscuro con ribetes dorados de raso y llevaba bordada en el pecho una cruz angrelada de hilo de oro, con un violín de oro en el primero y el tercer cuartel y una espada de oro en el segundo y el cuarto. Los ojos le hacían juego con el azul oscuro del jubón y chispeaban de diversión—. Alyn ha pensado que a lo mejor os habíais caído del caballo. A mí me ha parecido una excusa rastrera, porque estaba dejándolo bien atrás.

—¿Quiénes son estos bandoleros? —quiso saber el que iba a lomos del canelo.

Egg no encajó bien el insulto.

—No tenéis derecho a llamarnos bandoleros, mi señor. Al veros venir hemos pensado que erais forajidos, por eso nos hemos ocultado. Este es ser Duncan el Alto y yo soy su escudero.

Los jóvenes señores le prestaron la misma atención que si hubiera croado una rana.

—Es el patán más alto que he visto en mi vida —declaró el caballero de las tres plumas; tenía el rostro regordete y el pelo rizado y del color de la miel oscura—. Me juego lo que sea a que mide más de diez palmos. Más le dolerá cuando caiga.

Dunk sintió que se le subían los colores. «Perderíais la apuesta», pensó. La última vez que lo habían medido, Aemon, el hermano de Egg, anunció que le faltaba un dedo para los diez palmos.

—¿Ese es vuestro caballo de guerra, ser Gigante? —preguntó el señor emplumado—. De algo nos servirá; se le puede sacar mucha carne.

—Lord Alyn en ocasiones se olvida de ser cortés —intervino el caballero de pelo negro—. Por favor, disculpadle la grosería. Pedid perdón a ser Duncan, Alyn.

—Como queráis. ¿Tendréis a bien perdonarme, señor?

No esperó la respuesta: hizo dar media vuelta a la montura y se alejó al trote por el camino. Los otros se quedaron.

—¿Vais a la boda, señor? —preguntó el jinete de pelo negro.

Su tono de voz daba ganas de inclinar la cabeza con respeto, pero se contuvo.

—Queremos coger el barco, mi señor.

—Nosotros también, pero no me llaméis «mi señor»; reservad ese título para Gormy y para el bribón que acaba de irse, Alyn Cockshaw. Yo soy un caballero vagabundo, igual que vos; me llaman ser John el Violinista.

Era un nombre típico de caballero errante, pero Dunk nunca había visto a ninguno de atuendo, armadura y caballo tan esplendorosos. «El caballero que yerra por caminos dorados», pensó.

—Mi nombre ya lo sabéis, y mi escudero se llama Egg.

—Un placer, caballero. Cabalgad con nosotros hasta Murosblancos y romped unas cuantas lanzas para celebrar el nuevo matrimonio de lord Butterwell. Tengo la impresión de que quedaríais en muy buen lugar.

Dunk no había vuelto a justar desde el torneo de la dehesa de Vado Ceniza. «Si ganara unos cuantos rescates, comeríamos bien de camino al norte», pensó.

—Ser Duncan querrá proseguir su viaje, igual que nosotros —objetó el señor de los tres castillos.

John el Violinista no le hizo caso.

—Me encantaría cruzar espadas con vos, señor. He probado a hombres de muchas tierras y razas, pero a ninguno de vuestro tamaño. ¿Vuestro padre era así de alto?

—No llegué a conocer a mi padre.

—Cuánto lo siento. El mío también me fue arrebatado demasiado pronto. —El Violinista se volvió hacia el señor de los tres castillos—. ¿Por qué no pedimos a ser Duncan que se una a nuestra alegre compañía?

—No nos hace ninguna falta nadie de su ralea.

Dunk se había quedado sin palabras. No era habitual que le pidieran a un caballero errante pobre que cabalgara con señores nobles. «Tengo más en común con sus criados.» A juzgar por la longitud de la columna, lord Cockshaw y el Violinista viajaban con mozos de cuadra que les cuidaban los caballos, cocineros que les preparaban la comida, escuderos que les limpiaban la armadura y guardias que los defendían. Dunk tenía a Egg.

—¿Nadie de su ralea? —El Violinista se echó a reír—. ¿Qué ralea? ¿La de los altos? ¡Pero mirad qué tamaño! Necesitamos hombres fuertes. Una espada joven vale más que un nombre viejo, como suele decirse.

—Como suelen decir los idiotas. No sabéis nada de él; puede que sea un bandolero, o un espía de lord Cuervo de Sangre.

—No soy ningún espía —replicó Dunk—, y mi señor no debería hablar de mí como si estuviera sordo, o muerto, o errando en Dorne.

Los ojos de pedernal se clavaron en él.

—Dorne no sería mal lugar para vos, señor. Tenéis mi venia para partir hacia allí.

—No le hagáis caso —intervino el Violinista—. Es un viejo amargado y desconfía de todo el mundo. A mí este joven me ha causado buena impresión, Gormy. ¿Queréis acompañarnos a Murosblancos, ser Duncan?

—Mi señor, es que... —¿Cómo iba a compartir campamento con aquellos hombres? Sus criados montarían los pabellones, sus mozos de cuadra almohazarían a los caballos, sus cocineros les servirían capones y tajadas de asado, y mientras tanto Dunk y Egg roerían las tiras de carne en salazón—. No puedo.

—¿Veis? Sabe que su sitio no está entre nosotros —repuso el señor de los tres castillos, y volvió la montura de cara al camino—. Lord Cockshaw ya debe de llevarnos media legua de ventaja.

—En fin, entonces tendré que darle caza otra vez. —El Violinista dedicó a Dunk una sonrisa de disculpa—. Puede que volvamos a encontrarnos. Ojalá. Me encantaría probar mi lanza con vos.

Dunk no supo qué contestar.

—Buena suerte en la liza, señor —consiguió balbucear, pero para entonces ser John ya había partido en pos de la columna.

El señor mayor cabalgó tras él, y Dunk se alegró de verlo alejarse. No le gustaban aquellos ojos de pedernal ni la arrogancia de lord Alyn. El Violinista se había mostrado amable, pero también tenía un punto extraño.

—Dos violines y dos espadas, cruz angrelada —dijo a Egg con la vista fija en la polvareda de los caballos—. ¿A qué casa corresponden?

—A ninguna, señor. Nunca había visto ese blasón en ningún registro de escudos.



«Puede que al fin y al cabo sí sea un caballero errante.» Dunk se había inventado sus armas en la dehesa de Vado Ceniza, cuando una titiritera llamada Tanselle la Titana le preguntó qué quería que le pintara en el escudo.

—Oye, ¿y el señor de más edad tenía algo que ver con la casa Frey?

El escudo de los Frey tenía castillos, y sus tierras no estaban lejos de allí. Egg puso los ojos en blanco, exasperado.

—Las armas de los Frey son dos torres, ¡torres!, unidas por un puente, azur en campo cenizo. El escudo traía en campo anaranjado tres castillos de sable. ¿Acaso habéis visto un puente?

—No. —«Me habla así para fastidiarme»—. Y la próxima vez que pongas los ojos en blanco te los voy a poner en su sitio de una colleja.

—No pretendía... —Egg parecía arrepentido.

—Me da igual qué pretendieras. Dime quién era y ya está.

—Gormon Peake, el señor de Picaestrella.

—Eso queda en el Dominio, ¿no? ¿De verdad tiene tres castillos?

—Solo en el escudo. Es cierto que la casa Peake poseía tres castillos, pero perdió dos.

—¿Cómo se pierden dos castillos?

—Luchando en el bando del Dragón Negro.

—Ah. —Dunk se sintió muy idiota. «Se trata de eso. Otra vez.»

Durante doscientos años, los descendientes de Aegon el Conquistador y sus hermanas, que habían unido los Siete Reinos y forjado el Trono de Hierro, gobernaron el reino. En los estandartes reales ondeaba el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen, gules sobre sable. Pero hacía dieciséis años Daemon Fuegosuro, uno de los muchos bastardos del rey Aegon IV, se rebeló contra su hermano, hijo legítimo del rey. Daemon también lucía en el blasón el dragón de tres cabezas, pero invirtió los colores, como era costumbre entre los bastardos. Su rebelión terminó en el Prado Hierbarroja, donde cayó junto con sus hijos gemelos bajo una lluvia de flechas de lord Cuervo de Sangre. Los rebeldes que sobrevivieron y se arrodillaron conservaron la vida, aunque perdieron oro, tierras y algunos títulos, y todos tuvieron que entregar rehenes como garantía de su lealtad.

«Tres castillos de sable en campo anaranjado.»

—Ahora me acuerdo. A ser Arlan no le gustaba hablar del Prado Hierbarroja, pero una vez que había bebido me contó cómo murió el hijo de su hermana. —Casi oía de nuevo la voz del anciano y le olía el vino del aliento—. Se llamaba Roger del Árbol de la Moneda. Le reventó la cabeza a mazazos un señor con tres castillos en el escudo.

«Lord Gormon Peake. El anciano no llegó a saber su nombre. O no quiso saberlo.

—Lord Peake, John el Violinista y su cuadrilla no eran ya más que una nube de polvo rojo a lo lejos—. Ocurrió hace dieciséis años. El Pretendiente murió y sus seguidores partieron al exilio o recibieron el perdón. En cualquier caso, no es asunto mío.»

Cabalgaron un rato sin hablar, escuchando solo los graznidos quejumbrosos de las aves. Media legua más adelante, Dunk se aclaró la garganta.

—Ha mencionado a Butterwell. ¿Sus tierras están cerca?

—Al otro lado del lago, señor. Lord Butterwell fue consejero de la moneda del rey Aegon. Daeron lo nombró mano, pero no duró mucho en el cargo. Sus armas son un escudo ondeado de sinople, plata y oro. —A Egg le encantaba lucir sus conocimientos de heráldica.

—¿Es amigo de tu padre?

El chico esbozó una mueca.

—A mi padre nunca le ha caído bien. Durante la rebelión, el hijo segundo de lord Butterwell luchó por el Pretendiente, y el primogénito, por el rey. Así lord Butterwell se aseguraba de estar en el bando vencedor. Él no combatió por ninguno.

—Hay quien lo consideraría prudente.

—Mi padre lo considera cobarde.

«Muy propio de él.» El príncipe Maekar era duro, orgulloso y despectivo.

—Para llegar al camino Real tenemos que pasar por Murosblancos. ¿Por qué no nos llenamos la barriga? —Solo de pensarlo le rugieron las tripas—. Puede que algún invitado a la boda necesite escolta para volver a sus tierras.

—¿No íbamos al norte?

—El Muro lleva ocho mil años en su sitio; seguro que aguanta un poco más. Además, nos quedan mil leguas de trayecto y nos iría bien viajar con un poco más de plata en la bolsa.

Dunk se imaginó a lomos de Trueno, derribando al viejo señor de rostro amargado con tres castillos en el escudo. Estaría bien.

«“Os ha derrotado el escudero de ser Arlan, el chico que sustituyó al que matasteis”, le diría al devolverle las armas y la armadura a cambio del rescate. Al anciano le habría gustado.»

—No estaréis pensando en entrar en liza, ¿no, señor?

—Puede que sea hora.

—No lo es.

—Puede que sea hora de que te dé una buena colleja. —«Solo tengo que ganar dos lances. Si ganara dos rescates y tuviera que pagar solo uno, comeríamos como reyes un año entero»—. Si hay una melé, a lo mejor participo. —Dunk sabía que su fuerza y su altura le serían más útiles en una melé que en las justas.

—En los torneos de bodas no suele haber melés, señor.

—Pero suele haber banquetes, y tenemos un buen trecho por delante. ¿Por qué no empezar con la barriga llena, para variar?

Llegaron al lago cuando el sol estaba ya cerca del horizonte y arrancaba destellos rojos y dorados de las aguas, como si fueran un manto de cobre batido. Al divisar las

torrecillas de la posada asomando tras unos sauces, Dunk volvió a ponerse la sobrevesta sudada y se bajó del caballo para echarse agua en la cara. Se lavó como mejor pudo el polvo del camino y se pasó los dedos mojados por la densa cabellera clareada por el sol. No podía disimular su estatura ni la cicatriz de la mejilla, pero sí esforzarse por no parecer un vulgar caballero ladrón.

La posada era más grande de lo que esperaba: una edificación amplia y extensa, gris, de madera y con torrecillas, la mitad de la cual se alzaba sobre pilotes en el agua. Un camino de tablones irregulares recorría la orilla lodosa hasta el desembarcadero, pero no se veían ni el barco ni el barquero. Al otro lado del camino había un establo con tejado de paja. Un muro de piedra seca rodeaba el patio, pero la puerta estaba abierta. Dentro encontraron un pozo y un abrevadero.

—Ocúpate de los animales, pero que no beban demasiado —ordenó Dunk a Egg—. Voy a pedir algo de comer.

La posadera estaba barriendo la escalera.

—¿Venís a coger el barco? Pues llegáis tarde —lo informó la mujer—. Se está poniendo el sol, y Ned no cruza de noche a menos que haya luna llena. Volverá mañana a primera hora.

—¿Sabéis cuánto cobra?

—Tres peniques por persona y diez por caballo.

—Tenemos dos caballos y un mulo.

—Por los mulos también son diez.

Dunk sacó cuentas mentalmente y le salieron treinta y seis peniques, más de lo que pensaba gastar.

—La última vez que pasé por aquí eran dos por persona y seis por caballo.

—Eso es cosa de Ned, a mí no me contéis. Y si buscáis cama, tampoco tengo. Han llegado las comitivas de lord Shawney y lord Costayne; no cabe ni un alfiler.

—¿Está aquí lord Peake? —«Mató al escudero de ser Arlan»—. Viajaba con lord Cockshaw y John el Violinista.

—Ned los llevó en el último trayecto. —Miró a Dunk de la cabeza a los pies—. ¿Ibais con su grupo?

—No, nos conocimos en el camino. —De las ventanas de la posada salía un olor delicioso, y a Dunk se le hizo la boca agua—. Queríamos probar lo que estáis asando, si no es demasiado caro.

—Es jabalí —explicó la mujer—. Bien pimentado, y servido con cebollas, setas y puré de nabos.

—También nos vale sin los nabos. Nos conformamos con unas tajadas de jabalí y un pichel de vuestra deliciosa cerveza negra. ¿Por cuánto nos saldría? Ah, ¿y nos dejaríais un hueco en el suelo del establo para pasar la noche?

Aquello fue un error.

—Los establos son para los caballos, por eso son establos. Vos sois grande como un caballo, sí, pero solo tenéis dos patas. —Agitó la escoba en su dirección como

para espantarlo—. ¿Qué queréis, que dé de comer a los Siete Reinos? El jabalí es para los huéspedes, y la cerveza, también, que si no luego los señores van diciendo que se me acaba la comida y que se quedan con hambre. El lago está lleno de peces, y hay otros bribones acampados donde los tocones. Caballeros errantes, dicen que son. — Por su tono de voz estaba claro que ella nunca diría que lo eran—. A lo mejor ellos tienen comida de sobra para dar; por mí, estupendo. Venga, venga, fuera, que tengo mucho que hacer.

Entró en la posada y cerró de un portazo antes de que Dunk tuviera tiempo de preguntar dónde quedaban aquellos tocones.

Egg estaba sentado en el abrevadero, con los pies a remojo, y se abanicaba con el sombrero de paja.

—¿Tienen asado, señor? Huele a cerdo.

—Es jabalí —replicó Dunk con voz lúgubre—. Pero ¿quién quiere jabalí? Tenemos un tasajo estupendo.

Egg esbozó una mueca.

—¿Puedo comerme las botas, mejor? Ya me haré otras con el tasajo, que es más duro.

—No, no puedes comerte las botas. —Dunk se esforzó por no sonreír—. Pero como digas una palabra más te vas a comer mi puño. Saca los pies del agua. —Cogió el yelmo cerrado del saco que cargaba el mulo y se lo lanzó a Egg—. Saca agua del pozo y pon a remojo la carne. —Había que sumergir el tasajo un buen rato para poder comerlo sin que les rompiera un diente. Remojado en cerveza sabía mejor, pero tendrían que conformarse con agua—. Pero no lo metas en el abrevadero, que me va a saber a pies.

—Yo creo que hasta estaría más bueno —replicó el chico, moviendo los dedos de los pies, pero obedeció.

No les costó encontrar a los caballeros errantes: Egg divisó el fulgor de la hoguera entre los árboles, a la orilla del lago, y allí se dirigieron tirando de los caballos. El chico llevaba el yelmo de Dunk bajo el brazo y el agua salpicaba a cada paso. El sol no era ya más que un recuerdo rojo en el oeste. Pronto los árboles se volvieron más escasos y se encontraron en lo que otrora debió de ser un bosquecillo de arcianos. De los árboles que allí crecían cuando los hijos del bosque dominaban Poniente solo quedaba un anillo de tocones blancos y una maraña de raíces de color hueso.

Entre los tocones de arciano había dos hombres acucillados junto a una hoguera, pasándose un pellejo de vino. Sus caballos pastaban más allá del claro, y las armas y armaduras estaban apiladas en dos montones ordenados. A cierta distancia se encontraba otro hombre, mucho más joven, sentado con la espalda contra un castaño.

—Bienhadados, señores —los saludó Dunk con voz alegre; no era prudente tomar por sorpresa a un grupo de hombres armados—. Me llaman ser Duncan el Alto, y este muchacho es Egg. ¿Podemos compartir vuestra hoguera?

Un hombre recio de edad mediana, vestido con ropa ajada pero de buena calidad, se levantó para recibirlos. Tenía el rostro enmarcado por unas llamativas patillas pelirrojas.

—Sois alto, sin duda, ser Duncan. Os damos la bienvenida, igual que a vuestro chico... ¿Egg? ¿Qué nombre es ese?

—Uno corto, señor. —Egg sabía que no podía decir a nadie que era el diminutivo de Aegon, y menos a un desconocido.

—Desde luego. ¿Qué te ha pasado en el pelo?

«Larvas —pensó Dunk—. Dile que tenías larvas.» Era la mentira más creíble, lo que contaban más a menudo..., pero a veces a Egg le daba por divertirse con algún juego pueril.

—Me lo he afeitado, señor. Voy a llevar la cabeza pelada hasta que me gane las espuelas.

—Noble promesa. Yo soy ser Kyle, el Gato del Páramo Brumoso. El que está apoyado en el castaño es ser Glendon..., eh..., Ball. Y este es el bueno de ser Maynard Plumm.

Egg aguzó el oído al escuchar el nombre.

—¿Plumm? ¿Sois pariente de lord Viserys Plumm, señor?

—Lejano —confesó ser Maynard, un individuo alto, delgado, cargado de hombros y con el pelo largo y lacio, casi blanco de tan rubio—, aunque dudo que su señoría quiera reconocerlo. Dicen que los Plumm somos como las ciruelas, unos dulces y otros ácidos. Yo soy de los ácidos.

La capa de Plumm era del color violeta de las ciruelas, pero estaba deshilachada por los bordes y mal teñida. Se la sujetaba al hombro con un broche de adularia del tamaño de un huevo. El resto de su ropa era de tela basta parduzca y sucio cuero marrón.

—Tenemos tasajo —ofreció Dunk.

—Ser Maynard tiene un saco de manzanas, y yo traigo huevos y cebollas en salmuera —anunció Kyle el Gato—. ¡Vaya, pero si entre todos tenemos como para un banquete! Sentaos, señor, elegid el tocón más confortable de nuestra excelsa colección. O mucho me equivoco o estaremos aquí hasta media mañana. Solo hay un barco, y no cabemos todos. Los señores y sus comitivas tendrán que cruzar primero.

—Ayúdame con los caballos —pidió Dunk a Egg.

Entre los dos desensillaron a Trueno, Chubasco y Maestre, y tras abrevar y manear a los animales, Dunk aceptó el pellejo que le ofreció ser Maynard.

—Hasta el vino rancio es mejor que nada —comentó Kyle el Gato—. Ya beberemos mejores cosechas en Murosblancos. Dicen por ahí que lord Butterwell

tiene los mejores vinos al norte del Rejo. Fue mano del rey, igual que el padre de su padre, y cuentan que es piadoso y muy muy rico.

—La riqueza le viene de las vacas —intervino Maynard Plumm—. Su blasón debería ser una ubre bien hinchada. Por las venas de los Butterwell corre leche, y los Frey... por ahí les andan. Será un matrimonio entre ladrones de ganado y cobradores de peaje, un enlace entre dos hatajos de cuentamonedas. Cuando se alzó el Dragón Negro, el señor de las vacas envió a un hijo con Daemon y a otro con Daeron para asegurarse de que hubiera un Butterwell en el bando ganador. Los dos murieron en el Prado Hierbarroja, y el pequeño, en la primavera. Por eso contrae matrimonio otra vez: si esta esposa no le da un hijo, el apellido Butterwell morirá con él.

—Y así debería ser. —Ser Glendon Ball volvió a reseguir la espada con la piedra de afilar—. El Guerrero detesta a los cobardes.

Lo dijo con tal desprecio que Dunk lo miró con más atención. Ser Glendon llevaba ropa de buen paño, pero gastada y dispar, como si se la hubieran dado usada. Por debajo del yelmo cónico de hierro asomaban mechones de pelo castaño oscuro. Era bajo y recio, de ojos pequeños y muy juntos, hombros fuertes y brazos musculosos. Tenía las cejas pobladas como dos orugas tras una primavera lluviosa, la nariz protuberante y la mandíbula prominente. Y era joven. Dieciséis años; en cualquier caso, no más de dieciocho. Si ser Kyle no lo hubiera llamado «señor», Dunk lo habría tomado por escudero. En la cara, en vez de patillas tenía granos.

—¿Cuánto hace que sois caballero? —le preguntó.

—Lo suficiente. Medio año, cuando cambie la luna. Ser Morgan Dunstable de la Cascada del Volatinero me calzó las espuelas ante dos docenas de testigos, pero he estado entrenando para la caballería desde que nací. Cabalgaba antes de caminar, y antes de que se me cayeran los dientes de leche ya le había saltado los suyos a un hombre hecho y derecho. Tengo intención de labrarme un nombre en Murosblancos y llevarme el huevo de dragón.

—¿Un huevo de dragón? ¿De verdad? ¿Es el premio para el campeón? —El último dragón había muerto hacía medio siglo, pero ser Arlan había llegado a ver una nidada suya. «Me contó que los huevos eran duros como piedras, pero muy hermosos»—. ¿Cómo es que lord Butterwell tiene un huevo de dragón?

—El rey Aegon se lo regaló al padre de su padre tras pasar una noche en su viejo castillo —explicó ser Maynard Plumm.

—¿Como recompensa por un acto valeroso?

—Según cómo lo miréis. —Ser Kyle soltó una risita—. Al parecer, lord Butterwell tenía tres hijas doncellas cuando llegó su alteza. Por la mañana, cada una llevaba en la barriga un bastardo real. Una noche muy ajetreada, desde luego.

No era la primera vez que Dunk oía rumores como aquel. Por lo visto, Aegon el Indigno se había acostado con la mitad de las doncellas del reino y a todas las había dejado preñadas de bastardos. Y lo peor era que, en su lecho de muerte, el anciano

rey los había legitimado a todos: a los plebeyos nacidos de pastoras, posaderas y prostitutas, y a los Grandes Bastardos, vástagos de damas nobles.

—Si la mitad de lo que se dice fuera cierto, todos seríamos bastardos del rey Aegon.

—¿Y quién nos asegura que no lo somos? —bromeó ser Maynard.

—Tenéis que acompañarnos a Murosblancos, ser Duncan —suplicó ser Kyle—. Seguro que vuestra altura le llama la atención a algún señor; allí podríais encontrar a quien servir. Yo encontraré a alguien, seguro. Joffrey Caswell, el señor de Puenteamargo, estará en la boda; cuando él tenía tres años, yo le fabriqué su primera espada. Se la tallé en pino para que le cupiera en la mano. En mi juventud, fui espada juramentada de su padre.

—¿También era de pino? —inquirió ser Maynard.

Kyle el Gato tuvo la elegancia de reírse.

—Era de buen acero, os lo aseguro. No me importaría volver a ponerla al servicio del centauro. Aunque preferíais no justar, acompañadnos en el banquete, ser Duncan. Habrá bardos, músicos, malabaristas, volatineros y una compañía de enanos bufones.

Dunk frunció el ceño.

—A Egg y a mí nos espera un largo viaje; vamos al norte, a Invernalía. Lord Beron Stark necesita espadas para echar de una vez a los krákenes de sus orillas.

—Demasiado frío para mi gusto —replicó ser Maynard—. Si queréis matar krákenes, dirigíos al oeste. Los Lannister están construyendo una flota para atacar a los hombres del hierro en sus propias islas, a ver si así por fin acaban con Dagon Greyjoy. Combatirlo en tierra es inútil; se escapa al mar y listo. Hay que derrotarlo en el agua.

Sonaba plausible, pero a Dunk no le tentaba la idea de enfrentarse en el mar a los hijos del hierro. Ya había tenido una muestra en la *Dama Blanca*, viajando de Dorne a Antigua, cuando se había enfundado la armadura para ayudar a la tripulación a luchar contra unos saqueadores. Fue una batalla desesperada y sangrienta, y había estado a punto de caer al agua. Ese habría sido su fin.

—El trono debería aprender la lección de los Stark y los Lannister —declaró ser Kyle el Gato—. Ellos al menos pelean, ¿y qué hacen los Targaryen? El rey Aerys se esconde entre sus libros, el príncipe Rhaegel se pasea en pelotas por la Fortaleza Roja, el príncipe Maekar se ha encerrado en Refugio Estival...

Egg estaba atizando la hoguera con un palito para que saltaran las chispas en la oscuridad. Dunk observó con aprobación que no reaccionaba a la mención de su padre. «Está aprendiendo a morderse la lengua; ya era hora.»

—Para mí la culpa la tiene Cuervo de Sangre —prosiguió ser Kyle—. Es la mano del rey, pero no hace nada mientras los krákenes reparten terror y fuego por todo el mar del Ocaso.

—Se pasa la vida mirando a Tyrosh —apuntó ser Maynard, encogiéndose de hombros—. Aceroamargo partió allí al exilio y trama planes con los hijos de Daemon

Fuegoscuro. Por eso no permite que se alejen los barcos del rey, no sea que les dé por cruzar.

—Es posible, pero muchos se alegrarían con el regreso de Aceroamargo —repuso ser Kyle—. Cuervo de Sangre es la raíz de todos nuestros males, el gusano blanco que carcome el corazón del reino.

Dunk frunció el ceño al recordar al septón jorobado de Septo de Piedra.

—Cuidado con lo que decís. Si os acusan de traición, podría costaros la vida.

—¿Cómo va a ser traición la verdad? —preguntó Kyle el Gato—. En tiempos del rey Daeron nadie tenía miedo de decir qué pensaba, ¿y ahora? —Emitió un sonido grosero—. Cuervo de Sangre puso en el trono al rey Aerys, pero ¿por cuánto tiempo? Aerys es débil y, cuando muera, el príncipe Maekar y lord Ríos se enfrentarán por la corona. La mano contra el heredero. Correrá sangre.

—Olvidáis al príncipe Rhaegel, amigo mío —objetó Maynard en tono amable—. Es el siguiente en la línea de sucesión, no Maekar, y tras él van sus hijos.

—Rhaegel es de inteligencia corta. No le deseo mal alguno, pero puede darse por muerto, igual que sus gemelos, aunque no sé si a manos de Maekar y su maza o de Cuervo de Sangre y sus hechizos...

—¡El príncipe Maekar es hermano del príncipe Rhaegel! —«Los Siete se apiaden de nosotros», pensó Dunk al oír la voz aguda de Egg—. Le quiere y nunca le haría daño, ni a él ni a su familia.

—Cállate, chico —le gruñó Dunk—. Estos caballeros no necesitan para nada tu opinión.

—¡Pues hablo si quiero!

—No. Te vas a callar. —«Un día de estos conseguirás que te maten por bocazas. Y a mí, de paso»—. Ese tasajo ya ha estado bastante tiempo a remojo. Saca una tira para nuestros amigos, y date prisa.

Egg se puso rojo como la grana y, por un momento, Dunk se temió que fuera a responder, pero optó por ponerse huraño y tragarse la rabia como solo sabe hacer un niño de once años.

—Sí, señor —respondió al tiempo que metía la mano en el yelmo de Dunk.

Su cabeza afeitada brillaba rojiza a la luz de las llamas cuando les ofreció la carne en salazón. Dunk cogió un trozo y empezó a tirar de él con los dientes. Tras estar a remojo, el tasajo había pasado de madera a cuero, pero nada más. Lo chupó por un extremo y saboreó la sal, tratando de no pensar en el jabalí asado de la posada y en cómo chisporrotearía y chorrearía grasa en el espetón.

A medida que el ocaso se deslizaba hacia la noche, moscas y mosquitos emergían en nubes del lago. Las moscas se concentraron en los caballos, pero los mosquitos preferían la carne humana. La única manera de evitar los picotazos era sentarse cerca del fuego, inhalando el humo. «O me aso o me comen —pensó Dunk, sombrío—. Menuda elección.» Se rascó los brazos y se arrimó a la hoguera.



El pellejo de vino llegó de nuevo a sus manos. Era rancio y fuerte. Bebió un largo trago y lo pasó mientras el Gato del Páramo Brumoso empezaba a contar cómo le había salvado la vida al señor de Puenteamargo durante la rebelión de los Fuegoscurio.

—Cuando cayó el portaestandarte de lord Armond, salté del caballo, aunque estaba rodeado de traidores...

—¿A quiénes llamáis traidores, señor? —preguntó Glendon Ball.

—A los hombres de Fuegoscurio.

Las llamas arrancaron destellos del acero que sostenía ser Glendon. Las marcas de viruela de su rostro brillaron rojas como heridas abiertas, y tenía los tendones tensos como ballestas.

—Mi padre luchó por el Dragón Negro.

«Otra vez», bufó Dunk. La pregunta «¿Rojo o negro?» no se podía decir en voz alta; siempre era fuente de problemas.

—Estoy seguro de que ser Kyle no quería insultar a vuestro padre.

—Claro que no —aseguró ser Kyle—. Lo del Dragón Rojo y el Negro es agua pasada. No nos peleemos por eso, hijo. Aquí somos todos hermanos errantes.

Ser Glendon sopesó las palabras del Gato para asegurarse de que no se burlaba de él.

—Daemon Fuegoscurio no era ningún traidor. El antiguo rey le dio la espada, ¿no? Supo ver lo mucho que valía aunque fuera bastardo. ¿Por qué si no puso a *Fuegoscurio* en su mano y no en la de Daeron? Porque quería entregarle el reino. Daemon era mejor que su hermano.

Se hizo un silencio violento, tan denso que Dunk oía el crepitar de las llamas, igual que sentía los mosquitos correteándole por la nuca. Los mató de una palmada y miró a Egg, deseando con todo su corazón que no abriera la boca.

—Cuando se libró la batalla del Prado Hierbarroja, yo no era más que un niño —intervino al ver que nadie más hablaba—, pero fui escudero de un caballero que luchó con el Dragón Rojo, y más tarde serví a otro que luchó por el Negro. En ambos bandos hubo valientes.

—Valientes —repitió Kyle el Gato sin muchas ganas.

—Héroes. —Glendon Ball dio la vuelta al escudo para mostrarles el blasón que llevaba pintado, una bola de fuego de gules y oro sobre campo de sable—. Por mis venas corre sangre de héroe.

—¡Sois hijo de Bola de Fuego! —exclamó Egg.

Fue la primera vez que vieron sonreír a ser Glendon. Ser Kyle el Gato lo miró con atención.

—¿Cómo es posible? ¿Cuántos años tenéis? Quentyn Ball murió...

—... antes de que yo naciera —confirmó ser Glendon—, pero vuelve a vivir en mí. —Envainó la espada con un chasquido—. Os lo demostraré en Murosblancos, cuando gane el huevo de dragón.

Al día siguiente comprobaron que ser Kyle tenía razón. El barco de Ned no bastaba ni de lejos para transportar a todos los que querían cruzar el lago, así que los señores Costayne y Shawney partieron los primeros con sus cortejos. Necesitaron de varios trayectos, y cada uno duraba un buen rato. La marisma era problemática, había que subir a bordo los caballos y los carromatos y descargarlos al otro lado del lago, y los dos señores perdieron aún más tiempo cuando se enfrentaron a gritos para ver quién debía ir primero. Shawney era mayor, pero Costayne se consideraba de mejor cuna.

Dunk no pudo hacer más que sudar y aguardar.

—Iríamos los primeros si me dejais usar la bota —sostuvo Egg.

—Es posible, pero no vamos a usarla —replicó Dunk—. Lord Costayne y lord Shawney llegaron antes que nosotros, y los dos son señores.

—Señores rebeldes —repuso Egg con una mueca. Dunk frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Lucharon en el bando del Dragón Negro. Bueno, lord Shawney y el padre de lord Costayne. Aemon y yo siempre jugábamos a esa batalla en la mesa verde del maestro Melaquin, con soldaditos pintados y estandartes pequeños. El escudo de Costayne es acuartelado, con un cáliz de plata en campo de sable y una rosa de sable sobre oro. Ese estandarte ondeaba en el flanco izquierdo del ejército de Daemon. Shawney iba con Aceroamargo en el derecho, y quedó tan malherido que estuvo a punto de morir.

—Es agua pasada; ahora están aquí. Se arrodillaron y el rey Daeron los perdonó.

—Sí, pero...

Dunk le selló los labios con dos dedos.

—Cierra el pico.

Egg cerró el pico.

Nada más partir el barco con los últimos hombres de Shawney aparecieron lord y lady Smallwood con su cortejo, así que tuvieron que seguir esperando.

Era obvio que la fraternidad entre los errantes no había sobrevivido a la noche. Ser Glendon se mantenía al margen, arisco y huraño. Kyle el Gato calculó que sería bien entrado el mediodía cuando tuvieran ocasión de embarcarse, así que se alejó de los demás para tratar de congraciarse con lord Smallwood, al que conocía de pasada. Ser Maynard prefirió pasar el rato cotilleando con la posadera.

—A ese no te acerques —le advirtió Dunk a Egg. No confiaba en Plumm—. No lo conocemos, puede que sea un caballero ladrón.

Aquello no hizo más que acrecentar el interés de Egg por ser Maynard.

—Nunca había visto a un caballero ladrón. ¿Creéis que intentará robar el huevo de dragón?

—Seguro que lord Butterwell tiene el huevo bien vigilado. —Dunk se rascó las picaduras del cuello—. ¿Crees que lo exhibirá durante el banquete? Nunca he visto ninguno.

—Os enseñaría el mío, pero está en Refugio Estival.

—¿El tuyo? ¿Tienes un huevo de dragón? —Dunk miró al chico con el ceño fruncido. ¿Estaba tomándole el pelo?—. ¿De dónde salió?

—De un dragón, señor. Me lo pusieron en la cuna.

—¿Quieres que te dé una colleja? Ya no quedan dragones.

—No, pero quedan huevos. El último dragón dejó una nidada de cinco, y hay más en Rocadragón, muy viejos, de antes de la Danza. Mis hermanos también tienen uno cada uno. El de Aerion parece de oro y plata, y está rodeado de vetas de fuego. El mío es blanco y verde, como con remolinos.

—Tu huevo de dragón.

«Se lo pusieron en la cuna. —Dunk estaba tan acostumbrado a Egg que a veces se olvidaba de que Aegon era príncipe—. Pues claro que le pusieron un huevo de dragón en la cuna.»

—No menciones el huevo delante de nadie.

—No soy tan tonto, señor. —Egg bajó la voz—. Algún día volverán los dragones. Mi hermano Daeron lo ha soñado, y el rey Aerys lo leyó en una profecía. A lo mejor el huevo que se abre es el mío. Sería genial.

—¿Tú crees? —Dunk no estaba tan seguro. Egg sí.

—Aemon y yo jugábamos a que nuestros huevos eran los únicos que se abrían. Si eso pasara, podríamos volar a lomos de los dragones como el primer Aegon y sus hermanas.

—Sí, y si mueren todos los caballeros del reino, yo seré lord comandante de la Guardia Real. Si tanto valen esos huevos, ¿por qué lord Butterwell regala el suyo?

—¿Para mostrar al reino lo rico que es?

—Puede. No lo sé.

Dunk volvió a rascarse el cuello y miró a ser Glendon Ball, que estaba apretando las cinchas a la montura mientras esperaba el barco. «Con ese caballo no va a ninguna parte.» Era un rocín de lomo ensillado, pequeño y viejo.

—¿Qué sabes de su padre? ¿Por qué lo llamaban Bola de Fuego?

—Porque tenía el genio vivo y el pelo rojo. Ser Quentyn Ball era el maestro de armas de la Fortaleza Roja; enseñó a luchar a mi padre y a mis tíos, y también a los Grandes Bastardos. El rey Aegon le prometió un puesto en la Guardia Real, así que Bola de Fuego obligó a su mujer a unirse a las hermanas silenciosas. Pero, cuando quedó una vacante, Aegon había muerto, y el rey Daeron prefirió concederle el puesto a ser Willem Wylde. Mi padre dice que Bola de Fuego tuvo tanta culpa de la rebelión como Aceroamargo, porque entre los dos convencieron a Daemon Fuegosuro de que reclamara la corona y Bola de Fuego lo rescató cuando Daeron envió a la Guardia Real a arrestarlo. Luego mató a lord Lefford a las puertas de

Lannisport y obligó al León Gris a refugiarse en la Roca. Acabó con los hijos de lady Penrose uno a uno en el cruce del Mander, aunque dicen que le perdonó la vida al más pequeño como merced a su madre.

—Fue un detalle muy caballeroso —tuvo que reconocer Dunk—. ¿Ser Quentyn murió en el Prado Hierbarroja?

—No, antes. Un arquero le atravesó el cuello con una flecha cuando desmontó para beber agua en un arroyo. Un hombre corriente, no se sabe quién fue.

—Los hombres corrientes se vuelven muy peligrosos cuando se les mete en la cabeza matar a héroes y señores. —Dunk divisó el barco, que se acercaba despacio por el lago—. Ya viene.

—Qué lento. ¿Vamos a Murosblancos, señor?

—¿Por qué no? Me gustaría ver el huevo de dragón. —Dunk sonrió—. Así, si gano el torneo, tendremos un huevo de dragón cada uno. —Egg lo miró, dubitativo—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Os lo diría, señor —respondió el chico con solemnidad—, pero tengo que aprender a cerrar el pico.

Los asientos asignados a los caballeros errantes estaban muy lejos de las mesas de alcurnia, más cerca de las puertas que del estrado.

En comparación con la mayoría de los castillos, Murosblancos era casi nuevo: lo había mandado construir el abuelo del señor hacía apenas cuarenta años. El pueblo llano lo llamaba la Lechería, porque los muros, las torres y los torreones eran de piedra blanca pulida, extraída de las canteras del Valle y transportada por las montañas a un coste muy alto. Los suelos y las columnas eran de mármol blanco con vetas doradas, y las vigas eran troncos de arciano tallados de color hueso. Dunk no podía ni imaginarse cuánto habría costado todo aquello.

Pero el salón no era tan espacioso como otros que había visto. «Por lo menos nos han dejado entrar», pensó mientras ocupaba su lugar en el banco, entre ser Maynard Plumm y Kyle el Gato. Los habían dejado asistir al banquete aun sin invitación, porque daba mala suerte a los desposados negar hospitalidad a un caballero el día de la boda.

Al joven ser Glendon le resultó más difícil pasar.

—Bola de Fuego no dejó hijos —oyó decir Dunk al mayordomo de lord Butterwell en voz bien alta.

La réplica del jovenzuelo fue acalorada y el nombre de ser Morgan Dunstable salió a relucir varias veces, pero el mayordomo no se dejó convencer. Cuando ser Glendon se llevó la mano al pomo de la espada, se presentó una docena de soldados con las lanzas en ristre. Por un momento pareció que iba a correr la sangre, pero lo evitó la intervención de un caballero rubio y corpulento llamado Kirby Pimm. Dunk estaba lejos y no oyó qué decían, pero vio como Pimm rodeaba los hombros del

mayordomo con el brazo y le susurraba algo al oído entre risas. El mayordomo frunció el ceño y le espetó algo a ser Glendon, que se puso rojo como la grana. «Parece a punto de echarse a llorar —pensó Dunk mientras lo miraba—. O de matar a alguien.» Pero, al final, dejaron entrar al joven caballero en el salón del castillo.

El pobre Egg no tuvo tanta suerte.

—El salón principal es para los señores y los caballeros —los informó un criado altanero cuando Dunk intentó pasar con el niño—. En el patio hemos puesto mesas para los escuderos, los mozos de cuadra y los soldados.

«Si tuvieras la más remota idea de quién es, lo sentarías en el estrado, en un trono con cojines.» A Dunk no le había gustado la pinta de los demás escuderos. Había unos pocos chicos de la edad de Egg, pero la mayoría eran mayores, guerreros curtidos que habían decidido hacía ya mucho que era mejor servir a un caballero que serlo. «¿O no tuvieron elección?» Para la caballería no bastaba con ser cortés y hábil con las armas; también hacían falta montura, espada y armadura, y no era barato conseguirlas.

—Cuidado con lo que dices —había aconsejado a Egg antes de dejarlo en semejante compañía—. Son adultos y no les hará ninguna gracia tu insolencia. Siéntate, come y escucha; a lo mejor aprendes algo.

Dunk, por su parte, se alegró de ponerse a resguardo del sol implacable, con una copa de vino frente a él y la oportunidad de llenarse la barriga. Hasta los caballeros errantes se hartaban de masticar cada bocado durante un buen rato. Lejos del estrado servirían platos sencillos, pero seguro que serían abundantes. Dunk estaba encantado de que lo hubieran sentado allí.

Pero, como dice el saber popular, el orgullo del aldeano es la vergüenza del señor.

—¡Este no es mi lugar! —le espetó ser Glendon Ball al criado con tono altanero. Se había puesto un jubón limpio para el banquete, espléndido y muy antiguo, con encaje de hilo de oro en los puños y el cuello, y el cabrio de gules y los bezantes de plata de la casa Ball bordados en el pecho—. ¿Sabéis quién era mi padre?

—Un noble caballero y un señor muy poderoso, no me cabe duda —replicó el sirviente—, pero lo mismo puede decirse de muchos presentes. Sentaos o marchaos, señor. A mí me es indiferente.

Al final, el joven se sentó con ellos lejos del estrado, con semblante hosco, mientras el salón alargado de paredes blancas iba llenándose de caballeros que ocupaban los bancos. Dunk no se esperaba que hubiera tantos asistentes, y el aspecto de algunos dejaba patente que venían de muy lejos. Egg y él no se habían sentado entre tantos señores y caballeros desde los acontecimientos de la dehesa de Vado Ceniza, y era imposible saber quién iba a aparecer por la puerta.

«Deberíamos habernos quedado errando por los caminos y durmiendo bajo los árboles. Si alguien me reconoce...»

Por suerte para Dunk, un criado dejó una hogaza de pan negro ante cada comensal y distrajo la atención de los asistentes. Dunk partió la hogaza en dos, sacó la miga de

una mitad para fabricarse un cuenco y se comió la otra. Estaba correoso, pero en comparación con el tasajo era blando como natillas. Por lo menos no había que remojarlo en cerveza, leche o agua para hincarle el diente.

—Sois blanco de muchas miradas, ser Duncan —observó ser Maynard Plumm mientras lord Vyrwel y su séquito pasaban por su lado al desfilar hacia los lugares de honor, en el extremo opuesto de la sala—. Esas jovencitas del estrado no os quitan los ojos de encima. Seguro que nunca han visto a nadie tan alto; hasta sentado sacáis media cabeza a cualquiera de los presentes.

Dunk se encorvó. Estaba acostumbrado a las miradas, pero seguían sin gustarle.

—Que miren.

—¿Veis aquel de allí, el que está justo debajo del estrado? Es el Viejo Toro. —Ser Maynard apuntó con el dedo—. Dicen que tiene un tamaño impresionante, pero lo único grande que yo le veo es la barriga. A su lado sois un gigante.

—Muy cierto, señor —intervino otro compañero de banco, un tipo cetrino y taciturno ataviado de verde y gris. Los ojos, pequeños y muy juntos, brillaban con astucia bajo las cejas finas y arqueadas. La barba negra bien recortada que le enmarcaba la boca compensaba las entradas del pelo—. En un campo como este, solo vuestro tamaño ya debe de convertirnos en uno de los contrincantes más fuertes.

—¿No iba a venir la Bestia de Bracken? —preguntó un comensal sentado unos sitios más allá.

—No creo —replicó el de verde y gris—. Es una justa sin importancia para celebrar las nupcias de su señoría; un lance en el patio para dar paso al lance en la cama. Por una cosilla así, la gente de la talla de Otho Bracken ni se inmuta.

Ser Kyle el Gato bebió un sorbo de vino.

—Me juego lo que sea a que mi señor de Butterwell tampoco participa en las justas. Animará a sus campeones desde su palco en la sombra.

—Pues los verá caer —alardeó ser Glendon Ball— y al final tendrá que darme el huevo.

—Ser Glendon es hijo de Bola de Fuego —explicó ser Kyle a su interlocutor—. ¿Nos haríais el honor de decirnos vuestro nombre, señor?

—Soy ser Uthor Underleaf, hijo de alguien sin importancia. —La vestimenta de Underleaf era de buen paño, limpia y cuidada, pero sencilla. Se sujetaba la capa con un broche de plata en forma de caracol—. Ser Glendon, si la lanza es el espejo de la lengua, podríais derribar hasta a este corpulento caballero.

Ser Glendon miró a Dunk mientras les servían el vino.

—No me importa su altura. Si nos enfrentamos, caerá.

Dunk observó como el criado le llenaba la copa.

—Se me da mejor la espada que la lanza —reconoció—, y mejor aún el hacha de guerra. ¿Habrá melé?

Su tamaño y su fuerza le serían útiles en una melé, y sabía que se defendería bien. En una justa, la cosa cambiaba.

—¿Una melé? ¿En una boda? —repuso ser Kyle, horrorizado—. No sería muy apropiado.

—El matrimonio ya es una melé —comentó ser Maynard con una risita—. Preguntadle a cualquiera que esté casado.

—Solo habrá justas, lo siento —confirmó ser Uthor, sonriente—. Pero, además del huevo de dragón, lord Butterwell ha prometido treinta dragones de oro para el que pierda el último lance, y diez para los caballeros que caigan en la ronda anterior.

«Diez dragones, no está mal. —Con diez dragones podría comprarse un palafrén, y así solo tendría que montar a Trueno en combate. Diez dragones bastarían para conseguirle una armadura a Egg y para comprar un pabellón de caballero con el árbol y la estrella fugaz bordados—. Diez dragones equivalen a jamón, ganso asado y empanada de pichón.»

—Luego están los rescates que cobran los ganadores de cada lance —siguió ser Uthor al tiempo que vaciaba la hogaza de pan—, y tengo oído que se cruzan apuestas. A lord Butterwell no le gusta correr riesgos, pero algunos invitados sí apuestan fuerte.

Apenas había acabado la frase cuando Ambrose Butterwell entró al son de una fanfarria de trompetas procedente de la galería de los trovadores. Dunk se puso en pie con los demás mientras Butterwell llevaba del brazo a su flamante esposa hasta el estrado, caminando por una alfombra estampada de Myr. La muchacha tenía quince años y acababa de florecer; su señor esposo, cincuenta, y acababa de enviudar. Ella era rosa; él era gris. La joven arrastraba tras de sí la capa de desposada, que lucía ondas verdes, blancas y amarillas, y parecía una prenda tan pesada y calurosa que Dunk no entendía cómo podía aguantarla. Lord Butterwell también parecía pesado y caluroso, con la papada temblorosa y el pelo rubio clarísimo que empezaba a ralear.

El padre de la novia los seguía de la mano de su joven hijo. Lord Frey del Cruce era un señor esbelto y elegante vestido de azul y gris, y su heredero, un chiquillo de cuatro años sin mentón y con los mocos colgando. Tras él desfilaron los señores Costayne y Risley con sus esposas, hijas de lord Butterwell y su primera mujer. Los seguían las hijas de Frey con sus maridos, y luego, lord Gormon Peake y los señores Smallwood y Shawney, así como varios señores menores y caballeros hacendados. Dunk distinguió a John el Violinista y a Alyn Cockshaw. Lord Alyn parecía ya un tanto borracho, aunque el banquete estaba por comenzar.

Cuando todos se hubieron sentado, la mesa del estrado acabó tan abarrotada como los bancos. Lord Butterwell y su esposa ocuparon un trono doble de roble recubierto de oro con mullidos cojines de plumas, y los demás se acomodaron en sillas altas de brazos tallados en formas caprichosas. Tras ellos colgaban de las vigas dos enormes estandartes: las torres gemelas de los Frey, azur sobre campo de plata, y el ondeado de sinople, plata y oro de los Butterwell.

Lord Frey fue el encargado de abrir el brindis.

—¡Por el rey! —empezó con sencillez.

Ser Glendon alzó la copa de vino por encima del aguamanil. Dunk chocó la suya contra ella, contra la de ser Uthor y contra las demás copas, y bebieron.

—¡Por lord Butterwell, nuestro preciado anfitrión! —brindó Frey a continuación—. ¡Larga vida y muchos hijos le dé el Padre! —Volvieron a beber—. ¡Por lady Butterwell, la doncella desposada, mi querida hija! ¡Fertilidad le conceda la Madre! —Frey sonrió a la niña—. Quiero un nieto antes de que termine el año, y si son gemelos, mejor. Bate bien la mantequilla esta noche, cariño.

Las risotadas retumbaron contra las vigas y los invitados bebieron una vez más. Era un vino tinto, dulce y espeso.

—Por la mano del rey, Brynden Ríos —exclamó lord Frey a continuación—. Que la lámpara de la Vieja ilumine su camino hacia la sabiduría.

Alzó la copa y bebió, imitado por lord Butterwell, su esposa y el resto de los ocupantes del estrado. Abajo, ser Glendon derramó el contenido en el suelo.

—Qué desperdicio de vino —señaló Maynard Plumm.

—No brindo por matasangres —replicó ser Glendon—. Lord Cuervo de Sangre es un hechicero y un bastardo.

—Nació bastardo —le concedió ser Uthor—, pero su regio padre lo legitimó en su lecho de muerte.

Ser Uthor bebió un largo trago, igual que ser Maynard y varios comensales, pero otros tantos bajaron la copa o la vaciaron como Ball. A Dunk le pesaba la suya en la mano. «¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Mil y un ojos.» Siguieron muchos más brindis, unos propuestos por lord Frey y otros por los demás nobles. Se bebió en honor del joven lord Tully, señor de lord Butterwell, que se había disculpado por no poder asistir. Se bebió a la salud de Leo Largaespina, señor de Altojardín, quien al parecer estaba enfermo. Se bebió en memoria de los valientes ya muertos. «Sí, por ellos brindaré de buena gana», pensó Dunk al recordarlos.

El último brindis lo pronunció ser John el Violinista.

—¡Por mis valerosos hermanos! ¡Sé que esta noche sonríen!

Dunk no quería beber mucho, pues a la mañana siguiente se celebraban las justas, pero tras cada brindis volvían a llenarles las copas, y además tenía sed. «Nunca rechaces una copa de vino ni un cuerno de cerveza. Puede que pase un año antes de que veas otro», le advirtió ser Arlan en cierta ocasión.

«Además, sería una descortesía no brindar por los novios —se dijo—. Y una temeridad no beber por el rey y su mano, estando rodeado de desconocidos.»

Por suerte, el brindis del Violinista fue el último. Lord Butterwell se levantó trabajosamente para darles las gracias por su asistencia y prometió ofrecerles buenas justas al día siguiente.

—¡Que comience el banquete!



En el estrado se sirvió cochinillo, pavo real asado decorado con sus plumas y un gigantesco lucio rebozado en almendra molida, pero ninguno de esos platos llegó a las mesas de menor rango. En vez de cochinillo comieron cerdo en salazón bañado en leche de almendras con un delicioso aderezo de pimienta. En lugar de pavo real les sirvieron capones crujientes y tostados rellenos de cebolla, hierbas, setas y castañas asadas. El lucio se trocó por rodajas de bacalao envueltas en masa de hojaldre acompañadas de una salsa oscura y deliciosa que Dunk no supo identificar. También llegaron a la mesa fuentes de gachas de guisantes, nabos con mantequilla, zanahorias bañadas en miel y un queso azul que despedía un olor tan fuerte como Bennis del Escudo Pardo. Dunk comió bien, pero sin dejar de preguntarse qué le estarían sirviendo a Egg en el patio. Por si acaso, se guardó medio capón en el bolsillo de la capa, así como unos pedazos de pan y un poco de queso maloliente.

El son animoso de flautas y violines amenizó la comida, y las conversaciones versaron sobre las justas que tendrían lugar al día siguiente.

—Ser Franklyn Frey tiene mucha fama a lo largo del Forca Verde —comentó Uthor Underleaf, que por lo visto conocía bien a los héroes locales—. Es aquel que está en el estrado, el tío de la novia. Lucas Nayland ha venido desde el Pantano de la Bruja; hay que tenerlo en cuenta, así como a ser Mortimer Boggs, de Punta Zarpa Rota. Por lo demás, es un torneo para caballeros solariegos y héroes locales. Kirby Pimm y Galtry el Verde son los mejores, aunque ninguno puede rivalizar con el yerno de lord Butterwell, Tom Heddle el Negro. Mal bicho, por cierto. Se dice que consiguió la mano de la hija mayor del señor porque mató a tres de sus pretendientes, y una vez derribó al señor de Roca Casterly.

—¿Cómo? ¿Al joven lord Tybolt? —preguntó ser Maynard.

—No, al viejo León Gris, el que murió en la primavera.

Así se hablaba de aquellos a los que se había llevado la peste de la gran primavera: «murió en la primavera». En la primavera habían perecido decenas de miles de personas, entre ellas el rey y dos príncipes.

—No nos olvidemos de ser Buford Bulwer —apuntó Kyle el Gato—. El Viejo Toro mató a cuarenta hombres en el Prado Hierbarroja.

—La cuenta sube cada año —añadió ser Maynard—. Bulwer ya no es rival, no hay más que verlo: pasa de los sesenta, está gordo y fofo, y casi no ve por el ojo derecho.

—No os molestéis en buscar al campeón por la sala —pronunció una voz detrás de Dunk—. Lo tenéis ante vosotros, señores. Miradme y admiradme.

Dunk se giró y vio a ser John el Violinista plantado detrás de él con media sonrisa en los labios. Vestía un jubón de seda blanca con mangas acuchilladas con forro de raso rojo, tan largas que las puntas le llegaban hasta las rodillas. Llevaba al cuello una pesada cadena de plata con amatistas incrustadas, enormes y oscuras, que le hacían juego con los ojos.

«Esa cadena vale más que todo lo que poseo», pensó Dunk.

El vino le había arrebolado las mejillas a ser Glendon y le había inflamado las espinillas.

—¿Quién sois vos para presumir así?

—Me llaman John el Violinista.

—¿Músico o guerrero?

—Soy capaz de arrancar notas dulces tanto de la lanza como del arco resinado. Toda boda necesita de un bardo y todo torneo necesita de un caballero misterioso. ¿Os importa si me siento con vosotros? Butterwell ha tenido la amabilidad de colocarme en el estrado, pero prefiero la compañía de otros caballeros errantes como yo a la de señores viejos y damas gordas y peponas. —El Violinista le dio a Dunk una palmada en el hombro—. Dejadme sitio, ser Duncan, haced el favor.

—Llegáis tarde para la comida, señor —apuntó Dunk al tiempo que se echaba a un lado.

—No importa, sé dónde están las cocinas de Butterwell. Pero espero que quede algo de vino.

El Violinista olía a lima y a naranja, con un toque de especias orientales exóticas. ¿Nuez moscada, quizá? Dunk no habría sabido decirlo. ¿Qué entendía él de nueces moscadas?

—Tanta fanfarronería es impropia —le espetó ser Glendon al Violinista.

—¿De veras? En tal caso os pido perdón, señor. No me gustaría ofender a un vástago de Bola de Fuego.

Aquello cogió por sorpresa al joven.

—¿Sabéis quién soy?

—Supongo que el hijo de vuestro padre.

—¡Mirad, el pastel de boda! —intervino ser Kyle el Gato.

Seis pinches de cocina franqueaban la puerta con el carrito de la tarta. Era marrón, inmensa y de aspecto crujiente, y del interior se escapaban ruidos: graznidos, gorjeos y golpes. Lord y lady Butterwell bajaron del estrado al encuentro del pastel, espada en mano. Cuando lo cortaron, medio centenar de pájaros salió de dentro en desbandada y echó a revolotear por la estancia. En otros banquetes nupciales a los que había asistido Dunk, de los pasteles salían palomas o pájaros cantores, pero en aquel había urracas azules y alondras, palomas y pichones, ruiseñores y sinsontes, gorriones diminutos y un loro rojo de gran tamaño.

—Veintiún tipos de pájaros —anunció ser Kyle.

—Veintiún tipos de excrementos —repuso ser Maynard.

—No tenéis poesía en el corazón.

—Vos tenéis una cagada en el hombro.

—Así se rellena un pastel —replicó ser Kyle, desdeñoso, al tiempo que se limpiaba la sobrevesta—. El pastel de boda simboliza el matrimonio, y un matrimonio comporta toda clase de cosas: alegría y pesar; dolor y placer; amor,

lujuria y lealtad. Así que es acertado que se rellene con muchas especies de pájaros. Cuando un hombre se casa, nunca sabe con seguridad qué le aportará su esposa.

—Un coño —señaló Plumm—. Si no, ¿para qué se casa?

Dunk se levantó.

—Tengo que salir a tomar el aire. —En realidad necesitaba orinar, pero en tan refinada compañía le pareció más educado hablar del aire—. Disculpadme un momento, por favor.

—Daos prisa en volver —observó el Violinista—. Aún faltan los malabaristas, y no querréis perderos el encamamiento.

El viento nocturno azotó el rostro de Dunk como la cola de un enorme animal. El suelo de tierra prensada del patio se movía bajo sus pies... o quizá era él quien se tambaleaba.

Ya habían instalado la liza en el centro del patio de armas. La tribuna, de madera y con cojines, tenía tres pisos y se alzaba junto a la muralla para que lord Butterwell y sus nobles invitados se sentaran a la sombra. En ambos extremos de la liza habían plantado las tiendas donde los caballeros se pondrían la armadura, y al lado se encontraban las lanceras. El viento agitó los estandartes y a Dunk le llegó el olor a lechada de la barrera del palenque. Partió en busca del patio interior. Si quería entrar en liza, tenía que encontrar a Egg y mandarlo al maestro de justas para que lo inscribiera en el torneo; eso era tarea del escudero.

Pero no conocía Murosblancos, de modo que se perdió y acabó junto a las perreras; los animales captaron su olor y empezaron a ladrar y a aullar. «Quieren tirárame al cuello —pensó—. O quitarme el capón que llevo en el bolsillo.» Volvió por donde había llegado. Pasado el septo se cruzó con una mujer que corría entre risas, jadeante, perseguida por un caballero calvo que no paraba de tropezar y caer, hasta que ella acabó por detenerse y ayudarlo a ponerse en pie.

«Debería entrar en el septo y pedir a los Siete que me adjudicaran a ese caballero como primer adversario —pensó Dunk; pero no habría sido muy piadoso—. Lo que necesito no es un septo, sino un seto para mear. —Divisó unos arbustos tras un tramo de peldaños blanquecinos—. Ahí mismo.» Se abrió camino entre las matas y se desanudó los calzones; tenía la vejiga a punto de estallar, y la meada fue larga.

Por encima de él, donde terminaba la escalera, se abrió una puerta. Dunk oyó pisadas en los peldaños y un roce de botas en la piedra.

—... mierda de banquete que nos habéis servido. Sin Aceroamargo...

—A Aceroamargo que le den por culo —replicó una voz conocida—. No se puede confiar en ningún bastardo, ni siquiera en él. Unas cuantas victorias lograrán que cruce el mar.

«Lord Peake.» A Dunk se le cortó la respiración y la orina.

—Hablar de victorias es fácil; obtenerlas, no tanto. —El segundo interlocutor tenía la voz más grave que Peake, un rugido ronco con un deje airado—. El viejo

Sangre de Leche quería que el chico la tuviera, y a los demás les pasará lo mismo. No se puede compensar con palabrería y encanto.

—Pero sí con un dragón. El príncipe dice que el huevo se abrirá, que lo soñó, igual que soñó que sus hermanos iban a morir. Con un dragón vivo tendremos tantas espadas como queramos.

—Un dragón es una cosa, y un sueño es otra muy diferente. Ya os digo yo que Cuervo de Sangre no va por ahí soñando. Necesitamos un guerrero, no un soñador. ¿El muchacho es hijo de su padre, sí o no?

—Vos cumplid vuestra parte y ya me ocuparé yo de eso. Cuando tengamos el oro de Butterwell y las espadas de la casa Frey, Harrenhal se unirá a nosotros, y después los Bracken. Otho sabe que no puede...

Las voces se perdieron en la distancia, y Dunk siguió meando. Se sacudió y se ató los calzones.

—Hijo de su padre —murmuró. «¿De quién hablaban? ¿Del hijo de Bola de Fuego?»

Cuando salió de debajo de las escaleras, los dos señores se encontraban ya al otro lado del patio. Le entraron ganas de gritarles para ver quiénes eran, pero se lo pensó mejor: estaba solo y desarmado, y encima medio borracho. «O más que medio.» Se quedó un momento de pie, con el ceño fruncido, y luego volvió al salón.

Ya se había servido el último plato y las actuaciones estaban en marcha. Una hija de lord Frey había empezado a tocar «Dos corazones que laten como uno» al arpa alta, sin mucho talento. Los malabaristas se lanzaban antorchas encendidas y unos acróbatas daban volteretas en el aire. El sobrino de lord Frey empezó a cantar «El oso y la doncella» mientras ser Kirby Pimm marcaba el ritmo en la mesa con una cuchara de madera. Otros los acompañaron, y pronto todos los presentes se encontraron berreando «Había un oso, un oso, ¡un oso! Era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso!». Lord Caswell perdió el conocimiento y cayó de bruces en la mesa en medio de un charco de vino, y lady Vyrwel empezó a llorar, aunque nadie sabía por qué.

Y el vino no dejó de correr. Los generosos tintos del Rejo dieron paso a cosechas locales, o al menos eso dijo el Violinista; Dunk, desde luego, no notaba la diferencia. También se sirvió hipocrás, y tuvo que probarlo. «Puede que pase un año antes de que vuelva a beber de esto.» Los demás caballeros errantes, todos ellos excelentes muchachos, habían empezado a charlar de mujeres a las que conocían, y a Dunk le dio por preguntarse dónde estaría Tanselle en aquel momento. Lo que sí sabía era dónde estaba lady Rohanne: en Fosofrío, en la cama con el anciano ser Eustace, que estaría moviendo los bigotes al compás de los ronquidos, así que trató de no pensar en ella. «¿Y ellas pensarán en mí alguna vez?»

Tan melancólicas ensoñaciones se vieron interrumpidas de sopetón cuando un grupo de enanos pintarrajeados salió en tropel de la barriga de un cerdo de madera sobre ruedas. Empezaron a perseguir al bufón de lord Butterwell y a golpearlo con

vejigas de puerco hinchadas que emitían un sonido grosero cada vez que acertaban. Hacía años que Dunk no veía nada tan gracioso y rio de buena gana junto con todos los presentes. Al hijo de lord Frey le resultaron tan cómicos que decidió unirse al juego, así que le quitó la vejiga a un enano y se dedicó a aporrear a los invitados. El niño tenía la risa más irritante que Dunk había oído jamás, como un hipido agudo, tan chillón que le entraron ganas de darle unos azotes o de arrojarlo a un pozo. «Como me dé con la vejiga, no prometo nada.»

—Ese muchachito es el responsable de la boda —comentó ser Maynard cuando el mocoso sin mentón pasó chillando junto a ellos.

—¿Y eso? —El Violinista sostuvo en alto la copa de vino vacía para que un criado se la llenara al pasar.

Ser Maynard echó una mirada al estrado; la novia estaba introduciéndole cerezas en la boca a su marido.

—El señor no va a ser el primero en untar su mantequilla en ese bollo. Se comenta que a la novia la desfloró un pinche en Los Gemelos; al parecer la chica bajaba a hurtadillas a las cocinas para encontrarse con él. Por desgracia, una noche su hermanito la siguió, y cuando los vio haciendo la bestia de dos lomos empezó a berrear. Acudieron los cocineros y los guardias, y se encontraron a mi señora yaciendo con el pinche en la mesa donde se amasaba el pan, desnudos como en su día del nombre y enharinados de arriba abajo.

«No es posible», pensó Dunk. Lord Butterwell tenía muchas tierras y calderos de oro reluciente, ¿por qué iba a casarse con una chica mancillada por un pinche de cocina y encima regalar un huevo de dragón para celebrarlo? Los Frey del Cruce no eran más nobles que los Butterwell. En vez de vacas tenían el puente, pero ahí terminaban las diferencias. Era imposible entender a los señores. Mientras comía nueces, Dunk meditó sobre lo que había oído cuando estaba orinando. «En lo que te pareció oír, querrás decir, seso de borracho.» Se bebió otra copa de hipocrás, porque la primera le había gustado mucho, y luego recostó la cabeza en los brazos y cerró los ojos un momento para aliviarse el picor del humo.

Cuando volvió a abrirlos, la mitad de los invitados estaban en pie y gritaban: «¡A encamarlos! ¡A encamarlos!». Armaban tanto alboroto que habían arrancado a Dunk de un maravilloso sueño con Tanselle la Titana y la Viuda Roja. «¡A encamarlos! ¡A encamarlos!», se oía por todas partes. Dunk se incorporó y se frotó los ojos.

Ser Franklyn Frey tenía en brazos a la novia y la llevaba por el pasillo, acompañado por un enjambre de hombres y niños. En la mesa del estrado, las damas habían rodeado a lord Butterwell. Lady Vyrwel, recuperada ya de sus pesares, intentaba levantarlo de la silla, mientras una de sus hijas le desataba los cordones de las botas y una Frey le quitaba la sobrevesta. Butterwell se debatía sin demasiada convicción, entre carcajadas. Dunk advirtió que estaba borracho, y ser Franklyn, más

borracho todavía, tanto que casi se le cayó la novia. Antes de que Dunk pudiera reaccionar, John el Violinista lo obligó a ponerse en pie.

—¡Eh, aquí! —gritó—. ¡Que la lleve el gigante!

Cuando se dio cuenta estaba subiendo las escaleras de la torre con la novia retorciéndose entre sus brazos. Nunca entendería cómo se las arregló para mantenerse en pie. La chica no se estaba quieta, y los hombres le quitaban la ropa mientras bromeaban sobre enharinarla y amasarla. Los enanos también se apuntaron al encamamiento y correteaban en torno a las piernas de Dunk entre gritos y risas, golpeándole las pantorrillas con las vejigas, mientras él hacía equilibrios para no tropezar con ellos.

Dunk no tenía ni la más remota idea de dónde estaba el dormitorio de lord Butterwell, pero los demás lo guiaron a empujones y tirones, y llegaron con la novia sonrojada, muerta de risa y casi desnuda: solo llevaba la media izquierda, que había sobrevivido al ascenso. Dunk también estaba rojo como la grana, y no por el esfuerzo. Cualquiera habría podido ver que estaba excitado; por suerte, solo tenían ojos para la novia. Lady Butterwell no se parecía en nada a Tanselle, pero llevarla en brazos medio desnuda le había hecho pensar en ella. «La llamaban Tanselle la Titana por lo alta que era, pero no era demasiado alta para mí. —¿Volvería a verla algún día? A veces, por la noche, sentía como si ella solo hubiera sido un sueño—. No, Tocho, lo que soñaste fue que le gustabas.»

El dormitorio de lord Butterwell era amplio y espléndido: los suelos estaban tapizados con alfombras myrienses, cientos de velas aromáticas ardían en los rincones, y junto a la puerta reposaba una armadura con incrustaciones de oro y gemas. Hasta tenía retrete, que ocupaba una recámara de piedra de la pared exterior.

Dunk soltó por fin a la novia en el tálamo, y un enano aprovechó para subirse de un salto y acariciarle un pecho. La chica lanzó un chillido, los hombres rugieron de risa, y Dunk agarró al enano por el cuello del jubón y se lo llevó pataleando. Justo cuando se disponía a arrojarlo por la puerta vio el huevo de dragón.

Lord Butterwell lo había colocado en un cojín de terciopelo negro sobre un soporte de mármol. Era más grande que un huevo de gallina, pero no tanto como se había imaginado. La superficie estaba cubierta de escamas rojas muy finas que refulgían como joyas a la luz de las velas y las lámparas. Dunk soltó al enano y cogió el huevo solo para ver qué tacto tenía. Pesaba más de lo que aparentaba. «Se podría usar para romperle la cabeza a alguien y la cáscara ni se agrietaría.» Las escamas eran suaves, y el rojo oscuro, intenso, destellaba cuando le dio vueltas en las manos. «Sangre y llamas», pensó, pero también tenía motas doradas y remolinos de negro profundo como la noche.

—¡Eh, señor! ¿Qué diantres hacéis?

Un caballero corpulento al que no conocía lo miraba amenazador; tenía la barba negra como el carbón y la cara llena de forúnculos, pero lo que le llamó la atención fue su voz, grave y cargada de ira.

«Es el que iba con Peake.»

—Soltad eso, y tened la bondad de apartar esas sucias manos de los tesoros de su señoría o por los Siete juro que lo lamentaréis.

El otro caballero no estaba ni con mucho tan borracho como Dunk, así que lo más sensato era obedecer. Depositó el huevo en el cojín, cuidadoso, y se limpió los dedos en la manga.

—No iba a hacer nada, señor.

«Dunk el Tocho, seso de corcho.» Pasó por delante de él y salió de la estancia.

En la escalera había mucho ruido: gritos alegres, risitas femeninas. Las mujeres llevaban a lord Butterwell al encuentro de su esposa. Dunk no sentía el menor deseo de tropezarse con ellas, así que subió en vez de bajar y acabó en la plataforma de la torre, bajo las estrellas, en medio del castillo, que desprendía un brillo tenue a la luz de la luna.

Estaba mareado por el vino, así que apoyó la espalda en el pretil.

«¿Voy a vomitar? —¿Cómo se le había ocurrido tocar el huevo de dragón? Se acordó del espectáculo de marionetas de Tanselle y del dragón de madera con el que habían empezado todos los problemas de Vado Ceniza. Y lo invadió un sentimiento de culpa, como siempre—. Tres hombres buenos murieron para que un caballero errante no perdiera un pie. —No tenía sentido ni lo había tenido jamás—. Aprende la lección, Tocho. Alguien de tu ralea no debe meterse en los asuntos de los dragones ni en los de sus huevos.»

—Parece de nieve, ¿verdad?

Dunk se dio la vuelta. John el Violinista estaba detrás de él, sonriente, envuelto en seda e hilo de oro.

—¿El qué parece de nieve?

—El castillo, la piedra blanca a la luz de la luna... ¿Habéis estado alguna vez al norte del Cuello, ser Duncan? Me han contado que allí nieva hasta en verano. ¿Habéis visto el Muro?

—No, mi señor. —«¿Por qué me pregunta por el Muro?»—. Hacia allí íbamos Egg y yo. Al norte, a Invernalía.

—Me gustaría acompañaros. Así no me perdería.

—¿Perderos? —Dunk frunció el ceño—. Pero si solo hay que seguir el camino Real. Si no os salís del camino y avanzáis rumbo norte, es imposible que os perdáis.

El Violinista se echó a reír.

—Ya, claro... Aunque ni os imagináis las cosas que pierden algunos. —Se dirigió al pretil y contempló el castillo—. Se dice que los norteños son unos salvajes, que allí los bosques están llenos de lobos.

—Eh... ¿A qué habéis venido aquí arriba, mi señor?

—Alyn andaba buscándome, y no tenía ganas de que me encontrara. Cuando bebe se pone insoportable. Os he visto salir del dormitorio de los horrores y he preferido seguiros. He tomado mucho vino, sí, pero no tanto como para que me apetezca ver

desnudo a Butterwell. —Dirigió a Dunk una sonrisa enigmática—. He soñado con vos, ser Duncan. Antes de que nos conociéramos. Cuando nos cruzamos en el camino y os vi la cara, os reconocí; fue como encontrarse con un viejo amigo.

Dunk tuvo una extraña sensación, como si aquello ya lo hubiera oído antes. «Me dijo: “He soñado con vos. Mis sueños no son como los vuestros, ser Duncan. Los míos son verdad”».

—¿Que habéis soñado conmigo? —El vino le trababa la lengua—. ¿Y cómo era el sueño?

—Soñé que ibais de blanco de la cabeza a los pies y llevabais una larga capa también blanca en esos hombros tan anchos. Erais un espada blanca, señor, un hermano juramentado de la Guardia Real, el mejor caballero de los Siete Reinos, y solo vivíais para proteger, servir y complacer a vuestro rey. —Le puso una mano en el hombro—. Y vos habéis soñado lo mismo, estoy seguro.

Era cierto. «La primera vez que el anciano me dejó coger su espada.»

—No hay niño que no sueñe con servir en la Guardia Real.

—Pero solo siete consiguen la capa blanca cuando crecen. ¿No os gustaría ser uno de ellos?

—¿Yo? —Dunk se sacudió la mano del joven señor, que había empezado a masajearle el hombro—. Sí. O no, no sé. —Los caballeros de la Guardia Real servían de por vida y juraban no tomar esposa ni poseer tierras. «Puede que algún día encuentre a Tanselle. ¿Por qué no voy a tener mujer e hijos?»—. ¿Qué más da lo que sueñe? El que nombra a los caballeros de la Guardia Real es el rey.

—Supongo que entonces tendré que tomar el trono. Lástima, me habría gustado más enseñaros a tocar mi instrumento.

—Estáis borracho. —Y el cuervo llamó negro al grajo.

—Sí, borracho y feliz. El vino lo vuelve todo posible, ser Duncan. De blanco pareceríais un dios, pero, si no os gusta ese color, ¿preferiríais un señorío?

Dunk estalló en una carcajada.

—No, me gustaría que me salieran alas azules para poder volar. Tanto me da pedir una cosa como la otra.

—Os burláis de mí. Un buen caballero no se burlaría de su rey. —El Violinista parecía dolido—. Espero que confiéis más en mí cuando veáis salir al dragón del huevo.

—¿Saldrá un dragón del huevo? ¿Un dragón vivo? ¿Dónde? ¿Aquí?

—Lo he soñado todo: este castillo blanco, vos, un dragón que rompía el cascarón... Lo he soñado todo, igual que soñé la muerte de mis hermanos. Tenían doce años y yo solo siete; se rieron de mí, y murieron. Ahora tengo veintidós y creo en mis sueños.

Dunk recordó otro torneo; recordó el paseo que dio con un príncipe bajo la suave lluvia primaveral. «He soñado con vos y con un dragón muerto —le había dicho Daeron, el hermano de Egg—. Una bestia enorme, con las alas tan grandes como este



prado. Se os había desplomado encima, pero vos seguíais con vida y el dragón estaba muerto.» Y así fue. ¡Pobre Baelor! Los sueños eran cimientos traicioneros.

—Como digáis, mi señor —contestó al Violinista—. Ahora disculpadme, por favor.

—¿Adónde vais?

—A la cama, a dormir. Estoy como un perro borracho.

—Podéis ser mi perro. La noche está llena de promesas... Aullemos juntos hasta despertar a los dioses.

—¿Qué queréis de mí?

—Vuestra espada. Seréis mi hombre, os haré llegar muy alto. Mis sueños nunca mienten, ser Duncan: vos tendréis la capa blanca, y yo tendré el huevo de dragón. Debe ser así; los sueños lo han dejado muy claro. Puede que el huevo se abra o...

La puerta se abrió de golpe.

—Está aquí, mi señor.

Un par de soldados aparecieron en la plataforma, seguidos por lord Gormon Peake.

—Gormy, ¿qué hacéis en mi dormitorio, mi señor? —El Violinista tenía la lengua pastosa.

—Estamos al aire libre, y habéis bebido demasiado vino. —Lord Gormon hizo un gesto brusco y los guardias se adelantaron—. Vamos a llevaros a la cama, así que colaborad. Mañana por la mañana tenéis que justar, y Kirby Pimm puede ser un adversario temible.

—Yo quería justar con el buen ser Duncan.

Peake miró a Dunk con cara de pocos amigos.

—Puede que más tarde, pero os ha tocado ser Kirby Pimm para el primer lance.

—¡Pues Pimm caerá! ¡Y todos los demás! El caballero misterioso derrota a todos los rivales y maravilla a los espectadores. —Un guardia agarró al Violinista por el brazo—. Nos obligan a separarnos, ser Duncan —gritó mientras se lo llevaban escaleras abajo.

Lord Gormon se quedó a solas con Dunk.

—¿Es que vuestra madre no os enseñó a no meter la mano en la boca del dragón, caballero errante? —gruñó.

—No llegué a conocer a mi madre.

—Eso lo explica todo. ¿Qué os ha prometido el Violinista?

—Un señorío. Una capa blanca. Unas alas azules.

—Pues yo os prometo una vara de acero frío clavada en la barriga como le contéis a alguien qué ha pasado aquí.

Dunk sacudió la cabeza para despejarse, pero no le sirvió de nada. Se dobló por la cintura y vomitó. Algunas gotas salpicaron las botas de Peake, y el señor soltó un taco.

—Caballeros errantes —espetó asqueado—. Aquí no hay sitio para vosotros. Un caballero de verdad no tendría la descortesía de presentarse sin que lo hubieran invitado, pero vosotros, animales de los caminos...

—No nos quieren en ninguna parte y a todas partes acudimos, mi señor. —El vino le había dado valor; de lo contrario habría mantenido la boca cerrada. Se limpió los labios con el dorso de la mano.

—No olvidéis qué os he dicho, o lo lamentaréis de verdad.

Lord Peake se sacudió el vómito de la bota y se marchó. Dunk volvió a apoyarse en el pretil. ¿Quién estaba más loco, lord Gormon o el Violinista?

Cuando consiguió dar con el camino de vuelta al salón, de sus compañeros de mesa solo quedaba Maynard Plumm.

—¿La habéis desnudado del todo? ¿Habéis visto si tenía harina en los pezones? —quiso saber.

Dunk negó con la cabeza, se sirvió otra copa de vino, lo probó y llegó a la conclusión de que ya había bebido suficiente.

Los mayordomos de Butterwell habían preparado habitaciones en la torre del homenaje para las damas y los señores, y camas en los barracones para los séquitos. Los demás invitados podían elegir entre un jergón de paja en la bodega o una parcela junto a la muralla oeste para levantar su pabellón. La modesta tienda de lona que Dunk había comprado en Septo de Piedra no era un pabellón, pero bastaba para proteger del sol y de la lluvia. Algunos vecinos aún estaban despiertos; las paredes de seda brillaban en la noche como fanales de colores. De una tienda azul con dibujos de girasoles se escapaban carcajadas, y de otra a rayas blancas y violetas, los sonidos del amor. Egg había plantado la suya un poco alejada de las demás. Maestre y los dos caballos estaban maneados allí cerca, y las armas y la armadura de Dunk se encontraban apoyadas en la muralla en una pila ordenada. Dunk entró sigiloso en la tienda y se encontró a su escudero sentado, leyendo a la luz de una vela, con las piernas cruzadas y la cabeza brillante por el fulgor.

—Si lees a la luz de las velas, te quedarás ciego. —La lectura seguía siendo un misterio para él, aunque el chico había intentado enseñarle.

—Pero necesito luz para discernir las palabras, señor.

—¿Quieres que te dé una colleja? —Dunk distinguió colores vivos en la página, pequeños escudos pintados que se ocultaban entre las letras—. ¿Qué libro es ese?

—Un armorial, señor.

—¿Qué buscas, al Violinista? No lo encontrarás. En estos pergaminos no aparecen los caballeros errantes, solo los señores y los campeones.

—No lo buscaba a él; es que he visto otros blasones en el patio... Lord Sunderland ha venido a la boda, señor. Su escudo trae en ondeado de sinople y azur tres cabezas pálidas de damas.

—¿Un hermaneo? ¿De verdad? —Las Tres Hermanas eran islas del Mordisco; según los septones, sentinas de pecado y codicia. Villahermana era la guarida de contrabandistas más infame de Poniente—. Viene de lejos. Debe de ser pariente de la novia.

—No lo es, señor.

—Entonces habrá venido por el banquete. En las Tres Hermanas comen pescado, ¿no? Y uno del pescado se acaba hartando. ¿A ti te han dado bien de comer? Te he traído medio capón y un trozo de queso. —Se rebuscó en el bolsillo de la capa.

—Nos han servido costillas. —Egg estaba enfrascado en la lectura—. Lord Sunderland luchó por el Dragón Negro, señor.

—Igual que el anciano ser Eustace, y no era tan malo, ¿no?

—No, pero...

—He visto el huevo de dragón. —Dunk guardó la comida con el pan duro y el taso—. Era casi todo rojo. ¿Lord Cuervo de Sangre también tiene un huevo de dragón?

Egg bajó el libro.

—No, ¿por qué? Es un plebeyo.

—Es bastardo, no plebeyo. —Cuervo de Sangre había nacido fuera del lecho nupcial, pero era noble por parte de ambos progenitores. Dunk estaba a punto de contarle a Egg la conversación que había escuchado cuando reparó en su cara—. ¿Qué te ha pasado en el labio?

—Me he peleado.

—Deja que te vea.

—Solo ha sangrado un poquito, y me he echado vino.

—¿Con quién te has peleado?

—Con otros escuderos. Han dicho que...

—No me importa qué hayan dicho. ¿Qué te he dicho yo?

—Que cerrara el pico y no me metiera en líos. —El chico se tocó el labio partido—. Pero es que han llamado matasangre a mi padre.

«Y lo es, chico, aunque no creo que lo hiciera a propósito.» Dunk le había dicho a Egg mil veces que no se tomara a pecho esas opiniones. «Con que sepas la verdad tú ya vale.» Ya habían escuchado comentarios como ese en tabernas de mala muerte y cuchitriles diversos, y en los bosques, en torno a hogueras de campamento. El reino entero sabía que la maza del príncipe Maekar había matado a su hermano Baelor Rompelanzas en la dehesa de Vado Ceniza. Era de esperar que la gente hablara de conspiraciones.

—Si hubieran sabido que eras hijo del príncipe Maekar, no lo habrían dicho. —«A tus espaldas, sí, pero no cara a cara»—. ¿Y qué les has respondido a los escuderos en vez de cerrar el pico?

Egg parecía avergonzado.

—Que la muerte del príncipe Baelor fue un accidente. Pero, cuando he dicho que el príncipe Maekar quería mucho a su hermano Baelor, el escudero de ser Addam ha contestado que hay amores que matan, y el de ser Mallor, que Maekar tiene la intención de querer a su hermano Aerys de la misma manera. Entonces le he dado un puñetazo. Un buen puñetazo.

—Una buena colleja tendría que darte yo a ti, para dejarte la oreja como el labio. Tu padre haría lo mismo si estuviera aquí. ¿Te parece que el príncipe Maekar necesita que lo defienda un mocoso? ¿Qué te pidió cuando te mandó conmigo?

—Que os sirviera con lealtad como escudero y que no me acobardara ante ningún sinsabor ni trabajo.

—¿Y qué más?

—Que obedeciera las leyes del rey, las normas de caballería y a vos.

—¿Y qué más?

—Que llevara el pelo al rape o teñido. Y que no le dijera a nadie mi verdadero nombre —añadió de mala gana.

Dunk asintió.

—¿Cuánto vino había bebido el chico?

—Bebía cerveza de cebada.

—¿Ves? La que hablaba era la cerveza. Las palabras son aire, Egg. Que soplen y pasen de largo.

—Unas palabras son aire, y otras, traición. —El chico era, más que ninguna otra cosa, testarudo—. Es un torneo de traidores, señor.

—¿No se salva nadie? Vaya. —Dunk sacudió la cabeza—. Aunque fuera verdad, ocurrió hace mucho tiempo. El Dragón Negro está muerto, y los que lucharon en su bando huyeron o fueron perdonados. Además, no es verdad: los hijos de lord Butterwell lucharon en ambos bandos.

—Entonces es medio traidor.

—Hace ya dieciséis años. —La dulce embriaguez del vino se había esfumado, y Dunk estaba enfadado, casi sobrio—. El mayordomo de lord Butterwell es el maestro de justas. Se llama Cosgrove. Ve a buscarlo y apúntame en los juegos... Espera, pero no con mi nombre. —Entre tantos señores, alguno quizá recordara a ser Duncan el Alto de la dehesa de Vado Ceniza—. Apúntame como el Caballero del Patíbulo. —Al pueblo llano le encantaba que en los torneos apareciera un caballero misterioso.

Egg se pasó un dedo por el labio roto.

—¿El Caballero del Patíbulo?

—Sí, por el escudo.

—Ya, pero...

—Obedece, que ya has leído bastante por hoy. —Dunk apagó la vela con el índice y el pulgar.

El sol salió ardiente, duro, implacable.

Las ondas de calor reverberaban en las piedras blancas del castillo. Olía a tierra quemada y a hierba removida, y no soplaba brisa que agitara los pendones de oro, plata y sinople, que colgaban de la torre del homenaje y del puesto de guardia.

Trueno estaba inquieto; Dunk rara vez lo había visto así. El semental sacudió la cabeza cuando Egg le apretó la cincha y hasta le enseñó los enormes dientes blancos.

«Es por el calor —pensó. Hacía demasiado calor para cualquier persona y para cualquier montura, y los caballos de batalla no eran plácidos ni en las mejores condiciones—. Hasta la Madre estaría de mal genio con este bochorno.»

Los justadores ya habían empezado a galopar en el centro del patio. Ser Harbert iba a lomos de un corcel alazán dorado con bardas negras, enjaezado con las serpientes de gules y plata de la casa Paege, y ser Franklyn montaba un canelo con arreos de seda gris que lucían las torres gemelas de los Frey. Cuando se encontraron, la lanza roja y blanca se partió limpiamente en dos y la azul estalló en mil pedazos, pero ninguno de los dos cayó de la silla. Del palco y de las murallas custodiadas por los guardias brotaron algunos gritos de ánimo, pero se apagaron enseguida.

«Hace demasiado calor para aplaudir. —Dunk se secó el sudor de la frente—. Hace demasiado calor para justar. —Tenía la cabeza como un bombo—. Si gano este lance y uno más, me doy por satisfecho.»

Los caballeros hicieron dar media vuelta a los caballos al llegar al extremo de la liza y tiraron los restos de las lanzas; era el cuarto par que rompían. «Con tres sobraba.»

Dunk no se puso la armadura hasta el último momento, pero bajo el acero ya sentía cómo la ropa interior se le pegaba a la piel. «Hay cosas peores que estar empapado en sudor», se dijo, recordando la batalla en la *Dama Blanca*, cuando la abordaron los hijos del hierro. Aquel día acabó empapado en sangre.

Paege y Frey cogieron lanzas nuevas y picaron espuelas una vez más. Los cascos de los caballos levantaban terrones resecos con cada paso, y el crujido de las lanzas al quebrarse le provocó una mueca de dolor. «Demasiado vino, demasiada comida. —Recordaba vagamente haber llevado en brazos a la novia por las escaleras y haberse encontrado con John el Violinista y lord Peake en la plataforma de la torre—. ¿Qué hacía yo en la plataforma?» Habían hablado de dragones, o de huevos de dragón, o de algo por el estilo...

Lo arrancó de las ensoñaciones un sonido que era mitad rugido, mitad gemido. Dunk vio al caballo dorado trotando sin jinete hasta el final de la liza y a ser Harbert Paege rodando por el suelo. «Aún quedan dos, y luego voy yo.» Cuanto antes descabalgara a ser Uthor, antes podría quitarse la armadura, beber algo fresco y descansar. Pasaría un buen rato antes de que volvieran a llamarlo.

El heraldo entrado en carnes de lord Butterwell subió a la grada superior para convocar a los siguientes justadores.

—¡Ser Argrave el Desafiante, caballero de Beatilla, al servicio de lord Butterwell de Murosblancos! ¡Ser Glendon Flores, el Caballero de Los Sauces Cabrunos! ¡Adelantaos y demostrad vuestro valor!

Una oleada de carcajadas recorrió las gradas de espectadores. Ser Argrave era un caballero solariego, enjuto, correoso, curtido, con armadura mellada y caballo sin bardas. Dunk conocía a tipos como él: eran duros como raíces viejas y sabían lo que hacían. Su rival era el joven ser Glendon, a lomos de su rocín matalón y ataviado con yelmo cónico de hierro y una pesada cota de malla. Llevaba en el escudo el blasón llameante de su padre.

«Le hace falta peto y un buen yelmo —pensó Dunk—. Tal como va, un golpe en la cabeza o en el pecho podría matarlo.»

Era obvio que a ser Glendon no le había hecho la menor gracia la presentación. Hizo dar una vuelta a la montura, airado.

—¡Soy Glendon Ball, no Glendon Flores! Pagarás cara la burla, heraldo, ¡por mis venas corre sangre de héroe!

El heraldo no se molestó en responder, pero las protestas del joven caballero despertaron más hilaridad.

—¿Por qué se ríen de él? —se preguntó Dunk en voz alta—. ¿Entonces es bastardo? —Flores era el apellido que se ponía en el Dominio a los bastardos de los nobles—. ¿Y qué ha dicho de unos sauces cabrunos?

—¿Queréis que vaya a averiguarlo, señor? —sugirió Egg.

—No, no es asunto nuestro. ¿Tienes mi yelmo?

Ser Argrave y ser Glendon bajaron las lanzas ante lord y lady Butterwell. Dunk se fijó en que el señor se inclinaba hacia la desposada y le susurraba algo, y esta dejaba escapar una risita.

—Sí, señor.

Egg se había puesto el sombrero de paja para protegerse los ojos y la cabeza rapada. Dunk solía meterse con él a costa del sombrero, pero en aquel momento le habría gustado tener uno igual: bajo aquel sol, un sombrero de paja era mucho mejor que uno de hierro. Se apartó el pelo de los ojos, se encasquetó el yelmo cerrado con las dos manos y lo fijó al gorjal. El forro interior apestaba a sudor rancio, y el cuello y los hombros enseguida notaron el peso del metal. La cabeza le dolía por culpa del vino de la noche anterior.

—Señor, aún no es tarde, podéis retiraros —apuntó Egg—. Si perdéis a Trueno y la armadura...

«Estaré acabado como caballero.»

—¿Por qué iba a perder? —bufó Dunk. Ser Argrave y ser Glendon cabalgaron hasta extremos opuestos de la liza—. No me enfrento precisamente a Tormentalegre. ¿Has visto por aquí a algún caballero que pueda ponerme en aprietos?

—Casi cualquiera, señor.

—Te debo una colleja, recuérdamelo luego. Ser Uthor es diez años mayor que yo y mide la mitad.

Ser Argrave se bajó la visera. Ser Glendon no tenía visera que calarse.

—No habéis entrado en liza desde la dehesa de Vado Ceniza.

«Será insolente...»

—Pero me he entrenado.

No tanto como habría debido, cierto. Siempre que encontraba algún lugar con estafermos o sortijas practicaba un poco, si tenía tiempo, y a veces ordenaba a Egg que trepara a un árbol y colgara un escudo o una duela de barril contra la que acometer.

—Se os da mejor la espada que la lanza —insistió Egg—. Pocos rivalizan con vos con el hacha o la maza.

Era cierto, así que Dunk se enfadó aún más.

—No hay competición con espadas ni con mazas —replicó al tiempo que el hijo de Bola de Fuego y ser Argrave el Desafiante se lanzaban al galope—. Tráeme el escudo.

Egg hizo una mueca, pero obedeció.

En el patio, la lanza de ser Argrave golpeó a ser Glendon en el escudo y salió desviada tras dejar una muesca en la bola de fuego. Pero el roquete de la lanza de Ball acertó a su rival en el centro del peto con tal fuerza que le hizo saltar la cincha, y caballero y silla rodaron por el polvo. Muy a su pesar, Dunk se quedó impresionado.

«El chico justa casi tan bien como habla. ¿Servirá para que dejen de reírse de él?»

El toque de trompeta le hizo fruncir los ojos de dolor. El heraldo subió de nuevo a la tribuna.

—¡Ser Joffrey de la casa Caswell, señor de Puenteamargo y defensor de los vados! ¡Ser Kyle, el Gato del Páramo Brumoso! ¡Adelantaos y demostrad vuestro valor!

La armadura de ser Kyle era de buena calidad, pero vieja y gastada, con arañazos y melladuras por doquier.

—La Madre me ha sonreído, ser Duncan —comentó al pasar junto a Dunk y Egg de camino de la liza—. Me enfrento a lord Caswell, el señor a quien vine a ver.

Si había alguien en las justas que se encontrara peor que Dunk aquella mañana, tenía que ser lord Caswell, que en el banquete había bebido hasta quedar inconsciente.

—Ya será mucho si consigue mantenerse en la silla después de anoche —señaló Dunk—. Tenéis la victoria garantizada, señor.

—Oh, no, no. —Ser Kyle le dedicó una sonrisa melosa—. El gato que quiere un plato de leche debe saber cuándo ronronear y cuándo enseñar las garras, ser Duncan. Si la lanza de su señoría me roza el escudo, caeré rodando por los suelos, y luego, cuando le lleve mi caballo y mi armadura, le regalaré los oídos con lo mucho que ha mejorado desde que le fabriqué su primera espada. Así se acordará de mí, y cuando

llegue la noche volveré a estar al servicio de la casa Caswell. ¡Volveré a ser un caballero de Puenteamargo!

«No hay honor alguno en eso», estuvo a punto de replicar Dunk; pero se mordió la lengua. Ser Kyle no sería el primer caballero errante que trocaba el honor por un lugar caliente junto al fuego.

—Como queráis —masculló—. Buena suerte... o mala, a vuestro gusto.

Lord Joffrey Caswell era un joven larguirucho de unos veinte años, aunque con la armadura enfundada resultaba mucho más imponente que la noche anterior, de bruces en un charco de vino. Llevaba pintado en el escudo un centauro de oro tensando un arco largo. El mismo centauro aparecía en los jaeces de seda blanca de su caballo y brillaba dorado en la cimera.

«Teniendo un centauro como blasón ya podría montar mejor. —Dunk no sabía cómo manejaba ser Kyle la lanza, pero, viendo la postura de lord Caswell en el caballo, parecía que podría descabalarlo con un estornudo—. El Gato solo tiene que pasar muy deprisa a su lado.»

Egg sostuvo las riendas de Trueno mientras Dunk se encaramaba pesadamente a la silla. Sentía muchas miradas clavadas en él. «Quieren saber si el caballero errante grandullón sirve para algo.» Dunk también se lo preguntaba. No tardaría en salir de dudas.

El Gato del Páramo Brumoso cumplió su palabra. La lanza de lord Caswell vaciló todo el camino, y la de ser Kyle no pudo ir peor dirigida. Ninguno de los dos caballos pasó del trote, y aun así el Gato cayó aparatosamente cuando la lanza de lord Joffrey le golpeó el hombro por casualidad. «Creía que los gatos caían de pie», pensó Dunk al ver rodar por el polvo al caballero errante. La lanza de lord Caswell no se había roto, y la agitó en alto mientras daba vueltas a la liza, como si acabara de descabalar a Leo Largaespina o a Tormentalegre. El Gato se quitó el yelmo y corrió en pos de su caballo.

—El escudo —pidió Dunk a Egg.

El chico se lo tendió. Pasó el brazo izquierdo por la correa y cerró el puño en torno a la embrazadura. El peso del escudo de lágrima le resultaba tranquilizador, pero era largo y por tanto difícil de manejar, y la visión del hombre ahorcado le daba grima.

«Es un blasón de mal agüero. —Tenía que mandar pintar el escudo lo antes posible—. Que el Guerrero me conceda mano firme y una victoria rápida», rezó mientras el heraldo de Butterwell volvía a subir las escaleras.

—¡Ser Uthor Underleaf! —retumbó su voz—. ¡El Caballero del Patíbulo! ¡Adelantaos y demostrad vuestro valor!

—Tened cuidado, señor —rogó Egg al tiempo que entregaba a Dunk una lanza de torneo, un asta de madera de cuatro varas de largo rematada en un roquete en forma de puño—. Los escuderos dicen que ser Uthor monta bien y es rápido.



—¿Rápido? —bufó Dunk—. ¿Cómo va a ser rápido si tiene por blasón un caracol?

Golpeó los flancos de Trueno con los talones y avanzó al paso, con la lanza apuntando arriba.

«Una victoria y me quedo como estoy. Con dos, nuestro viaje será más cómodo. Dos no es mucho pedir, con semejante competencia.» Por lo menos había tenido fortuna en el sorteo, porque podría haberle tocado el Viejo Toro o ser Kirby Pimm, o cualquier otro héroe local. Tal vez el maestro de justas estaba emparejando deliberadamente a los caballeros errantes para que justaran entre sí, de modo que ningún señor sufriera la ignominia de caer contra uno de ellos en el primer lance. «No importa. Los rivales, de uno en uno, como me decía siempre el anciano. Ahora tengo que concentrarme en ser Uthor.»

Se encontraron al pie de la tribuna donde se hallaban lord y lady Butterwell, sentados en cojines a la sombra de la muralla. Con ellos estaba lord Frey, haciendo brincar al mocoso en la rodilla. Pese al ejército de criadas que los abanicaban, lord Butterwell tenía rodales bajo los brazos de la sobrevesta de damasco, y a la señora se le pegaba el pelo por el sudor. Parecía acalorada, aburrida e incómoda, pero al ver a Dunk hinchó el busto de tal manera que lo hizo sonrojar debajo del casco. Dunk inclinó la lanza ante ella y su señor esposo, y ser Uthor lo imitó. Lord Butterwell les deseó buen lance a los dos. Lady Butterwell sacó la lengua.

Había llegado la hora. Dunk trotó hasta el extremo sur de la liza. A treinta pasos, el rival también ocupó su posición. Montaba un semental gris más pequeño que Trueno, pero más joven y brioso. Vestía coraza esmaltada en verde y cota de malla plateada. Del bacinete le colgaban cintas verdes y grises de seda, y el escudo, también sinople, lucía un caracol de plata. «Buena armadura y buen caballo, así que obtendré un buen rescate si lo desmonto.»

Sonó la trompeta.

Trueno emprendió un trote lento. Dunk bajó la lanza y la desvió hacia la izquierda, por detrás de la cabeza del caballo y oblicua respecto a la barrera de madera que lo separaba de su adversario. El escudo le protegía el costado izquierdo. Se encogió y apretó las piernas contra Trueno mientras este ganaba velocidad.

«Somos uno. Hombre, caballo y lanza, una única bestia de sangre, madera y hierro.»

Ser Uthor se acercaba al galope; los cascos de su montura levantaban nubes de polvo. Cuando se encontraban a cuarenta pasos, Dunk espoleó a Trueno para ponerlo al galope y apuntó con la lanza al centro del caracol plateado. El sol inmisericorde, el polvo, el calor, el castillo, lord Butterwell y su esposa, el Violinista y ser Maynard, caballeros, escuderos, mozos de cuadra, espectadores...: todo desapareció. Solo quedaba el contrincante. Otra vez espuelas. Más velocidad. El caracol se precipitaba hacia ellos, creciendo con cada salto del caballo de largas patas..., pero lo precedía la lanza de ser Uthor, rematada en un puño de hierro. «Tengo un escudo fuerte; el

escudo resistirá el golpe. Concéntrate en el caracol. Acierta al caracol y habrás ganado el lance.»

Cuando estaban a diez pasos, ser Uthor desplazó la punta de la lanza hacia arriba.

Un crujido resonó en los oídos de Dunk cuando la lanza lo golpeó. No llegó a verlo, pero sintió el impacto en el brazo y en el hombro. El puño de hierro le acertó de pleno entre los ojos, cargado con todo el impulso del hombre y el caballo.

Dunk se despertó tumbado de espaldas mirando las vueltas de un techo abovedado. Tardó un momento en recordar dónde estaba y cómo había llegado allí. En su cabeza retumbaban las voces y se sucedían los rostros: vio al anciano ser Arlan; a Tanselle la Titana; a Bennis del Escudo Pardo; a la Viuda Roja; a Baelor Rompelanzas; a Aerion, el Príncipe Luminoso; a la triste y demente lady Vaith... Luego, de golpe, recordó la justa: el calor, el caracol, el puño de hierro dirigiéndose a su cara. Gimió y se incorporó sobre un codo, pero con el movimiento le retumbó la cabeza como un monstruoso tambor de guerra.

Al menos aún veía y, por suerte, no se notó ningún agujero en la frente. Debía de estar en una bodega, porque a los lados tenía toneles de vino y cerveza. «Por lo menos aquí hace fresco y no me faltará la bebida.» La boca le sabía a sangre, y sintió una punzada de miedo. Si se había arrancado la lengua de un mordisco, iba a ser un tocho mudo.

—Buenos días —pronunció con voz ronca, solo para escuchar cómo sonaba.

Las palabras resonaron contra el techo. Trató de ponerse en pie, pero todo empezó a darle vueltas del esfuerzo.

—Eh, eh, calma ahí —dijo muy cerca una voz trémula. Un anciano encorvado acudió a la cama, vestido con una túnica del mismo gris que su pelo largo. Llevaba colgada al cuello la cadena de múltiples metales de los maestros y tenía el rostro surcado de arrugas profundas que le enmarcaban la nariz ganchuda—. Quieto, dejad que os vea los ojos. —Le examinó el ojo izquierdo y luego el derecho abriéndole los párpados con el índice y el pulgar.

—Me duele la cabeza.

—Dad gracias por que aún la tengáis sobre los hombros —bufó el maestro—. Bebed esto, os sentará bien.

Dunk se obligó a apurar hasta la última gota la pócima repugnante sin escupirla y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Decidme, ¿qué ha pasado en el torneo?

—Las mismas idioteces de siempre. Unos hombres con palos largos han tirado a otros del caballo. El sobrino de lord Smallwood se ha roto la muñeca y a ser Eden Risley la montura le ha aplastado una pierna, pero por ahora no ha muerto nadie. Aunque he llegado a temer por vos.

—¿Me han descabalgado? —Aún notaba como si tuviera la cabeza llena de algodón; de lo contrario se habría dado cuenta de lo estúpido de la pregunta. Se arrepintió al momento de haberla formulado.

—Con un estrépito que ha hecho temblar las murallas. ¡Qué decepción se han llevado los que habían apostado fuerte por vos! Y vuestro escudero estaba fuera de sí. Se habría quedado sentado a vuestro lado si no lo hubiera echado. Lo que menos falta me hace es tener un crío correteando por aquí, así que le he recordado su deber.

—¿Qué deber? —Dunk también necesitaba que se lo recordaran.

—Vuestra montura, señor. Vuestras armas y armadura.

—Ya —replicó Dunk al recordarlo.

El chico era un buen escudero y sabía cómo había que proceder. «He perdido la espada del anciano y la armadura que me forjó Pate Acero.»

—También ha venido vuestro amigo, el del violín, y me ha pedido que os proporcionara los mejores cuidados. Lo he echado igual que al crío.

—¿Cuánto lleváis cuidando de mí?

Flexionó los dedos de la mano de la espada. Todos se movían. «Solo me duele la cabeza y, como decía ser Arlan, es lo que menos uso.»

—Según el reloj de sol, cuatro horas.

Cuatro horas no era tan grave. Le habían hablado de un caballero que recibió tal golpe que durmió cuarenta años, y cuando despertó se encontró viejo y marchito.

—¿Sabéis si ser Uthor ha ganado el segundo lance?

Si el Caracol salía vencedor del torneo, Dunk siempre podría consolarse pensando que había perdido contra el mejor caballero presente.

—Y de qué manera. Nada menos que contra ser Addam Frey, primo de la novia y un lancero muy prometedor. Cuando ser Addam ha caído, la señora se ha desmayado y ha habido que llevarla a sus aposentos.

Dunk consiguió ponerse en pie, pero se tambaleó tanto que el maestre tuvo que sujetarlo para que no perdiera el equilibrio.

—¿Dónde está mi ropa? Tengo que irme. He de ir a... Tengo que...

—Si no lo recordáis, no será tan urgente —observó el maestre con un ademán irritado—. Os recomendaría que evitarais las comidas pesadas, las bebidas fuertes y los trompazos entre los ojos, pero hace tiempo que sé que el sentido común no abunda entre los caballeros. Venga, fuera de aquí, que tengo que cuidar de otros imbéciles.

Al salir, Dunk divisó un halcón describiendo círculos en el deslumbrante cielo azul y sintió envidia. Las nubes empezaban a acumularse al este, tan negras como su estado de ánimo. En el camino de vuelta a la liza, el sol le golpeó la cabeza como un martillo contra el yunque. Sentía como si la tierra se moviera bajo sus pies... O tal

vez era él quien se balanceaba. Al subir las escaleras de la bodega había estado a punto de caer dos veces.

«Tendría que haber hecho caso a Egg.»

Atravesó el patio de armas con paso vacilante, rodeando a la multitud congregada. En la liza, el regordete lord Alyn Cockshaw se alejaba cojeando, flanqueado por dos escuderos; era la última víctima del joven Glendon Ball. Un tercer escudero le llevaba el yelmo, con las tres orgullosas plumas rotas.

—¡Ser John el Violinista! —llamó el heraldo—. ¡Ser Franklyn de la casa Frey, caballero de Los Gemelos, vasallo del señor del Cruce! ¡Adelantaos y demostrad vuestro valor!

Dunk no pudo evitar mirar cómo el gran caballo hito del Violinista trotaba por la liza en un remolino de seda azul y espadas y violines dorados. También llevaba el peto esmaltado en azul, igual que las rodilleras, los codales, las canilleras y el gorjal. La cota de malla de debajo era dorada. Ser Franklyn iba a lomos de una caballería torda de crines plateadas a juego con las sedas grises y el plateado de la armadura. El escudo, la sobrevesta y los jaeces lucían las torres gemelas de los Frey. Los dos jinetes cargaron una vez y otra. Dunk se quedó mirando el lance, pero no vio nada. «Dunk el Tocho, seso de corcho —se recriminó—. Tenía un caracol en el escudo. ¿Quién puede perder contra alguien que lleva un caracol en el escudo?»

Oyó vítores y, cuando levantó la cabeza, vio a Franklyn Frey descabalgado. El Violinista desmontó para ayudar a ponerse en pie al rival caído. «Ya está un paso más cerca del huevo de dragón. ¿Y yo? ¿Dónde estoy?»

Cerca de la poterna, Dunk se encontró con la compañía de enanos del banquete, que se preparaban para partir. Habían atado los ponis al cerdo de madera sobre ruedas, así como a un carromato de diseño más convencional. Eran seis, a cuál más pequeño y deforme; quizá entre ellos hubiera algún niño, pero todos eran tan bajos que costaba distinguirlo. A la luz del día, con calzones de cuero de caballo y capas de tela basta con capucha, no parecían tan alegres como ataviados con la ropa de colores.

—Buenos días —saludó Dunk para ser amable—. ¿Ya os marcháis? Hay nubes al este, podría llover.

Por toda respuesta, el enano más feo le lanzó una mirada fulminante. «¿Será el que anoche le quité de encima a lady Butterwell?» De cerca, el hombrecillo olía a retrete. Bastó una vaharada para que Dunk apretara el paso.

Cruzar la Lechería se le hizo tan largo como cuando atravesaron las arenas de Dorne con Egg. Procuró avanzar pegado a una pared para apoyarse en ella de cuando en cuando, porque cada vez que volvía la cabeza tenía la sensación de que el mundo se licuaba.

«Agua —pensó—. Necesito agua, o me voy a desmayar.»

Un mozo de cuadra le indicó el camino hasta el pozo más cercano, y allí se encontró con Kyle el Gato y Maynard Plumm, que charlaban en voz baja. Ser Kyle

estaba abatido, con los hombros caídos, y alzó la vista al ver llegar a Dunk.

—¿Ser Duncan? Si nos han dicho que estabais muerto, o moribundo...

—Ya quisiera yo. —Se frotó las sienes.

—Os comprendo bien —replicó ser Kyle con un suspiro—. Lord Caswell no me ha reconocido. Cuando le he dicho que le tallé su primera espada, me ha mirado como si me hubiera vuelto loco. Me ha dicho que en Puenteamargo no había sitio para un caballero tan débil como yo había probado ser. —Dejó escapar una carcajada amarga—. Pero se ha quedado con mis armas y mi armadura. Y con mi caballo. ¿Qué voy a hacer?

Dunk no supo qué contestar. Los jinetes libres necesitaban montura, y los mercenarios, una espada que poner al servicio de un postor.

—Ya conseguiréis otro caballo —respondió mientras extraía el cubo del pozo—. Sobran caballos en los Siete Reinos. Y encontraréis a otro señor que os proporcione armas. —Formó un cuenco con las manos, cogió agua y bebió.

—A otro señor, claro. ¿Sabéis de alguno? No soy tan joven ni fuerte como vos. Ni tan grande. Siempre hay demanda de hombres grandes. A lord Butterwell le gusta tener caballeros de buena altura, por ejemplo, como ese Tom Heddle. ¿Lo habéis visto justar? Ha derribado a todos sus adversarios... Pero claro, igual que el jovencito, el hijo de Bola de Fuego. Y el Violinista. Ojalá me hubiera descabalgado él, porque rechaza los rescates. Dice que solo le importa el huevo de dragón... y la amistad de sus rivales derrotados. La flor de la caballería, vaya.

Maynard Plumm soltó una carcajada.

—El violín de la caballería, querréis decir. Ese chico va a provocar una tormenta a violinazos, y más nos vale no estar presentes cuando estalle.

—¿No acepta rescates? Es un gesto muy noble —comentó Dunk.

—No cuesta hacer gestos nobles cuando tienes la bolsa a rebosar de oro —replicó ser Maynard—. Aprended esta lección si tenéis juicio, ser Duncan. Aún estáis a tiempo de marcharos.

—¿Marcharme? ¿Adónde?

—Adonde queráis. —Ser Maynard se encogió de hombros—. A Invernalía, a Refugio Estival, a Asshai de la Sombra... Adonde sea, menos aquí. Coged el caballo y la armadura y escabullíos por la poterna. Nadie os echará de menos. El Caracol está concentrado en el próximo lance, y los demás solo tienen ojos para las justas.

Por un momento, Dunk valoró la posibilidad. Mientras tuviera armas y caballo seguiría siendo caballero. Sin ellas era un vulgar mendigo. «Un mendigo alto, pero mendigo al fin y al cabo. —Sin embargo, sus armas y su armadura pertenecían a ser Uthor, igual que Trueno—. Más vale mendigo que ladrón.» En el Lecho de Pulgas había probado ambos quehaceres cuando correteaba con Hurón, Rafe y Budín, pero el anciano lo había rescatado de aquella vida. Y sabía bien qué habría respondido ser Arlan del Árbol de la Moneda a la sugerencia de Plumm.

—Hasta un caballero errante tiene honor. —Como ser Arlan estaba muerto, Dunk pronunció la frase por él.

—¿Preferís morir con el honor intacto o vivir mancillado? No, mejor no contestéis, que ya me lo imagino. Huid con vuestro muchacho, Caballero del Patíbulo, antes de que vuestro blasón se convierta en vuestro destino.

—¿Qué tenéis que decir vos de mi destino? —replicó Dunk, molesto—. ¿También habéis tenido un sueño, como John el Violinista? ¿Qué sabéis de Egg?

—Sé que Murosblancos no es lugar seguro para él. Este castillo se va a poner al rojo.

—¿Cómo os ha ido el lance, señor? —quiso saber Dunk.

—Ni me he acercado a las lizas. Los augurios son nefastos. ¿Quién creéis que va a llevarse el huevo de dragón?

«Yo no.»

—Solo los Siete lo saben.

—Tenéis ojos en la cara. Aventurad una respuesta.

Dunk pensó un momento.

—¿El Violinista?

—Muy bien. ¿Podríais compartir vuestro razonamiento?

—No lo sé... Es un presentimiento.

—Yo también. Tengo un mal presentimiento para el hombre o el niño que se interponga en el camino de nuestro Violinista.

Egg estaba cepillando a Trueno junto a la tienda, pero tenía la mirada perdida. «Verme caer ha sido duro para él.»

—Para ya; como sigas así vas a dejar a Trueno tan calvo como tú.

—¿Señor? —Egg soltó el cepillo—. ¡Ya sabía yo que un estúpido caracol no podía mataros!

Se abalanzó sobre él y lo abrazó. Dunk le quitó el sombrero de paja y se lo puso.

—El maestre me ha dicho que te habías largado con mi armadura.

Egg recuperó el sombrero, indignado.

—He limpiado la cota y he pulido las canilleras, el gorjal y el peto, pero el yelmo está agrietado y tiene una abolladura de la lanzada de ser Uthor. Tendrá que arreglároslo un herrero.

—Que lo mande arreglar ser Uthor, que ahora es suyo. —«Sin caballo, sin espada, sin armadura. ¿Me dejarán esos enanos unirme a su compañía? Tendría gracia el espectáculo: seis enanos aporreando con vejigas de cerdo a un gigante...»—. Trueno también le pertenece. Vamos, se lo llevaremos todo y le desearemos suerte con el resto de los lances.

—¿Ya? ¿No vais a pagar rescate por Trueno?

—¿Con qué? ¿Con guijarros y cagadas de oveja?

—Se me ha ocurrido que si pidierais prestado...

—Nadie me va a prestar tanto dinero, Egg —lo interrumpió Dunk—. ¿A santo de qué? No soy más que un patán grande que se decía caballero hasta que un caracol con un palo casi le hunde la cabeza.

—Entonces podéis quedaros con Chubasco, señor. Yo volveré a montar a Maestre. Iremos a Refugio Estival, y allí podréis entrar al servicio de mi padre. Tiene los establos llenos: os dará un corcel o un palafrén.

La intención del chico era buena, pero Dunk no pensaba volver arrastrándose a Refugio Estival, y menos de aquella manera, pobre y derrotado, mendigando servir allí sin siquiera una espada que ofrecer.

—Es muy amable por tu parte, chico, pero no quiero las migajas de la mesa de tu señor padre, ni las de sus establos. Puede que sea hora de que nos separemos. — Siempre le quedaba la posibilidad de entrar en la Guardia de la Ciudad de Lannisport o en la de Antigua; les gustaban los hombres altos como él. «No hay fonda en todo Poniente donde no me haya dejado la frente. Ya va siendo hora de que mi altura me sirva para ganar alguna moneda y no solo algún chichón.» Pero los guardias no tenían escudero—. Te he enseñado todo lo que sabía, que bien poco era. Será mejor que te entrene un buen maestro de armas, un caballero viejo y valiente que sepa por dónde se coge la lanza.

—Yo no quiero un buen maestro de armas, os quiero a vos —protestó Egg—. ¿Y si utilizamos la...?

—No. De eso ni hablar, ni se te ocurra. Ve a por mis armas, tenemos que entregárselas a ser Uthor junto con mis felicitaciones. Estas cosas, cuanto antes, mejor.

Egg dio una patada al suelo con el rostro tan alicaído como el sombrero de paja.

—Sí, señor. Como digáis.

Por fuera, la tienda de ser Uthor era de lo más corriente: un pedazo enorme de lona parduzca en forma cúbica anclada al suelo con cuerdas de cáñamo. El único adorno era un caracol de plata encima de un largo pendón gris que remataba el mástil central.

—Espera aquí —indicó Dunk a Egg. El chico llevaba a Trueno por las riendas; el corcel iba cargado con las armas y la armadura de Dunk, y hasta con su escudo viejo recién comprado. «El Caballero del Patíbulo. Menudo caballero misterioso he resultado»—. No tardaré.

Agachó la cabeza para pasar por la cortina.

El exterior de la tienda engañaba. Dunk no se esperaba encontrar dentro semejantes comodidades. El suelo estaba tapizado con alfombras myrienses de hermosos colores. Había una ornamentada mesa de caballetes rodeada de sillas de

lona. El lecho de plumas estaba cubierto de mullidos cojines, y en un brasero de hierro ardía incienso perfumado.

Ser Uthor estaba sentado a la mesa, con un montón de oro y plata delante y una frasca de vino a un lado, contando monedas con su escudero, un muchacho desgarrado de la edad de Dunk. De cuando en cuando, el Caracol mordía una moneda o la ponía aparte.

—Me queda mucho por enseñarte, Will —le oyó decir—. Esta moneda está cercenada, y esta otra, limada. ¿Y esta? —Dio vueltas entre los dedos a una pieza de oro—. Fíjate en las monedas antes de aceptarlas. Dime qué le pasa a esta.

El dragón voló por los aires girando. Will trató de atraparlo, pero le rebotó en la mano y cayó al suelo, y tuvo que ponerse de rodillas para buscarlo. Lo encontró y lo examinó detenidamente.

—Es buena, mi señor. Hay un dragón en una cara y un rey en la otra...

Underleaf echó una mirada a Dunk.

—Vaya, pero si tenemos aquí al Ahorcado. Me alegro de veros en pie, señor. Temía haberos matado. Hacedme la merced de instruir a mi escudero en la naturaleza de los dragones. Will, dale la moneda a ser Duncan.

A Dunk no le quedó más remedio que cogerla. «Encima de descabalgarme, me obliga a hacer cabriolas.» Con el ceño fruncido, sopesó la moneda, examinó el anverso y el reverso y la mordió.

—Oro. Ni cercenada ni limada. Bien de peso. Yo también la habría aceptado, mi señor. ¿Qué tiene de malo?

—El rey.

Dunk miró la moneda con más atención. El busto pertenecía a un hombre joven, atractivo y bien afeitado. El rey Aerys siempre aparecía con barba en las monedas, igual que el antiguo rey Aegon. Daeron, que reinó entre ambos, no llevaba barba, pero no se trataba de él. La moneda no estaba tan desgastada como para ser anterior a Aegon el Indigno. Dunk frunció el ceño al ver la palabra escrita bajo el busto. «Seis letras.» Le pareció que ponía «Daeron», igual que en otros dragones que había visto, pero Dunk conocía las facciones de Daeron el Bueno y no era él. Al mirar con más atención notó que la cuarta letra tenía otra forma: no era...

—Daemon —enunció—. Dice «Daemon». Pero nunca ha habido un rey Daemon, solo...

—... el Pretendiente. Daemon Fuegosuro acuñó sus propias monedas durante la rebelión.

—Pero es oro —protestó Will—. Si es oro vale tanto como cualquier dragón.

El Caracol le dio una colleja.

—Serás imbécil... Sí, es oro. Oro rebelde. Oro de traidor. Tener una moneda como esta es traición, y ponerla en circulación es traición doble. Tendré que mandarla fundir. —Dio otro sopapo al joven—. Fuera de mi vista, que este caballero y yo



tenemos que hablar. —Will salió de la tienda sin perder tiempo—. Sentaos —lo invitó ser Uthor con cortesía—. ¿Queréis vino?

Allí, en su tienda, Underleaf era muy distinto al hombre que había conocido en el banquete. «Los caracoles se esconden dentro de su concha», recordó Dunk.

—No, gracias.

Le lanzó la moneda de vuelta. «Oro de traidor. Oro Fuegosuro. Egg dijo que era un torneo de traidores y no le hice caso.» Le debía una disculpa.

—Solo un poco —insistió Underleaf—. Tenéis pinta de necesitarlo. —Llenó dos copas de vino y le tendió una a Dunk. Sin armadura tenía más aspecto de mercader que de caballero—. Supongo que habéis venido a entregar la prenda.

—Sí. —Dunk aceptó el vino. Con un poco de suerte le quitaría el dolor de cabeza—. He traído el caballo, las armas y la armadura. Aceptadlas junto con mis felicitaciones.

—Y ahora viene cuando os digo que habéis justado con gallardía —replicó ser Uthor con una sonrisa.

¿«Gallardía» era la manera caballerosa de decir «torpeza»?

—Sois muy amable, pero...

—No creo que me hayáis entendido, señor. ¿Es demasiado atrevido por mi parte preguntaros cómo llegasteis a caballero?

—Ser Arlan del Árbol de la Moneda me encontró persiguiendo cerdos en el Lecho de Pulgas. Su anterior escudero había muerto en el Prado Hierbarroja, así que necesitaba a alguien que cuidara de su caballo y le limpiara la armadura. Me prometió que, si me ponía a su servicio, me enseñaría a manejar la espada y la lanza y a montar a caballo, y así lo hice.

—Qué historia tan tierna... Aunque yo que vos omitiría la alusión a los cerdos. Y decidme, ¿dónde está ahora vuestro ser Arlan?

—Murió. Yo mismo lo enterré.

—Ah. ¿Lo llevasteis a su hogar, a Árbol de la Moneda?

—No sabía dónde estaba. —Dunk no llegó a visitar el lugar natal del anciano. Ser Arlan rara vez hablaba de él, igual que Dunk no hablaba del Lecho de Pulgas—. Lo enterré en una colina, mirando al oeste, para que viera ponerse el sol.

La silla de lona soltó un crujido alarmante bajo su peso. Ser Uthor volvió a sentarse.

—Ya tengo armadura, y un caballo mejor que el vuestro. ¿Para qué quiero yo un jamelgo viejo y un saco lleno de piezas melladas y malla oxidada?

—La armadura me la forjó Pate Acero —replicó Dunk, algo enfadado—, y Egg ha cuidado bien. La malla no tiene ni rastro de óxido, y el acero es de buena calidad.

—Y pesado —se quejó ser Uthor—, y demasiado grande para alguien de tamaño normal. Vuestra estatura se sale de lo corriente, Duncan el Alto. En cuanto al caballo, es demasiado viejo para montarlo y demasiado correoso para comerlo.

—Trueno ya no es joven —reconoció— y es cierto que mi armadura es grande, pero podéis venderla. En Lannisport y en Desembarco del Rey hay muchos herreros que os la quitarían de las manos.

—Por una décima parte de su valor, y solo para fundirla. No: quiero plata brillante y no hierro viejo. La moneda del reino. En fin, ¿queréis pagar el rescate por vuestras armas, entonces?

Dunk frunció el ceño y dio vueltas a la copa entre las manos. Era de plata maciza, con una hilera de caracoles de oro incrustados en torno al borde. El vino también era dorado, y embriagador.

—Si querer fuera poder, sí, pagaría. De buena gana. Pero...

—... pero no tenéis dos venados que choquen testas.

—Si... si me prestarais mi caballo y mi armadura, os pagaría el rescate más adelante. Cuando consiguiera dinero.

El Caracol lo miró divertido.

—¿De dónde vais a sacarlo?

—Puedo entrar al servicio de algún señor, o... —Las palabras no le salían; se sentía como si estuviera mendigando—. Quizá tardaría unos años, pero os pagaría, lo juro.

—¿Por vuestro honor de caballero?

Dunk se sonrojó.

—Puedo dejar mi marca en un pergamino.

—El garabato de un caballero errante sobre un trozo de papel. —Ser Uthor puso los ojos en blanco—. Solo me serviría para limpiarme el culo con él.

—Vos también sois caballero errante.

—Me insultáis. Cabalgo adonde quiero y solo me sirvo a mí mismo, sí..., pero hace muchos años que no duermo en los caminos. Las posadas me resultan mucho más acogedoras. Soy caballero de torneos, el mejor que vais a conocer jamás.

—¿El mejor? —Tanta arrogancia lo enfurecía—. Seguro que Tormentalegre no estaría de acuerdo. Ni Leo Largaespina, ni la Bestia de Bracken. En la dehesa de Vado Ceniza nadie hablaba de ningún caracol. ¿Cómo es posible, si sois un campeón de torneos tan famoso?

—¿Cuándo he dicho yo que sea un campeón? No, gracias, prefiero una sífilis a la fama. Ganaré el próximo lance, sí, pero en el último caeré. Butterwell ofrece treinta dragones al caballero que quede en segundo lugar. Me conformaré con eso... y con unos cuantos rescates y lo que saque de las apuestas. —Señaló los montones de venados de plata y dragones de oro que había formado en la mesa—. Tenéis aspecto saludable y sois de buen tamaño. El tamaño siempre impresiona a los tontos, pero en una justa no significa nada. Will consiguió apuestas de tres contra uno a vuestro favor. Lord Shawney, el muy imbécil, apostó cinco a uno. —Cogió un venado de plata y lo hizo rodar en la mesa—. El siguiente en caer será el Viejo Toro, y luego el

Caballero de Los Sauces Cabrunos, si es que llega hasta allí. Tal como están los ánimos, muchos apostarán por ellos. El populacho adora a los héroes locales.

—Ser Glendon tiene sangre de héroe —señaló Dunk.

—¡Eso espero! La sangre de héroe me dará un dos a uno. La sangre de puta no hace subir las apuestas. A ser Glendon se le llena la boca hablando de su supuesto padre, pero ¿habéis notado que nunca menciona a su madre? Y con razón. Lo parió una vivandera, una tal Jenny. La llamaban Jenny Peni por los peniques que se ganaba, hasta el Prado Hierbarroja. Por lo visto, la noche anterior se folló a tantos que a partir de entonces se la conoció como Jenny Hierbarroja. No me cabe duda de que Bola de Fuego se la tiró, igual que otros cien hombres. A mí me parece que nuestro amigo Glendon presume demasiado, y ni siquiera es pelirrojo.

«Sangre de héroe», pensó Dunk.

—Dice que es caballero.

—Sí, eso es cierto. El chaval y su hermana se criaron en un prostíbulo, Los Sauces Cabrunos. Tras la muerte de Jenny Peni, las otras putas se ocuparon de ellos y al chico le contaron la historia que su madre se había inventado, lo de que había nacido de la semilla de Bola de Fuego. Un viejo escudero que vivía por allí se ofreció a entrenarlo a cambio de cervezas y coños, pero no pudo armar caballero al pequeño bastardo, porque ni él lo era. Pero hace medio año un grupo de caballeros llegó por casualidad al burdel, y un tal ser Morgan Dunstable se emborrachó y se encaprichó de la hermana de ser Glendon. Parece ser que la hermanita aún era virgen y a Dunstable no le llegaba el dinero para desflorarla, así que hicieron un trato: ser Morgan armó caballero al chico allí mismo, en Los Sauces Cabrunos, ante veinte testigos, y luego la hermanita se lo llevó al piso de arriba y le ofreció su donceller. Así que ya veis.

Cualquier caballero podía calzar la espuela a otro. Cuando servía a ser Arlan, Dunk escuchó relatos sobre individuos que habían comprado la caballería con favores, o con amenazas, o con una bolsa de monedas de plata, pero nunca con la donceller de una hermana.

—Es un cuento —se oyó decir—. No me creo que sea verdad.

—Me lo explicó Kirby Pimm, que jura que estaba allí como testigo. —Ser Uthor se encogió de hombros—. Hijo de héroe, hijo de prostituta, las dos cosas... Qué más da. Cuando se enfrente a mí, caerá.

—Puede que os toque en suerte otro rival.

Ser Uthor arqueó una ceja.

—A Cosgrove le gusta la plata como al que más. Os garantizo que mi próximo adversario será el Viejo Toro, y después, el chico. ¿Queréis apostar algo?

—No me queda nada que apostar.

Dunk no habría sabido decir qué le dolía más, si saber que el Caracol estaba sobornando al maestro de justas para conseguir los emparejamientos que le interesaban o el hecho de que lo hubiera elegido a él. Se levantó.

—Ya os he dicho lo que tenía que deciros. Mi caballo y mi espada os pertenecen, igual que mi armadura.

El Caracol se acodó en la mesa y juntó las yemas de los dedos.

—Se me ocurre una cosa. No carecéis por completo de talento: vuestra manera de caer es espectacular. —A ser Uthor le brillaban los labios cuando sonreía—. Os prestaré vuestro corcel y vuestra armadura... si entráis a mi servicio.

—¿A vuestro servicio? —Dunk no entendía nada—. ¿Qué servicio? Ya tenéis escudero. ¿Os hace falta guarnición para algún castillo?

—Si tuviera algún castillo, puede que sí, pero, sinceramente, prefiero una buena posada. Los castillos son costosos de mantener. No, lo que os ofrezco es que os enfrentéis a mí en unos cuantos torneos más. Veinte y estaremos en paz. Os daré una décima parte de mis ganancias, y en adelante prometo acertaros en el pecho, no en la cabeza.

—¿Queréis que viaje con vos para descabalgarme?

Ser Uthor soltó una risita amable.

—Sois un espécimen espectacular; a nadie se le ocurrirá que un viejo de hombros caídos con un caracol en el escudo pueda derribaros. —Se frotó la barbilla—. Eso sí, habrá que buscaros un blasón nuevo. El ahorcado es macabro, sí, pero... es un ahorcado. Un hombre muerto, derrotado. Necesitamos algo más fiero. No sé, una cabeza de oso. O una calavera. No, esperad, mejor tres calaveras. O un bebé empalado en una lanza. Y tendríais que dejaros crecer el pelo y la barba. Mucha barba, y cuanto más descuidada, mejor. Ni os imagináis cuántos torneos pequeños como este se celebran. Apostarán tan fuerte por vos que podremos comprar un huevo de dragón antes de que...

—¿... antes de que corra la voz de que soy un perfecto inútil? He perdido la armadura, no el honor. Os entregaré mis armas y a Trueno, pero nada más.

—A un mendigo el orgullo no le sirve de mucho, señor. Hay cosas peores que cabalgar conmigo. Al menos yo podría daros un par de lecciones sobre justas, materia de la que sabéis bien poco.

—Me dejaríais como un idiota.

—Ya lo he hecho. Y hasta los idiotas tienen que comer.

Dunk habría dado cualquier cosa por borrarle la sonrisa a puñetazos.

—Ahora entiendo por qué tenéis un caracol en el escudo. No sois un verdadero caballero.

—Y vos sois un verdadero patán; estáis tan ciego que no veis el peligro. —Ser Uthor dejó la copa a un lado—. ¿Sabéis por qué os he apuntado a la cabeza, señor? —Se puso en pie y le tocó suavemente el pecho con un dedo—. Un golpe justo aquí con el roquete os habría derribado de la silla igual de rápido. La cabeza, en cambio, es un blanco más pequeño, más difícil para derribar a alguien... y con más riesgo de matar al rival. Me han pagado para que os golpeará ahí.

—¿Os han pagado? —Dunk retrocedió—. ¿Qué queréis decir?

—Seis dragones por adelantado y cuatro más si moríais: magra suma por la vida de un caballero. Podéis dar gracias por ello. Si me hubieran ofrecido más, tal vez os habría metido la lanza por la rendija del yelmo.

Dunk volvió a sentir que todo le daba vueltas.

«¿Por qué iba alguien a pagar por verme muerto? No he hecho daño a nadie en Murosblancos.» Nadie lo odiaba tanto, solo el hermano de Egg, Aerion, y el Príncipe Luminoso estaba exiliado al otro lado del mar Angosto.

—¿Quién os ha pagado?

—Un criado me ha traído el oro al amanecer, al poco de que el maestro de justas anunciara los emparejamientos. Iba encapuchado y no me ha dicho el nombre de su señor.

—Pero... ¿por qué?

—No he hecho preguntas. —Ser Uthor volvió a llenarse la copa—. Me parece que tenéis más enemigos de los que os pensáis, ser Duncan. Y se entiende. Muchos dirían que sois la causa de todos nuestros pesares.

Dunk sintió que un puño gélido le estrujaba el corazón.

—Hablad claro.

El Caracol se encogió de hombros.

—No estuve en la dehesa de Vado Ceniza, pero las justas son mi pan y mi sal. Estudio de lejos los torneos igual que un maestre estudia las estrellas. Sé que cierto caballero errante fue la causa del juicio a siete que tuvo lugar en la dehesa de Vado Ceniza y que acabó con la muerte de Baelor Rompelanzas a manos de su hermano Maekar. —Ser Uthor se sentó y estiró las piernas—. El príncipe Baelor era muy querido. El Príncipe Luminoso también tenía amigos, y no habrán olvidado quién provocó su exilio. Sopesad mi oferta, señor. El caracol deja un rastro de babas, pero las babas no han matado nunca a nadie. En cambio, el que danza con dragones acaba quemándose.

Cuando salió de la tienda del Caracol, el día parecía más lóbrego. Las nubes se acumulaban en el este, más negras que antes, y el sol, que se ponía ya, proyectaba largas sombras en el patio. Will, el escudero, estaba inspeccionando los cascos de Trueno.

—¿Dónde está Egg? —le preguntó.

—¿El crío calvo? ¿Y yo qué sé? Se ha largado corriendo.

«No soportaba despedirse de Trueno —pensó Dunk—. Seguro que está en la tienda, con sus libros.»

Pero no era así. Los libros reposaban en una pila ordenada junto a la estera de Egg, y del chico no había ni rastro. Algo raro pasaba; Dunk lo presentía. No era propio de Egg marcharse sin permiso.

A pocos pasos, un par de soldados de pelo entrecano bebían cerveza de cebada delante de un pabellón de lona a rayas.

—... que le den, ya tuve suficiente con una vez —iba diciendo uno—. La hierba era verde cuando salió el sol, sí... —Se interrumpió cuando el otro le dio un codazo, y entonces reparó en Dunk—. ¿Sí, señor?

—¿Habéis visto a mi escudero? Se llama Egg.

El tipo se rascó la mejilla mal afeitada.

—Sí, sé quién es. Tiene menos pelo que yo y una boca tres veces más grande de lo normal. Un chaval lo sacudió un poco, pero eso fue anoche. No lo he visto desde entonces.

—Se habrá asustado —aportó su compañero.

Dunk le lanzó una mirada hostil.

—Si vuelve, por favor, decidle que me espere aquí.

—Claro, señor.

«Puede que haya ido a ver las justas.» Dunk se dirigió a la liza y, al pasar por los establos, se encontró a ser Glendon Ball, concentrado en cepillar a una hermosa yegua canela.

—¿Habéis visto a Egg? —le preguntó.

—Ha pasado corriendo hace nada. ¿Os gusta mi nueva montura? —Ser Glendon se sacó una zanahoria del bolsillo y se la ofreció a la yegua—. Lord Costayne ha mandado a su escudero a pagar el rescate, pero le he dicho que se guardara el oro. Voy a quedármela.

—A su señoría no le hará mucha gracia.

—Su señoría me ha dicho que no tenía derecho a llevar una bola de fuego en el escudo. Me ha dicho que mi blasón debería ser un soto de sauces cabrunos. A su señoría que le den por culo.

Dunk no pudo disimular una sonrisa. Él ya había comido de esa mesa: había tenido que tragarse los mismos platos amargos, servidos por individuos como el Príncipe Luminoso y ser Steffon Lossoway, así que sentía cierta afinidad con el irascible joven. «Puede que mi madre también fuera prostituta.»

—¿Cuántos caballos habéis ganado?

Ser Glendon se encogió de hombros.

—He perdido la cuenta. Mortimer Boggs todavía me debe el suyo; ha dicho que antes se lo comería que permitir que lo montara el bastardo de una ramera. Y ha destrozado la armadura a martillazos antes de mandármela: está llena de agujeros. En fin, algo me darán por el metal. —Parecía más triste que furioso—. Había un establo en el... en la posada donde crecí. De niño trabajaba allí, y siempre que podía cogía prestado un caballo mientras su dueño estaba ocupado. Siempre se me han dado bien los caballos. Rocines, jamelgos, palafrenes, caballos de tiro, de arado, de batalla... He montado en todos. Hasta en un corcel de la arena de Dorne. Conocí a un viejo que me enseñó a fabricarme lanzas. Pensaba que, si les demostraba lo bueno que era, no

les quedaría más remedio que reconocer que era hijo de mi padre. Pero no. Ni viendo todo esto. Se niegan.

—Algunos nunca lo reconocerán, hagáis lo que hagáis. Pero otros... En fin, no todo el mundo es igual. He conocido a gente buena. —Se quedó pensando un momento—. Cuando termine el torneo, Egg y yo iremos al norte. Queremos servir en Invernalía y luchar con los Stark contra los hijos del hierro. ¿Por qué no venís con nosotros?

Ser Arlan siempre decía que el Norte era un mundo aparte. Allí arriba nadie sabría la historia de Jenny Peni y el Caballero de Los Sauces Cabrunos. «Allí arriba nadie se reirá de vos. Os conocerán por vuestra espada y os juzgarán por vuestra valía.»

—¿Y por qué iba a querer ir al norte? —Ser Glendon le lanzó una mirada desconfiada—. ¿Estáis insinuando que debería huir y esconderme?

—No. Es que... dos espadas son mejor que una. Los caminos no son tan seguros como antes.

—Eso es cierto —concedió el chico de mala gana—, pero a mi padre le prometieron un puesto en la Guardia Real. Voy a reclamar la capa blanca que él no llegó a ponerse.

«Tenéis tantas posibilidades de vestir la capa blanca como yo —estuvo a punto de contestar Dunk—. Vos nacisteis de una vivandera, y yo salí de las cloacas del Lecho de Pulgas. Los reyes no colman de honores a hombres como nosotros.» Pero al muchacho no le habría gustado esa verdad.

—En ese caso, que vuestro brazo sea fuerte —replicó.

Apenas se había alejado unos pasos cuando ser Glendon lo llamó.

—Esperad, ser Duncan. He... he sido demasiado brusco. Como solía decirme mi madre, un buen caballero debe ser cortés. —El muchacho no acertaba con las palabras—. Después de mi último lance, lord Peake ha venido a verme y me ha ofrecido un puesto en Picaestrella. Me ha dicho que se avecinaba tormenta, que Poniente no había visto nada igual en una generación y que le hacían falta espadas y hombres que las blandieran bien. Hombres leales que supieran obedecer.

Dunk no daba crédito a sus oídos. Gormon Peake había dejado bien claro su desprecio por los caballeros errantes, tanto cuando se habían encontrado en el camino como en la torre, y aquella oferta era muy generosa.

—Peake es un gran señor —repuso con cautela—, pero... no sé si confiaría en él.

—No. —El muchacho se sonrojó—. Ha puesto un precio. Ha dicho que me tomaría a su servicio..., pero que antes debía mostrar mi lealtad. Que iba a encargarse de que me emparejaran con su amigo el Violinista para el siguiente lance, y que tenía que jurarle que yo iba a perder.

Dunk no lo puso en duda. Debería haber sido una sorpresa, pero no le extrañó en absoluto.

—¿Qué le habéis respondido?

—Que era incapaz de perder con el Violinista aunque lo intentara, que ya había descabalgado a hombres de mucha más talla y que antes de que anoheciera el huevo de dragón sería mío. —Ball esbozó una sonrisa cansada—. No era lo que quería oír. Me ha llamado idiota y me ha advertido que me guardara las espaldas; que el Violinista tenía muchos amigos, y yo, ninguno.

Dunk le puso una mano en el hombro.

—Tenéis un amigo, señor. Dos cuando encuentre a Egg.

El muchacho lo miró a los ojos y asintió.

—Me alegro de que aún queden caballeros de verdad.

Mientras buscaba a Egg entre la multitud congregada en torno a la liza, Dunk vio bien por primera vez a ser Tomnard Heddle. El yerno de lord Butterwell era recio y corpulento, de torso descomunal, y vestía armadura negra sobre cuero endurecido y yelmo en forma de demonio babeante y con escamas. El caballo que montaba era un palmo más alto que Trueno y una arroba más pesado, una bestia monstruosa cubierta con barda de malla. El peso del hierro lo volvía lento, así que Heddle no pasó del medio galope durante el lance, pero eso no le impidió liquidar en el acto a ser Clarence Charlton. Mientras sacaban a Charlton de la liza en camilla, Heddle se quitó el casco demoniaco. Era calvo y de frente ancha, lucía barba negra y cuadrada, y tenía las mejillas y el cuello infestados de forúnculos rabiosos.

Dunk lo reconoció. Heddle era el caballero de voz ronca que le había increpado en el dormitorio cuando se le ocurrió tocar el huevo de dragón y el que había oído hablando con lord Peake.

Le vino a la memoria una mezcolanza de palabras: «... mierda de banquete que nos habéis servido... ¿El muchacho es hijo de su padre, sí o no?... Aceroamargo... Necesita la espada... El viejo Sangre de Leche quería... ¿El muchacho es hijo de su padre, sí o no?... Ya os digo yo que Cuervo de Sangre no va por ahí soñando... ¿El muchacho es hijo de su padre, sí o no?»

Escudriñó la tribuna, por si Egg se las había ingeniado para ocupar el lugar que le correspondía entre los asistentes de renombre, pero no vio ni rastro de él. Tampoco se hallaban presentes Butterwell ni Frey, aunque sí la esposa de Butterwell, aburrida e impaciente. «Qué cosa más rara», pensó Dunk. Era el castillo de Butterwell, era su boda, y Frey era el padre de la novia. Las justas se celebraban en su honor, ¿dónde se habían metido?

—¡Ser Uthor Underleaf! —tronó el heraldo. Una sombra surcó el rostro de Dunk al paso que una nube engullía el sol—. ¡Ser Theomore de la casa Bulwer, el Viejo Toro, caballero de Corona Negra! ¡Adelantaos y demostrad vuestro valor!

El Viejo Toro resultaba imponente con la armadura rojo sangre y los cuernos negros del yelmo, pero necesitó la ayuda de un musculoso escudero para auparse al caballo, y su manera de girar la cabeza al cabalgar daba a entender que ser Maynard



estaba en lo cierto acerca de su ojo. De todos modos, cuando entró en la liza lo recibieron con vítores ensordecedores.

No brindaron la misma acogida al Caracol, cosa que sin duda a él le iba de perlas. En la primera vuelta, los dos caballeros asestaron golpes de refilón. En la segunda, el Viejo Toro rompió la lanza contra el escudo de ser Uthor, mientras que el Caracol erró el golpe. Lo mismo sucedió en la tercera, en la que, además, ser Uthor se tambaleó como si estuviera a punto de caer.

«Está fingiendo —comprendió Dunk—. Está alargando el combate para que en el próximo apuesten fuerte contra él.» No le costó localizar a Will, reuniendo apuestas para su señor, y entonces se le ocurrió que podría haberse engrosado la bolsa apostando unas monedas por el Caracol. «Dunk el Tocho, seso de corcho.»

El Viejo Toro cayó en la quinta acometida, derribado por el impacto del roquete, que resbaló con habilidad sobre el escudo para acertarle en el pecho. Se le quedó el pie trabado en el estribo y su caballo lo arrastró cuarenta pasos por la liza antes de que sus hombres consiguieran detenerlo. Volvió a salir la camilla para llevárselo al maestro. Mientras lo transportaban, las primeras gotas de lluvia le marcaron puntos oscuros en la sobrevesta. Dunk lo miró con semblante inexpresivo; no podía dejar de pensar en Egg. «¿Y si mi enemigo misterioso se ha apoderado de él? —Tenía tanto sentido como cualquier otra posibilidad—. El chico no tiene culpa de nada. Si alguien está furioso conmigo, no debería pagarlo con él.»

Dunk dio con ser John el Violinista cuando estaban ciñéndole la armadura para el siguiente lance. Nada más y nada menos que tres escuderos se ocupaban de él, le abrochaban las correas de la armadura y le enjaezaban el caballo. A su lado, lord Alyn Cockshaw bebía vino aguado, al parecer magullado y de mal humor. Cuando vio a Dunk, escupió el vino sin poder evitarlo y se manchó el pecho.

—¿Cómo es que estáis aún de pie? ¡El Caracol os ha hundido la cara!

—Pate Acero me forjó un buen yelmo, mi señor. Y, como solía decir ser Arlan, tengo la cabeza dura como una piedra.

El Violinista se echó a reír.

—Ni caso a Alyn; el bastardo de Bola de Fuego lo ha derribado del caballo y ha caído sobre sus regordetas posaderas, así que ahora odia a todos los caballeros errantes.

—Ese condenado mocoso de las espinillas no es hijo de Quentyn Ball —insistió Alyn Cockshaw—. No debería competir. Si fuera mi boda, lo habría mandado azotar solo por sus pretensiones.

—¿Y qué doncella iba a casarse con vos? —señaló ser John—. Sea como sea, las pretensiones de Ball son mucho menos irritantes que vuestros mohines. Ser Duncan, ¿por casualidad tenéis amistad con Galtry el Verde? Dentro de nada voy a separarlo de su caballo.

A Dunk no le cabía la menor duda.

—No lo conozco, mi señor.

—¿Queréis una copa de vino? ¿Pan y aceitunas?

—Solo hablar un momento con vos.

—Podéis hablar conmigo tantos momentos como queráis. Entremos en mi pabellón. —El Violinista sostuvo la cortina de la tienda para que pasara—. Vos no, Alyn. Os irá bien privaros de unas pocas aceitunas.

Dentro, el Violinista se volvió hacia Dunk.

—Sabía que ser Uthor no os había matado. Los sueños nunca me engañan, y dentro de poco el Caracol se enfrentará a mí. Cuando lo descabalgue, exigiré que os devuelva las armas y la armadura. Y el corcel, aunque la verdad es que merecéis mejor montura. ¿Me aceptaríais uno como regalo?

—Eh..., no... No podría... —La sola idea incomodaba a Dunk—. No quiero parecer ingrato, pero...

—Si os preocupa la deuda, quitáoslo de la cabeza. No necesito vuestra plata, señor, sino vuestra amistad. ¿Cómo vais a estar entre mis caballeros si no tenéis caballo? —Ser John se enfundó los guanteletes de escamas de acero y flexionó los dedos.

—Mi escudero ha desaparecido.

—¿Estará corriendo detrás de una chica?

—Egg es demasiado joven para ir con chicas, mi señor, y nunca se alejaría de mí. Si estuviera muriéndome, se quedaría a mi lado hasta que mi cadáver se enfriara. Su caballo y su mula siguen donde estaban.

—Si queréis, puedo pedir a mis hombres que lo busquen.

«A mis hombres. —A Dunk no le gustó cómo sonaba—. Un torneo de traidores», pensó.

—Vos no sois caballero errante.

—No. —La sonrisa del Violinista rebosaba encanto juvenil—. Pero ya lo sabíais desde el principio, ¿verdad? Habéis estado llamándome «mi señor» desde que nos encontramos en el camino. ¿Por qué?

—Por vuestra manera de hablar. Por vuestra apariencia. Por vuestros modales. —«Dunk el Tocho, seso de corcho»—. Anoche, en la torre, dijisteis algunas cosas...

—El vino me hace hablar en demasía, pero mantengo cada palabra que dije. Vos y yo estamos hechos el uno para el otro. Mis sueños nunca mienten.

—Vuestros sueños no mienten, pero vos, sí —replicó Dunk—. No os llamáis John, ¿verdad?

—No. —Los ojos del Violinista brillaron burlones.

«Tiene los ojos de Egg.»

—Su verdadero nombre se anunciará pronto, y solo a los que tengan que saberlo. —Lord Gormon Peake había entrado en el pabellón, ceñudo—. Caballero errante, os lo advierto...

—Venga ya, Gormy —lo interrumpió el Violinista—. Ser Duncan está de nuestra parte, y si no lo estará muy pronto. Ya os he dicho que he soñado con él. —Fuera se oyó la llamada de la trompeta del heraldo y el Violinista volvió la cabeza—. Tengo que entrar en liza. Os ruego que me disculpéis, ser Duncan. Seguiremos hablando cuando me haya encargado de ser Galtry el Verde.

—Que vuestro brazo sea fuerte —le deseó Dunk, pero únicamente por cortesía.

Ser John salió, pero lord Gormon permaneció en la tienda.

—Sus sueños van a matarnos a todos.

—¿Con qué habéis comprado a ser Galtry? —preguntó Dunk sin poder contenerse—. ¿Ha bastado con plata o ha hecho falta oro?

—Ya veo que alguien se ha ido de la lengua. —Peake se sentó en una silla de lona—. Fuera tengo una docena de hombres. Debería llamarlos para que os rebanaran el cuello.

—¿Y qué os lo impide?

—A su alteza no le gustaría.

«Su alteza. —Dunk se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago—. Otro Dragón Negro. Otra rebelión de los Fuegoscurio. Y otro Prado Hierbarroja, pronto. La hierba no era roja cuando salió el sol.»

—Y esta boda ¿a qué viene?

—Lord Butterwell quería una esposa joven que le calentara la cama, y lord Frey tenía una hija mancillada. Las nupcias proporcionaron una excusa plausible para una reunión de caballeros de parecida opinión. Muchos invitados lucharon en su momento por el Dragón Negro, y los demás tienen motivos para estar resentidos con Cuervo de Sangre, o albergan rencores o ambiciones. A muchos nos quitaron los hijos y se los llevaron a Desembarco del Rey para garantizar nuestra lealtad, pero casi todos los rehenes murieron en la peste de la gran primavera. Ya no estamos atados de pies y manos; ha llegado nuestra hora. Aerys es débil; es hombre de libros, no de armas. El pueblo llano apenas lo conoce, y lo poco que conocen no les gusta. A los señores aún les gusta menos. Sí, su padre también era débil, pero, cuando el trono se vio amenazado, sus hijos salieron al campo de batalla en su lugar. Baelor y Maekar, el martillo y el yunque... Pero Baelor Rompelanzas ya no está, y el príncipe Maekar sigue en Refugio Estival, enfurruñado, lleno de rencor contra el rey y contra la mano.

«Sí, y ahora un caballero errante imbécil ha puesto a su hijo favorito en manos de sus enemigos. ¿Qué mejor manera de asegurarse de que el príncipe no se mueve de Refugio Estival?»

—Queda Cuervo de Sangre —apuntó—. No es débil.

—No —reconoció lord Peake—, pero nadie quiere a los hechiceros, y los que matan a la sangre de su sangre están malditos a ojos de los hombres y los dioses. A la primera señal de debilidad o derrota, los hombres de Cuervo de Sangre desaparecerán como la nieve de verano. Y si el sueño del príncipe se hace realidad, si aparece un dragón vivo aquí, en Murosblancos...

—... el trono será vuestro —terminó Dunk por él.

—Suyo. Yo no soy más que un humilde servidor. —Lord Gormon Peake se levantó—. No intentéis salir del castillo, señor. Si tratáis de marcharos, lo tomaré como prueba de traición y lo pagaréis con la vida. Hemos llegado demasiado lejos como para retroceder.

La lluvia caía con fuerza del cielo plomizo cuando John el Violinista y ser Galtry el Verde cogieron lanzas nuevas cada uno en su extremo de la liza. Algunos invitados escapaban hacia el salón principal, arrebujados bajo la capa.

Ser Galtry montaba un semental blanco; llevaba una larga pluma verde en el crestón, y otra a juego adornaba la capizana del caballo. Su capa estaba confeccionada con retales de varios tejidos, cada uno de un tono de verde diferente. Las incrustaciones de oro hacían centellear las canilleras y los guanteletes, y el escudo mostraba nueve moletas de jade en campo de sinople deslavado. Hasta la barba la tenía verde, teñida según la moda tyroshi del otro lado del mar Angosto.

Nueve veces cargaron el caballero de los retales verdes y el joven señor de las espadas y los violines dorados, y nueve veces estallaron las lanzas en mil pedazos. En el octavo ataque, el terreno ya estaba blando y los caballos de batalla salpicaban al pisar los profundos charcos. En el noveno el Violinista estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio a tiempo.

—¡Buen golpe! —exclamó entre risas—. ¡Casi me derribáis, señor!

—¡No tardaré! —le gritó el caballero verde entre la lluvia.

—No estoy de acuerdo. —El Violinista tiró la lanza astillada y un escudero le tendió una nueva.

La siguiente carga fue la última. La lanza de ser Galtry resbaló inofensiva por el escudo del Violinista, pero la de ser John acertó al caballero verde en el centro del pecho, lo derribó de la silla y lo envió derecho a un charco de lodo. Al este, Dunk divisó el resplandor de un relámpago lejano.

Las gradas de espectadores estaban vaciándose a toda prisa, porque tanto señores como plebeyos corrían para ponerse a resguardo de la lluvia.

—Mirad cómo huyen —susurró Alyn Cockshaw al llegar junto a Dunk—. Cuatro gotas de lluvia y los valientes señores se escabullen chillando en busca de techo. ¿Qué harán cuando estalle la tormenta de verdad?

«La tormenta de verdad. —Dunk sabía que lord Alyn no se refería al tiempo—. ¿Y a este qué le pasa? ¿De repente quiere ser mi amigo?»

El heraldo subió de nuevo a la tribuna.

—¡Ser Tomnard Heddle, caballero de Murosblancos al servicio de lord Butterwell! —gritó a la vez que un trueno retumbaba a lo lejos—. ¡Ser Uthor Underleaf! ¡Adelantaos y demostrad vuestro valor!

Dunk miró a ser Uthor a tiempo para ver cómo se le borraba la sonrisa de la cara.

«No es el emparejamiento que ha comprado. El maestro de justas lo ha traicionado, pero ¿por qué? Alguien ha intervenido; alguien a quien Cosgrove tiene en más estima que a Uthor Underleaf. —Dunk le dio vueltas a la idea—. No saben que Uthor no tiene intención de ganar —se le ocurrió—. Lo ven como una amenaza, así que quieren que Tom el Negro lo quite del camino del Violinista.» Heddle también formaba parte de la conspiración de Peake, así que confiaban en él: perdería cuando llegara el momento, cuando solo quedara...

En aquel momento lord Peake atravesó como una exhalación la liza enlodada y subió los peldaños que llevaban a la plataforma del heraldo con la capa ondeándole a la espalda.

—¡Nos han traicionado! —aulló—. ¡Entre nosotros hay un espía de Cuervo de Sangre! ¡Alguien ha robado el huevo!

Ser John el Violinista hizo dar media vuelta a su montura.

—¿Mi huevo? ¡No es posible! ¡Lord Butterwell tiene guardias apostados día y noche en su dormitorio!

—¡Los han matado! —anunció lord Peake—. Pero uno, antes de morir, ha nombrado al asesino...

«¿Va a acusarme?», pensó Dunk. Una docena de hombres lo habían visto tocar el huevo de dragón la noche anterior, cuando llevó a lady Butterwell al lecho de su señor esposo.

—Ahí está. —El dedo de lord Gormon apuntó, acusador—. El hijo de la ramera. ¡Prendedlo!

En el extremo opuesto de la liza, ser Glendon Ball alzó la vista, confuso. Tardó un momento en entender qué pasaba, pero cuando vio que se precipitaban hacia él desde todas direcciones se movió más deprisa de lo que Dunk habría creído posible. Tenía la espada a medio desenvainar cuando alguien le rodeó el cuello. Ball consiguió liberarse, pero otros dos hombres se le echaron encima, lo derribaron y lo arrastraron por el barro. Más caballeros se lanzaron sobre él entre gritos y patadas. «Podría haber sido yo», comprendió Dunk. Se sentía tan impotente como en Vado Ceniza, cuando le dijeron que iba a perder una mano y un pie.

Alyn Cockshaw lo contuvo.

—No os metáis en esto si queréis encontrar a vuestro escudero.

Dunk se giró hacia él.

—¿Qué queréis decir?

—Puede que sepa dónde está el crío.

—¿Dónde? —Dunk no estaba de humor para juegos.

Al otro lado del campo de torneo, dos soldados con cota de malla y yelmo cónico inmovilizaron a ser Glendon y lo obligaron a ponerse en pie. Estaba cubierto de barro de la cintura a los tobillos, y la sangre y la lluvia le corrían por las mejillas. «Sangre de héroe», pensó Dunk mientras Tom el Negro desmontaba ante el prisionero.

—¿Dónde está el huevo?

—¿Por qué iba a robarlo? —Le salía un hilillo de sangre de la boca—. Estaba a punto de ganarlo.

«Sí, y no podían consentirlo.»

Tom el Negro le cruzó a Ball la cara con el guantelete.

—Regístradle las alforjas —ordenó lord Peake—. Seguro que ahí encontramos el huevo, bien envuelto y escondido.

—Desde luego que sí —le susurró lord Alyn—. Si queréis recuperar a vuestro escudero, venid conmigo. No habrá mejor momento que ahora que todos están distraídos.

No aguardó respuesta, y Dunk tuvo que seguirlo. Con tres largas zancadas se puso a la altura del joven señor.

—Si le habéis hecho daño a Egg...

—No me interesan los niños. Por aquí, de prisa.

Pasaron por un arco y bajaron unos peldaños cubiertos de lodo, doblaron una esquina y pisaron charcos bajo la lluvia, siempre pegados a las paredes y envueltos en las sombras, hasta llegar a un patio interior de pavimento brillante y resbaladizo. Allí los edificios estaban muy juntos y las ventanas de los pisos superiores parecían cerradas a cal y canto. En el centro del patio había un pozo con un brocal bajo de piedra.

«Un lugar solitario», pensó Dunk. Aquello no le gustó. Se llevó la mano al puño de la espada instintivamente, antes de recordar que su acero estaba en poder del Caracol. Mientras se palpaba la cadera allí donde solía llevar la vaina, sintió la punta de una hoja afilada en la parte baja de la espalda.

—Como intentéis algo, os saco un riñón y se lo doy a los cocineros de Butterwell para que lo frían para el banquete. —La hoja horadó el colete de Dunk, insistente—. Al pozo. Nada de movimientos bruscos.

«Si ha tirado a Egg al pozo, un cuchillito de juguete no le bastará para salvarse.»

Dunk avanzó con pasos lentos, notando como la rabia se le agolpaba en el estómago. De repente, la presión del arma desapareció.

—Ya podéis giraros, caballero errante.

Dunk se volvió.

—¿Se trata del huevo de dragón, mi señor?

—No. Se trata del dragón. ¿Acaso pensabais que me quedaría de brazos cruzados mientras me lo robabais? —Ser Alyn esbozó una mueca—. No debería haber confiado en ese miserable del Caracol para mataros. Me devolverá el oro, vaya si me lo devolverá, hasta la última moneda.

«¿Él? —pensó Dunk—. ¿Este señor joven, rechoncho, perfumado y paliducho es mi enemigo secreto?» No supo si reír o echarse a llorar.

—Ser Uthor se ha ganado el oro. Lo que pasa es que tengo la cabeza muy dura.

—Ya lo veo. Atrás.

Dunk retrocedió un paso.

—Otro paso, venga. Otro más. Otro.

Al siguiente paso se topó con el pozo, y las piedras se le clavaron en los riñones.

—Sentaos en el brocal. No tenéis nada en contra de un baño, ¿verdad? Total, más mojado no vais a estar.

—No sé nadar.

Dunk apoyó la mano en el brocal. Las piedras estaban mojadas, y una se movió al tocarla.

—Qué pena. ¿Saltáis o me obligaréis a pincharos?

Dunk echó un vistazo al fondo y alcanzó a ver los hoyos que formaba la lluvia en el agua, siete varas más abajo. Las paredes estaban cubiertas de limo y musgo.

—No os he hecho ningún daño.

—Ni me lo haréis. Daemon es mío. Yo estaré al frente de su Guardia Real. Vos no sois digno de una capa blanca.

—Nunca he dicho que lo fuera.

«Daemon. —El nombre le resonó en la cabeza—. No se llama John. Daemon, como su padre. Dunk el Tocho, seso de corcho.»

—Daemon Fuegosucuro engendró siete hijos —prosiguió Dunk—. Dos, los gemelos, murieron en el Prado Hierbarroja...

—Aegon y Aemon. Un par de bravucones sin pizca de seso, igual que vos. Cuando éramos pequeños disfrutaban atormentándonos a Daemon y a mí. Lloré cuando Aceroamargo se lo llevó al exilio y volví a llorar cuando lord Peake me dijo que volvía, pero entonces os vio en el camino y se olvidó de mí... —Cockshaw blandió el puñal, amenazador—. Podéis saltar al agua como estáis o sangrando. ¿Qué preferís?

Dunk cerró los dedos en torno a la piedra suelta, que estaba menos suelta de lo que esperaba. Antes de que pudiera arrancarla, ser Alyn se lanzó contra él. Dunk se echó a un lado para esquivarlo y el puñal le rajó el músculo del brazo del escudo. En aquel momento consiguió desencajar la piedra; golpeó con ella el rostro de su señoría y notó como se le rompían los dientes.

—Al pozo, ¿eh? —Le dio otro cantazo en la boca y soltó la piedra, cogió a Cockshaw por la muñeca y se la retorció hasta que el hueso crujió y el puñal rebotó contra las piedras—. Vos primero, mi señor.

Se hizo a un lado, lo agarró por el brazo y le asestó una patada en las posaderas. Lord Alyn se precipitó de cabeza al pozo y se oyó un chapuzón.

—Bien hecho, señor.

Dunk se giró al instante. En medio de la lluvia, solo distinguió una forma encapuchada y un solitario ojo blanco. No fue hasta que el hombre se adelantó cuando, bajo la sombra de la capucha, percibió las facciones conocidas de ser Maynard Plumm; el ojo blanco no era sino el broche de adularia con que se sujetaba la capa.

Abajo, en el pozo, lord Alyn chapoteaba y pedía ayuda a gritos.

—¡Socorro! ¡Asesino! ¡Que alguien me ayude!

—Ha intentado matarme —dijo Dunk.

—Eso explica la sangre.

—¿Qué sangre? —Bajó la vista. Tenía el brazo izquierdo rojo, del hombro al codo; la sobrevesta se le pegaba a la piel—. Ah.

Sin saber cómo, de repente se encontró en el suelo con la lluvia corriéndole por la cara. Oía gimotear a lord Alyn en el pozo, pero los chapoteos eran cada vez más débiles.

—Hay que vendar ese brazo. —Ser Maynard le pasó el suyo por la espalda para incorporarlo—. Arriba. No puedo levantaros, moved las piernas.

Dunk movió las piernas.

—Lord Alyn se va a ahogar.

—Nadie lo echará de menos, y el Violinista menos que nadie.

—No es un... violinista —balbuceó Dunk, blanco de dolor.

—No. Es Daemon de la casa Fuegoscurio, el segundo de su nombre, o así se hará llamar si alguna vez ocupa el Trono de Hierro. Ni os imagináis la cantidad de gente a la que le gustan los reyes valientes e idiotas. Daemon es joven y gallardo, y tiene una estampa formidable a caballo.

Los sonidos procedentes del pozo eran ya casi inaudibles.

—¿No deberíamos tirarle una cuerda?

—¿Salvarlo para ejecutarlo luego? No, gracias. Que pruebe lo que quería haceros tragar. Venga, apoyaos en mí. —Plumm lo ayudó a cruzar el patio. Los rasgos de ser Maynard, vistos de tan cerca, tenían algo extraño, y cuanto más los miraba menos parecía verlos—. ¿Recordáis que os he advertido que huyerais? Pero vos valoráis más el honor que la vida. Está muy bien tener una muerte honorable, pero ¿qué pasa si la vida que está en juego no es la vuestra? ¿Cambiaría la respuesta que me habéis dado?

—¿Qué vida es la que está en juego? —Oyó un último chapoteo en el pozo—. ¿La de Egg? ¿Habláis de Egg? —Dunk apretó el brazo de Plumm—. ¿Dónde está?

—Con los dioses. Y supongo que sabéis por qué.

El dolor que le atenazó el corazón le hizo olvidar el del brazo. Dejó escapar un gemido.

—Ha intentado utilizar la bota.

—Eso creo. Le ha mostrado el anillo al maestro Lothar, que lo ha entregado a Butterwell, quien sin duda se ha meado en los calzones al verlo y ha empezado a preguntarse si no se habría equivocado de bando y cuánto sabría Cuervo de Sangre acerca de la conspiración. La respuesta a esta última cuestión es: mucho. —Plumm soltó una risita.

—¿Quién sois vos?

—Un amigo —replicó Maynard Plumm—. Un amigo que ha estado observándoos, preguntándose qué pintabais en semejante nido de víboras. Y callaos un rato hasta que os haya curado la herida.



Se dirigieron a la tienda de Dunk al abrigo de las sombras. Una vez dentro, ser Maynard encendió el fuego, llenó un cuenco de vino y lo puso a hervir.

—El corte es limpio, y al menos no es el brazo de la espada —observó tras cortar la manga manchada de sangre—. Parece que no ha tocado el hueso. De todos modos hay que lavarlo o corréis el riesgo de perder el brazo.

—Qué más da. —Dunk tenía un nudo en el estómago, como si fuera a vomitar en cualquier momento—. Si Egg ha muerto...

—... será culpa vuestra. No debisteis traerlo aquí. Pero no he dicho que haya muerto, sino que está con los dioses. ¿Tenéis lino limpio, o seda?

—Mi sobrevesta buena, la de Dorne. ¿Cómo que está con los dioses?

—Cada cosa a su tiempo. Primero, el brazo.

El vino estaba humeando. Ser Maynard cogió la sobrevesta de seda de Dunk, la olisqueó con desconfianza y empezó a cortarla en tiras con el puñal. Dunk se mordió la lengua para no protestar.

—Ambrose Butterwell nunca ha sido lo que se dice decidido —comentó ser Maynard al tiempo que estrujaba tres tiras de seda y las mojaba en el vino—. Desde el principio ha albergado dudas sobre el plan, dudas que se acrecentaron cuando se enteró de que el chico no traía la espada.

Y esta mañana ha desaparecido el huevo de dragón, y con él, el poco valor que le quedaba.

—Ser Glendon no ha robado el huevo —dijo Dunk—. Se ha pasado el día en el patio, participando en las justas o viéndolas.

—Ya, pero Peake encontrará el huevo en sus alforjas. —El vino hervía a borbotones. Plumm se puso un guante de cuero—. Tratad de no gritar. —Sacó una tira de seda del vino hirviendo y empezó a limpiar el corte.

Dunk no gritó. Apretó los dientes, se mordió la lengua y se golpeó el muslo con el puño hasta hacerse moratones, pero no gritó. Ser Maynard empleó el resto de la sobrevesta como vendaje y le envolvió el brazo bien prieto con la tela de seda.

—¿Qué tal os encontráis? —preguntó al terminar.

—Peor que mal. —Dunk se estremeció—. ¿Dónde está Egg?

—Ya os lo he dicho. Con los dioses.

Dunk alargó el brazo sano y agarró a Plumm por el cuello.

—Estoy harto de pistas e insinuaciones, hablad claro. Decidme dónde está el niño o, amigo o no, os rompo el cuello.

—En el septo, y haríais bien en ir armado. —Ser Maynard sonrió—. ¿He hablado suficientemente claro, Dunk?

Hizo una primera parada en el pabellón de ser Uthor Underleaf.

Al entrar se encontró al escudero, Will, inclinado sobre una tina, lavando la ropa interior de su señor.

—¿Otra vez vos? Ser Uthor está en el banquete. ¿Qué queréis?  
—Mi espada y mi escudo.  
—¿Traéis el rescate?  
—No.  
—¿Y por qué iba a daros las armas?  
—Porque las necesito.  
—No es motivo.  
—A ver qué te parece este: si me lo impides, te mato.  
Will se quedó boquiabierto.  
—Ahí están.

Dunk se detuvo a la entrada del septo del castillo. «Quieran los dioses que no sea demasiado tarde.» Volvía a llevar el cinto de la espada en su sitio, muy apretado a la cintura. Se había colgado el escudo del ahorcado del brazo herido, y el peso le provocaba punzadas de dolor a cada paso. Bastaría un roce para hacerlo gritar. Abrió las puertas con la mano sana.

El septo estaba silencioso y oscuro, iluminado solo por las velas que titilaban en los altares de los Siete. El Guerrero era el que tenía más candelas encendidas, como era de esperar en un torneo: más de un caballero habría acudido a él para rogarle fuerza y valor antes de entrar en liza. El altar del Desconocido estaba envuelto en sombras, alumbrado por una única vela. Ante la Madre y el Padre ardían docenas; ante el Herrero y la Doncella, muchas menos. Y, bajo el brillante farol de la Vieja, vio a lord Ambrose Butterwell, arrodillado y con la cabeza inclinada, rezando en silencio en busca de sabiduría.

No estaba solo. Apenas hubo avanzado hacia él, dos soldados se adelantaron para cortarle el paso, con semblante adusto bajo el yelmo cónico. Ambos llevaban cota de malla, y encima, la sobrevesta con el ondeado verde, blanco y amarillo de la casa Butterwell.

—Alto, señor. Aquí no se os ha perdido nada.

—Sí se le ha perdido. Ya os he advertido que me encontraría.

Era la voz de Egg.

Cuando salió de entre las sombras, a los pies del Padre, su cabeza afeitada resplandeció a la luz de las velas, y Dunk estuvo a punto de correr hacia él, gritar de alegría y levantarlo en el aire y estrujarlo como un oso, pero su voz tenía un deje que lo hizo dudar.

«Parece más furioso que asustado, y nunca lo había visto tan serio. Y Butterwell está de rodillas. Aquí pasa algo raro.»

Lord Butterwell se puso en pie despacio. Pese a la escasa luz, saltaba a la vista que estaba pálido y sudoroso.

—Dejadlo pasar —ordenó a los guardias. Estos retrocedieron, y el señor indicó a Dunk que se acercara—. No le he hecho daño al chico. Conocí bien a su padre cuando fui mano del rey. El príncipe Maekar tiene que saber que esto no ha sido idea mía.

—Lo sabrá —prometió Dunk. «¿Qué está pasando?»

—Peake. Todo ha sido cosa de Peake, lo juro por los Siete. —Lord Butterwell puso una mano en el altar—. Que los dioses me fulminen si es mentira. Él me dijo a quién invitar y a quién no, y trajo aquí al muchacho, al pretendiente. Yo no quería cometer traición, tenéis que creerme. Tom Heddle me ha presionado, no voy a negarlo. Es mi yerno, el marido de mi hija mayor, pero no voy a mentir: él sí que está en el complot.

—Es vuestro campeón —repuso Egg—. Si estaba en el complot, vos también.

«Cállate —habría querido rugir Dunk—. Esa lengua tan larga va a conseguir que nos maten.»

Pero Butterwell pareció asustarse aún más.

—No lo entendéis, mi señor. Heddle está al mando de mi guarnición.

—Seguro que os quedan soldados leales —replicó Egg.

—Estos que veis. Y pocos más. Reconozco que he sido poco estricto, pero nunca he cometido traición. Frey y yo albergábamos dudas sobre el pretendiente que trajo lord Peake. ¡Si ni siquiera lleva la espada! Si fuera hijo de su padre, Aceroamargo le habría puesto a *Fuegoscuro* en la mano. Y tanta palabrería sobre el dragón... Locuras, nada más que locuras y dislates. —El señor se secó el sudor de la cara con la manga—. Y ahora nos han robado el huevo, el huevo de dragón que el rey concedió a mi abuelo como recompensa por sus leales servicios. Estaba en su sitio esta mañana cuando me he despertado, y mis guardias juran que nadie ha entrado ni salido del dormitorio. Puede que lord Peake los haya sobornado, no lo sé, pero sí sé que el huevo ha desaparecido. Lo tienen ellos, o...

«O el dragón ha salido del cascarón», pensó Dunk. Si un dragón vivo apareciera de nuevo en Poniente, nobles y plebeyos se congregarían bajo el estandarte del príncipe que lo poseyera.

—Tengo que hablar con... con mi escudero. Con vuestro permiso, mi señor.

—Como deseáis. —Lord Butterwell volvió a arrodillarse para rezar.

Dunk se llevó a Egg aparte e hincó una rodilla en el suelo para hablar con él cara a cara.

—Voy a estar dándote collejas hasta que se te vuelva la cabeza del revés. Vas a pasarte el resto de tu vida mirando hacia atrás.

—Haríais bien, señor. —Egg tuvo la decencia de fingir arrepentimiento—. Lo siento. Solo quería mandar un cuervo a mi padre.

«Para que yo pudiera seguir siendo caballero. El chico tenía buena intención.» Dunk echó una mirada a Butterwell.

—¿Qué le has hecho?

—Meterle miedo, señor.

—Sí, ya lo veo. Esta noche le va a salir callo en las rodillas.

—No sabía qué otra cosa hacer, señor. Cuando el maestre ha visto el anillo de mi padre me ha llevado con ellos.

—¿Con ellos?

—Con lord Butterwell y lord Frey. También había unos guardias. Todo el mundo estaba preocupado porque habían robado el huevo de dragón.

—¡No habrás sido tú!

—No, señor. —Egg negó con la cabeza—. Cuando el maestre le ha enseñado a lord Butterwell el anillo he sabido que me había metido en un lío. He estado a punto de decir que lo había robado, pero no me habrían creído. Entonces me he acordado de una cosa que contó mi padre: lord Cuervo de Sangre decía que es mejor dar miedo que tener miedo. Así que les he explicado que mi padre nos había mandado como espías y que estaba de camino con un ejército, y que a su señoría más le valía soltarme y desistir de la traición o lo pagaría con la cabeza. —Sonrió con timidez—. No me imaginaba que iba a salirme tan bien.

A Dunk le entraron ganas de agarrarlo por los hombros, sacudirlo hasta que le castañetearan los dientes y gritarle: «¡Esto no es un juego! ¡Es cuestión de vida o muerte!».

—¿Lord Frey también lo ha oído?

—Sí. Le ha deseado a lord Butterwell un matrimonio feliz y ha anunciado que se volvía a Los Gemelos de inmediato. Y entonces el señor nos ha traído aquí para rezar.

«Frey podía huir, pero Butterwell no tenía esa opción —pensó Dunk—. Y tarde o temprano empezará a preguntarse por qué no han llegado el príncipe Maekar y su ejército.»

—Si lord Peake se entera de que estás en el castillo...

Las puertas del septo se abrieron de golpe, y Dunk se volvió a tiempo de ver entrar a Tom Heddle el Negro con el ceño fruncido, ataviado con cota y armadura, con la capa tan empapada que enseguida se formó un charco a sus pies. Lo acompañaba una docena de soldados armados con hachas y lanzas. Tras ellos, un relámpago azul y blanco hendió el cielo y proyectó sombras repentinas en el blanco suelo de piedra. Una ráfaga de viento agitó las llamas de todas las velas del septo.

«Por los siete infiernos», fue lo único que Dunk tuvo tiempo de pensar antes de que Heddle diera la orden.

—Ahí está el crío. Cogedlo.

Lord Butterwell se había puesto en pie.

—Alto. Que nadie toque al niño. ¿Qué está pasando aquí, Tommard?

En el rostro de Heddle se dibujó una mueca de desprecio.

—No todos tenemos leche en las venas, vuestra señoría. Me llevo al niño.

—No lo entendéis. —La voz de Butterwell se había transformado en un chillido débil y tembloroso—. Estamos acabados. Lord Frey se ha ido y los demás lo

seguirán. El príncipe Maekar viene con su ejército.

—Razón de más para tener al crío como rehén.

—No, no. No quiero saber más de lord Peake ni del pretendiente. No voy a luchar.

Tom el Negro lanzó una mirada gélida a su señor.

—Cobarde —le espetó—. Decid lo que queráis. Lucharéis o moriréis, mi señor. —Señaló a Egg—. Un venado para el primero que haga correr la sangre.

—¡No, no! —Butterwell se volvió hacia sus guardias—. ¡Detenedlos! ¿Me oís? ¡Os lo ordeno! ¡Detenedlos!

Los guardias estaban parados, confusos, sin saber a quién obedecer.

—¿Voy a tener que encargarme yo?

Tom el Negro desenvainó la espada larga. Dunk lo imitó.

—Detrás de mí, Egg.

—¡Guardad los aceros! ¡A los dos os lo digo! —chilló Butterwell—. No toleraré que se derrame sangre en el septo. Ser Tommard, este hombre es el escudo juramentado del príncipe, ¡os va a matar!

—Solo si me cae encima. —Tom el Negro mostró los dientes en una sonrisa desagradable—. ¿No lo habéis visto intentando justar?

—La espada se me da mejor —le advirtió Dunk.

Heddle respondió con un bufido y cargó contra él.

Dunk pegó un empujón brusco a Egg hacia atrás y se volvió para detener la estocada. Paró bien la primera, pero el impacto de la espada contra el escudo le provocó un latigazo de dolor en el brazo vendado. Trató de responder con un tajo a la cabeza, pero Tom el Negro lo esquivó y lo atacó de nuevo. Dunk apenas llegó a tiempo de detenerlo con el escudo. Saltaron astillas de pino, y Heddle, con una carcajada, siguió acometiendo con golpes altos y bajos. Dunk los paró todos, pero cada uno era un suplicio y empezó a ceder terreno.

—¡Dadle, señor! —oyó gritar a Egg—. ¡Ahora, dadle duro! ¡Ya es vuestro!

La boca le sabía a sangre y, peor aún, la herida se le había abierto. Sentía que se le iba la cabeza. La espada de Tom el Negro estaba reduciéndole el escudo a astillas. «Guardadme bien, roble y acero, o voy al infierno, y eso no quiero», pensó Dunk antes de recordar que su escudo era de pino. Cuando chocó de espaldas contra un altar, cayó sobre una rodilla y se dio cuenta de que ya no tenía más terreno que ceder.

—No sois caballero —se burló Tom el Negro—. ¿Tenéis lágrimas en los ojos, patán?

«Lágrimas de dolor.» Dunk levantó la rodilla del suelo y se lanzó contra su rival con el escudo por delante.

Tom el Negro se tambaleó, aunque consiguió mantener el equilibrio. Dunk siguió atacándolo, golpeándolo con el escudo una y otra vez, valiéndose de su fuerza y su tamaño para hacerlo retroceder medio septo. Luego apartó el escudo y arremetió con la espada larga, y Heddle lanzó un grito cuando el acero le atravesó la carne y se

le hundió en el muslo. Blandió la espada enloquecido, pero el golpe fue desesperado, torpe. Dunk lo paró con el escudo una vez más y descargó todo su peso en el contraataque.

Tom el Negro retrocedió un paso y miró con horror cómo su antebrazo iba a caer ante el altar del Desconocido.

—Me... me... —jadeó.

—Os lo he dicho. —Dunk le atravesó el cuello—. La espada se me da mejor.

Dos soldados huyeron a la lluvia mientras se formaba un charco de sangre bajo el cadáver de Tom el Negro. Los demás aferraron las lanzas, titubeantes, y lanzaron miradas recelosas a Dunk mientras esperaban a que su señor dijera algo.

—Esto... esto no ha estado bien —acabó por farfullar Butterwell. Se volvió hacia Dunk y Egg—. Tenemos que salir de Murosblancos antes de que esos dos informen a Gormon Peake de qué ha pasado. Tiene más amigos que yo entre los invitados. Escaparemos por la poterna de la muralla norte... Vamos, tenemos que apresurarnos.

Dunk envainó la espada de inmediato.

—Ve con lord Butterwell, Egg. —Le rodeó los hombros con un brazo y bajó la voz—. Aléjate de él en cuanto puedas. Corre a rienda suelta con Chubasco y piérdelo de vista antes de que vuelva a cambiar de bando. Ve a Poza de la Doncella; está más cerca que Desembarco del Rey.

—¿Y vos, señor?

—Por mí no te preocupes.

—Soy vuestro escudero.

—Exacto, así que harás lo que te digo o te llevarás una buena colleja.

Un grupo salía en aquel momento del salón principal y se detenía brevemente para ponerse la capucha antes de aventurarse a la lluvia. Entre ellos se hallaban el Viejo Toro y el enclenque lord Caswell, borracho de nuevo. Los dos se apartaron todo lo posible del paso de Dunk. Ser Mortimer Boggs le lanzó una mirada extrañada, pero tuvo la sensatez de no dirigirle la palabra. En cambio, Uthor Underleaf no fue tan tímido.

—Llegáis tarde al banquete, señor —comentó al tiempo que se enfundaba los guantes—. Y veo que volvéis a llevar espada.

—Os pagaré el rescate, si es lo que os preocupa. —Dunk había abandonado el escudo maltrecho y se cubría el brazo herido con la capa para ocultar la sangre—. A menos que muera. En ese caso os doy permiso para desvalijar mi cadáver.

Ser Uthor se echó a reír.

—¿Es eso gallardía o simple estupidez? Me cuesta diferenciarlas. En fin, señor, no es tarde para aceptar mi oferta.

—Es más tarde de lo que pensáis —replicó Dunk.

No esperó la respuesta de Underleaf, sino que prosiguió su camino y cruzó las puertas. El salón principal apestaba a humo, a cerveza y a lana mojada. Arriba, en la galería, unos cuantos músicos tocaban bajito. De las mesas de alcurnia brotaban carcajadas: al parecer, ser Kirby Pimm y ser Lucas Nayland pasaban el rato con un juego de beber. En el estrado, lord Peake hablaba con vehemencia con lord Costayne, mientras que la esposa de Ambrose Butterwell, sola, se aburría en el trono.

Muy lejos de los lugares de honor, Dunk se encontró a ser Kyle, que ahogaba las penas en la cerveza de lord Butterwell. Ante él reposaba la hogaza de pan, rellena de un guiso espeso elaborado con las sobras de la noche anterior. Guiso gordo, lo llamaban en los tenderetes de calderos de Desembarco del Rey. Era obvio que ser Kyle no estaba de humor para probarlo: el guiso se había enfriado y se había formado una fina capa de grasa en la superficie.

—Salud, ser Kyle. —Dunk se sentó en el banco junto a él.

—Ah, ser Duncan. ¿Queréis cerveza?

—No. —Era lo último que necesitaba.

—¿Estáis bien, señor? Perdonadme, pero parecéis...

«Mejor de lo que estoy.»

—¿Qué ha sido de Glendon Ball?

—Se lo han llevado a las mazmorras. —Ser Kyle sacudió la cabeza—. Será hijo de una prostituta o no, pero nunca me ha parecido un ladrón.

—Porque no lo es.

Ser Kyle lo miró con los ojos entrecerrados.

—El brazo... ¿Qué os ha...?

—Una puñalada.

Dunk se volvió hacia el estrado con el ceño fruncido. Aquel día había escapado de la muerte dos veces. Cualquiera en su lugar habría tenido suficiente. «Dunk el Tocho, seso de corcho.» Se puso de pie.

—¡Alteza! —gritó.

En los bancos cercanos, algunos comensales dejaron las cucharas, interrumpieron las conversaciones y se giraron para mirarlo.

—¡Alteza! —repitió Dunk, más alto. Echó a andar por la alfombra de Myr hacia el estrado—. ¡Daemon!

La mitad del salón había quedado en silencio. En la mesa del estrado, el hombre que se hacía llamar el Violinista se volvió y le sonrió. Dunk advirtió que para el banquete había elegido una sobrevesta violeta. «Para destacar el color de sus ojos.»

—Me alegro de que hayáis venido, ser Duncan. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Justicia —pidió Dunk—. Para Glendon Ball.

El nombre retumbó en las paredes, y por un momento pareció que todos los hombres, mujeres y niños del salón se hubieran transformado en piedra. Luego, lord Costayne dio un puñetazo en la mesa.

—¡Lo que merece es la muerte, no justicia!

Varias voces apoyaron la declaración.

—Nació bastardo —añadió ser Harbert Paege—. No hay bastardo que no sea ladrón o algo peor. La sangre hablará.

«Estoy solo», pensó Dunk, desesperado. Pero, en aquel momento, ser Kyle el Gato se puso en pie. Solo se tambaleaba un poco.

—Puede que sea bastardo, señores, pero es el bastardo de Bola de Fuego. Como ha dicho ser Harbert, la sangre hablará.

Daemon frunció el ceño.

—Nadie honra más que yo a Bola de Fuego —pronunció—. No puedo creer que ese falso caballero haya nacido de su semilla. Ha robado el huevo de dragón y ha matado a tres buenos soldados.

—No ha robado nada ni ha matado a nadie —insistió Dunk—. Puede que hayan muerto tres guardias, pero el asesino no ha sido él. Vuestra alteza sabe tan bien como yo que ser Glendon se ha pasado el día entero en la liza, de justa en justa.

—Es verdad —reconoció Daemon—. A mí también me ha llamado la atención. Pero tenía el huevo de dragón en las alforjas.

—¿De veras? ¿Y dónde está ahora?

Lord Gormon Peake se levantó, arrogante y con ojos gélidos.

—A salvo y bien vigilado. ¿A vos qué os importa, señor?

—Traedlo —pidió Dunk—. Me gustaría echarle otro vistazo, mi señor; anoche apenas tuve tiempo.

Peake entrecerró los ojos.

—Este caballero errante llegó a Murosblancos con ser Glendon sin que nadie los invitara, alteza —dijo a Daemon—. Puede que sea su cómplice.

Dunk no le hizo caso.

—Alteza, lord Peake ha encontrado el huevo de dragón en las pertenencias de ser Glendon porque él mismo lo ha puesto ahí. Que nos lo traiga si puede. Examinadlo. Me juego lo que sea a que no es más que una piedra pintada.

El caos estalló en el salón. Cien voces se alzaron al mismo tiempo y una docena de caballeros se puso en pie de un salto. Daemon parecía casi tan joven y desconcertado como ser Glendon cuando lo habían acusado.

—¿Estáis borracho, amigo mío?

«Ojalá.»

—He perdido bastante sangre —reconoció Dunk—, pero no la cabeza. La acusación contra ser Glendon es injusta.

—Pero ¿por qué? —Daemon estaba desconcertado—. Si Ball no ha obrado mal, como decís, ¿por qué lo acusa su señoría y por qué quiere condenarlo con una piedra pintada?

—Para quitarlo de en medio y que no se enfrente a vos. Su señoría ha comprado a todos vuestros rivales con oro y promesas, pero Ball no estaba en venta.



El Violinista se puso rojo.

—No es verdad.

—Sí que lo es. Haced venir a ser Glendon y preguntádselo vos mismo.

—Es lo que voy a hacer. Lord Peake, traed al bastardo aquí ahora mismo, y también el huevo de dragón. Quiero examinarlo.

Gormon Peake lanzó una mirada asesina a Dunk.

—Estamos interrogando al bastardo, alteza. No me cabe duda de que en un rato confesará.

—Cuando mi señor dice «interrogar», quiere decir «torturar» —aclaró Dunk—. En un rato, ser Glendon confesará haber matado hasta al padre de vuestra alteza y a vuestros dos hermanos.

—¡Basta ya! —Lord Peake estaba rojo como la grana—. Una palabra más y os arranco la lengua de raíz.

—Estáis mintiendo —replicó Dunk—. Son dos palabras.

—Y las dos las vais a lamentar —prometió Peake—. ¡Prended a este hombre y arrojadlo a las mazmorras!

—No. —La voz de Daemon sonó peligrosamente tranquila—. Quiero la verdad. Sunderland, Vyrwel, Smallwood, bajad con vuestros hombres a las mazmorras y traedme a ser Glendon de inmediato, ¡y que no le ocurra nada! Si alguien intenta deteneros, decid que estáis cumpliendo órdenes del rey.

—Como gustéis —respondió lord Vyrwel.

—Voy a solucionar este conflicto como lo habría resuelto mi padre —prosiguió el Violinista—. Ser Glendon está acusado de crímenes horrendos. Como caballero, tiene derecho a defenderse con las armas. Me enfrentaré a él en la liza, y que los dioses decidan si es culpable o inocente.

«Lleve sangre de héroe o de ramera —pensó Dunk cuando dos vasallos de lord Vyrwel arrojaron a ser Glendon a sus pies, desnudo—, el caso es que ahora lleva menos que antes.»

El chico había recibido una paliza brutal. Tenía el rostro magullado e hinchado, le habían roto varios dientes, otros se los habían saltado, le sangraba el ojo derecho y los hierros al rojo le habían dejado marcas encarnadas en el pecho.

—Ya estáis a salvo —murmuró ser Kyle—. Aquí solo hay caballeros errantes, y bien saben los dioses que somos inofensivos.

Daemon les había asignado las estancias del maestre y había ordenado que le vendaran las heridas a ser Glendon y lo preparasen para la justa.

Mientras le limpiaba la sangre de la cara y las manos, Dunk vio que le habían arrancado tres uñas de la mano izquierda. Aquello fue lo que más le preocupó.

—¿Podréis sostener la lanza?

—¿La lanza? —Le salió sangre y saliva de la boca al hablar—. ¿Tengo todos los dedos?

—Los diez —le aseguró Dunk—. Pero solo siete uñas.

Ball pareció conforme.

—Tom el Negro iba a cortarme los dedos, pero lo han llamado. ¿Voy a luchar contra él?

—No. Lo he matado yo.

Aquello le arrancó una sonrisa.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Vais a justar contra el Violinista, que en realidad se llama...

—... Daemon, ya lo sé. Me lo han dicho. El Dragón Negro. —Ser Glendon soltó una carcajada—. Mi padre murió por el suyo. Yo lo habría servido de buena gana; habría luchado por él, habría matado por él, habría muerto por él, pero no podía perder por él. —Volvió la cabeza y escupió un diente roto—. ¿Me dais una copa de vino?

—Ser Kyle, el pellejo.

El muchacho bebió a tragos largos y se limpió la boca.

—Miradme. Estoy temblando como una niña.

Dunk frunció el ceño.

—¿Aún podéis montar?

—Ayudadme a asearme y traedme el escudo, la lanza y la silla —replicó ser Glendon—, y ya veréis de qué soy capaz.

Casi amanecía cuando la lluvia amainó lo suficiente para que se celebrara el combate. El patio del castillo era un lodazal que brillaba a la luz de cien antorchas. Más allá de la liza empezaba a levantarse una neblina gris, que extendía los dedos fantasmagóricos hacia las blancas murallas para apresar las almenas. Muchos invitados se habían esfumado durante la noche, pero los que quedaban volvieron a ocupar sus puestos en los tablones de pino mojado. Entre ellos destacaba ser Gormon Peake, rodeado de señores menores y caballeros de su casa.

No habían pasado muchos años desde que Dunk sirviera al anciano ser Arlan, y recordaba bien sus deberes. Le abrochó a ser Glendon las hebillas de la armadura, que no era de su talla; le sujetó el yelmo al gorjal; lo ayudó a montar, y le tendió el escudo. Los combates anteriores habían dejado melladuras profundas en la madera, pero aún se distinguía la llamativa bola de fuego.

«Parece tan joven como Egg —pensó Dunk—. Es un niño asustado, pero decidido. —La yegua canela no llevaba barda y parecía nerviosa—. Debería combatir con su montura. Esta es de raza y más veloz, pero siempre es mejor la que uno conoce; esta es una completa desconocida para él.»

—Traedme una lanza —pidió ser Glendon—. Una de guerra.

Dunk se dirigió a la lancera. Las lanzas de guerra eran más cortas y pesadas que las de torneo, las empleadas en los enfrentamientos anteriores. Dunk escogió una, tres varas de fresno macizo rematadas en punta de hierro, la sacó y acarició la madera para comprobar que no tuviera resquebrajaduras.

En el otro extremo de la liza, un escudero ofrecía a Daemon una lanza parecida. Ya no era un violinista: en lugar de espadas y violines, los jaeces de su caballo de batalla lucían el dragón de tres cabezas de la casa Fuegosuro, sable en campo de gules. El príncipe también se había quitado el tinte negro del pelo y lo llevaba suelto como una cascada de oro y plata que a la luz de las antorchas refulgía igual que el metal batido.

«Egg tendría el pelo muy parecido si se lo dejara crecer», pensó Dunk. Le costaba imaginárselo así, pero sabía que algún día, si vivían lo suficiente, llegaría a verlo.

El heraldo subió al estrado por última vez.

—¡Ser Glendon el Bastardo, acusado de robo y asesinato! —proclamó—. ¡Adelantaos y demostrad vuestra inocencia, o perded la vida! ¡Daemon de la casa Fuegosuro, el segundo de su nombre, rey legítimo de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, señor de los Siete Reinos y protector del reino! ¡Adelantaos y demostrad la verdad de las acusaciones contra el bastardo Glendon!

De repente Dunk retrocedió en el tiempo y volvió a encontrarse en la dehesa de Vado Ceniza, escuchando a Baelor Rompelanzas justo antes de que salieran a luchar por su vida. Dejó la lanza de guerra en su sitio y cogió una de torneo de la siguiente lancera: cuatro varas y media, estilizada, elegante.

—Utilizad esta —indicó a ser Glendon—. Es la que usamos en Vado Ceniza, en el juicio a siete.

—El Violinista ha cogido una de guerra. Quiere matarme.

—Para eso tendrá que acertaros. Si apuntáis bien, su lanza no llegará a tocaros.

—No lo sé...

—Yo sí.

Ser Glendon asió el asta, dio media vuelta y trotó hacia la liza.

—En ese caso, que los Siete nos amparen. A los dos.

Al este, un relámpago hendió el cielo rosado. Daemon clavó las espuelas doradas en los flancos del semental y partió como un trueno al tiempo que bajaba la lanza con la mortífera punta de hierro. Ser Glendon levantó el escudo y galopó a su encuentro, deslizándose la lanza, más larga, a la izquierda de la cabeza de la yegua para apuntar al pecho del joven pretendiente. Los cascos de los animales levantaban salpicaduras de lodo, y las antorchas parecían arder con más intensidad a medida que los caballeros se acercaban.

Dunk cerró los ojos. Oyó un crujido, un grito y un porrazo.

—¡No! —oyó chillar a lord Peake, angustiada—. ¡Nooo!

Por un momento casi sintió pena por él. Abrió los ojos. El gran corcel hito, sin jinete, había disminuido la marcha. Dunk saltó para sujetarlo por las riendas. Al otro

extremo de la liza, ser Glendon Ball hizo dar media vuelta a la yegua y alzó la lanza astillada. Una muchedumbre entró corriendo en la liza y se precipitó hacia el Violinista, que yacía inmóvil de bruces en el lodo. Cuando lo pusieron en pie, estaba cubierto de barro de la cabeza a los pies.

—El Dragón Marrón —gritó alguien.

Una carcajada recorrió el patio mientras el amanecer bañaba Murosblancos.

Mientras Dunk y ser Kyle ayudaban a Glendon Ball a descabalar, se oyó el sonido de la primera trompeta, y los centinelas de las murallas dieron la alarma. Un ejército había surgido de la niebla matinal y se aproximaba al castillo.

—Pues al final resulta que Egg no mentía —comentó Dunk a ser Kyle, atónito.

Lord Mooton llegó de Poza de la Doncella; lord Blackwood, del Árbol de los Cuervos; lord Darklyn, del Valle Oscuro. Las heredades reales de Desembarco del Rey enviaron a miembros de las casas Hayford, Rosby, Stokeworth y Massey, y a las propias espadas juramentadas del rey, con tres caballeros de la Guardia Real a la cabeza y unos refuerzos de trescientos picos de cuervo armados con arcos de arciano. Danelle Lothston la Loca acudió con su ejército desde las torres hechizadas de Harrenhal, vestida con una armadura negra que le sentaba como un guante de hierro, con la larga melena roja al viento.

La luz del sol naciente arrancó destellos de las puntas de quinientas lanzas y diez veces ese número de picas. Los pendones, que en la noche avanzaban grises, adquirieron medio centenar de colores alegres, y sobresalían entre todos ellos dos dragones reales que ondeaban en campo de sable: la bestia de tres cabezas de Aerys I Targaryen, gules como el fuego, y uno alado de plata que escupía llamas color escarlata.

«Pues no es Maekar», pensó Dunk al ver los estandartes. El blasón del príncipe de Refugio Estival lucía cuatro dragones tricéfalos pareados: las armas del hijo cuarto del difunto Daeron II Targaryen. Un solitario dragón blanco anunciaba la presencia de la mano del rey, lord Brynden Ríos.

El propio Cuervo de Sangre había acudido a Murosblancos.

La primera rebelión de los Fuegoscurro pereció entre sangre y gloria en el Prado Hierbarroja. La segunda rebelión de los Fuegoscurro terminó con un quejido.

—¡No nos dejaremos acobardar! —clamó el joven Daemon desde las almenas del castillo tras observar el cerco de hierro que los rodeaba—. ¡Nuestra causa es justa! ¡Romperemos el sitio y cabalgaremos hasta Desembarco del Rey, cueste lo que cueste! ¡Que suenen las trompetas!

Pero los caballeros, señores y soldados se pusieron a cuchichear entre sí, y unos cuantos empezaron a alejarse a hurtadillas hacia los establos, alguna poterna o algún escondrijo donde ponerse a salvo. Y, cuando Daemon desenvainó la espada y la enarboló, todos pudieron ver que no era *Fuegoscurro*.

—¡Hoy será otro Prado Hierbarroja! —prometió el pretendiente.

—Mejor dedícate a los violines, chico —le replicó un escudero entrecano—. Yo prefiero vivir.

Al final, el segundo Daemon Fuegosuro partió a caballo en solitario, tiró de las riendas ante las huestes reales y desafió a lord Cuervo de Sangre a combate singular.

—¡Lucharé contra vos, o contra el cobarde de Aerys, o contra el campeón que elijáis!

Pero los hombres de lord Cuervo de Sangre lo rodearon, lo bajaron del caballo y lo cargaron de cadenas doradas. Clavaron en el barro el estandarte que portaba y le prendieron fuego. Ardió largo rato, y la columna de humo se contempló desde leguas a la redonda.

Aquel día solo se derramó la sangre de un vasallo de lord Vyrwel, que empezó a alardear de que era uno de los ojos de Cuervo de Sangre y pronto iba a recibir su recompensa.

—Antes de la próxima luna estaré follándome putas y bebiendo tinto de Dorne —cuentan que afirmó justo antes de que un caballero de lord Costayne le rebanara la garganta.

—Bébetelo esto —le espetó mientras el vasallo se ahogaba en su propia sangre—. No es de Dorne, pero tiene el mismo color.

Por lo demás, los prisioneros marcharon por las puertas de Murosblancos en una columna lenta y silenciosa, y dejaron las armas en un montón antes de partir maniatados a aguardar el juicio de lord Cuervo de Sangre. Dunk salió con los demás, así como ser Kyle el Gato y Glendon Ball. Habían estado buscando a ser Maynard Plumm para que los acompañara, pero este parecía haberse esfumado durante la noche.

No fue hasta bien entrada la tarde cuando ser Roland Crakehall, de la Guardia Real, encontró a Dunk entre los prisioneros.

—Por los siete infiernos, ser Duncan, ¿dónde os habíais metido? Lord Ríos lleva todo el día buscándoos. Por favor, venid conmigo.

Dunk lo siguió. La larga capa de Crakehall ondeaba con cada ráfaga de viento, blanca como la nieve alumbrada por la luna. Aquello le trajo a la memoria lo que le había dicho el Violinista en la torre. «“Soñé que ibais de blanco de la cabeza a los pies y llevabais una larga capa también blanca en esos hombros tan anchos.” —Dunk soltó un bufido—. Sí, y también soñasteis que un dragón nacía de un huevo de piedra. Las dos cosas son igual de probables.»

El pabellón de la mano se alzaba a unos seiscientos pasos del castillo, a la sombra de un gran olmo. Cerca pastaban unas cuantas vacas. «Los reyes ascienden y caen —pensó Dunk—, y las vacas y los campesinos siguen con lo suyo.» Era lo que siempre le decía el anciano.

—¿Qué será de ellos? —preguntó a ser Roland al pasar junto a un grupo de prisioneros sentados en la hierba.

—Los llevarán a Desembarco del Rey para someterlos a juicio. A los caballeros y a los soldados no les pasará nada grave, porque obedecían a sus señores.

—¿Y a los señores?

—Algunos recibirán el perdón, siempre que digan todo lo que saben y entreguen a un hijo como rehén para garantizar su lealtad. Los que ya fueron perdonados tras el Prado Hierbarroja lo tienen más difícil. Irán a prisión o perderán las tierras y los derechos. A los peores les cortarán la cabeza.

Cuervo de Sangre ya había empezado: las cabezas de Gormon Peake y Tom Heddle el Negro flanqueaban la entrada de su pabellón, empaladas en lanzas, encima de sus escudos.

«Tres castillos, sable sobre anaranjado. El hombre que mató a Roger del Árbol de la Moneda.»

Hasta muerto, lord Gormon tenía los ojos duros como el pedernal. Dunk se los cerró.

—¿Para qué os molestáis? —preguntó un guardia—. Los cuervos se los van a comer igual.

—Se lo debía.

Si Roger no hubiera muerto, el anciano ni siquiera se habría fijado en él cuando lo vio persiguiendo a un cerdo por las callejas de Desembarco del Rey. «Un rey entregó la espada a un hijo en vez de a otro. Así empezó todo. Y aquí estoy yo, mientras el pobre Roger yace en la tumba.»

—La mano os espera —declaró Roland Crakehall.

Dunk entró tras él en la tienda de lord Brynden Ríos, bastardo, hechicero y mano del rey.

Se dio de bruces con Egg, recién bañado y con atuendo de príncipe, tal como correspondía al sobrino del rey. Cerca estaba lord Frey, sentado en una silla de lona con una copa de vino al lado y su repulsivo heredero, como siempre, en el regazo. También vio a lord Butterwell, de rodillas, pálido y tembloroso.

—La traición no es menos vil porque el traidor sea un cobarde —estaba diciendo lord Ríos—. Ya he escuchado vuestros lamentos, lord Ambrose, y me creo una palabra de cada diez. Por eso permitiré que conservéis una décima parte de vuestra fortuna. Y a vuestra esposa. Os deseo mucha felicidad con ella.

—¿Y Murosblancos? —preguntó Butterwell con voz temblorosa.

—Pasa a ser propiedad del Trono de Hierro. Voy a demoler el castillo hasta la última piedra y a sembrar de sal las tierras en las que se alza. Dentro de veinte años nadie se acordará ni siquiera de que existió. Los viejos idiotas y los jóvenes descontentos aún peregrinan al prado Hierbarroja y plantan flores allí donde cayó Daemon Fuegosuro. No toleraré que Murosblancos se convierta en otro monumento al Dragón Negro. —Hizo un gesto con la mano blanquecina—. Largo de aquí, cucaracha.

—La mano es bondadosa. —Butterwell salió tambaleante, tan ciego de dolor que ni siquiera reconoció a Dunk.

—Vos también podéis marcharos, lord Frey —ordenó Ríos—. Ya hablaremos más tarde.

—Como mande mi señor.

Frey salió del pabellón con su hijo, y la mano del rey se volvió hacia Dunk.

Era más viejo de lo que recordaba, con el rostro surcado de arrugas, pero seguía teniendo la piel blanca como el hueso y, en la mejilla y el cuello, la fea marca de nacimiento color vino que según algunos tenía forma de cuervo. Llevaba botas negras, sobrevesta escarlata y, encima, una capa color humo sujeta con un broche en forma de mano de hierro. El pelo le caía hasta los hombros, largo, blanco y lacio, y se lo peinaba hacia delante para disimular que le faltaba un ojo, el que le había sacado Aceroamargo en el Prado Hierbarroja. El ojo que le quedaba era muy rojo. «¿Cuántos ojos tiene Cuervo de Sangre? Mil y un ojos.»

—El príncipe Maekar debe de tener muy buenas razones para permitir que su hijo sea escudero de un caballero errante, pero no creo que le haga gracia que lo hayáis metido en un castillo lleno de rebeldes que conspiraban para traicionar a la corona. ¿Cómo es que me he encontrado a mi primo en este nido de víboras, señor? Lord Llorica insistía en que el príncipe Maekar os envió como espía para informar de la rebelión disfrazado de caballero misterioso. ¿Es verdad?

Dunk hincó la rodilla.

—No, mi señor. O sea, sí, mi señor. Eso fue lo que le dijo Egg. O sea, Aegon. El príncipe Aegon. Así que es verdad. Pero tampoco sería toda la verdad.

—Ya. Así que os enterasteis de esta conspiración contra la corona y entre los dos decidisteis detenerla sin ayuda de nadie más, ¿no?

—Tampoco. O sea... Digamos que más o menos nos la encontramos sin querer.

Egg se cruzó de brazos.

—Ser Duncan y yo lo teníamos todo controlado antes de que aparecierais con vuestro ejército.

—Contábamos con ayuda, mi señor —aportó Dunk.

—Caballeros errantes.

—Sí, mi señor. Ser Kyle el Gato y Maynard Plumm. Y ser Glendon Ball, que fue quien descabalgó al Vio... al pretendiente.

—Ya, eso me lo han contado ya mil veces. El Bastardo de Los Sauces Cabrunos, hijo de un traidor y una prostituta.

—Hijo de héroes —replicó Egg—. Si está entre los prisioneros, quiero que lo liberen. Y que reciba una recompensa.

—¿Quién eres tú para dar órdenes a la mano del rey?

Egg no titubeó ni un instante.

—Sabes muy bien quién soy, primo.

—Vuestro escudero es un insolente, señor —comentó lord Ríos a Dunk—. Tendríais que quitarle el vicio a palos.

—Ya lo he intentado, mi señor, pero es un príncipe.

—Es un dragón. Un dragón. Levantaos, señor. —Dunk se puso en pie—. Siempre ha habido algún Targaryen que soñara cosas que aún no habían sucedido, desde mucho antes de la Conquista —explicó Cuervo de Sangre—, así que no es de extrañar que algún que otro Fuegosucuro tenga ese don. Daemon soñó que en Murosblancos nacería un dragón, y así ha sido. Pero el muy idiota se equivocó de color.

Dunk miró a Egg. «El anillo. Lleva el anillo de su padre. Pero en el dedo, no embutido en la bota.»

—Me dan ganas de llevarte a Desembarco del Rey —dijo lord Ríos a Egg— y retenerte en la corte como... invitado.

—A mi padre no le gustaría.

—Ya me imagino que no. El príncipe Maekar es un poco... susceptible. Quizá debería mandarte de vuelta a Refugio Estival.

—Debo estar con ser Duncan. Soy su escudero.

—Pues que los Siete os protejan a los dos. En fin, como queráis. Sois libres, podéis marcharos.

—Nos iremos, pero nos hace falta oro —expuso Egg—. Ser Duncan tiene que pagar su rescate al Caracol.

Cuervo de Sangre se echó a reír.

—¿Qué ha sido del chiquillo tímido que conocí en Desembarco del Rey? Como mi príncipe desee. Daré instrucciones a mi tesorero para que os ofrezca todo el oro que queráis. Dentro de unos límites, claro.

—Es un préstamo —insistió Dunk—. Lo devolveré.

—Ya, cuando aprendáis a justar.

Lord Ríos los despidió con un gesto, desenrolló el pergamino y empezó a marcar nombres con la pluma.

«Está señalando los que van a morir», pensó Dunk.

—Mi señor —empezó—, he visto las cabezas fuera. ¿Qué vais...? O sea... El Violinista, Daemon... ¿Le vais a cortar la cabeza?

Lord Cuervo de Sangre alzó la vista.

—Eso lo decidirá el rey Aerys, pero Daemon tiene cuatro hermanos pequeños y varias hermanas. Si cometo la estupidez de cortarle la cabeza, su madre lo llorará, sus amigos me tacharán de matasangre y Aceroamargo coronará a su hermano Haegon. Muerto, el joven Daemon será un héroe. Vivo, es un obstáculo en el camino de mi hermanastro, que no podrá coronar a un tercer Fuegosucuro mientras el segundo siga vivo; qué inconveniente. Además, será un honor tener en la corte a un cautivo tan noble, así como un recuerdo constante de la benevolencia de su alteza el rey Aerys.

—Yo también tengo una pregunta —intervino Egg.



—Ya entiendo por qué tu padre tenía tantas ganas de librarse de ti. ¿En qué más puedo ayudarte, primo?

—¿Quién robó el huevo de dragón? Había guardias apostados en la puerta y en las escaleras; es imposible que alguien entrara en el dormitorio de lord Butterwell sin que lo vieran.

Lord Ríos sonrió.

—Se me ocurre que quizá, solo quizá, alguien subiera por el caño del retrete.

—El caño del retrete es demasiado estrecho.

—Para un hombre. Un niño, en cambio...

—O un enano —profirió Dunk.

«Mil y un ojos. Y algunos bien pueden pertenecer a una compañía de enanos.»